



De la autora del bestseller *No es mi hija*

SOPHIE HANNAH

MATAR DE AMOR



Hay amores que antes de morir, matan.

Desde hace tres años, Naomi Jenkins conserva un secreto que no piensa desvelar a nadie. Ni siquiera a Robert, su amante, un transportista casado con el que todos los días se encuentra a la misma hora en el mismo motel de siempre. Pero un día Robert no acude a la cita y Naomi decide buscarlo en su casa. A pesar de que el camión está allí, aparcado, ella sospecha que ha ocurrido algo terrible. Sobre todo cuando la esposa de su amante la descubre merodeando por el jardín y le asegura que a partir de ahora las dos estarán mejor sin él. Desesperada, Naomi recurre a la policía para denunciar su desaparición y decide convencerles de que Robert es un psicópata sexual y de que ella podrá ayudarles en la pesquisa, al fin y al cabo, solo necesita indagar en la intimidad de su secreto...

«Con *No es mi hija*, Sophie Hannah sorprendió a los amantes de la novela de suspense. Su nuevo libro es otra soberbia incursión en el género. Sus tramas son brillantes. *Matar de amor* es una sorpresa». *THE GUARDIAN*.



Sophie Hannah

Matar de amor

Spilling - 2

ePub r1.1

Titivillus 25.11.15

Título original: *Hurting Distance*

Sophie Hannah, 2007

Traducción: Josep Escarré

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Lisanne, con cariño

PRÓLOGO

Habla y Sobrevive

De:

<NJ_nj23p@hotmail.com>

Para:

Habla y Sobrevive

historiasdesupervivientes@hablaysobrevive.org.uk

Asunto:

esta no es mi historia

Fecha:

lunes, 18 de mayo de 2003 13:28:07 +01.00

Esta no es mi historia. No estoy segura de querer compartir esto ni mis sentimientos con desconocidos en una página web. De alguna manera, parecería algo falso..., además de una forma de intentar llamar la atención. Esto es lo que quiero contar y en su página no figura ninguna dirección para mandar una carta.

Cuando eligieron un nombre para su asociación, ¿se pararon a pensar alguna vez si hablar es siempre lo mejor que se puede hacer? En cuanto le cuentas algo a alguien, se hace más real. ¿Por qué recordar lo que tú desearías que nunca hubiera ocurrido y hacer que vuelva a ocurrir una y otra vez en la imaginación de todos aquellos a quienes conoces? Nunca le contaré a nadie mi supuesta historia, lo cual significa que no se hará justicia ni habrá castigo para quienes lo merecen. A veces esa es una idea muy difícil de asumir. Aun así, es un precio muy pequeño por no tener que pasarme el resto de mi vida siendo considerada una víctima.

Perdón: una superviviente. Pensaba que esa palabra me haría sentir incómoda. Nadie intentó matarme en ningún momento. Hablar de supervivientes tiene sentido en el contexto de un accidente aéreo o una explosión nuclear: son situaciones en las que se espera que todos los implicados mueran. No obstante, en la mayoría de los casos, una violación no supone un peligro para la vida, por lo que la extraña sensación de logro que expresa la palabra «superviviente» parece apelar a... una forma de falso consuelo.

La primera vez que entré en su página esperaba que algo de lo que allí pudiera leer me hiciera sentir mejor, pero sucedió todo lo contrario. ¿Por qué gran parte de la gente que escribe allí emplea el mismo empalagoso vocabulario: prosperar, hablar para recuperarse, sonreír entre lágrimas, renacer de las cenizas, etc.? Me recuerda a las letras de un mal álbum de

heavy metal. Nadie dice que nunca espera superar lo que le ocurrió.

Esto sonará terrible, pero estoy verdaderamente celosa de muchas de las personas que mandan sus historias a su página: las que tienen novios insensibles y exigentes, y las que beben demasiado en sus primeras citas. Al menos ellas son capaces de comprender sus traumáticas experiencias. Mi agresor fue alguien a quien nunca había visto antes y que no he vuelto a ver desde lo ocurrido; alguien que me secuestró a plena luz del día y que lo sabía todo acerca de mí: mi nombre, mi trabajo, dónde vivía. No sé cómo se enteró. No sé por qué me escogió a mí, adónde me llevó ni quiénes eran esas otras personas que estaban con él. No entraré en más detalles. Puede que si lo hiciera entendieran por qué me siento tan segura con respecto a lo que voy a decir a continuación.

En el apartado de su página titulado «¿Qué es una violación?» enumeran unas cuantas definiciones, la última de las cuales es: «Cualquier conducta sexual intimidatoria». Y luego continúan diciendo que «no tiene por qué haberse producido ningún contacto físico..., a veces basta una mirada o un comentario inadecuados para que una mujer se sienta violada». Cuando leí eso me entraron ganas de pegar a quien fuera que lo hubiera escrito.

Sé que desaprobarán mi carta, a mí y cuanto he dicho, pero de todas formas voy a mandarla. Creo que es importante señalar que no todas las víctimas de una violación tienen la misma perspectiva, el mismo vocabulario y las mismas actitudes.

N.J.

2006

PRIMERA PARTE

Lunes, 3 de abril

Si estuvieras aquí para escucharme podría explicártelo. Estoy rompiendo la promesa que te hice, la única que me pediste que te hiciera. Estoy segura de que te acuerdas. Tu voz no sonó nada superficial cuando me dijiste: «Quiero que me prometas algo».

«¿Qué?», pregunté yo, apoyándome en un codo y rozándome la piel con la sábana de nailon amarilla en mi impaciencia por enderezarme y prestar atención. Estaba desesperada por complacerte. Me pides tan poco que siempre estoy buscando alguna forma insignificante y sutil de darte más. «¡Lo que quieras!», dije, echándome a reír, deliberadamente exagerada. Una promesa es lo mismo que un voto, y quería que entre nosotros existieran votos que nos unieran.

Mi exuberancia te hizo sonreír, pero no por mucho tiempo. Cuando estamos juntos en la cama estás muy solemne. Piensas que es una tragedia que tengas que irte pronto, y ese es siempre el aspecto que tienes: el de un hombre que se prepara para una calamidad. Normalmente, después de que te vas, me echo a llorar (no, nunca te lo he contado, porque si fomento tu vena tremendista estoy perdida), pero cuando estamos en nuestra habitación me siento tan eufórica como si me hubiese tomado una potente droga alucinógena. Parece imposible que alguna vez vayamos a separarnos, que ese momento llegue a su fin. Y en cierta forma no ocurre. Cuando vuelvo a casa y estoy preparando pasta o esculpiendo números romanos en mi taller, no estoy realmente allí.

Sigo estando en la habitación once del Traveltel, con su áspera alfombra sintética de color castaño rojizo —cuyo tacto, bajo los pies, parece el de las cerdas de un cepillo de dientes— y sus dos camas individuales arrimadas, con unos colchones que no son sino unas gruesas colchonetas de espuma de color naranja, de esas que usaban en mi instituto para cubrir el suelo del gimnasio.

Nuestra habitación. Me convencí de que te quería, de que no se trataba solo de un capricho o de atracción física, cuando te oí decirle a la recepcionista:

—No, tiene que ser la habitación once, la misma que la última vez. Necesitamos que sea siempre la misma habitación.

Dijiste «necesitamos», no «queremos». Para ti todo es importante, nada es fortuito. Nunca te tumbas en el sofá deshilachado y descolorido ni te quitas los zapatos para levantar luego los pies. Te sientas erguido, completamente vestido, hasta que estamos a punto de meternos en la cama.

Luego, cuando nos quedamos a solas, me dijiste:

—Me preocupa que lo de vernos en un deprimente motel se convierta en algo sórdido. Al menos, si tenemos siempre la misma habitación, será más acogedor.

Entonces te pasaste los quince minutos siguientes disculpándote porque no podías permitirte un sitio mejor. Incluso en aquel momento —¿cuánto tiempo hacía que nos conocíamos?, ¿tres semanas?— supe que no debía ofrecerte a compartir los gastos.

Me acuerdo de casi todo lo que me dijiste a lo largo de este último año. Tal vez si fuera capaz de recordar las palabras exactas, esa frase crucial, daría con la clave para poder llegar hasta ti. En realidad no lo creo, pero seguiré pensando en lo que dijiste, por si acaso.

—¿Y bien? —pregunté, apretándote el hombro con el dedo—. Aquí me tienes, una mujer desnuda dispuesta a prometerte lo que quieras. ¿Piensas ignorarme?

—Esto no es ninguna broma, Naomi.

—Lo sé. Lo siento.

Te gusta hacerlo todo despacio, incluso hablar. Cuando te apremian, te enfadas. Creo que nunca te he hecho reír; ni siquiera recuerdo haberte visto reír de verdad, aunque a menudo me dices que sí lo haces..., en el pub, con Sean y Tony.

—Me he reído hasta llorar —dijiste—. Me he reído hasta que se me han saltado las lágrimas. —Y luego, volviéndote hacia mí, me preguntaste—: ¿Sabes dónde vivo?

Me sonrojé. Me habías pillado, maldita sea. Eras consciente de que me había obsesionado contigo, que reunía cualquier hecho o detalle que estuviera a mi alcance. Me había pasado toda la semana repitiendo mentalmente tu dirección; a veces incluso la había dicho o canturreado en voz alta mientras estaba trabajando.

—Me espiaste mientras lo escribía, ¿verdad? En la ficha de la recepcionista. Me di cuenta de que estabas observándome.

—Chapel Lane número 3, Spilling. Lo siento. ¿Preferirías que no lo supiera?

—En cierto modo sí —dijiste—. Porque esto debe ser algo totalmente seguro. Ya te lo dije. —Entonces te sentaste y te pusiste las gafas—. No quiero que esto acabe. Quiero que dure mucho tiempo, toda mi vida. Tiene que ser algo seguro al cien por cien, algo totalmente al margen del resto de mi vida.

Lo entendí de inmediato y asentí con la cabeza.

—Pero... ahora la recepcionista del Traveltel también sabe tu dirección —repuse—. ¿Y si te mandan una factura o algo así?

—¿Por qué iban a hacerlo? Siempre pago antes de irme.

¿Hace que las cosas sean más fáciles el hecho de seguir un ritual burocrático antes de irte, esa pequeña ceremonia que se desarrolla en la frontera que hay entre nuestras vidas y tu otra vida? Ojalá pudiera hacer algo parecido antes de irme. Siempre me quedo a pasar la noche —aunque dejo que tú pienses que solo lo hago de vez en cuando— y salgo a toda prisa del Traveltel a la mañana siguiente; apenas me paro para sonreírle a la recepcionista. En cierto modo me parece demasiado informal, demasiado rápido y fácil.

—No hay nada que mandar —dijiste—. En cualquier caso, Juliet ni siquiera abre su propio correo, y mucho menos el mío.

Capté un ligero tic en tu mandíbula inferior y cierta tensión en tu boca. Siempre te ocurre lo mismo cuando mencionas a Juliet. Aunque desearía no hacerlo, también estoy reuniendo detalles sobre ella, y casi siempre implican un «por no hablar de»; «no sabe cómo poner en marcha un ordenador, por no hablar de cómo utilizar Internet»; «nunca contesta al teléfono, por no hablar de que sea ella quien llame a alguien».

En muchas ocasiones he querido decir que debe de ser un bicho raro, pero me he reprimido. No debo permitir que la envidia que siento por ella me haga ser cruel. Me besaste fugazmente antes de decir:

—Nunca debes ir a mi casa ni llamarme allí. Si Juliet te viera, si descubriera lo nuestro, se quedaría destrozada.

Me encanta cómo empleas las palabras. Tu forma de hablar es más poética y más solemne que la mía. Todo lo que yo digo es duro, está lleno de detalles prosaicos. Miraste a través de mí y yo me volví; por tu expresión, esperaba ver a lo lejos una cordillera de color gris y púrpura envuelta en una nube blanca en vez de la tetera de plástico beis con la etiqueta «Rawndesley East Services Traveltel», la que suele añadir un poco de cal a los téis calientes que nos tomamos.

¿Qué estás mirando en este momento? ¿Dónde estás? Habría querido preguntarte más cosas. ¿A qué te referías cuando dijiste que eso destrozaría a Juliet? ¿Que se lanzaría al suelo, sollozando, perdería el control y se volvería violenta? La gente puede quedarse destrozada de muchas maneras y nunca he conseguido entender si tienes miedo de tu mujer o tienes miedo por ella. Pero tu tono de voz era solemne y supe que tenías más cosas que decirme. No quería interrumpirte.

—No se trata solo de eso —murmuraste, arrugando con las manos el cubrecama con dibujos de diamantes—. Se trata de ella. No puedo soportar la idea de que la veas.

—¿Por qué?

Pensé que sería poco diplomático decirte que no tenías por qué preocuparte con respecto a eso. ¿Creías que sentía curiosidad y estaba desesperada por

saber con quién estabas casado? Incluso ahora me horroriza la idea de ver a Juliet. Ojalá no supiera su nombre; me gustaría que, en mi mente, fuera alguien irreal. Lo ideal sería que para mí fuera solo «ella», así tendría menos motivos para sentir celos. Pero cuando nos conocimos no podría haber dicho eso, ¿verdad? «No me digas cómo se llama tu mujer, porque creo que podría enamorarme de ti y no soportaría saber nada acerca de ella».

Dudo que seas capaz de imaginarte la angustia que he sentido a lo largo de este último año, cuando, al acostarme todas las noches, pensaba: «En este momento, Juliet estará en la cama, junto a Robert». No es el hecho de imaginármela durmiendo a tu lado lo que hace que mi rostro se retuerza de dolor y se me revuelvan las entrañas; es la idea de que para ella eso es lo normal, lo rutinario. No me atormento con la imagen de los dos besándose o haciendo el amor; en vez de eso, me imagino a Juliet en su lado de la cama, leyendo un libro —algo aburrido sobre algún miembro de la familia real o sobre jardinería— y sin apenas mirarte cuando entras en la habitación. No se da cuenta de que te desnudas y de que te acuestas en la cama, a su lado. ¿Llevas pijama? No sé por qué, pero no soy capaz de imaginármelo. En cualquier caso, lléves lo que lléves, Juliet está acostumbrada a ello después de tantos años de matrimonio. Para ella no se trata de algo especial; es tan solo otra aburrida y cotidiana noche en casa. No hay nada en particular que quiera o necesite contarte. Es perfectamente capaz de concentrarse en los detalles del príncipe Andrés y el divorcio de Fergie o en cómo plantar un cactus. Cuando empiezan a cerrársele los ojos, deja caer el libro en el suelo y se vuelve hacia su lado de la cama, lejos de ti, sin ni siquiera darte las buenas noches.

Quiero tener la oportunidad de darte por sentado. Sin embargo, nunca lo haría.

—¿Por qué no quieres que la vea, Robert? —pregunté. Parecías absorto en algún pensamiento que estaba atrapado en un rincón de tu mente. Tenías ese característico aspecto que sueles tener a menudo: el ceño fruncido y la mandíbula inferior apretada—. ¿Acaso hay algo... malo en ella?

Si hubiera sido otra, habría añadido: «¿Te avergüenzas de ella?», pero durante los tres últimos años he sido incapaz de emplear la palabra «vergüenza». Tú no lo entenderías, porque no te lo he contado. Hay cosas que yo también prefiero guardarme para mí.

—Juliet no ha tenido una vida fácil —contestaste. Por tu tono de voz, lo dijiste a la defensiva, como si yo la hubiese insultado—. Me gustaría que pensaras en mí como soy cuando estoy aquí, contigo, y no como soy en esa casa, con ella. ¡Odio esa maldita casa! Cuando nos casemos, compraré otra casa.

Recuerdo que me entró la risa tonta cuando dijiste eso, porque hacía poco que había visto una película en la que el marido llevaba a su esposa a ver una casa que había diseñado y construido para ella. Era grande, muy bonita, y estaba envuelta con un enorme lazo rojo. Cuando él le quitaba las manos de los ojos y exclamaba: «¡Sorpresa!», ella se ponía de mal humor; estaba enfadada porque no le había consultado y le había enseñado la casa como un hecho consumado.

Me encanta cuando tomas decisiones por mí. Quiero que te sientas dueño de mí. Si quiero algo es porque tú también lo quieres. Salvo Juliet. Tú dices que no la quieres, pero no estás listo para dejarla. No se trata de «sí», dices, sino de «cuando». Pero aún no es el momento. Eso es algo que me resulta difícil de entender.

Te acaricié el brazo. No soy ni nunca he sido capaz de tocarte sin sentir un mareo, un hormigueo, y entonces me sentí culpable porque se suponía que íbamos a tener una conversación seria y no a pensar en el sexo.

—Te prometo que mantendré las distancias —dije, sabiendo que necesitabas tenerlo todo bajo control y que no soportarías que las cosas se te escaparan de las manos.

Si alguna vez estamos casados —*cuando* estemos casados— te diré cariñosamente que eres un obseso del control y tú te echarás a reír.

—No te preocupes —dije, levantando la mano—. Palabra de *scout*. No voy a presentarme de improviso en tu casa.

Pero aquí estoy, en mi coche, aparcado justo enfrente. Sin embargo, dime una cosa: ¿acaso tengo otra elección? Si estás ahí, me disculparé, te explicaré lo preocupada que he estado y sé que me perdonarás. Si estás ahí, puede que no me importe que me perdones o no, pero al menos sabré que estás bien. Han pasado más de tres días, Robert, y poco a poco estoy empezando a volverme loca.

Cuando me metí en tu calle, lo primero que vi fue tu camión rojo aparcado al final, sobre la hierba, más allá de unas casas, antes de que la calle se estreche hasta convertirse en un camino. Sentí que mi pecho se hinchaba, como si alguien me hubiera inyectado helio, al leer tu nombre en uno de los lados de la furgoneta. (Siempre me dices que no la llame furgoneta, ¿verdad? Nunca dejarías que te llamara «el hombre de la furgoneta roja», aunque lo he intentado en varias ocasiones). «Robert Haworth», en enormes letras negras. Me encanta tu nombre.

El camión es el de siempre, pero aquí, aparcado sobre la hierba, entre las casas y los campos, en un espacio en el que apenas cabe, me parece muy grande. Lo primero que pienso es que, para un camionero, es un sitio bastante incómodo para vivir: debe de ser una pesadilla maniobrar para llegar hasta la calle principal.

Lo siguiente que pienso es que hoy es lunes. Tu camión no debería estar ahí. Deberías haber salido a trabajar con él. Ahora empiezo a preocuparme en serio, demasiado como para sentirme intimidada —al ver tu casa, vuestra casa, la tuya y la de ella, Juliet— y huir fingiendo que probablemente todo va bien.

Sabía que el número de tu casa era el 3 y supongo que me imaginé que la numeración llegaría hasta el 20 o el 30, como en muchas calles, pero tu casa es la tercera y la última. Las otras dos están una frente a otra, más cerca de la

calle principal y de la Brasserie Old Chapel, que está en la esquina. Tu casa está un poco más abajo, orientada hacia los campos que hay al final del camino. Todo cuanto puedo ver de ella desde la calle es una parte del tejado de pizarra y una larga pared rectangular de piedra beis con tan solo una pequeña ventana cuadrada en la parte superior derecha: tal vez sea un baño o un trastero.

He aprendido algo nuevo sobre ti. Compraste la clase de casa que yo nunca compraría; una casa cuya parte trasera da a la calle y cuya fachada no pueden ver los transeúntes porque queda oculta. Da la impresión de que es un sitio poco acogedor. Sé que así se consigue más intimidad, y tiene sentido que la parte delantera tenga las mejores vistas, pero las casas como la tuya siempre me han parecido desconcertantes, como si, de una forma muy grosera, hubieran dado la espalda al mundo. Yvon está de acuerdo conmigo; lo sé porque siempre pasamos frente a una casa parecida cuando vamos al supermercado. «Las casas así están hechas para ermitaños que viven en su propio mundo y no paran de decir: “¡Bah, tonterías!”», dijo Yvon la primera vez que pasamos frente a esa casa.

Sé lo que ella diría sobre el número 3 de Chapel Lane si estuviera aquí: «Parece la casa de alguien que podría decir: “No te atrevas a entrar”. ¡Y efectivamente así es!». Solía hablarte sobre Yvon, pero dejé de hacerlo cuando frunciste el ceño y me dijiste que te parecía sarcástica y vulgar. Esa fue la única ocasión en que me sentí ofendida por algo que habías dicho. Te conté que ella era mi mejor amiga, que lo había sido desde el instituto. Y sí, es sarcástica, pero solo en el buen sentido, para animar a la gente. Es directa e irreverente y cree firmemente que deberíamos ser capaces de reírnos de todo, incluso de las cosas malas. Incluso del amor desesperado por un hombre casado al que no puedes tener. Yvon cree que eso es algo de lo que habría que reírse especialmente, y la mitad del tiempo es su frivolidad lo que me mantiene cuerda.

Cuando te diste cuenta de que me sentí mal que la criticaras, me besaste y dijiste:

—Voy a contarte algo que leí una vez en un libro y que me ha hecho la vida más fácil: «Cuando nos ofenden y ofendemos a alguien, nos hacemos tanto daño a nosotros mismos como a los demás». ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asentí con la cabeza, aunque no estaba muy segura de haberlo entendido.

Nunca te lo conté, pero le repetí tu aforismo a Yvon, aunque por supuesto no le expliqué el contexto. Fingí que habías hecho otro comentario ofensivo, uno que no tenía nada que ver con ella.

—Es muy práctico —dijo ella, riéndose tontamente—. A ver si lo entiendo: resulta que eres tan culpable cuando amas a un cabrón que cuando eres un cabrón. ¡Gracias por compartir esto con nosotras, mente privilegiada!

Me preocupa pensar en lo que puede pasar en nuestra boda, cuando al final nos casemos. No consigo imaginarnos a ti y a Yvon manteniendo una conversación que no acabe rápidamente en el mutismo por tu parte y en una

escandalosa risotada por la suya.

Anoche fue ella quien llamó a tu casa. La volví loca, se lo supliqué, la amargué durante toda la noche hasta que accedió a hacerlo. Me pone ligeramente enferma la idea de que ella haya escuchado la voz de tu mujer. Es dar un paso más hacia algo a lo que no quiero enfrentarme, la realidad de la presencia física de Juliet. Ella existe. Si ella no existiera, tú y yo ya podríamos estar viviendo juntos, y ahora sabría dónde estás.

Por su voz, parecía que Juliet estuviera mintiendo. Eso fue lo que dijo Yvon.

En la parte trasera de tu casa hay una pared de ladrillo con una puerta de madera marrón. No figura el número 3 en ninguna parte; solo soy capaz de saber cuál es tu casa tras un proceso de eliminación. Salgo del coche y me tambaleo ligeramente, como si mis piernas no estuvieran acostumbradas a moverse. Aunque sopla el viento, hay una luz muy brillante, casi espectacular, que me obliga a entornar los ojos. Tengo la sensación de que tu calle está excesivamente iluminada, como si esa fuera la forma en que la naturaleza quisiera decirme: «Aquí es donde vive Robert».

La puerta es alta, me llega hasta el hombro. Se abre con un crujido: entro y me paro en un camino de tierra batida, para contemplar tu jardín. En una esquina, junto a un montón de cajas de cartón aplastadas, hay una bañera vieja, con dos ruedas de bicicleta en su interior. El césped está mal cortado y hay más hierbas que plantas. Es evidente que en algún momento hubo parterres además del césped, pero ahora todo se funde en un apelmazado color verde y marrón. Lo que estoy viendo hace que me sienta furiosa con Juliet. Tú trabajas todos los días, a veces toda la semana, y no tienes tiempo de cuidar del jardín. Pero ella sí. No ha trabajado desde que os casasteis, y no tenéis hijos. ¿Qué hace durante todo el día?

Me dirijo hacia la puerta principal; cuando recorro uno de los laterales de la casa, veo otra pequeña ventana en la parte de arriba. ¡Oh, Dios, se me ocurre que podrías estar atrapado en el interior de la casa! Pero es evidente que no lo estás. Eres un hombre fuerte, de anchas espaldas, de 1,90 de altura. Juliet no podría encerrarte en ningún sitio. A no ser que... Pero no, es mejor que no sea ridícula.

He decidido ser eficiente y audaz. Hace tres años me prometí que nunca volvería a tener miedo de nada ni de nadie. Iré derecha hasta la puerta principal, pulsaré el timbre y haré las preguntas que debo hacer. Tu casa, me doy cuenta de ello en cuanto la rodeo, es una casa de campo, larga y baja. Desde fuera da la sensación de no haber sido restaurada desde hace décadas. La puerta es de un color verde apagado y todas las ventanas son cuadradas y pequeñas, con los cristales divididos en forma de diamante por unas líneas de plomo. Hay un árbol muy alto; de su rama más gruesa cuelgan cuatro deshilachados trozos de cuerda. Puede que antes hubiera un columpio. Aquí, en la parte delantera de la casa, el césped está combado; más allá, se aprecia una de esas vistas por las que se pelearían los pintores paisajistas. Veo hasta cuatro campanarios. Ahora sé lo que te atrajo de esta casa de campo que da la espalda al mundo. Al fondo veo Culver Valley, con su río que serpentea hasta Rawndesley. Me pregunto si con unos prismáticos podría ver mi casa.

No puedo pasar ante la ventana sin mirar dentro. De pronto, me siento eufórica. Estas son las habitaciones de tu casa, con todas sus cosas. Acerco la cara al cristal y coloco las manos en forma de copa en torno a mis ojos. Un salón. Vacío. Es curioso... Siempre me había imaginado las paredes pintadas con colores oscuros, llenas de reproducciones de cuadros clásicos con pesados marcos de madera: Gainsborough, Constable, cosas así. Pero las paredes de tu salón son blancas, irregulares, y el único cuadro que hay representa a un desaliñado anciano con un sombrero marrón que observa a un muchacho que toca la flauta. Una alfombra lisa de color rojo cubre la mayor parte del suelo; debajo se ven unas láminas de madera baratas que no se parecen en nada a la madera.

La habitación está ordenada, lo cual es una sorpresa después de haber visto el jardín. Hay un montón de adornos, demasiados, colocados en pulcras filas, por todas partes. La mayoría son casitas de cerámica. Qué raro. No logro imaginarte viviendo en una casa llena de objetos tan cursis. ¿Es una colección? Cuando era una adolescente, mi madre trató de animarme para que coleccionara unas espantosas criaturitas de cerámica que creo que se llamaban *whimsies*. «No, gracias», le dije. Estaba mucho más interesada en coleccionar pósteres de George Michael y Andrew Rígele.

Le echo la culpa a Juliet de haber convertido tu salón en una urbanización en miniatura, como la culpo también de las láminas de madera baratas. El resto de la habitación es aceptable: un sofá azul marino con una butaca a juego; los apliques de la pared, con una pantalla semicircular de escayola para que puedan verse las bombillas; un taburete de madera tapizado en cuero; una cinta métrica y un calendario de mesa. Todo tuyo, tuyo, tuyo. Sé que es una idea absurda, pero me siento identificada con esos objetos inanimados. Estoy exultante. En una de las paredes hay un aparador con puertas de cristal con más casas de cerámica: una hilera de casas diminutas, las más pequeñas de todo el salón. Debajo de ellas hay una vela de color miel que parece no haberse encendido nunca...

El cambio llega de repente, sin previo aviso, como si algo hubiera estallado en mi cerebro. Me aparto de la ventana, doy un traspié y estoy a punto de caermé. Me agarro el cuello de la blusa con una mano, por si fuera eso lo que me impide respirar; con la otra mano, me protejo los ojos. Me tiembla todo el cuerpo. Si no soy capaz de coger pronto un poco de aire, creo que me voy a desmayar. Necesito oxígeno urgentemente.

Espero a que se me pase, pero me encuentro cada vez peor. Ante mis ojos aparecen unos puntos oscuros que se esfuman enseguida. Me oigo lanzar un gemido. No puedo mantenerme en pie; supone demasiado esfuerzo. Me derrumbo, apoyándome en las manos y las rodillas, jadeando y sudando. Ya no pienso en ti ni en Juliet. El césped está increíblemente frío; tengo que dejar de tocarlo. Durante unos segundos me quedo ahí tirada, incapaz de comprender qué es lo que me ha hecho acabar en este estado.

No sé cuánto tiempo me quedo paralizada y sin aliento, en esta indecorosa posición... Puede que sean segundos o tal vez minutos. No creo que puedan ser más de unos minutos. En cuanto me siento capaz de moverme, me pongo

de pie y salgo corriendo hacia la puerta sin mirar el salón. Aunque me lo propusiera, no podría mirar en esa dirección. No sé a qué se debe mi certeza, pero lo sé. La policía. Debo acudir a la policía.

Rodeo a toda prisa la casa con las manos extendidas hacia la puerta, tratando de alcanzarla desesperadamente lo antes posible. Creo que era algo horrible. Vi algo horrible a través de la ventana, algo tan inconcebiblemente aterrador que sé que no pudo ser fruto de mi imaginación. Aun así, no sería capaz de decir, ni aunque la vida me fuera en ello, de qué se trataba.

Una voz me detiene, una voz de mujer.

—¡Naomi! —grita—. ¡Naomi Jenkins!

Dejo escapar un grito ahogado. El hecho de oír que gritan mi nombre completo me resulta espeluznante.

Me doy la vuelta. Ahora estoy en el otro lado de la casa; desde aquí no corro el riesgo de ver la ventana de tu salón. Me da mucho más miedo eso que esta mujer, que supongo que debe ser tu esposa.

Pero ella no sabe cómo me llamo. No sabe ni que existo. Tú mantienes tus dos vidas completamente separadas. Está acercándose a mí.

—Juliet —digo.

Ella tuerce brevemente la boca, como si se estuviera reprimiendo una sonrisa amarga. La observo atentamente, como hice con la cinta métrica, la vela y el cuadro del viejo y el muchacho. Ella es otra cosa que te pertenece. Sin tu sueldo, ¿cómo sobreviviría? Probablemente encontraría a otro hombre dispuesto a mantenerla.

Me siento vacía e inútil cuando pregunto:

—¿Cómo sabes quién soy?

¿Cómo es posible que esta mujer sea Juliet? Por todo lo que me has contado sobre ella, me había imaginado a un ama de casa tímida y poco sofisticada, mientras que la persona que está frente a mí, de pelo rubio, lleva unas trenzas hechas con mucho esmero, un traje de chaqueta oscuro y unas finas medias negras. Le arden los ojos mientras se dirige lentamente hacia mí, tomándose deliberadamente su tiempo, tratando de intimidarme. No, esta no puede ser tu mujer, la que no responde al teléfono y no sabe encender un ordenador. ¿Por qué se ha vestido con tanta elegancia?

Las palabras acuden a mi mente antes de que pueda detenerlas: para un funeral. Juliet se ha vestido para un funeral.

Doy un paso atrás.

—¿Dónde está Robert? —grito.

Tengo que intentarlo. He venido aquí decidida a encontrarte.

—¿Fuiste tú quien llamó anoche? —dice.

Todas sus palabras penetran en mi cerebro, como una flecha disparada a muy poca distancia. Quiero esquivar su voz, su cara, toda su presencia. No puedo soportar la idea de que a partir de ahora seré capaz de ver escenas y escuchar conversaciones entre los dos. He perdido para siempre ese escondite reconfortante y oscuro en el que podía imaginar.

—¿Cómo sabes mi nombre? —digo, estremeciéndome a medida que se acerca más a mí—. ¿Qué le has hecho a Robert?

—Creo que las dos le hacemos lo mismo a Robert, ¿no es así?

Me sonrío con suficiencia. Tengo la sensación de que se está divirtiendo. Lo tiene todo bajo control.

—¿Dónde está Robert? —pregunto de nuevo.

Avanza hacia mí hasta que nuestros rostros están tan solo a pocos centímetros de distancia.

—Sabes lo que te dirían en un consultorio sentimental, ¿verdad?

Echo la cabeza hacia atrás, esquivando su cálido aliento. Forcejeando con la puerta, tiro del pestillo. Puedo irme cuando quiera. ¿Qué podría hacerme esta mujer?

—Pues te dirían que estás mejor sin él. Considéralo como un favor que te hago, aunque no lo merezcas.

Alzando apenas la mano, me saluda brevemente, moviendo los dedos de forma casi imperceptible antes de darse la vuelta para regresar a la casa.

No puedo mirar hacia dónde se dirige. Ni siquiera puedo pensar en ello.

3/4/06

—¿Liv? ¿Estás ahí? —La inspectora Charlie Zailer habló por el móvil en voz baja mientras tamborileaba sobre la mesa con los dedos. Miró por encima del hombro para comprobar que no había nadie escuchando—. Deberías estar preparando el equipaje. ¡Vamos, coge el teléfono!

Charlie maldijo en voz baja. Probablemente, Olivia estaba haciendo algunas compras de última hora: no quería comprar un *aftersun* o un dentífrico en un supermercado extranjero. Se pasaba semanas elaborando una lista de lo que le haría falta y lo compraba todo antes de salir de viaje. «En cuanto salgo de casa, estoy de vacaciones —decía—, lo cual significa que nada de compras ni encargos. Solo tumbarse en la playa, sin hacer nada».

Charlie oyó la voz de Colin Sellers detrás de ella. Él y Chris Gibbs habían vuelto después de haberse ido con la única intención de intercambiar unos cuantos insultos con dos miembros de otro equipo. Charlie bajó la voz y, hablando por teléfono entre dientes, dijo:

—Mira, he hecho algo realmente estúpido. Estoy a punto de entrar en un interrogatorio y podría alargarse un poco, pero te llamo en cuanto termine, ¿vale? ¡No te muevas de ahí!

—¿Algo realmente estúpido, inspectora? Seguro que no.

A Sellers nunca se le ocurriría fingir que no había escuchado una conversación privada por casualidad, pero Charlie sabía que solo quería tomarle el pelo. Nunca sería capaz de ir más allá ni de usar esa conversación en su contra. De hecho, ya la había olvidado y se había concentrado en su ordenador.

—Coge una silla —le dijo a Gibbs, aunque este le ignoró.

¿De verdad le había dicho a su hermana «¡No te muevas de ahí!» en ese tono tan imperioso? Charlie cerró los ojos, arrepentida. La ansiedad la convertía en una mandona, algo que no le convenía en absoluto. Se preguntó si habría forma de borrar el mensaje del buzón de voz de Olivia. Sería una buena excusa para hacer esperar un poco más a Simón. Sabía que ya se estaría preguntando qué era lo que la retenía. Estupendo. Que se impacientara.

—Vamos allá —dijo Sellers, asintiendo con la cabeza a la pantalla del ordenador—. Podría imprimir también esto ahora. ¿Qué te parece?

Era evidente que Sellers daba por sentado que no estaba trabajando solo, aunque Gibbs ni siquiera miraba la pantalla: mataba el tiempo, sentado detrás

de Sellers, mordiéndose las uñas. A Charlie le recordaba a un adolescente decidido a demostrar lo mucho que se aburría cuando estaba rodeado de adultos. Si no fuera tan evidente que el tema le preocupaba, Charlie habría pensado que Gibbs mentía acerca de su inminente boda. ¿Quién querría casarse con ese cabrón malhumorado?

—Gibbs —dijo Charlie de repente—. Deja los ejercicios de meditación para tu tiempo libre y ponte a trabajar.

—Lo mismo digo. No soy yo quien ha llamado a su hermana.

Las palabras salieron de su boca como un torrente; era como si se las hubiera escupido. Ella se quedó mirándolo fijamente, incrédula.

—*Cómo hacer la vida más fácil*, de Christopher Gibbs —murmuró Sellers, jugueteando con su corbata. Como de costumbre, la llevaba muy suelta, y el nudo, demasiado apretado, se balanceaba como un colgante.

A Charlie le recordaba a un oso despeinado. ¿Cómo era posible, se preguntaba, que Sellers, que era más alto, más grueso, más enérgico y físicamente más fuerte que Gibbs, pareciera un bonachón? Gibbs era bajo y flaco, pero desprendía una fiera condensada, contenida en un envase demasiado pequeño. Charlie lo utilizaba cuando quería intimidar a alguien. A veces, ella misma debía hacer un esfuerzo para no sentirse intimidada ante su presencia.

Gibbs se volvió hacia Sellers.

—¡Tú cierra el pico!

Charlie apagó el teléfono y lo metió en el bolso. Seguro que Olivia intentaría llamarla mientras estuviera ocupada con el interrogatorio, y cuando volviera a intentar ponerse en contacto con ella, su hermana habría salido de nuevo... ¿o acaso no era eso lo que siempre ocurría?

—Continuará —le dijo fríamente a Gibbs. Ahora no podía enfrentarse a él.

—¡A partir de mañana, vacaciones, inspectora! —gritó Sellers cuando Charlie salía del despacho. Era una forma de decirle en clave: «Tómatelo con calma con Gibbs, ¿vale?». No, por supuesto que no se lo tomaría con calma.

En el pasillo, a una distancia prudencial del Departamento de Investigación Criminal, Charlie se detuvo, sacó el espejo que llevaba en el bolso y lo abrió. Tenía la piel marchita y un aspecto desgarrado. Tenía que comer más y hacer algo con respecto a esas huesudas mejillas, rellenar aquellos huecos. Sus gafas nuevas, con montura de pasta negra, no mejoraban mucho el soñoliento aspecto de sus ojos.

Y luego estaba ese pelo corto, oscuro y rizado, en el que ya habían aparecido algunas canas. Teniendo en cuenta que solo tenía treinta y seis años, no le parecía justo. Además, el sostén no se le ajustaba bien; ningún sostén se le

ajustaba bien. Unos meses atrás había comprado tres de la que creía que era su talla, y todos resultaron ser demasiado grandes aunque con la copa demasiado pequeña. No tenía tiempo de hacer algo al respecto.

Sintiéndose incómoda con la ropa que llevaba y consigo misma, Charlie cerró el espejo y se dirigió hacia la máquina de bebidas. Los pasillos, en la parte original del edificio, la que en tiempos había albergado los baños Spilling, tenían paredes de ladrillo rojo. Mientras caminaba, Charlie oyó el ruido del agua corriendo a toda velocidad bajo sus pies. Sabía que se debía a algo relacionado con las tuberías del sistema de calefacción central, pero ese ruido daba la extraña sensación de que la función principal de la comisaría aún siguiera siendo de índole acuática. Charlie sacó un café moca de la máquina que había junto a la cantina y que habían instalado hacía poco para quienes no tenían tiempo de entrar a tomar algo, aunque lo irónico era que las bebidas de la máquina eran bastante más variadas y apetecibles que las que servía la gente supuestamente experta que atendía la barra. Charlie se tomó el café de un trago, sintió que la boca y la garganta se le abrasaban, y fue al encuentro de Simón.

Él pareció muy aliviado cuando Charlie abrió la puerta de la sala de interrogatorios número uno. Muy aliviado y luego avergonzado. Simón tenía los ojos más expresivos que Charlie hubiera visto jamás. Sin ellos, puede que su rostro hubiese sido el de un matón. Su nariz era larga y torcida; su mandíbula inferior, ancha y prominente, le daba un aspecto resuelto, como el de un hombre dispuesto a ganar todas las peleas. O el de alguien que temía perderlas y quería disimularlo. Charlie lo vapuleó mentalmente. «No seas blanda con él; es un mierda. ¿Cuándo te darás cuenta de que hace falta esforzarse mucho para ser tan irritante como Simón Waterhouse?». Pero eso era algo que Charlie realmente no creía. Ojalá pudiera.

—Lo siento. Me he entretenido —dijo Charlie.

Simón asintió con la cabeza. Delante de él, sentada, había una mujer pálida y de ojos rasgados; llevaba una falda larga negra, unos zapatos marrones de ante y un jersey verde de cuello de pico que parecía de cachemira. Su pelo, ondulado, era de color castaño rojizo —un color que a Charlie le recordó el de las castañas por las que solía pelearse de niña con Olivia— y le caía en una melena hasta los hombros. En el suelo, junto a sus pies, había un bolso de *Lulu Guinness* de color verde y azul; Charlie pensó que debía de haberle costado varios cientos de libras.

La mujer frunció los labios mientras escuchaba las disculpas de Charlie y cruzó los brazos con más fuerza. ¿Irritación o ansiedad? Era difícil de decir.

—Esta es la inspectora Zailer —dijo Simón.

—Y usted es Naomi Jenkins.

Una vez más, Charlie sonrió para disculparse. Había decidido estar más relajada y ser menos áspera en los interrogatorios. ¿Lo habría notado Simón?

—Déjeme echar un vistazo a lo que tenemos hasta ahora —dijo Charlie,

cogiendo el montón de papeles que Simón había escrito con su pulcra letra.

En una ocasión, Charlie había bromeado sobre su letra, preguntándole si, cuando era un niño, su madre lo había obligado a inventarse un país imaginario y a llenar un montón de cuadernos con cuentos sobre esas tierras de ficción, como las hermanas Brontë. La broma no le había sentado bien. Simón era muy susceptible con respecto a su infancia: sus padres le prohibían ver la televisión, ya que pensaban que debía hacer cosas que desarrollaran su imaginación.

Una vez hubo leído por encima lo que Simón había escrito, Charlie dedicó su atención al otro montón de notas que había sobre la mesa. Las había tomado la agente Grace Squires, que había interrogado brevemente a Naomi Jenkins antes de mandarla al DIC. Según esas notas, ella había insistido en hablar con un inspector.

—Voy a resumir la que creo que es la situación —dijo Charlie—. Usted está aquí para informar de la desaparición de un hombre, Robert Haworth. ¿Él ha sido su amante a lo largo del último año?

Naomi Jenkins asintió con la cabeza.

—Nos conocimos el 24 de marzo de 2005. El 24 de marzo, un jueves.

Su voz era grave y áspera.

—Muy bien.

Charlie intentó que su voz sonara más firme que brusca. Un exceso de información podía resultar tan problemático como la escasez de ella, sobre todo en un caso sencillo. Habría sido muy fácil llegar a la conclusión de que no había caso: había un montón de hombres casados que abandonaban a sus amantes sin dar ninguna explicación. No obstante, Charlie se recordó a sí misma que había que darle una oportunidad. No podía permitirse cerrarse ante una mujer que decía necesitar ayuda; ya lo había hecho antes y aún se seguía sintiendo mal, aún seguía pensando cada día en toda la escalofriante violencia que habría podido evitar si no hubiera llegado a la conclusión más fácil.

Hoy escucharía como debía hacerlo. Naomi Jenkins parecía una mujer seria e inteligente. Sin duda alguna, estaba alerta. Charlie tenía la sensación de que se había contestado todas las preguntas antes de que se las hubieran formulado.

—Robert tiene cuarenta años; es camionero. Está casado con Juliet Haworth. Ella no trabaja. No tienen hijos. Usted y Robert habían decidido verse todos los jueves en el Traveltel del área de servicio Rawndesley East, entre las cuatro y las siete de la tarde. —Charlie levantó la vista—. ¿Todos los jueves durante un año?

—Desde que nos conocimos no habíamos fallado nunca. —Naomi se echó

hacia delante y se colocó el pelo detrás de la oreja—. Siempre pedimos la habitación once. Es lo habitual; Robert es quien paga.

Charlie se encogió de hombros. Podría habérselo imaginado, pero le pareció que Naomi Jenkins estaba imitando su forma de hablar: resumía los hechos rápida y eficientemente. Se esforzaba demasiado.

—¿Y qué hacen si la habitación once no está libre? —preguntó Simón.

—Siempre está libre. Saben que queremos esa habitación, de modo que la dejan libre. Nunca hay demasiada gente.

—Así pues, el pasado jueves fue allí para encontrarse con el señor Haworth, como de costumbre, solo que él no se presentó. Y no se ha puesto en contacto con usted para explicarle por qué no acudió. Su móvil está desconectado y no ha respondido a sus mensajes —resumió Charlie—. ¿Correcto?

Naomi asintió con la cabeza.

—Eso es todo lo que tenemos hasta ahora —dijo Simón. Charlie repasó por encima el resto de las notas. Hubo algo que le llamó la atención y que despertó su interés por lo inusual—. ¿Es diseñadora de relojes de sol?

—Sí —repuso Naomi—. ¿Por qué? ¿Acaso es eso importante?

—No, no lo es. Es una profesión poco habitual, eso es todo. ¿Diseña relojes de sol para venderlos?

—Sí.

Naomi parecía un poco impaciente.

—¿Para... empresas o...?

—Ocasionalmente para empresas, pero, en general, para particulares que tienen jardines muy grandes. A veces para algunas escuelas o universidades.

Charlie asintió con la cabeza. Pensó que sería bonito tener un reloj de sol en su *minus* patio delantero. Su casa no tenía jardín, gracias a Dios. Charlie odiaba la idea de tener que segar o cortar..., ¡vaya pérdida de tiempo! Se preguntó si Naomi compraría tallas pequeñas en un sitio como Marks & Spencer.

—¿Ha llamado por teléfono a casa del señor Haworth?

—Mi amiga Yvon, que está viviendo en mi casa, llamó anoche. Contestó Juliet, su mujer. Dijo que Robert estaba en Kent, pero su camión está aparcado delante de su casa.

—¿Estuvo usted allí?

Se lo preguntó Charlie, al mismo tiempo que Simón decía:

—¿Qué clase de camión?

Esa era la diferencia entre un hombre y una mujer, pensó Charlie.

—Es grande, de color rojo. No sé nada sobre camiones —dijo Naomi— pero Robert se refiere a él como un cuarenta y cuatro toneladas. Lo verán cuando vayan a su casa.

Charlie ignora este último comentario y evitó la mirada de Simón.

—¿Estuvo en casa de Robert? —insistió Charlie.

—Sí. Esta tarde, a primera hora. Después vine directamente aquí... —Dejó de hablar de golpe y entonces bajó la vista hacia sus rodillas.

—¿Por qué? —preguntó Charlie.

Naomi Jenkins se tomó unos segundos para serenarse. Cuando levantó la mirada, había un destello de desafío en sus ojos.

—Después de estar en su casa, supe que algo iba mal.

—¿Mal en qué sentido? —preguntó Simón.

—No sé qué, pero Juliet le ha hecho algo a Robert. —Su rostro palideció ligeramente—. Y se las ha arreglado para que él no pueda ponerse en contacto conmigo. Si por algún motivo el pasado jueves no pudo acudir al Traveltel, me habría llamado enseguida. A menos que físicamente no pudiera hacerlo. —Naomi dobló los dedos de ambas manos. Charlie tenía la sensación de que hacía un gran esfuerzo por parecer tranquila y demostrar que lo tenía todo bajo control—. Él no está tratando de ignorarme. —Naomi dirigió su comentario a Simón, como si esperara que él le llevara la contraria—. Robert y yo nunca hemos sido tan felices como ahora. Desde que nos conocimos hemos sido inseparables.

Charlie frunció el ceño.

—Sí son inseparables; de hecho, lo son seis días de cada siete, ¿verdad?

—Usted sabe a qué me refiero —dijo Naomi bruscamente—. Mire, Robert apenas puede esperar hasta el jueves siguiente. Y a mí me ocurre lo mismo. Estamos desesperados por vernos.

—¿Qué sucedió cuando fue a casa del señor Haworth? —preguntó Simón, jugueteando con su bolígrafo.

Charlie sabía que Simón odiaba cualquier cosa que implicara un desorden emocional, aunque nunca lo hubiera dicho.

—Abrí la puerta y me metí en el jardín. Rodeé la casa hasta llegar a la entrada... Viendo la casa desde la calle, la puerta de entrada está en la parte de atrás. Quería ser muy directa: llamar al timbre y preguntarle a Juliet a la cara dónde estaba Robert.

—¿Sabía la señora Haworth que usted y su marido tenían una aventura? —interrumpió Charlie.

—Yo creía que no. Él está desesperado por dejarla, pero, hasta que lo haga, no quiere que ella sepa nada de mí. Eso le complicaría demasiado la vida... —Naomi frunció el entrecejo y su expresión se ensombreció—. Pero luego, cuando yo intentaba irme, ella fue detrás de mí... Pero eso ocurrió después. Usted me preguntó qué pasó. Para mí es más fácil contarle tal como ocurrió, por orden, o no tendría sentido.

—Adelante, señorita Jenkins —dijo Charlie amablemente, preguntándose si aquella regañina era el preludio de un incontrolable ataque de histeria. Ya lo había visto en otras ocasiones.

—Preferiría que me llamara Naomi. «Señorita» y «señora» suena ridículo, por motivos distintos. Estaba en el jardín y me dirigí a la puerta principal. Entonces... pasé por delante de la ventana del salón y no pude evitar mirar dentro. —Tragó saliva con dificultad. Charlie estaba esperando—. Vi que la habitación estaba vacía, pero quise echar un vistazo a las cosas de Robert. —Su voz se quebró.

Charlie se dio cuenta de que Simón tensaba los hombros. Naomi Jenkins acababa de ganarse la antipatía de la mitad de su público.

—No en plan morboso o acosador —añadió, indignada. Al parecer, aquella mujer era capaz de leer la mente—. Es evidente que si la persona a la que amas tiene otra vida de la que no formas parte echas desesperadamente de menos esos detalles cotidianos que comparten las parejas que viven juntas. Es algo que empiezas a desear. Yo solo... Me había imaginado a menudo cómo sería su salón, y ahí lo tenía, delante de mí.

Charlie se preguntó cuántas veces más oiría la palabra «desesperadamente».

—Mire, no tengo miedo de la policía —dijo Naomi.

—¿Por qué iba a tenerlo? —preguntó Simón.

Ella negó con la cabeza, como si él no la hubiese entendido.

—En cuanto empiecen a investigar, descubrirán que Robert ha desaparecido. O que ha sucedido algo más grave. Pero no quiero que se fíe de mis palabras, inspector Waterhouse. Quiero que investigue y lo descubra por sí mismo.

—Subinspector Waterhouse —la corrigió Charlie—. Subinspector. —Charlie se preguntaba cómo se sentiría si Simón decidiera hacer los exámenes para ser inspector y los aprobara, si ella ya no fuera su superior. Era algo que podría

llegar a ocurrir. Pero decidió que no debía preocuparse por ello—. ¿El señor Haworth tiene coche? Puede que lo haya cogido para ir a Kent.

—Es camionero. Necesita el camión para trabajar, y cuando no está conmigo dedica cada minuto a su trabajo. Debe hacerlo, porque Juliet no tiene ingresos... Todos los gastos dependen de él.

—Pero ¿tiene coche?

—No lo sé. —Naomi se sonrojó—. Nunca se lo he preguntado. —A la defensiva, añadió—: Apenas tenemos tiempo para estar juntos y no malgastamos el poco del que disponemos en cosas triviales.

—Bueno, así que estaba mirando a través de la ventana del salón del señor Haworth... —empezó Charlie.

—El Traveltel tiene una política de cancelaciones —dijo Naomi, cortando a Charlie—. Si cancelas antes del mediodía del día de la reserva, no te cobran la habitación. Le pregunté a la recepcionista, y Robert no había cancelado la reserva, algo que sin duda alguna habría hecho si hubiera decidido dejarme. Él nunca malgastaría el dinero de esa manera.

Había cierto acoso verbal —casi como un castigo— en su forma de hablar. «Trata de ser tolerante y paciente para ver qué ocurre», pensó Charlie. Supuso que Naomi Jenkins mantendría esa actitud durante el resto del interrogatorio.

—Sin embargo, el pasado jueves el señor Haworth no se presentó —dijo Simón—, de modo que supongo que fue usted quien pagó.

Charlie había estado a punto de hacer exactamente la misma objeción. Una vez más, Simón se había hecho eco de sus pensamientos como nadie más era capaz de hacerlo.

Naomi arrugó el rostro.

—Sí —acabó por admitir—. Pagué yo. Es la única vez que lo he hecho. Robert es bastante romántico y, en ciertas cosas, antiguo. Estoy segura de que yo gano mucho más dinero que él, pero siempre he fingido que apenas gano nada.

—¿Es algo que él podría suponer por su ropa o por su casa? —preguntó Charlie, que supo, en cuanto entró en la sala de interrogatorios, que se encontraba frente a una mujer que gastaba bastante más que ella en ropa.

—A Robert no le interesa la ropa y nunca ha estado en mi casa.

—¿Por qué no?

—¡No lo sé! —Naomi parecía estar a punto de llorar—. Es muy grande. No quería que pensara que... Pero sobre todo fue por Yvon.

—Su amiga.

—Es mi mejor amiga y vive conmigo desde hace dieciocho meses. Sabía que ella y Robert no se iban a gustar en cuanto lo conocí, y no quería enfrentarme al hecho de que no se llevaran bien.

«Interesante —pensó Charlie—. Conoces al hombre de tus sueños y al momento te das cuenta de que tu mejor amiga lo odiaría».

—Miren, si Robert hubiera decidido terminar con nuestra relación se habría presentado, tal y como estaba previsto, y me lo habría dicho a la cara — insistió Naomi—. Cada vez que nos vemos hablamos de casarnos. Al menos me habría llamado. Es la persona más responsable que he conocido jamás; es así porque necesita controlar las cosas. Él sabría que, si desapareciera de repente, yo lo buscaría y que iría a su casa. Y entonces sus dos mundos chocarían, como ha ocurrido esta tarde. No hay nada que Robert pudiera odiar más. Haría todo lo posible para asegurarse de que su mujer y su... novia no se conocieran ni hablaran nunca. Y puesto que no estaba allí, sería mejor hacer algo. Robert preferiría morir antes que dejar que eso ocurriera.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Naomi.

—Me hizo prometer que nunca iría a su casa —murmuró—. No quería que viera a Juliet. Hizo que ella pareciera..., como si le pasara algo malo, como si estuviera loca o tuviera alguna enfermedad, como si fuera una inválida. Y entonces, cuando la vi, me pareció tan segura de sí misma..., incluso superior. Llevaba un traje de chaqueta negro.

—Naomi, ¿qué ocurrió esta tarde en casa del señor Haworth? —Charlie consultó su reloj. Seguramente Olivia ya estaría de vuelta.

—Creo que vi algo. —Naomi suspiró y se frotó la frente—. Tuve un ataque de pánico, el peor de mi vida. Perdí el equilibrio y me caí al suelo. Tuve la sensación de que me ahogaba. Me levanté en cuanto pude y traté de huir. Miren, estoy segura de que vi algo, ¿de acuerdo?

—¿A través de la ventana? —preguntó Simón.

—Sí. Ahora, al hablar de ello, estoy empezando a sentir un sudor frío, a pesar de que estamos lejos de allí.

Charlie frunció el ceño y se echó hacia delante en su silla. ¿Se le había pasado algo por alto?

—¿Qué vio? —preguntó.

—¡No lo sé! Todo lo que sé es que me entró el pánico y tuve que irme. Todas las razones que tenía para estar allí se esfumaron de repente, y tenía que irme lo antes posible. No podía soportar estar cerca de esa casa. Tuve que ver algo. Hasta ese momento yo me encontraba bien.

En opinión de Charlie, todo era demasiado confuso. La gente veía algo o no lo veía.

—¿Vio algo que le hizo pensar que Robert había sufrido algún daño? —preguntó Charlie—. ¿Sangre, algún objeto roto, pruebas de que había habido una discusión o una pelea?

—No lo sé. —La voz de Naomi sonó malhumorada—. Puedo decirles todo lo que recuerdo haber visto: una alfombra roja, un suelo de láminas de madera, un montón de horribles casitas de porcelana de todas las formas y tamaños, una vela, una cinta métrica, una aparador con las puertas de cristal, una televisión, un sofá, una butaca...

—¡Naomi! —Charlie interrumpió la crispada salmodia de aquella mujer—. ¿No cree posible que tal vez haya supuesto, erróneamente, que esa súbita reacción haya sido la consecuencia de algo extraño, de algún estímulo desconocido que pudiera haber sido originado por algo que vio a través de la ventana? ¿No podría ser la manifestación del estrés que ha ido acumulando desde hace un tiempo?

—No. No lo creo —contestó ella rotundamente—. Vayan a casa de Robert y descubrirán algo. Sé que lo harán. Si estoy equivocada, me disculparé por haberles hecho perder el tiempo. Pero no estoy equivocada.

—¿Qué ocurrió después del ataque de pánico? —preguntó Charlie—. Dijo que intentó huir...

—Juliet fue tras de mí. Me llamó por mi nombre. Y también sabía mi apellido. ¿Cómo podía saberlo? —Por un momento, Naomi pareció estar totalmente desconcertada, como una niña perdida—. Robert se aseguró de mantener sus dos vidas completamente separadas.

«Las mujeres son idiotas», pensó Charlie, incluyéndose a sí misma en el insulto.

—Quizás lo descubrió. Las esposas suelen hacerlo a menudo.

—Me dijo que estaría mejor sin él y que me había hecho un favor. O algo por el estilo. Eso es tanto como admitir que le ha hecho algo a Robert, ¿no?

—No del todo —dijo Simón—. Lo que tal vez quiso decir es que lo había convencido para que terminara la relación que mantenía con usted.

Naomi apretó los labios.

—Usted no escuchó su tono de voz. Quería que yo pensara que había hecho algo mucho peor que eso. Quería que yo temiera lo peor.

—Puede que sí —dijo Charlie, pensando en voz alta—, pero eso no significa que haya ocurrido lo peor. Ella tiene razones para estar enfadada con usted, ¿no?

Naomi parecía ofendida. O puede que indignada.

—¿Acaso no conocen a alguien que siempre llega media hora antes a una cita porque cree que va a llegar el fin del mundo si se presenta un segundo tarde? —preguntó—. ¿Alguien que llama por teléfono si va a llegar cinco minutos antes para disculparse por llegar «casi con retraso»?

«La madre de Simón», pensó Charlie. Por la forma en que se encorvó sobre sus notas, Charlie sabía que él estaba pensando lo mismo.

—Me lo tomaré como un sí —dijo Naomi—. Pues imagínense que un día han quedado con esa persona y no se presenta. Y no llama. ¿Acaso no pensarían, en cuanto llegara cinco minutos tarde, incluso tan solo un minuto, que le había ocurrido algo malo? ¿No pensarían eso?

—Déjelo en nuestras manos —dijo Charlie, levantándose. Probablemente, en aquel preciso instante, Robert Haworth estaba durmiendo en el suelo del apartamento de algún amigo, refunfuñando, junto a una pinta de cerveza, sin poder creer cómo había sido tan estúpido, como otros tantos hombres, y había dejado tirado por ahí el recibo de una tarjeta de crédito para que su mujer pudiera encontrarlo.

—¿Eso es todo? —espetó Naomi—. ¿Eso es todo cuanto tienen que decir?

—Déjelo en nuestras manos —repitió Charlie con firmeza—. Nos ha dado mucha información, y sin duda vamos a investigarla. En cuanto sepamos algo, nos pondremos en contacto con usted. ¿Cómo podemos localizarla?

Naomi chasqueó la lengua, rebuscando en su bolso. El pelo cayó sobre sus ojos y se lo colocó detrás de la oreja, soltando una maldición entre dientes. Charlie estaba impresionada: la mayoría de la gente de clase media trataba de no maldecir en público y, si lo hacían, se disculpaban de inmediato, lo cual resultaba irónico, ya que la mayoría de los policías sueltan maldiciones continuamente. De todos los que Charlie conocía, el inspector jefe Giles Proust era el único que no lo hacía.

Naomi dejó caer una tarjeta sobre la mesa y también una fotografía suya y de un hombre de pelo castaño oscuro que llevaba unas gafas sin montura. Las lentes eran dos finos rectángulos que apenas cubrían sus ojos. Era fornido pero atractivo y parecía estar evitando la cámara.

—¡Aquí lo tienen! Y si no se ponen en contacto conmigo pronto, lo haré yo. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme sentada sin hacer nada, sin saber si Robert está vivo o muerto?

—Piense que está vivo hasta que tenga una buena razón para pensar lo contrario —dijo Charlie secamente.

¡Por Dios! Aquella mujer era la reina del melodrama. Charlie levantó la tarjeta y frunció el ceño.

—¿Chalets de Lujo Silver Brae? ¿Propietario G. Angilley?

Naomi hizo una mueca de dolor y se echó ligeramente hacia atrás, negando con la cabeza.

—Pensé que diseñaba relojes de sol...

—Me equivoqué de tarjeta. Solo... Solo...

Naomi rebuscó de nuevo en su bolso, ruborizándose.

—¿Fue a una de esas casas con el señor Haworth?

Charlie sentía curiosidad. Bueno, era poli.

—Ya le dije adónde iba con Robert. Al Traveltel. ¡Aquí está!

La tarjeta que en esta ocasión le tendió a Charlie era la suya. En ella había una fotografía en color de un reloj de sol: la mitad de una esfera inclinada, de piedra verdosa, con números romanos y una enorme ala de mariposa dorada que sobresalía del centro. También había una frase en latín, en letras doradas, aunque solo resultaba visible una parte: «*Horas non* ».

Charlie estaba impresionada.

—¿Esto lo ha hecho usted? —preguntó.

—No. Quería que mi tarjeta profesional anunciara el trabajo de la competencia.

Naomi fulminó a Charlie con la mirada. Vale, había sido una pregunta estúpida. ¿La competencia? ¿Cuántos diseñadores de relojes de sol podía haber?

—¿Qué significa «*Horas non* »?

Naomi dejó escapar un suspiro, ofendida por la pregunta.

—*Horas non numero nisi aestivas* . «Solo marco las horas de sol».

Habló deprisa, como si quisiera acabar de una vez por todas. Las horas de sol hicieron pensar a Charlie en sus vacaciones y las de Olivia. Le hizo un gesto de asentimiento a Simón para zanjar el asunto y abandonó la sala de interrogatorios, cerrando de un portazo.

En el pasillo, conectó el móvil y pulsó la tecla de llamada. Gracias a Dios, su hermana contestó después del segundo tono.

—¿Sí? —dijo Olivia, con la boca llena de comida. Salmón ahumado y crema de queso, pensó Charlie. O un bollo relleno de chocolate... Algo que pudiera sacarse de una bolsa y comerse al momento.

Charlie no captó ni el más mínimo suspense en la voz de su hermana cuando le preguntó:

—¿Qué otra nueva y previsible estupidez tienes que contarme?

—*Gnomon* —dijo Simón—. Una palabra interesante.

En la pantalla de su ordenador tenía la página web de Naomi Jenkins. La sala del DIC tenía un aire de abandono: montones de papeles diseminados en mes vacías, vasos de porexpán rotos por el suelo y silencio, salvo zumbido de los ordenadores y los fluorescentes. No había ni rastro de Sellers ni del gilipollas de Gibbs. El cubil acristalado del inspector jefe Proust, situado en un rincón, estaba vacío.

Charlie leía por encima del hombro de Simón.

—«Un gnomon es un proyector de sombras». ¿Acaso no es así como funcionan los relojes de sol? La forma en que se proyecta la sombra te indica qué hora es. Eh, mira, aquí dice que también los diseña en miniatura. Podría poner uno en el alféizar de la ventana.

—Yo que tú no se lo pediría —repuso Simón—. Probablemente te partiría la boca. Mira, los diseña de muchos tipos: de pared, con pedestal, verticales, horizontales, de metal, de piedra, de fibra de vidrio... Son impresionantes, ¿no?

—Me encantan. Salvo este. —Charlie señaló la foto de un cubo de piedra liso con unos gnómones triangulares de hierro pegados a dos de sus caras—. Me gustaría más con una frase en latín. ¿Crees que esculpe ella misma las letras? Aquí dice que están esculpidas a mano...

—«El tiempo es una sombra...» —leyó Simón en voz alta—. ¿Quién encargaría un reloj de sol con esa inscripción? Imagínatelo: tomar el sol y cuidar del jardín junto a algo que te recuerda que te acercas rápidamente a la muerte.

—Te ha quedado precioso —dijo Charlie, preguntándose si Simón sabía que estaba hasta las narices de él. Hasta las narices, desilusionada, lo que fuera, aunque tratara de ocultarlo con todo su empeño—. ¿Qué te ha parecido la señorita Jenkins?

Simón dejó el teclado y se volvió hacia ella.

—Ha reaccionado de una forma exagerada. Emocionalmente es un poco inestable. Ha dado a entender que ya había sufrido otros ataques de pánico.

Charlie asintió con la cabeza.

—¿Por qué crees que estaba tan enfadada y resentida? Creo que la hemos escuchado con atención, ¿no? ¿Y por qué dijo: «No tengo miedo de la policía»? Eso estaba fuera de lugar, ¿verdad? —Charlie asintió con la cabeza

al ordenador—. ¿Hay algún perfil sobre ella en su página web? ¿Información personal o algo así?

—Si ese Haworth la está evitando, no lo culpo —dijo Simón—. Puede que sea una forma cobarde de dejarla y todo eso, pero ¿te imaginas tratando de romper una relación con ella?

—Él le prometió que se casarían, o sea que debe haber sufrido una decepción. ¿Por qué los hombres sois tan cabrones?

En la pantalla del ordenador apareció una fotografía de Naomi Jenkins. Estaba sonriente, sentada en un enorme reloj de sol semicircular negro, apoyada en su proyector de sombras plateado en forma de cono, el gnomon. Charlie pensó que habría que acostumbrarse a aquella palabra. Naomi llevaba el pelo de color castaño rojizo recogido hacia atrás y vestía unos pantalones de pana rojos y una sudadera azul descolorida.

—Aquí parece bastante normal —dijo Simón—. Una mujer feliz y de éxito.

—Es su página web —dijo Charlie—. La habrá diseñado ella misma.

—No, mira. Aquí abajo dice: «Summerhouse - Diseño de páginas web».

Charlie chasqueó la lengua, impaciente.

—No hablaba en sentido literal. Me refería a que habrá suministrado personalmente toda la información y las fotos. Cualquier *freelance* que tenga una página web para promocionar su empresa piensa muy a fondo qué imagen quiere dar.

—¿Crees que nos está mintiendo? —preguntó Simón.

—No estoy segura. —Charlie se mordió el pulgar—. No necesariamente, pero... No lo sé. Solo estoy haciendo suposiciones, pero dudo que el hecho de perder a su amante sea el origen de sus problemas. En cualquier caso, encontremos a Haworth, comprobemos que está bien y fin del asunto. Mientras tanto, yo... me iré a tumbarme en las playas de Andalucía.

Charlie mostró una amplia sonrisa. Había pasado más de un año desde que había conseguido tomarse más de cinco días libres. Y ahora iba a tomarse una semana de vacaciones en condiciones, como una persona normal. ¿Sería posible?

—Aquí tienes la tarjeta de la proyectara de sombras —dijo—. ¿No querrás otra de Chalets de Lujo Silver Brae, por casualidad? La señora Jenkins me mintió con respecto a eso. Cuando dije «Chalets de Lujo Silver Brae» pareció que le había dado. Apuesto a que ella y Haworth estuvieron allí. —Charlie le dio la vuelta a la tarjeta—. Olvidé devolvérsela. Hum... Tienen servicio de transporte desde el aeropuerto de Edimburgo. Si lo deseas, sirven comida casera, tienen un centro de spa, camas extra grandes... Quizás podrías ir con Alice.

Maldita sea. ¿Por qué había dicho eso?

Simón ignoró el comentario.

—¿Qué piensas sobre el asunto de la ventana? —preguntó Simón—. ¿Crees que vio algo?

—¡Oh, por favor! Eso era un montón de mierda. Estaba estresada y se le fue la olla... Así de simple.

Simón asintió con la cabeza.

—Ella dijo que a Haworth le gusta controlarlo todo, pero a mí me parece que la obsesa del control es ella. Insistió en contarnos la historia cronológicamente y nos ordenó que fuéramos a casa de Haworth. —Simón cogió la fotografía de Naomi con Robert Haworth y la estudió. Al fondo había un cartel de un Burger King, sobre una fila de coches—. Parece tomada en el exterior del Traveltel —dijo.

—Qué pintoresco.

—Es un poco triste, ¿no? Él nunca ha estado en su casa y llevan un año viéndose.

—Su relación es el verdadero misterio de este asunto —repuso Charlie—. ¿Qué tendrá él de malo para que ella no quiera que su mejor amiga lo conozca?

—Tal vez de quien ella se avergüenza sea de su amiga —sugirió Simón.

—¿Qué pueden tener en común una pretenciosa diseñadora de relojes de sol y un camionero que está sin blanca?

—¿La atracción física?

Parecía que Simón no quisiera pensar demasiado en ello.

Charlie estuvo a punto de decir: «¿Te refieres al sexo?», pero se contuvo a tiempo.

—Él no tiene aspecto de camionero, ¿verdad? —Charlie frunció el ceño—. ¿Cuántos camioneros conoces que lleven camisas de cuello Mao y unas gafas cuadradas de diseño?

—No conozco a ningún camionero —dijo Simón, casi abatido, como si acabara de ocurrírsele que le hubiera gustado conocer a alguno.

—Bueno... —dijo Charlie, golpeándole en el hombro—. Pues eso pronto va a cambiar. Mándame un SMS cuando lo hayas encontrado, ¿vale? Me alegrará las vacaciones saber que ha emigrado a Australia para quitarse de encima a la diseñadora de relojes de sol. Pensándolo mejor, no. La última vez que me fui

de vacaciones, Proust me llamó casi todos los días. Esto puede esperar hasta mi regreso.

Charlie se colgó el bolso del hombro y empezó a recoger sus cosas. Todo lo que tuviera que ver con el trabajo podía esperar una semana. Lo que no podía esperar era la explicación que Olivia le exigía. Charlie iba a salir directamente de la comisaría para reunirse con su hermana en el aeropuerto y tenía que hacer mejor las cosas de lo que lo había hecho por teléfono. ¿Por qué sentía la irresistible necesidad de contárselo todo a Olivia en el momento en que la jodía? Hasta que se lo confesaba, sentía pánico y estaba fuera de control; había sido así desde que eran dos adolescentes. Al menos había logrado que Olivia permaneciera en silencio durante tres o cuatro segundos, algo que antes nunca había ocurrido.

—No tengo ni idea de por qué lo he hecho —dijo, lo cual era cierto.

—Bueno, tienes tres horas para pensar en ello y llegar a una conclusión convincente —replicó Olivia una vez fue capaz de recuperar la voz—. Te lo volveré a preguntar en Heathrow.

«Sea lo que sea lo que te diga entonces, aún no tendré ni idea» pensó Charlie.

Martes, 4 de abril

Detrás de la barra del Star Inn solo hay una persona: un hombre flaco y bajito de rostro alargado y nariz enorme. Está silbando mientras saca brillo a unas jarras de cerveza con un deshilachado trapo verde. Es poco después de mediodía. Yvon y yo somos sus primeras clientas. El hombre levanta la vista y nos sonríe. Sus dientes son largos, como los de un caballo; tiene un hueco en ambos lados de la cabeza, encima de las orejas, como si le hubieran apretado las sienes con unas enormes pinzas.

¿Te parece una descripción precisa? Tú nunca describes las cosas. Me parece que no te gusta imponer a la gente tu visión del mundo, de modo que te quedas meramente en los sustantivos: camión, casa, pub. No, no es verdad. Nunca te oído emplear la palabra «pub». Tú dices «local», lo que supongo que es una especie de descripción.

No sé por qué me siento tan decepcionada al ver que el Star está vacío, con la excepción de ese camarero de aspecto tan peculiar. No es que esperara que estuvieras aquí. Si hubiera tenido una mínima esperanza de que así fuera, me habría estado engañando a mí misma. Si pudieras salir a tomar algo, podrías contactar conmigo. Yvon me aprieta el brazo, consciente de mi sombría expresión.

Al menos sé que estoy en el lugar indicado. En cuanto he entrado, todas mis dudas se han disipado. Cuando me hablas del Star te refieres a este sitio. No me sorprende que escogieras un lugar apartado, metido en el valle, junto al río. Aunque está en el pueblo, no puede verse desde la calle principal de Spilling. Tienes que tomar la calle que hay entre la tienda de marcos y el centro de medicina alternativa y seguirla hasta dejar atrás el parque Blantyre.

El pub es una sala enorme, con la barra al final. El aire huele a humedad, como a levadura, y el ambiente está lleno del humo del tabaco de la noche anterior.

El camarero sigue sonriendo.

—Buenos días, señoras. O buenas tardes, mejor dicho. ¿Qué les pongo?

Deduzco que es de esa clase de jóvenes que acostumbran a hablar como lo haría un viejo. En cierto modo, me alegra no tener la opción de decidir con quién hablar. Así puedo concentrarme en lo que debo decir.

Las paredes están cubiertas con páginas de viejos periódicos enmarcadas: el *Rawndesley Telegraph* y el *Rawndesley Evening Post*. Echo un vistazo a la que tengo más cerca. En una columna hay un artículo sobre una ejecución

que tuvo lugar en Spilling en 1903; hay una foto de una sogá y, al lado, otra del desgraciado criminal. La segunda columna la encabeza el titular «Un granjero de Silsford gana el premio al cerdo más grande», junto a un dibujo del animal y de su dueño, ambos muy orgullosos; el cerdo se llama *Snorter*^[1].

Parpadeo para ahuyentar las lágrimas. Por fin veo todo lo que tú ves, tu mundo. Ayer vi tu casa y hoy este pub. Me siento como si estuviera haciendo una visita guiada por tu vida. Esperaba que eso me acercara más a ti, pero ha tenido justo el efecto contrario. Es horrible. Me siento como si estuviera viendo tu pasado y no tu presente, y, sin lugar a dudas, algo que nunca podré compartir. Es como si estuviera atrapada detrás de una pantalla de cristal o de un cordón rojo y no pudiera alcanzarte. Quiero gritar tu nombre.

—Voy a tomar un *gin-tonic*. Doble —dice Yvon, en voz muy alta, pensando en mí, intenta que su voz suene jovial, como si hubiéramos salido de juerga—. ¿Naomi?

—Una clara —me oigo decir a mí misma.

No he tomado una clara desde hace años. Cuando estoy contigo, solo tomo el Pinot Grigio que traes o el té de nuestra habitación del Traveltel.

El camarero asiente con la cabeza.

—Enseguida —dice.

Tiene un marcado acento de Rawndesley.

—¿Conoce a Robert Haworth? —le suelto, demasiado ansiosa para perder el tiempo pensando en la mejor manera de abordar el asunto. Yvon parece preocupada: le dije que sería sutil.

—No. ¿Debería?

—Es un cliente habitual. Viene mucho por aquí.

—Bueno, eso creemos —me corrige Yvon.

Es mi sombra, la que razona, la que está aquí para amortiguar cualquiera que sea el efecto que yo pueda sufrir. Conmigo, a solas, es sarcástica y tajante, pero en público suele seguir las convenciones sociales. Puede que tú entendieras eso mejor que yo. A menudo, cuando pareces preocupado y ausente, pienso que libras una batalla interior en la que dos fuerzas te arrastran en direcciones opuestas. Yo nunca he sido así, ni siquiera antes de conocerte. Siempre he sido una persona sin vueltas. Y, desde que te conocí, me he sentido totalmente atraída por ti. No hay más.

—Lo es —digo, con firmeza.

Esta mañana, cuando Yvon consultó las páginas amarillas, encontró lo que

ella llamó «los tres candidatos»: el Star Inn de Spilling, el Star & Gater de Combingham y el Star Bar de Silsford. Descarté de inmediato los dos últimos: Combingham está a muchas millas y es horrible, y el Star Bar lo conozco. Voy algunas veces y me tomo una taza de té de menta orgánico. Casi suelto carcajada al imaginarte sentado en uno de esos bancos bajos de cuero oyendo el menú de infusiones.

—Tengo una foto suya en el móvil —le digo al camarero—. Sabrá quién es en cuanto lo vea.

Él asiente amablemente.

—Podría ser —dice, colocando las copas sobre la barra—. Serán siete libras con veinticinco, por favor. Viene mucha gente, pero no conozco todos sus nombres.

Saco el teléfono del bolso, tratando de prepararme para lo peor, como hago a cada momento. No es fácil. En todo caso, es duro. Quiero gritar al ver que en la pantalla no hay ningún icono de un sobrecito. Sigo sin recibir ningún mensaje tuyo. Siento que una repentina punzada de miedo y dolor, mezclados con pura incredulidad, contrae mi pecho. Pienso en la inspectora Zailer y en el subinspector Waterhouse y siento deseos de machacar sus insensibles y obtusas cabezas una contra otra. Prácticamente admitieron que no iban a hacer nada.

—¿Y qué me dice de Sean y Tony? —le suelto al camarero, pasando las fotografías del móvil mientras Yvon paga las copas—, ¿los conoce?

Mi pregunta le arranca una risa gutural.

—¿Sean y Tony? Me está tomando el pelo, ¿verdad?

—No.

Dejo de jugar con el móvil y levanto la vista. El corazón se me acelera. Esos nombres le dicen algo.

—¿No? Bueno, yo soy Sean. Y Tony también trabaja aquí, en la barra. Vendrá esta noche.

—Pero... —No sé qué decir—. Robert habló de ustedes como si...

Di por sentado que tú, Sean y Tony veníais juntos aquí. Aunque, pensándolo bien, nunca dijiste que tal cosa hubiese ocurrido. Puede que yo me lo imaginara y llegara a una conclusión equivocada.

Vienes aquí solo. Y Sean y Tony ya están porque trabajan aquí.

Vuelvo a examinar el móvil. No quiero que Yvon se dé cuenta de que estoy perpleja. ¿Cómo podría ser malo lo ocurrido? He dado con Sean y Tony. Ellos te conocen y son tus amigos. Lo único que debo hacer es enseñarle una foto a

Sean, y él te reconocerá. Elijo esa en que estás en el Traveltel, frente a tu camión, y extendiendo el móvil por encima de la barra.

En los ojos de Sean detecto una inmediata expresión de reconocimiento y vuelvo a respirar.

—¡Elvis! —Se echa a reír—. Tony y yo lo llamamos Elvis. Por su cara; se parece. A él no le molesta.

Casi me echo a llorar. Sean es amigo tuyo. Incluso se refiere a ti con un apodo.

—¿Por qué lo llaman así? —pregunta Yvon.

—¿Acaso no es evidente?

Yvon y yo negamos con la cabeza.

—Es como una versión aumentada de Elvis Costello, ¿no? Elvis Costello después de haberse comido un montón de pasteles. —Sean se ríe de su ocurrencia—. Él sabe que le llamamos así.

—¿No sabía que se llamaba Robert Haworth? —pregunta Yvon.

Por el rabillo del ojo veo que no está mirando a Sean, sino a mí.

—No creo que nunca nos haya dicho su nombre. Siempre ha sido Elvis. ¿Está bien? Anoche Tony y yo comentamos que no lo habíamos visto desde hacía tiempo.

—¿Cuándo? —pregunto bruscamente—. ¿Cuándo lo vio por última vez?

Sean frunce el ceño. Debo haber parecido demasiado alterada. Lo he disuadido. *Idiota*.

—Por cierto, ¿quién es usted? —pregunta.

—Soy la novia de Robert.

Nunca había dicho esto hasta ahora. Ojalá pudiera decirlo una y otra vez. Ojalá pudiera decir que soy su esposa en lugar de su novia.

—¿Alguna vez mencionó a Naomi? —pregunta Yvon.

—No.

—¿Y a Juliet?

Sean niega con la cabeza. Empieza a parecer desconfiado.

—Mire, esto es muy importante —digo. Esta vez me aseguro de que mi voz

suene tranquila y no demasiado fuerte—. Robert está en paradero desconocido desde el jueves pasado...

—Espera... —Yvon me agarra del brazo—. Eso no lo sabemos.

—Yo sí lo sé —digo, soltándome—. ¿Cuándo le vio por última vez? —le pregunto a Sean.

Está asintiendo con la cabeza.

—Pues habrá estado aquí... —dice—, el jueves o el miércoles, algo así. Pero normalmente suele venir todas las noches para tomarse una pinta y charlar; por eso, después de varias noches sin aparecer, Tony y yo empezamos a preguntarnos por él. A ver, no es algo que no suela ocurrir. Tenemos un montón de clientes así: son puntuales como un reloj durante años y luego, de pronto y sin previo aviso, ¡zas!, desaparecen y no vuelves a verles más el pelo.

—¿Y no dijo nada de que se iba? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta—. ¿No comentó que tenía planeado marcharse de vacaciones o algo así?

—¿Dijo algo sobre Kent? —tercia Yvon.

Sean niega con la cabeza.

—Nada de eso. Dijo: «Nos vemos mañana», como siempre. —Se echa a reír—. A veces decía: «Nos vemos mañana, Sean..., si nos dejan». ¡Si nos dejan! Un poco pesimista, ¿no?

Me quedo mirando el suelo de madera oscura, mientras sientas la sangre latíendome en las orejas. Nunca te he escuchado emplear esa expresión. ¿Y si la usaste con Sean por alguna razón? ¿Y si en esa ocasión no te dejaron?

Yvon está dándole las gracias a Sean por su ayuda, como si la conversación hubiera terminado.

—Un momento —digo, obligándome a salir de la oleada de pavor que me ha mantenido temporalmente en silencio—. ¿Cuál es su apellido? ¿Tony qué?

—Naomi...

Yvon parece alarmada.

—¿Le parece bien que dé sus nombres a la policía? Puede contarles lo que acaba de decirnos, que está de acuerdo en que Robert ha desaparecido.

—Él no ha dicho eso —dice Yvon.

—No me importa. Como digo, Tony y yo pensamos que era un poco raro. El mío es Hennage, Sean Hennage. Y el de Tony es Wilder.

—Espérame aquí —le digo a Yvon, y, antes de que pueda objetar nada, estoy

fuera, con el bolso y el móvil.

Me siento en una de las mesas metálicas blancas. Me pongo el abrigo y tiro de las mangas hasta cubrirme las manos. Aún falta un poco para que la gente pueda tomarse algo en la terraza. Solo es primavera nominalmente. Veo tres cisnes deslizándose en fila por el río mientras marco el número que esta mañana me he pasado una hora buscando y que me pondrá directamente en contacto con el DIC de la comisaría de policía de Spilling. Quería llamar enseguida para preguntar qué es lo que están haciendo exactamente la inspectora Zailer y el subinspector Waterhouse para dar contigo, pero Yvon me ha dicho que era demasiado pronto y que debía darles una oportunidad.

Estoy segura de que no están haciendo nada. No creo que levanten un solo dedo para ayudarte. Creen que me has abandonado por iniciativa propia, que has preferido a Juliet antes que a mí y que estás demasiado asustado para decírmelo directamente. Solo tú y yo sabemos hasta qué punto esa es una idea ridícula.

El subinspector Gibbs es quien contesta al teléfono. Me dice que Zailer y Waterhouse han salido. Suena descortés, casi grosero. ¿Tanto le molesta hablar conmigo que trata de emplear el menor número de palabras posible para contestar a mis preguntas? Esa es la impresión que me da. Es posible que haya oído hablar de ti, y piensa que soy una chalada que te acosa cuando tú preferías estar solo, y que obligo a la policía a hacer el trabajo sucio. Cuando le digo que quiero dejar un mensaje finge que tiene un bolígrafo a mano y que está apuntando los nombres de Sean y Tony, pero no es así. Lanza un gruñido y me dice «Lo tengo» demasiado pronto. Sé cuándo alguien está anotando algo; hay pausas largas y a veces repiten parte de lo que escriben entre dientes o comprueban cómo se deletrea.

El subinspector Gibbs no hace nada de todo eso. Me cuelga el teléfono cuando yo aún sigo hablando.

Paseo junto a la reja blanca que separa la terraza del pub del río. Tengo que llamar de nuevo a la comisaría y exigir que me dejen hablar con el máximo responsable —el inspector jefe o superintendente— y quejarme de la forma en que me han tratado. Soy muy buena quejándome. Era lo que estaba haciendo la primera vez que me viste, y esa es la razón por la que te enamoraste de mí..., siempre me lo dices. No tenía ni idea de que me estuvieras observando y escuchando, de lo contrario estoy convencida de que me habría moderado un poco. Gracias a Dios no lo hice. Maravillosamente salvaje: así fue como me describiste aquel día. A ti nunca se te ocurriría protestar por nada... en beneficio propio, quiero decir, aunque sé que siempre me defenderías. Sin embargo, esa es la razón por la que admiras mi espíritu combativo, mi convicción de que la desgracia y la miseria no deben formar parte de nuestras vidas. Te impresionó que tuviera el valor de quejarme de esa forma.

No puedo volver al pub; todavía no. Estoy demasiado alterada. Los ojos se me llenan de lágrimas de rabia, desdibujando las frías y plácidas aguas que tengo frente a mí. Me odio a mí misma cuando lloro; realmente me detesto. Y eso no me hace ningún bien. ¿Qué sentido tiene decidir no sentirse débil e indefensa de nuevo si todo lo que eres capaz de hacer cuando tu amante desaparece en

medio de la nada es quedarte de pie junto a un río llorar? Es patético.

Yvon volverá a decir que le dé una oportunidad a la policía pero ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué la inspectora Zailer el subinspector Waterhouse no están aquí, en el Star, preguntándole a Sean cuándo te vio por última vez? ¿Se tomarán la molestia de ir a tu casa y hablar con Juliet? Los amantes que desaparecen sin dar ninguna explicación deben figurar al final de su lista de prioridades. Sobre todo ahora, cuando por todo el país, aparentemente, hay una red de psicópatas que planea hacerse volar por los aires llevándose con ellos trenes llenos de hombres, mujeres y niños inocentes. Criminales peligrosos... Esa es la gente que la policía quiere detener.

Siento un vuelco en el corazón cuando una idea empieza a cobrar forma en mi cabeza. Trato de ahuyentarla, pero no se va; avanza despacio entre tinieblas, poco a poco, como una figura que emerge de una oscura caverna. Me seco los ojos. No, no puedo hacerlo. El mero hecho de pensar en ello suena como una terrible traición. Lo siento, Robert. Debo estar volviéndome completamente loca. Nadie haría algo así. Además, me resultaría físicamente imposible. No sería capaz de pronunciar las palabras.

«¿Qué clase de persona hace algo así? ¡Nadie!». Eso es lo que me dijo Yvon cuando le conté cómo nos conocimos, cómo llamaste mi atención. Te dije que diría eso, ¿te acuerdas? Me sonreíste y dijiste: «Dile que soy alguien que hace cosas que nadie haría». Y se lo dije. Ella fingió que la frase le daba náuseas y se metió el dedo en la garganta.

Me agarro a la reja para sostenerme, sintiéndome vacía, como si este nuevo miedo que se ha apoderado repentinamente de mí fuera capaz de pulverizarme los huesos y los músculos. «No puedo hacerlo, Robert», susurro, consciente de que no tiene sentido. Tuve exactamente esta misma sensación cuando nos conocimos: la inquebrantable certeza de que todo lo que iba a ocurrir había sido decidido de antemano por una autoridad mucho más poderosa que yo, una autoridad que no me debía nada y a la que no me vinculaba ningún contrato, pero que, sin embargo, me obligaba a todo. Por mucho que yo lo hubiera intentado, no habría podido cambiar nada.

Y ahora ocurre lo mismo. La decisión ya ha sido tomada.

Sean me sonríe cuando entro de nuevo en el pub; es una sonrisa sosa y forzada, como si no nos hubiéramos visto antes, como si no acabáramos de ponernos de acuerdo en que has desaparecido, y que hay serios motivos para preocuparse. Yvon está sentada en la mesa más alejada de la barra, jugando con el móvil. Se ha descargado un nuevo juego al que se ha vuelto adicta. Es evidente que, en mi ausencia, ella y Sean no han estado hablando. Y eso me pone furiosa. ¿Por qué siempre debo ser yo quien tome la iniciativa?

—Tenemos que irnos —le digo a Yvon.

Aunque nunca te lo he contado, su nombre no ha sido siempre Yvon. Hay muchas cosas sobre ella que no te he contado. Dejé de hablar de ella cuando se me ocurrió que podrías sentir celos. No estoy casada y, después de ti, Yvon es la persona más importante de mi vida. Estoy más unida a ella que a

cualquier miembro de mi familia. Ha vivido conmigo desde que se divorció, que es algo de lo que tampoco te he hablado.

Yvon es bajita y delgada —mide 1,52 y pesa cuarenta y cinco kilos— y tiene un pelo largo y lacio que le llega hasta la cintura. Normalmente se lo recoge en una cola de caballo que suele enroscarse alrededor del brazo cuando está trabajando o jugando en el ordenador. Cada pocos meses fuma un cigarrillo tras otro, mentolados, de la marca *Consulate*, durante una o dos semanas, pero luego lo vuelve a dejar. Cuando llegan a su fin, me prohíbe mencionar esos períodos de vida sana.

La bautizaron como Eleanor —Eleanor Rosamund Newman—, pero a los doce años decidió que quería llamarse Yvon. Les preguntó a sus padres si podía cambiarse el nombre y los muy tontos accedieron. Los dos son profesores de lenguas clásicas en Oxford, estrictos en cuanto a la educación, pero nada más. Ambos están convencidos de que es importante que los niños expresen su personalidad siempre y cuando eso no interfiriera en el rendimiento escolar.

—Son un par de merluzos —dice Yvon a menudo—. ¡Tenía doce años! Creía que *Too Shy*, de Kajagoogoo, era la mejor canción que se había escrito jamás. Y quería casarme con Limahl. Deberían haberme encerrado en un armario hasta que hubiera madurado un poco.

Cuando Yvon se casó con Ben Cotchin, ella adoptó el apellido de su marido. Sus amigos y su familia, incluida yo, nos quedamos perplejos cuando decidió conservarlo después del divorcio. «Cada vez que me cambio el nombre empeoro las cosas —dijo—. No voy a correr otra vez ese riesgo. De todos modos, me encanta tener una mierda de nombre, mal escrito, y el apellido de un alcohólico vago y consentido. Es un fantástico ejercicio de humildad. Siempre que abro un sobre dirigido a mí o relleno el impreso del censo electoral me acuerdo de lo estúpida que soy. Y eso mantiene mi viejo ego a raya».

—¿Volvemos a casa? —me pregunta.

—No. A la comisaría de policía.

Me muero por decírselo. Siempre suelo tener en cuenta las opiniones de Yvon a la hora de tomar mis decisiones. A menudo no sé qué pienso sobre algo hasta que no sé lo que opina ella. Pero esta vez no puedo arriesgarme. Además, esa no es la cuestión. Conozco todas las razones por las que está mal y es una locura, pero aun así voy a hacerlo.

—¿A la comisaría de policía? —Yvon empieza a protestar—. Pero...

—Lo sé, debería darles una oportunidad —digo, amargamente—. Pero no se trata de eso. Se trata de algo distinto.

—Salgamos a hablar afuera —dice Yvon—. Este sitio no me gusta nada. Está demasiado cerca del río, y el agua hace mucho ruido.

Incluso aquí dentro el ambiente es húmedo y frío. Me siento como una de las criaturas de Viento en los sauces.

Yvon se levanta y se echa el chal de color púrpura sobre los hombros.

—No quiero hablar. Solo necesito un empujón. No tienes por qué ir conmigo; puedes dejarme allí y volver a casa. Yo iré más tarde.

Empiezo a andar hacia el aparcamiento.

—¡Naomi, espera! —Yvon sale corriendo detrás de mí—. ¿Qué ocurre?

Después de todo, callar no resulta tan difícil. No es el primer secreto que no le cuento. He tenido tres años para practicar.

Yvon agita las llaves del coche en el aire, apoyada contra su Fiat Punto rojo.

—Dímelo o no te llevo a ninguna parte.

—No me crees, ¿verdad? No crees que Juliet le haya hecho algo a Robert. Crees que él me ha dejado y que no ha tenido agallas para decírmelo.

El graznido de unos pájaros resuena encima de nuestras cabezas. Es como si quisieran unirse a la conversación. Levanto los ojos hacia el cielo gris; casi espero ver una bandada de gaviotas mirándome. Pero, ajenas a lo que ocurre, van a lo suyo, como de costumbre.

Yvon suelta un gruñido.

—¿Puedo remitirte a mis cuarenta y siete anteriores respuestas a la misma pregunta? No sé dónde está Robert ni por qué no se ha puesto en contacto contigo. Y tú tampoco. Es muy, muy improbable que Juliet lo haya cortado en trocitos y lo haya enterrado bajo el suelo de madera, ¿vale?

—Ella sabía mi nombre. Sabía lo nuestro.

—Aun así sigue siendo poco probable.

Yvon transige y abre el coche. Me siento decepcionada. Si hubiera insistido un poco, podría haberme convencido para que se lo contara. La mayoría de la gente no es tan insistente como yo.

—Naomi, estoy preocupada por ti.

—Es por Robert por quien deberías estar preocupada. Algo le ha ocurrido. Está en peligro.

Me pregunto por qué soy la única a quien eso le resulta tan evidente.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? —pregunta Yvon una vez dentro del coche—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste de un tirón?

Cada una de sus preguntas me la planteo pensando en ti. ¿Estarás en algún sitio, hambriento y cansado, cada vez más desesperanzado, preguntándote por qué no pongo más empeño en encontrarte? Yvon cree que soy melodramática, pero yo te conozco. Y solo algo que te mantenga paralizado o encerrado, o que te haya provocado una pérdida de memoria, te impediría ponerte en contacto conmigo. Hay muchas tragedias que resultan poco probables, pero aun así ocurren. La mayoría de la gente no se cae de un puente ni muere en un incendio, pero algunas sí.

Quiero decirle a Yvon que las estadísticas son irrelevantes e inútiles, pero no puedo malgastar las palabras. Necesito todas mis fuerzas para armarme de valor y dar el siguiente paso. De todos modos, es evidente. Aun cuando las probabilidades sean de una entre un millón, podría tratarse de ti. Siempre le ocurre a alguien, ¿no?

Yvon está de acuerdo con Juliet; ella también cree que estoy mejor sin ti. Piensa que eres un reprimido y un machista y que tu forma de hablar es altisonante y pretenciosa, que dices muchas cosas que suenan profundas y llenas de sentido, pero que en realidad carecen de él y son trilladas. Dice que presentas tópicos como si fueran verdades profundas que acabas de descubrir. En una ocasión me acusó de intentar moldear mi personalidad para que encajara con lo que yo me imagino que deseas, aunque a la mañana siguiente se retractó. Por la expresión de su cara diría que lo había dicho en serio, pero pensó que había ido demasiado lejos.

No me ofendí. El hecho de conocerte me ha cambiado. Eso ha sido lo mejor. Saber que tengo un futuro a tu lado me ha ayudado a enterrar todo lo que odiaba de mi pasado. Y deseo con todas mis fuerzas que siga enterrado.

Seguimos la calle arbolada, mientras el ruido del agua se va apagando detrás de nosotras. Los árboles aún no tienen hojas y sus ramas desnudas apuntan al cielo.

Yvon no me pregunta de nuevo por qué quiero ir a la comisaría de Policía. Intenta una nueva táctica.

—¿Estás segura de que no sería mejor que te llevara a casa de Robert? Si estás tan convencida de que viste algo a través de la ventana...

—No.

El miedo que siento con solo oír hablar de ello es como una mano que me agarrara el cuello.

—Podríamos llegar fácilmente al fondo de ese misterio —señala Yvon. Comprendo por qué cree que es una idea razonable—. Lo único que tienes que hacer es volver a mirar. Te acompañaré.

—No.

La policía irá en cuanto escuchen lo que tengo que decirles. Si hay algo que

descubrir, ellos lo harán.

—Por el amor de Dios, ¿qué fue lo que viste? No creo que vieras a Robert esposado a un radiador, cubierto de magulladuras. Quiero decir que te acordarías de eso, ¿no?

—No te lo tomes a broma.

—¿Qué recuerdas haber visto en esa habitación? Aún no lo has dicho.

No lo he hecho porque soy incapaz de hacerlo. Ya fue bastante duro describir tu salón a la inspectora Zailer y al subinspector Waterhouse; en mi cerebro se produce un reflejo que lo mantiene a distancia, ahuyentando la imagen.

Yvon deja escapar un suspiro cuando no consigo responder. Enciende la radio del coche y pulsa una tecla tras otra, sin encontrar nada que le apetezca escuchar. Al final deja una emisora en la que suena una vieja canción de Madonna, pero baja tanto el volumen que apenas se oye.

—Pensabas que Sean y Tony eran los mejores amigos de Robert, ¿verdad? Así es como él se refirió a ambos. Pues te engaño. Solo son dos camareros que trabajan en ese pub.

—Y así fue como conocieron a Robert. Y es evidente que se hicieron amigos.

—Ni siquiera sabían su verdadero nombre. ¿Y por qué va todas las noches al Star? ¿Por qué está todas las noches en Spilling? Pensé que era camionero.

—Ya no trabaja de noche.

—Y entonces, ¿qué hace? ¿Para quién trabaja?

Yvon aumenta la velocidad, y yo levanto las manos para detenerla.

—Dame una oportunidad —digo—. No hay ningún misterio en eso. Él trabaja por su cuenta, pero básicamente trabaja para supermercados... Asda, Sainsbury's, Tesco...

—He pillado lo de los supermercados —masculla Yvon—. No hace falta que me hagas una lista.

—Dejó de trabajar por las noches porque a Juliet no le gustaba quedarse sola. De modo que casi todos los días él carga en Spilling y va a Tilbury, donde vuelve a cargar otra vez. Y a veces carga en Dartford...

—Escúchate —dice Yvon, lanzándome una mirada de perplejidad—. Estás hablando como él. «¡Carga en Dartford!». ¿Acaso sabes qué significa eso?

La situación empieza a resultar irritante. Bruscamente, le digo:

—Entiendo que significa que, en Dartford, carga mercancías en su camión que

luego transporta hasta Spilling.

Yvon niega con la cabeza.

—No lo entiendes. Sabía que no lo harías. Es como si él se hubiera apoderado de ti, pero, y tú, ¿qué has obtenido a cambio? Él no te ofrece más que promesas vacías. ¿Por qué nunca puede pasar toda una noche entera contigo? ¿Por qué Juliet no puede quedarse sola?

Me quedo mirando fijamente la calle.

—No lo sabes, ¿verdad? ¿Le has preguntado alguna vez qué es lo que le ocurre exactamente a su mujer?

—Si quiere decírmelo, lo hará. No quiero someterlo a un interrogatorio. Se siente desleal hablando conmigo de los problemas de su mujer.

—Muy noble de su parte. Es curioso, porque cuando te folla no se siente desleal. —Yvon lanza un suspiro—. Disculpa. —Noto algo su voz: puede que sea desdén o una fatigada amabilidad—. Mira, ayer viste a Juliet. Parecía autosuficiente, una mujer adulta y sana, y no ese ser frágil y desgraciado que te describió Robert...

—Él no me la ha descrito. Nunca me ha contado nada en concreto.

Estoy empezando a enfadarme. Necesito todas mis energías para buscarte, para ser positiva y dejar de volverme loca de miedo y preocupación. Y tener que hacer eso y al mismo tiempo defenderte es demasiado. Y demasiado absurdo, teniendo en cuenta que las críticas vienen de alguien que no te conoce.

—¿Por qué no puedes conseguir que se comprometa? Si no puede dejar a Juliet ahora, ¿cuándo será capaz de hacerlo? ¿Qué diferencia hay entre ahora y más adelante?

Quiero protegerte contra la hostilidad de Yvon, y por eso no digo nada. Podrías haber mentido sobre por qué no podías dejar a Juliet inmediatamente; muchos hombres lo habrían hecho. Podrías haberte inventado alguna historia que me hubiese mantenido a raya: una madre enferma, algún problema de salud. La verdad resulta mucho más difícil de aceptar, pero me alegra que me la contaras.

—No tiene nada que ver con Juliet —me dijiste. Ella no cambiará. Nunca cambiará.

En tu voz me pareció notar lo que sonaba como determinación, pero puede que fuera una especie de violenta resignación, al tener que llenar un vacío donde antes había esperanza. Al hablar, entornaste los ojos, como si reaccionaras ante un dolor muy agudo.

—Para ella, dejarla ahora sería lo mismo que si lo hiciera dentro de uno o de

cinco años.

—Entonces, ¿por qué no la dejas ahora? —te pregunté.

Yvon no es la única que se lo ha preguntado.

—Se trata de mí —admitiste—. Esto no tiene sentido, pero... Hace mucho tiempo que estoy pensando en dejarla. Planeándolo, deseando hacerlo. En cierto modo, es probable que haya pensado demasiado en ello. Se ha convertido en algo... casi irreal en mi imaginación. Estoy paralizado. Se ha convertido en algo demasiado difícil para mí. Me preocupa demasiado por los detalles..., por cómo y cuándo hacerlo. Mentalmente, ya he iniciado el proceso para dejarla. La apoteosis..., lo que he querido hacer desde hace mucho tiempo. —Sonreíste, con tristeza—. El problema es que ese proceso aún no se ha manifestado, salvo en mi cabeza.

Te tomaste tu tiempo para decirme esto, escogiendo con mucho cuidado las palabras exactas, las que mejor describían lo que sentías. Me he dado cuenta de que no te gusta hablar de ti, salvo cuando es para decirme lo mucho que me quieres o que solo sientes de verdad cuando estás conmigo. Eres lo contrario a un hombre distante y que solo piensa en sí mismo. Yvon cree que estoy obsesionada contigo, y está en lo cierto, pero ella nunca ha visto cómo te comportas. Nadie salvo yo sabe el deseo con que me miras, como si pensaras que no vas a volver a verme. Nadie ha sentido lo que se siente cuando me besas. Comparada con la tuya, mi obsesión se queda corta.

¿Cómo puedo explicarle todo esto a Yvon? Ni siquiera yo consigo entenderlo del todo.

—¿Y si dejar a Juliet siempre te parece algo demasiado difícil? —te pregunté —. ¿Y si siempre te sientes paralizado?

No soy tonta del todo. He visto las mismas películas que Yvon sobre mujeres que desperdician toda su vida esperando a que sus amantes casados se divorcien y se comprometan con ellas de verdad. Sin embargo, nunca te he considerado una pérdida de tiempo, da igual lo que pase. Aun cuando nunca dejes a Juliet, aun cuando todo lo que pueda tenerte sean tres horas a la semana, no me importa.

—*Siempre* me sentiré paralizado —dijiste. No era eso lo que yo quena oír, y volví la cabeza para que no vieras mi decepción—. Siempre me he sentido como me siento ahora: al borde del abismo, sin estar listo para saltar. Pero lo haré. Me obligaré a hacerlo. Hubo un momento en que realmente quería casarme con Juliet. Y lo hice. Y ahora es contigo con quien estoy desesperado por casarme. Es algo que deseo cada minuto.

Cuando recuerdo las cosas que me has dicho y escucho claramente tu voz en mi cabeza, me siento como un animal moribundo. No puede haberse terminado. Tengo que verte de nuevo. Quedan dos días hasta el jueves. Estaré en el Traveltel a las cuatro. Como de costumbre.

Yvon me da un codazo.

—Debería cerrar esa boca que tengo —dice—. ¿Qué puedo decir yo? Me casé con un alcohólico que era un vago porque me enamoré de la glorieta de su jardín y pensé que sería ideal para trabajar. Tuve lo que me merecía, ¿no es así?

Yvon miente constantemente sobre su historia de amor, haciendo que ella parezca mucho peor de lo que es. Se casó con Ben Cotchin porque lo amaba. Y sospecho que todavía lo ama, a pesar de que es un alcohólico sin oficio ni beneficio. Yvon y su empresa, *Summerhouse - Diseño de páginas web*, se han instalado en el reconvertido sótano de mi casa, y la glorieta de Ben, si hay que dar crédito a los espías de Yvon, es básicamente un sitio muy espacioso para tomar copas.

Casi hemos llegado. Veo la comisaría de policía, una imagen borrosa de ladrillos rojos a lo lejos que se va acercando. Siento un enorme nudo en la garganta. No puedo tragar saliva.

—¿Por qué no nos vamos un par de días? —dice Yvon—. Necesitas relajarte, cortar un poco con todo este estrés. Podríamos ir a las chalets de Silver Brae. ¿Te he enseñado la tarjeta? Gracias a mis contactos, nos alquilarían una chalet por casi nada; ya sabes cómo funcionan esas cosas. Después de haber hecho lo que tengas que hacer en la comisaría, podríamos...

—No —le espeto.

¿Por qué todo el mundo me habla de esos malditos chalets de Silver Brae? La inspectora Zailer ya me preguntó por ellos después de haberle dado la tarjeta por error. Me preguntó si tú y yo habíamos estado allí.

No quiero recordar la única ocasión en que te enfadaste conmigo, no cuando has desaparecido. Es curioso, porque hasta ahora no me ha importado. Me olvidé de ello en cuanto ocurrió. Y estoy segura de que tú también. Pero, de pronto, ese mal recuerdo parece haber cobrado significado y mi mente trata de ahuyentarlo.

Lo más probable es que eso no tenga nada que ver con tu desaparición. ¿Por qué tendría eso que empujarte a dejarme ahora, meses después de haber ocurrido? Además, todo ha ido bien desde entonces. Mejor que bien: perfecto.

Yvon tenía un montón de esas tarjetas en su mesa y cogí una. Pensé que necesitabas tomarte un buen descanso, lejos de Juliet y de sus absurdas exigencias, de modo que alquilé un chalet para darte una sorpresa. No por una semana, tan solo para un fin de semana. Tuve que negociar un precio especial por teléfono con una mujer bastante antipática que parecía empeñada en que yo no aumentara sus ingresos quedándome en uno de esos chalets.

Sé que por norma no te gusta pasar noches fuera de casa, pero pensé que si solo era una, no pasaría nada. Me miraste como si te hubiera traicionado.

Estuviste horas sin hablarme..., ni siquiera una palabra. «No deberías haberlo hecho —me decías constantemente—. Nunca deberías haberlo hecho». Te encerraste en ti mismo, con las rodillas apoyadas en el pecho, y ni siquiera reaccionaste cuando te zarandeé por los hombros, histérica por sentirme tan culpable y arrepentida. Fue la única vez que estuviste a punto de echarme a llorar. ¿Qué estarías pensando? ¿Qué pasaba por tu cabeza que no pudieras o quisieras contarme?

Estuve mal toda la semana, pensando que quizás lo nuestro había terminado y maldiciéndome por mi osadía. Pero el jueves siguiente, para mi sorpresa, volvías a ser el mismo. No mencionaste el asunto. Cuando quise disculparme, te encogiste de hombros y me dijiste: «Sabes que no puedo salir de casa. Lo siento mucho, cariño. Me habría encantado, pero no puedo». No entendí porqué no me dijiste eso en su momento.

Nunca se lo he contado a Yvon, y ahora no puedo hacerlo. ¿Cómo podría esperar que me entendiera?

—Lo siento —digo—. No quería ser desagradable.

—Tienes que tranquilizarte —dice, muy seria—. Sinceramente, creo de verdad que Robert está bien, esté donde esté. Eres tú quien está de los nervios. Y sí, sé que no estoy en posición de echarle un sermón. Tengo el récord del matrimonio más breve de la historia, y era muy jovencita cuando eso vapuleó mi vida. Cuando me divorcié, la mayor parte de mis amigas seguían sacando sobresalientes...

La exageración me hace sonreír. Yvon está obsesionada porque se divorció a los treinta y tres años. Piensa que lleva un estigma por haberse divorciado a esa edad tan temprana. En una ocasión le pregunté cuál era una buena edad para divorciarse, y ella, sin dudarle ni un momento, me dijo: «A los cuarenta y seis».

—Naomi, ¿me estás escuchando? No estoy hablando de cuando Robert salió a dar un paseo. Si quieres saberlo, estás de los nervios desde mucho antes.

—¿Qué quieres decir? —digo, totalmente a la defensiva—. Eso es una gilipollez. Antes del jueves estaba bien. Era feliz.

Yvon niega con la cabeza.

—¡Te has quedado a pasar la noche en el Traveltel, sola, mientras Robert volvía a casa con su mujer! Eso es enfermizo. ¿Cómo puede permitirlo? Y, pasadas las siete, cuando él se va, ¿por qué no vuelves a casa? Mierda, estoy despotricando. Y eso que intento ser diplomática.

Yvon tuerce a la izquierda para entrar en el aparcamiento de la comisaría. «Nada de salir huyendo —me digo—. Nada de cambiar de opinión en el último momento».

—Robert no sabe que siempre me quedo a pasar la noche.

Puede que lo que hago los jueves por la noche suene como una locura, pero es algo que no tiene que ver contigo.

—¿No lo sabe?

—Nunca se lo he dicho. Se preocuparía al pensar que me quedo allí sola. En cuanto a por qué lo hago..., puede que suene como una locura, pero el Traveltel es nuestro hogar. Aunque él no pueda quedarse, yo sí quiero hacerlo. Allí me siento más unida a él que en casa.

Yvon asiente con la cabeza.

—Lo sé, pero..., por Dios, Naomi, ¿acaso no eres capaz de ver que eso es parte del problema? —No sé de qué me habla. Pero sigue hablando, con voz agitada—. Te sientes unida a él en una miserable y anónima habitación mientras él está en su casa, con los pies sobre la mesa, viendo la tele con su mujer. Las cosas que no le cuentas y las que él no te cuenta, ese extraño mundo que ambos habéis creado, solo existe en una habitación y únicamente durante tres horas a la semana. ¿Acaso no lo ves?

Puede que un día te cuente que me he quedado todos los jueves sola en el Traveltel. Solo he dejado de contártelo porque me siento ligeramente avergonzada... ¿Y si pensaras que es una exageración? Puede que haya otras cosas que no te haya contado sobre mí, pero solo hay una que realmente quiera ocultar, a ti y a todo el mundo. No puedo creer que haya acabado en esta situación y que lo que estoy a punto de hacer se haya convertido en algo necesario e inevitable.

Yvon maldice entre dientes. El Punto ha chocado contra un poste.

—Tienes que bajar —dice—. Aquí no hay sitio para aparcar.

Asiento con la cabeza y abro la puerta del coche. Siento que el viento me congela la piel. Esto no puede estar pasando. Después de tres años de guardar celosamente un secreto, estoy a punto de derribar la barrera que he levantado entre el mundo y yo. Voy a quitarme la máscara.

4/4/06

Cuando se dirigía hacia la puerta principal de la casa de Haworth, Simón se detuvo frente a la que supuso que era la ventana por que había mirado Naomi Jenkins cuando sufrió el ataque de pánico. Las cortinas estaban echadas, pero había un pequeño espacio entre ellas a través del cual Simón pudo ver el salón del que les había hablado Naomi. Se dio cuenta de que había sido muy precisa en cuanto a los detalles. Un sofá y una butaca de color azul marino, un aparador con puertas de cristal, una cantidad exagerada de casitas de adorno de muy mal gusto, un cuadro de un viejo desaliñado observando a un muchacho medio desnudo que toca la flauta... Todo estaba allí, tal y como ella lo había descrito. Simón no observó nada raro, nada que pudiera explicar la súbita y extrema reacción de Naomi.

Siguió su camino hasta la puerta principal y vio el descuidado jardín, que parecía más un patio lleno de trastos que otra cosa. Pulsó el timbre, pero no oyó nada. ¿Acaso las paredes eran demasiado gruesas, o es que el timbre estaba estropeado? Volvió llamar, pero con idéntico resultado. Nada. Estaba a punto de golpear la puerta cuando una voz femenina, en un tono que daba entender que no le había dado tiempo a contestar, gritó:

—¡Ya voy!

Si Charlie hubiese estado allí, le habría enseñado la placa y tarjeta de identificación, dispuesta a enfrentarse a quien le abriera la puerta. Simón tendría que haber imitado a su superior y hacer lo mismo y quedarse allí, cosa que no le gustaba. Cuando iba solo, únicamente se identificaba ante la gente si se lo pedían. Se sentía cohibido, casi ridículo, enseñando la placa de inmediato, mostrándosela a la gente en cuanto empezaban a hablar. Se sentía como si estuviera actuando.

La mujer que tenía enfrente, con una expresión expectante en el rostro, era joven y atractiva. El pelo, rubio, le llegaba hasta los hombros; tenía los ojos azules y algunas pecas en la nariz y las mejillas. Sus cejas eran dos finos y perfectos arcos; era evidente que había dedicado mucho tiempo a ellas y que debía haberle dolido. A Simón le parecieron desagradables y poco naturales. Recordó que Naomi Jenkins había hablado de un traje de chaqueta. Hoy, Juliet Haworth llevaba unos vaqueros azules y una sudadera negra de cuello de pico. Su olor desprendía un fuerte aroma a limón.

—¿Hola? —dijo, enérgicamente.

—¿La señora Juliet Haworth?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Está en casa su marido, Robert Haworth? Quería hablar un momento con él.

—¿Y usted es...?

Simón odiaba presentarse; odiaba el sonido de su voz pronunciando su nombre. Era un complejo que tenía desde que iba a la escuela, aunque estaba decidido a que nadie lo descubriera.

—Soy el subinspector Simón...

Juliet Haworth lo cortó con una sonora carcajada.

—Robert no está. ¿Es usted policía? ¿Un subinspector? ¡Joder!

—¿Sabe dónde está?

—En Kent, en casa de unos amigos. —Ella asintió con la cabeza—. Naomi ha denunciado su desaparición, ¿verdad? Por eso estuvo aquí.

—¿Cuánto tiempo lleva el señor Haworth en Kent?

—Varios días. Mire, a esa zorra de Naomi le falta un tornillo. Es una maldita...

—¿Cuándo volverá? —la interrumpió Simón.

—El próximo lunes. ¿Quiere que lo lleve a la comisaría para demostrar que sigue con vida, que no lo he golpeado hasta matarlo en un ataque de celos?

Juliet Haworth torció la boca. «¿Estaba admitiendo que sentía celos o burlándose de ello?», se preguntó Simón.

—Estaría bien que viniera a verme cuando regrese, sí. ¿En qué parte de Kent se encuentra?

—En Sissinghurst. ¿Quiere la dirección?

—Eso sería de gran ayuda, sí.

Juliet pareció irritada por su respuesta.

—Dunnisher Road, número 22 —dijo, lacónicamente.

Simón anotó la dirección.

—¿Sabe que esa mujer está como una chota? Si la conoce ya debe saberlo. Robert lleva meses intentando acabar con esa historia, pero ella no se da por aludida. En realidad, está bien que se haya presentado usted aquí. Debería haber sido yo quien acudiera a la policía y no ella. ¿Hay algo que yo pueda hacer para impedir que ella venga aquí a todas horas? ¿Podría pedir una orden de alejamiento?

—¿Cuántas veces se ha presentado aquí de improviso?

—Estuvo aquí ayer —dijo Juliet, como si aquella fuera la respuesta a la pregunta de Simón—. Miré a través de la ventana de mi habitación y la vi en el jardín, intentando huir antes de que yo bajara.

—De modo que solo ha estado aquí una vez. Ningún juzgado le concedería una orden de alejamiento.

—Quiero ser previsor. —Juliet parecía hablar ahora en el tono de quien está conspirando. Mientras hablaba, entornó un ojo, en un gesto que era un guiño a medias—. Volverá. Si Robert no da un paso para acercarse a ella, cosa que no hará, no pasará mucho tiempo hasta que Naomi Jenkins esté viviendo en una tienda de campaña en mi jardín.

Juliet se echó a reír, como si aquella idea, más que preocupante, fuera divertida. Entonces dio un paso para entrar de nuevo en casa, pero se quedó de pie en el umbral de la puerta. Detrás de ella, en el vestíbulo, Simón vio una alfombra de color marrón claro, un teléfono rojo sobre una mesa de madera y un montón de zapatos, zapatillas de deporte y botas tirados por el suelo. Apoyado en la pared, llena de marcas y arañazos, había un espejo cuya superficie, en la parte central, estaba manchada con una especie de fijador. A la derecha del espejo había un calendario, largo y estrecho, sujeto con una chincheta; en la parte superior había una foto del castillo de Silsford y una línea con cada día del mes, aunque sin nada escrito. Ni Robert ni Juliet habían anotado nada.

—El camión del señor Haworth está aparcado ahí fuera —dijo Simón.

—Lo sé. —Juliet no hizo nada por disimular su impaciencia—. Le he dicho que Robert está en Kent. Pero no dije que su camión también estuviera allí.

—¿Tiene otro vehículo?

—Sí, un Volvo V40. Y, para ahorrarle el trabajo, le informo de que también está aparcado ahí fuera. Robert se fue a Sissinghurst en tren. Es camionero; cuando no trabaja, intenta no conducir.

—¿Tiene el número de teléfono del sitio donde está?

—No. —Su rostro se ensombreció—. Se llevó el móvil.

Simón creyó que aquello no era normal.

—Pensé que había dicho que estaba en casa de unos amigos. ¿No tiene su número de teléfono?

—Son amigos de Robert, no míos.

El labio fruncido de Juliet sugería que no habría querido compartir aquellas

amistades ni aun cuando su marido se lo hubiera ofrecido.

—¿Cuándo habló con Robert por última vez? —preguntó Simón.

Su contraataque había dado resultado. Viendo que Juliet estaba impaciente por que se fuera, se sintió inclinado a quedarse.

—No quisiera ser desagradable, pero ¿a usted qué le importa? Anoche, ¿vale? Me llamó anoche.

—Naomi Jenkins afirma que él no contesta al móvil.

Al parecer, a Juliet le pareció muy estimulante esa información. Su rostro se animó, y sonrió.

—Debe de estar subiéndose por las paredes. Robert, siempre tan fiable, no le devuelve las llamadas... ¡Qué vendrá después!

Simón detestaba la forma en que los celos convertían a la gente en unos salvajes. Él mismo había sido uno de esos salvajes en más de una ocasión; la humanidad se esfumaba, sustituida por la brutalidad. Se imaginó a Juliet como una depredadora, relamiéndose los labios mientras su presa moría desangrada delante de ella. Sin embargo, puede que aquello no fuera justo, puesto que Naomi Jenkins había reconocido que quería que Haworth dejara a Juliet y se casara con ella.

Ayer, Naomi le anotó el número del móvil de Robert. Más tarde, Simón le dejaría un mensaje a Haworth y le diría que lo llamara. Se aseguraría de que el tono de su voz fuera el de un hombre de mundo. «Fingiré ser Colin Sellers», se dijo.

—Hágame un favor, ¿vale? —dijo Juliet—. Dígale a Naomi que Robert se ha llevado el móvil y que no está estropeado. Quiero que sepa que él ha recibido todos sus mensajes, pero que no piensa contestárselos.

Tiró de la puerta hacia ella, impidiendo a Simón ver el interior de la casa. Lo único que podía ver ahora era la pequeña mesa semicircular en la que estaba el teléfono, justo detrás de ella.

Simón le dio su tarjeta.

—Cuando vuelva su marido, dígale que se ponga en contacto conmigo inmediatamente.

—Ya le he dicho que lo haré. Y ahora, ¿puedo irme? O, mejor dicho, ¿puede irse, por favor?

Simón podía imaginársela echándose a llorar en cuanto le hubiera cerrado la puerta. Su actitud, se dijo, era demasiado frágil y ligeramente artificial. Puro teatro. Se preguntaba si Robert Haworth habría ido a Kent para tomar su decisión final: Juliet o Naomi. Si había sido así, no era sorprendente que su

mujer estuviera al borde de un ataque de nervios.

Simón se imaginó a Naomi sentada en su casa, tensa, intentando encontrarle una explicación lógica al hecho de que Haworth la hubiera abandonado. Sin embargo, el amor y la lujuria no respetaban la lógica, ese era el problema. Pero ¿por qué de repente a Simón le daba lástima Naomi Jenkins y no la esposa engañada?

—Naomi pensaba que yo no sabía que existía —dijo Juliet, con una sonrisa maliciosa—. ¡Estúpida zorra! Pues claro que lo sabía. Encontré una fotografía suya en el móvil de Robert. Y no estaba sola. Era una foto de los dos, abrazados, en una gasolinera. ¡Qué romántico! No estaba buscando nada..., la encontré por casualidad. Robert se había dejado el teléfono en el suelo. Estaba colocando los adornos navideños, y lo pisé sin querer. Empecé a pulsar teclas al azar, asustada, porque pensé que lo había roto, y de repente vi esa foto. Fue un shock —murmuró, más para sí misma que para Simón. Sus ojos empezaron a volverse vidriosos—. Y ahora tengo a la policía en casa. Si quiere que se lo diga, creo que Naomi Jenkins quiere pegarme un tiro.

Simón se apartó de ella. Se preguntaba cómo se las habría arreglado Robert Haworth para asistir a sus citas semanales con Naomi si Juliet conocía su aventura desde antes de Navidad. Si solo lo hubiera sabido desde la semana pasada, eso podría explicar la precipitada marcha de Haworth para quedarse con sus amigos de Kent.

Simón había empezado a preguntarse algo mentalmente, pero antes de que pudiera darle forma, Juliet Haworth dijo:

—Estoy harta de todo esto.

Y le cerró la puerta en las narices.

No era la única que estaba harta. Simón levantó la mano para llamar de nuevo al timbre, pero al final decidió no hacerlo. En ese momento, formular cualquier otra pregunta habría sido entrometerse. Con una sensación de alivio, volvió al coche, puso el motor en marcha, sintonizó Radio 4 y, al llegar al final de la calle, ya se había olvidado del pequeño y sórdido triángulo amoroso de Robert Haworth.

Charlie entró en el bar del hotel Playa Verde y colgó su bolso en el taburete que había junto al que ocupaba su hermana. Al menos Olivia había seguido sus instrucciones y la había esperado en vez de salir corriendo hacia el aeropuerto y tomar un vuelo en primera clase a Nueva York, tal y como le había amenazado con hacer. ¡Por Dios! ¡Qué ridícula estaba con ese vestido negro que le dejaba la espalda al descubierto! ¿Qué esperaba Liv? El viaje les había costado cuatrocientas libras, una oferta de última hora.

—No he encontrado nada —dijo Charlie. Se quitó las gafas y se secó las gotas de lluvia que tenía con el dobladillo de la blusa.

—¿Cómo que no has encontrado nada? Debe de haber un millón de hoteles en

España. Y no creo que no haya ninguno que no sea mejor que este.

Olivia se quedó mirando su copa de vino para asegurarse de que estaba limpia antes de tomar un sorbo.

Ni ella ni Charlie trataban de hablar en voz más baja de lo habitual ni les importaba si el camarero las estaba escuchando. Era un hombre mayor de Swansea que llevaba dos enormes mariposas de color azul tatuadas en los antebrazos. Charlie le había oído contar antes a un cliente que se había mudado allí después de haber trabajado durante veinte años como profesor de autoescuela.

—No echo de menos Inglaterra —dijo—. El país se ha ido a la mierda.

Su única concesión a su nuevo país de residencia era contarle a toda la gente que se acercaba a la barra que la jarra de sangría estaba a mitad de precio y que la oferta seguiría vigente hasta el fin de semana.

Esa noche, Charlie y Olivia eran sus únicas clientas, aparte una obesa pareja con la piel de color naranja rodeada por un montón de maletas. Estaban encorvados sobre un cuenco plateado con seis cacahuets que removían ocasionalmente con sus enormes dedos, como si esperaran que apareciera algo interesante debajo de ellos. *You Wear It Well*, de Rod Stewart, sonaba como música de fondo, aunque había que hacer un esfuerzo para poder escuchar bien la canción.

Las cuatro paredes del bar Arena estaban cubiertas por papel pintado de color verde, rojo y con cuadros escoceses. El techo era de Artex, con manchas de nicotina. Aun así, era el único lugar donde estar si alguien tenía la mala suerte de alojarse en el hotel Playa Verde, porque al menos servían alcohol. Para consternación de Olivia, en la minúscula habitación que ella y Charlie compartían no había minibar; cuando llegaron, empezó a abrir todos los cajones del armario; se inclinaba para mirar dentro, sin parar de decir: «Tiene que estar en alguna parte».

Una cortina de tela que apestaba a cigarrillos y a grasa colgaba de la estrecha ventana de la habitación. No debían de haberla lavado desde hacía años. La cama que eligió Olivia, porque estaba junto al baño, se encontraba tan cerca de este que bloqueaba la puerta; cuando Charlie tuviera que usarlo por la noche tendría que saltar por encima de la cama de su hermana. Por la tarde, cuando le echó un vistazo, descubrió dentífrico seco pegado a uno de los dos vasos de plástico que había junto al lavabo y pelos de algún desconocido atascados en el desagüe de la bañera. Hasta entonces, sin motivo aparente, la alarma contra incendios había sonado en dos ocasiones, y en cada una de ellas transcurrió más de media hora antes de que alguien tuviera el detalle de desconectarla.

—¿Has mirado en Internet? —preguntó Olivia.

—¿Qué crees que he estado haciendo durante las dos últimas horas?

Charlie respiró profundamente y pidió un brandy con jengibre, tras rechazar una vez más la sangría a mitad de precio y hacer asomar una falsa sonrisa a su rostro cuando el camarero le comentó que podía disfrutar de aquella oferta especial hasta el fin de semana. Encendió un cigarrillo, pensando que, en situaciones como aquella, fumar seguramente no sería malo para su salud, aunque si lo fuera el resto del tiempo. El fin de semana parecía estar muy, muy lejos. Así pues, disponía de mucho tiempo para suicidarse si comprobaba que las cosas no mejoraban. Quizás debería suicidarse haciendo explotar una bomba en mitad de aquel maloliente hotel.

—Créeme, no habría ningún sitio al que hubieras dado el visto bueno —le dijo a Olivia.

—Entonces, ¿sí había hoteles disponibles?

—Algunos. Pero o no tenían piscina o no estaban junto al mar o no tenían aire acondicionado o solo disponían de buffet por las noches...

Olivia negó con la cabeza.

—Si seguimos así no creo que nos haga falta el aire acondicionado ni la piscina —dijo—. Hace frío y está lloviendo. Ya te dije que era demasiado pronto para viajar a España.

Charlie empezó a sentir que una ola de calor ensanchaba su pecho.

—También dijiste que no querías hacer un vuelo largo.

Olivia había propuesto viajar en junio para evitar lo que ella llamaba «las ansias de calor». A Charlie le pareció buena idea; lo último que deseaba era ver a su hermana saltando de la cama todos los días a las seis de la mañana, corriendo hacia la ventana y lamentándose: «¡Aún no hace nada de sol!». Sin embargo, el inspector jefe Proust había echado a perder el plan. Dijo que en junio habría demasiada gente de vacaciones. Para empezar, Gibbs se iba de luna de miel. Y antes, Sellers había reservado unas vacaciones clandestinas con su novia, Suki. La versión oficial era que se iba con el resto del equipo para seguir un curso de entrenamiento; mientras tanto, Stacey, su mujer, se quedaría en Spilling, lo que ofrecía no pocas ocasiones de que coincidiera con Charlie, Simón, Gibbs y Proust, la gente con la que Sellers le había dicho que estaría por ahí colgándose de una cuerda y arrastrándose por el barro. Charlie no se acababa de creer que la doble vida de Sellers hubiera durado tanto, teniendo en cuenta la sarta de mentiras que solía contar.

—Entonces, ¿no te molestaría que fuera un hotel sin piscina y sin aire acondicionado? —preguntó Charlie, suspicaz ante lo que parecía una solución muy fácil. Tenía que haber algún pero.

—Lo que me molesta es que no haga sol y que haga más frío que en Londres. —Olivia se irguió en su taburete, cruzando las piernas. Estaba muy elegante y parecía decepcionada, como una de esas solteras a las que dejan plantadas en una de esas largas y aburridas películas que Charlie detestaba, llenas de

mujeres con sombrero y de dudosa reputación—. Pero no puedo hacer nada para remediarlo; y lo que no haré es sentarme junto a una piscina mientras está lloviendo. —Su mirada se iluminó de repente—. ¿Había algo con piscina cubierta? ¿O con spa? ¡Un spa sería genial! Me muero por uno de esos tratamientos de flotación en seco.

Charlie se sintió desfallecer. ¿Por qué no podría haber sido todo perfecto, al menos por esta vez? ¿Acaso era pedir demasiado? Si las cosas salían bien, no había nada más divertido que estar con Olivia.

—No lo he mirado —dijo Charlie—. Pero no lo creo muy probable, a menos que quieras gastarte una pequeña fortuna.

—El dinero no me importa —dijo rápidamente Olivia. Charlie sintió como si hubiera un volcán en erupción en su interior, un volcán que tenía que sofocar o en caso contrario explotaría, y lo arrasaría todo.

—Bueno, por desgracia, a mí sí me importa el dinero, de modo que a menos que quieras que busque dos hoteles distintos...

Olivia tenía una posición menos acomodada que Charlie. Era periodista *freelance* y pagaba una hipoteca colosal por un apartamento en el barrio londinense de Muswell Hill. Siete años atrás le diagnosticaron un cáncer de ovario. La operación para extirparle los dos ovarios y la matriz se le practicó de inmediato y pudo salvar la vida. Desde entonces había despilfarrado el dinero como si fuera la hija consentida de unos aristócratas. Conducía un BMW Z5 y solía tomar taxis de una punta a otra de Londres de manera habitual. Coger el metro era una de las muchas cosas a las que afirmaba haber renunciado para siempre, así como comprometerse, planchar y envolver regalos. A veces, cuando no podía dormir, Charlie se preocupaba por la situación económica de su hermana. Debía de tener muchas deudas..., y eso era algo que Charlie detestaba.

—Si no podemos conseguir un hotel en condiciones, preferiría hacer algo completamente distinto —dijo Olivia tras reflexionar un rato.

—¿Distinto?

Charlie estaba sorprendida. Olivia había vetado, sin demasiada ambigüedad, cualquier sitio equipado con cocina porque consideraba que requería demasiado esfuerzo, incluso después de que Charlie le aseguró que sería ella quien compraría y cocinaría lo que hiciera falta. En lo que a Charlie respectaba, no le costaba demasiado preparar unas tostadas por la mañana y una ensalada a la hora de comer. Charlie pensó que Olivia debería hacer su trabajo durante un par de días.

—Sí. Un camping o algo así.

—¿*Un camping*? ¿Y eso lo dice la que no quiso ir a Glastonbury porque la señora de la limpieza no le pone una funda de ganchillo al papel higiénico?

—Mira, no es mi opción preferida. Un bonito hotel en España, en junio, eso era lo que quería. Y si no puedo tenerlo, preferiría no estar en una triste caricatura de lo que deseaba. Al menos un camping sé que es un asco. Se supone que hay que dormir en el suelo, en una tienda, y comer bolsas de patatas fritas...

—Estoy segura de que si alguna vez intentaras ir a un camping te esfumarías como la bruja de *El mago de Oz* ...

—Y, ¿qué me dices de mamá y papá? Hace siglos que no vamos a verlos. Mamá nos espera con los brazos abiertos. Siempre me preguntan cuándo vamos a volver a ir con un tono de voz que amenaza con desheredarnos.

Charlie hizo una mueca. Hacía poco que sus padres se habían instalado en Fenwick, un pueblecito de la costa de Northumberland donde habían desarrollado una obsesión por el golf que no tenía nada que ver con el carácter relajado de ese deporte. Se comportaban como si el golf fuera un trabajo a jornada completa, ¿es que iban a ser despedidos si no jugaban de forma muy concienzuda? En una ocasión, Olivia los acompañó al club y luego le contó a Charlie que sus padres habían estado tan relajados como dos mulas cargadas de droga frente a los agentes de aduana de un aeropuerto.

Charlie no se creía capaz de enfrentarse con los tres miembros de su familia más cercana al mismo tiempo. No podía conciliar la idea de sus padres con la de unas vacaciones. Aun así, hacía siglos que había viajado al norte por última vez. Puede que Olivia tuviera razón.

El camarero subió el volumen de la música. Seguía sonando Rod Stewart, pero cantaba otro tema: *The First Cut Is the Deepest* .

—Me encanta esta canción —dijo el camarero, guiñándole el ojo a Charlie—. Tengo una camiseta que lleva escrito: «Rod es Dios». Suelo ponérmela casi siempre, pero hoy no la llevo.

Bajó los ojos hacia su pecho, aparentemente desconcertado.

La mezcla de Rod Stewart y el papel pintado de cuadros escoceses le sugirió una idea a Charlie.

—Ya sé adónde podemos ir —dijo—. ¿Qué te parecería volar a Escocia?

—Volaré a cualquier sitio donde pueda pasar unas buenas vacaciones. Pero ¿por qué Escocia?

—Estaríamos lo bastante cerca de papá y mamá para ir a comer un par de veces a su casa, pero no tendríamos que quedarnos con ellos. Podríamos tomarnos a toda prisa el asado de la cena y largarnos...

—¿Adónde? —preguntó Olivia.

—Alguien del trabajo me dio esta tarjeta de unos chalets de alquiler...

—Oh, por el amor de Dios...

—No, escucha. Sonaba bien.

—Estarán equipados con cocina.

Olivia puso cara de aprensión.

—La tarjeta dice que si lo deseas pueden servirte comidas caseras.

—¿Tres veces al día? ¿Desayuno, comida y cena?

¿Cómo era posible que necesitara una copa mientras aún tenía una en la mano que estaba tomando a largos tragos? Charlie encendió otro cigarrillo.

—¿Qué tal si llamo y pregunto? De verdad que sonaba muy bien, Liv. Las camas son enormes y todo eso. La tarjeta decía que eran chalets de lujo.

Olivia se echó a reír.

—Serías el sueño de cualquier jefe de marketing, en serio. Hoy en día, a cualquier cosa la llaman «lujo», incluso a cualquier cochambroso *bed & breakfast* ...

—Creo que también tenía spa —la interrumpió Charlie.

—Eso significa un cobertizo en ruinas con un charco de agua fría. Dudo que ofrezcan tratamientos de flotación en seco.

—¿De verdad quieres eso? ¿Por qué no subimos a la habitación y dejas que te tire por la ventana?

¿Acaso no decían que los buenos chistes siempre tienen un trasfondo de verdad?

—No me culpes por ser un poquito prudente. —Olivia miró a Charlie de arriba abajo, como si acabara de conocerla en ese momento—. ¿Por qué tendría que fiarme de ti cuando es muy evidente que estás loca? —Bajó la voz y siguió hablando con un áspero susurro—. ¡Te inventaste un novio!

Charlie desvió la mirada y lanzó un aro de humo al aire. ¿Por qué sentía la compulsión de contarle a su hermana todo lo que hacía, aun a sabiendas de que iba a criticarla de lo lindo?

—¿Le pusiste nombre? —preguntó Olivia.

—No quiero hablar de ello. Graham.

—¿Graham? ¡Por Dios!

—Esa mañana me tomé el desayuno en un bol de los Golden Grahams. Estaba demasiado agotada para ser creativa.

—Si yo hubiera hecho lo mismo que tú, estaría saliendo con un pastelito de manzana y canela. ¿Simón te creyó?

—No lo sé. Creo que sí. En cualquier caso, no se mostró muy interesado.

—Y Graham, ¿tiene apellidos? ¿Leche Semidesnatada, tal vez?

Charlie negó con la cabeza, sonriendo con poco entusiasmo. Se suponía que la capacidad para reírse de uno mismo era una virtud. Y eso era algo que Olivia esperaba que Charlie pusiera en práctica demasiado a menudo.

—Corta por lo sano en cuanto vuelvas —le aconsejó Olivia—. Dile a Simón que has terminado con Graham. Y únete de nuevo al mundo de los cuerdos.

Charlie se preguntaba si Simón les habría contado algo a Sellers y a Gibbs. O, que Dios no lo quisiera, al inspector jefe Proust. Toda la gente del DIC la consideraba un desastre en el terreno sentimental. Todos sabían lo que sentía por Simón y que él la había rechazado. Sabían que, durante los últimos tres años, se había acostado con más gente que la mayoría de ellos en toda su vida.

Charlie ya se había acostumbrado a su mentira, al nuevo estatus y a la dignidad que le proporcionaba. Quería que Simón pensara que tenía un novio como Dios manda y no otro de sus imposibles ligues de una noche... Una relación que podría durar, como una mujer adulta.

A Olivia no le había contado nada sobre Alice Fancourt y Simón. Era algo que la deprimía demasiado. ¿Por qué Simón había pensado de repente en Alice, después de casi dos años sin estar en contacto con ella? ¿Qué podía tener de bueno volver a verla ahora? Charlie había dado por sentado que él se había olvidado de Alice o que lo estaba intentando. Pero era como si nada hubiera ocurrido entre ellos.

Con mucha solemnidad, él le dijo a Charlie que pensaba llamar a Alice, como si esperara que fuera a reprochárselo. Simón sabía que a ella le importaría. Unos días después, cuando dejó caer al inexistente Graham en la conversación, fue obvio que a él no le importaba.

Olivia siguió hablando, como si Charlie corriera el peligro de olvidarse de todo.

—A Simón le da igual que tengas novio. No sé por qué crees que puedes ponerle celoso. Si te quisiera, te tendría desde hace tiempo.

¿Era posible que Simón descubriera que se había inventado a Graham? Charlie pensaba que, de ser así, no podría soportarlo.

—¿Quieres que llame a los chalets de Silver Brae o no? —preguntó

cansinamente.

—No puede ser peor que este antro. —Olivia imitó el acento escocés—. Está bien, muchacha, ¿por qué no?

Martes, 4 de abril

—Quiero denunciar una violación —le digo al subinspector Waterhouse.

Él frunce el ceño, mirando la hoja de papel que tiene en la mano, como si yo fuera a decirle qué debía preguntar a continuación.

—¿A quién han violado?

—A mí.

—¿Cuándo?

Dudo que hubiera sido tan brusco si me hubiese creído.

—Hace tres años —digo.

Abre unos ojos como platos. Evidentemente, estaba esperando otra respuesta.

—El 30 de marzo de 2003.

Espero no tener que volver a repetir la fecha. El subinspector Waterhouse se queda de pie junto a la puerta, como si estuviera vigilándola, y no hace ningún ademán de sentarse.

La sala de interrogatorios en la que estamos no es mucho más grande que mi cuarto de baño. En las paredes, de color azul celeste, hay carteles sobre abusos, violencia doméstica, fraudes y vídeos piratas. No creo que a nadie le importe realmente la gente que hace copias ilegales de películas y las vende, pero supongo que la policía debe enfrentarse a toda clase de delitos, le importen a la gente o no. Todos los carteles tienen el logotipo de la policía en la esquina inferior derecha, lo cual hace que me pregunte si habrá algún departamento de diseño en el edificio, alguien cuyo trabajo consista en decidir de qué color debe ser el fondo de un cartel sobre fraudes a la Seguridad Social.

El diseño es la parte de mi trabajo que más me gusta. Siempre se me cae el alma a los pies cuando un cliente tiene una idea demasiado concreta sobre lo que quiere. Prefiero a los clientes que desean dejarlo en mis manos. Me encanta escoger la leyenda en latín, qué clase de piedra voy a emplear y de qué color voy a pintarla, decidir los adornos. Los adornos de un reloj de sol no tienen nada que ver con la forma de marcar la hora, solo son toques decorativos.

Apenas te he hablado de mi trabajo, ¿verdad? Tú nunca hablas del tuyo, y no

quiero dar la impresión de que pienso que el mío es más importante. En una ocasión cometí el error de preguntarte por qué decidiste ser camionero.

—Lo que quieres decir es que habría podido dedicarme a algo mejor —respondiste de inmediato.

No sabría decir si te ofendiste o si estabas proyectando en mí lo que sientes con respecto a tu trabajo. —No quería decir eso en absoluto— dije. No quería, de verdad. En una ocasión pensé en ello y vi todas las ventajas de hacer lo que tú haces. Trabajar por tu cuenta, para empezar. Poder escuchar los CD que quieras o la radio todo el día. Empecé a pensar que, después de todo, puede que nuestros trabajos no sean tan diferentes. Supongo que debo tener un esnobismo muy arraigado que me hizo dar por sentado que todos los camioneros eran estúpidos y ordinarios, hombres con barrigas cerveceras y pelo cortado al rape que se ponen violentos al enterarse de que va a subir el precio del carburante.

—Me gusta ir a mi aire y me gusta conducir. —Te encogiste hombros; para ti, la respuesta era simple y obvia. Luego la diste—: Y no soy ningún estúpido.

¡Como si alguna vez hubiera pensado que lo fueras! Eres la persona más inteligente que he conocido jamás. Y no estoy hablando de títulos. No sé si acabaste los estudios superiores, aunque sospecho que no. Cuando hablas, no eres pedante, como los que se las dan de listos..., más bien todo lo contrario. Tengo que arrancarte las palabras y, cuando comentas tus puntos de vista y tus preferencias, parece hacerlo como pidiendo perdón, como si no quisieras medirme con los demás. Solo te explayas cuando me dices lo mucho que me quieres.

—Soy mi dueño —dijiste—. Solo yo y mi camión. Es mejor que ser comunista.

Desde que nos conocemos, esa es la única referencia que has hecho a la política. Quería preguntarte a qué te referías, pero no lo hice porque el tiempo que pasamos juntos se estaba agotando; eran casi las siete.

—¿Por qué preguntó por mí o por la inspectora Zailer? —dice el subinspector Waterhouse—. Pensaba que quería hablar de Robert Haworth.

—Y así es. Robert fue el hombre que me violó.

La mentira sale de mi boca. Ya no estoy nerviosa. Mi descaro se ha hecho con el control. Tengo una fuerte y absurda sensación que me dice que a partir de ahora puedo marcar las pautas. ¿Quién va a detenerme? ¿Quién tiene tanta imaginación para comprender de lo que es capaz la mía?

Soy alguien que hace cosas que nadie haría.

Me asalta una idea horrible.

—¿Es demasiado tarde? —pregunto.

—¿Qué quiere decir?

—¿Puedo hacer la denuncia a pesar de que eso ocurrió hace mucho tiempo?

—¿Robert Haworth la violó?

—Así es.

Waterhouse no hace ningún esfuerzo por disimular su incredulidad.

—¿El hombre del que está enamorada y que está enamorado de usted? ¿El hombre con el que se encuentra todas las semanas en el Traveltel del área de servicio de Rawndesley East?

—Ayer mentí. Lo siento.

—¿Todo lo que dijo era mentira? ¿Usted y el señor Haworth no tienen una relación?

He leído en varias páginas web sobre violaciones que algunas mujeres se sienten sentimental o sexualmente unidas a sus violadores después de la agresión, pero yo nunca podría ser esa clase de chalada. Eso implica que solo puedo decir una cosa.

—Todo lo que les conté ayer era mentira, sí.

Waterhouse no me cree. Probablemente piensa que estoy demasiado serena. Odio el hecho de que la gente espere que muestres tus emociones en público.

—¿Y a qué vino esa mentira?

Lo dice en el tono en que podría decírselo a un sospechoso.

—Al principio no estaba segura de querer denunciar la violación. —Sigo usando la palabra que he evitado durante tres años. Cada vez que la repito, me resulta más fácil decirla—. Quería asustar a Robert Haworth. Pensé que si la policía iba a verlo y mencionaba mi nombre se quedaría aterrorizado.

Waterhouse se queda mirándome fijamente en silencio. Está esperando a que me desmorone.

—¿Y por qué ha cambiado de parecer? —me pregunta finalmente.

—Me di cuenta de que la otra idea era una estupidez. Tomarme la justicia por mi cuenta...

—Desde el 30 de marzo de 2003 ha pasado mucho tiempo. ¿Por qué esperar hasta ayer?

—Tres años no son nada. Pregunte a cualquier mujer que haya sido violada. Sufrí un shock durante mucho tiempo. No estaba en condiciones de tomar una

decisión.

Contesto a todas las preguntas con rapidez, como un robot, y me doy la enhorabuena por haber tenido el sentido común de no haberme sometido a esta traumática experiencia tres años atrás.

A regañadientes, Waterhouse saca una silla de la mesa y se sienta frente a mí.

—Ayer resultaba más convincente que hoy —dice—. El señor Haworth la ha dejado, ¿no es así? ¿Es esta su manera de castigarlo?

—No. Yo...

—¿Es consciente de que acusar falsamente a alguien de una violación es un delito muy grave?

Mira fijamente la hoja de papel. Está llena de notas, escritas con la letra más pequeña que haya visto jamás. Soy incapaz de leer nada.

Estoy a punto de contestarle, pero me detengo. ¿Por qué debo permitirle que me acrible a preguntas? Ahora ha cogido el ritmo, como alguien que juega solo al frontón. Merezco un poco más de respeto y sensibilidad. Solo estoy mintiendo con respecto a un detalle. Si te elimino de mi historia sobre la violación y te sustituyo por un hombre cuyo nombre ignoro, un hombre cuyo rostro aún puedo ver en horribles y sudorosas pesadillas, sería cierta al cien por cien. Todo eso implica que merezco que me traten con más consideración.

—Sí, soy consciente de ello —le digo—. Del mismo modo, debería saber que voy a presentar una queja sobre usted si no deja de mirarme y hablarme como si fuera una mierda pegada a su zapato. Hago todo lo posible por ser sincera con usted. Ya me he disculpado por haber mentido ayer y le he explicado por qué lo hice. Teniendo en cuenta que hay un orden establecido, estoy aquí para denunciar un delito más serio y no para acusar falsamente a alguien de violación, y creo que debería empezar a concentrarse en eso en lugar de en los prejuicios que tiene con respecto a mí, sean cuales sean.

El levanta la vista. No sabría decir si está enfadado, asustado o si se siente intimidado.

—¿Por qué no me deja que nos facilite las cosas a ambos? —digo—. Puedo demostrar que estoy diciendo la verdad. Hay una organización llamada *Habla y Sobrevive* que tiene una página web: [hablaysobrevive](http://hablaysobrevive.org), sin espacios, punto org punto uk. En la página titulada «Historias de supervivientes» hay una carta que escribí con fecha del 18 de mayo de 2003. Las historias están numeradas. La mía es la número setenta y dos. Solo firmé con mis iniciales: N.J.

Waterhouse lo está anotando todo. Cuando ha terminado, dice:

—Espere aquí.

Abandona la sala y cierra la puerta. Me quedo sola en esta diminuta jaula de color azul.

En medio del silencio, mi cabeza se llena con tus palabras. El subinspector Waterhouse no significa nada para mí; es un desconocido. Recuerdo lo que dijiste acerca de los desconocidos el día que nos conocimos, después de ponerte de mi parte en la discusión que yo tenía con un tipo llamado Bruce Doherty..., otro desconocido, un idiota.

—Tú no lo conoces y él tampoco te conoce a ti —dijiste—. Por lo tanto, no puede hacerte daño. Es la gente a la que estamos más unidos la que puede causarnos más daño. —Parecías inquieto, como si quisieras gritar algo que estaba en tu mente, algo desagradable. Por entonces no te conocía lo suficiente para preguntarte si te habían hecho mucho daño, y quién—. Créeme, lo sé —dijiste—. La gente a la que amas, los íntimos, son los que pueden hacerte daño. Pero los desconocidos no.

Pensando en mi propia experiencia, dije, con vehemencia:

—¿Me estás diciendo que un desconocido no puede hacerme daño?

—Si el dolor no es algo personal, no es tan malo. No se trata de ti, de la otra persona o de la relación que ambos mantenéis. Se parece más a un desastre natural, a un terremoto o a una inundación. Si me ahogara en una inundación, pensaría que es mala suerte, pero no sería una traición. El azar y las circunstancias no tienen libre albedrío; no pueden traicionarte.

Ahora, por vez primera, entiendo lo que querías decir. El subinspector Waterhouse se comporta así porque debe hacerlo; hacer su trabajo consiste en dudar de cualquier cosa que le diga. No se trata de mí. Él no me conoce en absoluto.

Me pregunto qué dirías sobre los desconocidos que son amables, los que me sonríen por la calle y me dicen: «Lo siento, guapa», cuando tropiezan conmigo por casualidad. A alguien que ha sido sometido deliberadamente a algo brutal le produce una conmoción escuchar cualquier palabra amable, por pequeña que sea. Me muestro agradecida, hasta resultar patética, ante esos mínimos e insignificantes gestos de amabilidad que a la gente no le cuestan nada; me postro, inmensamente agradecida, ante alguien que piensa que merezco una sonrisa o un «lo siento». Creo que mi conmoción se debe al contraste: me admira que la pura generosidad y la pura maldad puedan coexistir en un mismo mundo y apenas seamos conscientes de ello.

Si la policía te encuentra sano y salvo te dirán de qué te he acusado, con todos los sórdidos detalles. ¿Me creerás si te digo que me lo he inventado? ¿Entenderás que solo he manchado tu nombre porque estoy desesperada y muy preocupada por ti?

Me pregunto, y no es la primera vez que lo hago, si debería cambiar todos los detalles de la agresión, a fin de que la historia que le cuente al subinspector Waterhouse, en el caso de que me deje hacerlo, sea completamente distinta

de como ocurrió. Decido que no. Solo me sentiré segura de mí misma si tengo unos hechos a los que agarrarme. Hace días que no consigo dormir como Dios manda. Me duele todo el cuerpo y me siento como si me hubieran fundido el cerebro. No tengo fuerzas para inventar violaciones que nunca han ocurrido.

Además, ninguna historia inventada podría ser peor que mi verdadera historia. Si soy capaz de convencer al subinspector Waterhouse de que estoy diciendo la verdad, buscarte pasará a encabezar de inmediato su lista de prioridades.

Diez minutos después se abre la puerta. Waterhouse entra de nuevo en la sala sujetando varias hojas de papel. Mirándome con recelo, dice:

—¿Le apetece una taza de té?

Eso me anima, pero finjo estar enojada.

—Ya veo. De modo que ahora que ya he probado la verdad me ofrece algo para beber. ¿Hay una escala? ¿Té para una violación, agua con gas para una agresión sexual, agua mineral para un atraco?

Sus rasgos se endurecen.

—He leído lo que escribió. Lo que me dijo que había escrito.

—¿No me cree? —Es más testarudo de lo que creía. Me preparo para iniciar la batalla. Me encanta una buena pelea, sobre todo cuando sé que puedo ganar —. ¿Cómo iba a saber que la carta estaría allí si no la hubiera escrito? ¿Cree que las mujeres que no han sido violadas entran en páginas web sobre violaciones por diversión y luego, cuando encuentran una historia que resulta que tiene sus iniciales al final...?

—«Mi agresor fue alguien a quien nunca había visto antes y que no he vuelto a ver desde lo ocurrido».

Waterhouse lee en voz alta una de las páginas que tiene en la mano. Ha impreso mi carta. La idea de que la tenga me bloquea por completo.

Hablo deprisa, antes de que pueda seguir leyendo lo que escribí.

—En ese momento no sabía quién era; lo averigüé después. Volví a verlo. Como le dije, me tropecé con él en el área de servicio de Rawndesley East el 24 de marzo del año pasado, un jueves.

Waterhouse niega con la cabeza, ojeando los papeles.

—Usted no dijo eso —me contradice, sin ambages—. Usted dijo que ese día conoció al señor Haworth, pero no dónde lo conoció.

—Bueno, pues fue ahí donde lo vi. En el área de servicio. Pero no era la primera vez que lo veía; la primera vez fue cuando me violó.

—En el área de servicio de Rawndesley East. ¿En el Traveltel?

Me imagino que el cerebro de Waterhouse es como un ordenador. Cada cosa que le digo es un nuevo dato que almacenar.

—No. Fue en la barra del restaurante. Lo que les conté sobre el Traveltel era mentira. Sé que hay un Traveltel en el área de servicio de Rawndesley y quería que mi mentira se ajustara en la medida de lo posible a la verdad.

—¿Y qué me dice de la habitación once? ¿Siempre la misma habitación?

Lo dice en voz más baja y con más delicadeza que todo lo que ha dicho hasta ahora. Mala señal. Me observa atentamente.

—Me lo inventé. Nunca he estado en el Traveltel ni en ninguna de sus habitaciones.

Una vez que haya oído mi historia no dudará de que estoy diciendo la verdad; no se molestará en hablar con el personal del Traveltel. Y él sabe que eso es algo que podría hacer fácilmente. De modo que ¿por qué le contaría una mentira tan arriesgada?, pensará.

—¿Así que vio por segunda vez al señor Haworth, el hombre que la violó, el 24 de marzo del año pasado, en la barra del restaurante del área de servicio de Rawndesley East?

—Sí. Lo vi, pero él no me vio.

Waterhouse se echa hacia atrás en su silla y deja el bolígrafo encima de la mesa.

—Debió sufrir un shock al verlo así, de improvisto.

No contesto.

—¿Cómo supo cómo se llamaba y dónde vivía?

—Seguí su camión; lleva su nombre y su teléfono inscritos. Conseguí su dirección en la guía telefónica.

Puede preguntarme lo que quiera. Tendré la respuesta preparada —una buena y convincente— en cuestión de segundos. Cada vez que centra mi atención en algún detalle que espera que me haga caer en la trampa, encuentro una forma de que encaje en mi historia. Todo puede conciliarse. Lo único que debo hacer es enfocarlo de forma metódica, barajar todas las posibilidades y decidir cual se adapta mejor a mi historia.

—No lo entiendo —dice Waterhouse—. Sabía su nombre y sabía donde vivía. Dijo que estaba pensando en tomarse la justicia por su cuenta. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque habría acabado teniendo antecedentes, y eso sería otra victoria para él, ¿no? Se lo dije: quería que la policía se presentara en su casa y que se asustara. No quería... verme cara a cara con él.

—¿Así que se inventó toda la historia sobre su aventura, lo de que se encontraban todos los jueves en la habitación once y lo de que su amiga llamó y habló con la mujer del señor Haworth?

—Sí.

Él consulta sus notas.

—¿Tiene una amiga llamada Yvon con la que comparte casa?

Dudo.

—Sí. Yvon Cotchin.

—De modo que no todo lo que nos dijo ayer era mentira. Y eso significa que hoy ha mentido al menos en un punto. ¿Qué me dice del ataque de pánico que sufrió cuando fue a su casa? ¿Conoció a la señora Haworth?

—Todo eso es cierto. Estuve allí. Eso fue lo que me hizo pensar que no podría manejar el asunto sola. Por eso vine a verlos.

—Ayer nos dio una fotografía a mí y a la inspectora Zailer en la que usted aparece junto al señor Haworth. ¿Cómo explica eso?

Trato de evitar en mi rostro cualquier expresión de sorpresa o enfado. Debería haber pensado en eso, pero no lo he hecho. Me había olvidado por completo de la foto. Con mucha calma, digo:

—Era un montaje.

—¿De verdad? ¿Cómo lo hizo exactamente?

—No lo hice yo. Le saqué una foto a Robert Haworth y me saqué una a mí; una amiga hizo el resto.

—¿Dónde le sacó la foto al señor Haworth?

Lanzo un suspiro, como si eso fuera obvio.

—Se la saqué en el aparcamiento del área de servicio. El 24 de marzo del año pasado.

—No la creo —dice Waterhouse—. ¿No la vio sacándole una foto justo delante de él? ¿Y por qué llevaba una cámara encima?

—No estaba justo delante de él. Le saqué la foto desde lejos, con mi cámara digital. Mi amiga la amplió con el ordenador e hizo un zoom sobre su cabeza y

sus hombros para que pareciera un primer plano...

—¿Quién lo hizo? ¿Fue de nuevo la señorita Cotchin?

—No. Y no voy a darle su nombre, lo siento. Y, contestando a su otra pregunta, siempre llevo encima una cámara cuando voy a ver a un cliente, como ese día. Saco fotografías de sus jardines o de sus paredes; es lo que suelo hacer cuando quieren un reloj de sol; me resultan útiles en mi trabajo, son un punto de referencia.

Waterhouse parece incómodo. Veo una sombra de duda en su mirada.

—Si la historia que me está contando ahora es cierta, entonces es que su mente funciona de forma muy extraña —dice—. Y si no lo es, demostraré que está mintiendo.

—Tal vez debería dejar que le cuente lo que he venido a contarle. En cuanto haya escuchado lo que me ocurrió se dará cuenta de que cualquiera estaría hecho un lío. Y si aun después de contarle lo que me pasó sigue sin creermelo, ¡puedo asegurarle que no volveré a contarle nada si cree que mentiría acerca de algo así!

Sé que el hecho de estar furiosa en vez de compungida no me ayuda a granjearme su simpatía, pero estoy muy acostumbrada a enfadarme. Soy muy buena en eso.

—En cuanto le tome declaración, esto tendrá carácter oficial. ¿Lo entiende? —dice Waterhouse.

Noto un breve espasmo de pánico en el pecho. ¿Cómo empezar? Erase una vez... Sin embargo, no estoy confesando ni revelando nada. Estoy mintiendo descaradamente..., así es como hay que enfocararlo. La verdad solo aparecerá para servir como mentira, lo cual significa que no tengo que experimentar ninguna emoción.

—Lo entiendo —digo—. Hagámoslo oficial.

4/4/06

DECLARACIÓN DE NAOMI JENKINS, con domicilio en Argyll Square, 14, Rawndesley.

Profesión: autónoma, diseñadora de relojes de sol *freelance* . Edad: 35 años.

Esta declaración es la verdad a mi leal saber y entender, y la hago consciente de ello y, de ser utilizada como prueba, me veré sujeta a enjuiciamiento en caso de que en ella haya declarado algo que sepa que es falso o que no se corresponda con la verdad.

Firma: Naomi Jenkins Fecha: 4 de abril de 2006

La mañana del lunes 30 de marzo de 2003, salí de mi casa a las 09.40 y fui a recoger unos bloques de piedra que me hacían falta para mi trabajo al taller de un picapedrero, James Flowton, en Crossfield Farm House, Hamblesford. El señor Flowton me dijo que aún no había recibido los bloques de la cantera, de modo que me fui enseguida y me dirigí andando de nuevo hasta la calle principal, Thornton Road, donde había dejado el coche.

Un hombre al que no había visto nunca estaba de pie junto a mi coche. Era alto; su pelo, corto, era de color castaño oscuro. Llevaba una chaqueta de pana de color marrón cuyo forro parecía de piel de oveja, pantalones vaqueros negros y botas Timberland. Al acercarme, me gritó: «¡Naomi!», y me saludó con la mano; la otra mano la tenía metida en el bolsillo. Aunque no lo reconocí, di por sentado que él me conocía y que me estaba esperando (ahora sé que ese hombre es Robert Haworth, con domicilio en el número 3 de Chapel Lane, Spilling, aunque en ese momento no lo sabía).

Fui directamente hacia él. Me agarró de la mano y sacó un cuchillo del bolsillo de su chaqueta. Me puse a gritar. El cuchillo tenía un mango duro de color negro, de unos siete centímetros de longitud, y un filo de unos trece centímetros. El hombre me atrajo hacia él, de modo que nos quedamos frente a frente, y apretó la punta del cuchillo contra mi estómago. Mientras ocurría todo esto, él seguía sonriéndome. En voz baja, me ordenó que dejara de gritar. «Cállate o te sacaré las tripas. Sabes que hablo en serio», me dijo. Dejé de gritar. «Haz exactamente lo que te diga si no quieres que te clave el cuchillo, ¿de acuerdo?». Asentí con la cabeza. Parecía enfadado porque no le había contestado. «¿De acuerdo?», repitió.

Esta vez le contesté y le dije: «De acuerdo».

Volvió a meterse el cuchillo en el bolsillo, pasó su brazo en torno al mío y me dijo que me dirigiera hacia su coche, que estaba aparcado aproximadamente

a doscientos metros de Thornton Road en dirección a Spilling, delante de una tienda llamada Snowy Joe's, donde venden artículos deportivos. Su coche era de color negro. Creo que tenía cinco puertas, aunque estaba demasiado asustada para fijarme en la marca, el modelo o la matrícula.

Mientras nos dirigíamos hacia el coche lo abrió con un llavero electrónico que se sacó del mismo bolsillo donde había escondido el cuchillo. Cuando llegamos al coche, abrió la puerta de atrás y me dijo que entrara. Me metí en el asiento trasero. Cerró la puerta, rodeó el coche hasta situarse al otro lado y se sentó junto a mí. Cogió mi bolso, del que sacó mi móvil, y lo arrojó por la ventanilla. Luego tiró el móvil en el asiento delantero del acompañante. En el coche había una bandeja que ocupaba toda la parte de atrás. Miró detrás de mí y cogió algo de la bandeja. Era un antifaz negro con una goma elástica. Me lo puso, tapándome los ojos, y me dijo que si me lo quitaba me clavaría el cuchillo. «Si no quieres morir desangrada muy lentamente, harás todo lo que te diga», dijo.

Oí que se cerraba la puerta del coche. Por lo que pude escuchar a continuación, diría que se sentó en el asiento del conductor. «Estoy ajustando el retrovisor para no perderte de vista. No intentes nada», me dijo. El coche empezó a moverse. No sé cuánto tiempo estuvimos en él. Me pareció que habían sido horas, pero estaba tan asustada que no fui capaz de calcularlo con precisión. Diría que fuimos en coche al menos dos horas, aunque posiblemente fuera mucho más tiempo. Al principio intenté convencer al señor Haworth de que me dejara ir. Le ofrecí dinero a cambio de que me soltara. Le pregunté cómo sabía mi nombre y qué pretendía hacer conmigo. Cada vez que le preguntaba algo se echaba a reír y no me contestaba. Al final parecía irritado y me ordenó que me callara. Después de eso permanecí en silencio, porque me amenazó de nuevo con el cuchillo. Me dijo que había cerrado todas las puertas del coche y que si trataba de huir lo lamentaría. «Todo cuanto debes hacer es lo que yo diga y no te pasará nada», dijo.

Durante todo el viaje sonó Radio 5 Live. No sé qué programas emitieron, solo qué emisora era. Al cabo de un rato, durante el cual no intercambiamos ni una sola palabra, el señor Haworth empezó a contarme cosas sobre mí. Sabía dónde vivía y que era diseñadora de relojes de sol. Me hizo preguntas sobre los relojes de sol e insistió en que le contestara. Me dijo que si me equivocaba en alguna respuesta, se detendría y sacaría el cuchillo. Por sus preguntas, quedó claro que sabía bastantes cosas sobre relojes de sol. Mencionó los cuadrantes y sabía lo que era el analema. Ambos son términos técnicos que posiblemente desconozcan los que no estén familiarizados con los relojes de sol. Sabía que yo había nacido en Folkestone, que había estudiado fotografía en la Universidad de Reading y que había puesto en marcha mi empresa de diseño de relojes de sol gracias a una sustanciosa suma de dinero que obtuve al vender una fuente tipográfica que diseñé durante mi último año de universidad a Adobe, una empresa de procesadores de texto. «¿Qué se siente al ser una mujer de negocios de éxito?», me preguntó. El tono de sus preguntas era burlón. Me dio la impresión de que quería provocarme con lo mucho que sabía acerca de mí. Le pregunté cómo había conseguido toda aquella información. En ese momento detuvo el coche, y noté algo afilado rozándome la nariz. Deduje que se trataba del cuchillo. El señor Haworth me recordó que no me estaba permitido hacer preguntas y me obligó a

disculparme. Luego siguió conduciendo.

Poco después, el coche se detuvo. El señor Haworth abrió la puerta y me sacó del coche. Volvió a cogerme por el brazo, me dijo que caminara despacio y me guió hasta su destino. Al final, por el tacto del suelo bajo mis pies, diría que entramos en un edificio. Me ayudó a subir unas cuantas escaleras. El señor Haworth me agarró y me quitó el abrigo. Me ordenó que me quitara los zapatos, cosa que hice. En el edificio donde nos encontrábamos hacía mucho frío, mucho más que en la calle. Me hizo dar la vuelta y me dijo que me sentara. Me senté. Luego me dijo que me tumbara. Pensé que seguramente debía de estar en una cama. Me ató los tobillos y las muñecas con unas cuerdas y me obligó a colocar el cuerpo en forma de X mientras me ataba las extremidades a algo. Luego me quitó el antifaz.

Vi que nos encontrábamos en un pequeño teatro. Estaba atada a una cama que había en el escenario. La cama era de madera oscura —puede que de caoba— y tenía una bellota esculpida en cada uno de sus cuatro postes. El colchón sobre el que estaba tumbada tenía una especie de funda de plástico. Vi que en uno de los lados del escenario había unas escaleras y deduje que serían las que acabábamos de subir. El telón estaba abierto y delante de mí podía ver el resto del teatro. En lugar de filas de butacas había una mesa muy larga que parecía ser de la misma madera que la cama y un montón de sillas de madera oscura con asientos acolchados. La mesa estaba puesta con cuchillos y tenedores.

«¿Quieres entrar en calor antes de que empiece el espectáculo?», dijo el señor Haworth. Me puso una mano en el pecho y lo estrujó. Le supliqué que me dejara ir. Él se echó a reír y sacó el cuchillo del bolsillo. Entonces, muy despacio, empezó a rasgar mi ropa. Sentí pánico de nuevo y le volví a suplicar que me dejara marchar. Él me ignoró y siguió rasgándome la ropa. No sé cuánto tiempo tardó en rasgarme la ropa por completo, pero desde el lugar donde estaba tumbada podía ver una pequeña ventana y me di cuenta de que fuera estaba oscureciendo. Pensé que al menos había pasado una hora.

Cuando estuve completamente desnuda, me dejó sola unos minutos. Creo que salió del teatro. Grité todo lo que pude pidiendo ayuda. Estaba helada y me castañeteaban los dientes.

Al cabo de unos minutos, el señor Haworth regresó. «Te alegrará saber que he puesto en marcha la calefacción —dijo—. El público llegará enseguida. Y no puedo permitir que se les congelen las pelotas, ¿verdad?».

Vi que sostenía en la mano mi móvil. Me preguntó si era de los que tenían cámara. Estaba demasiado asustada para mentirle, de modo que le dije que sí. Me preguntó qué debía hacer si quería sacar una foto. Se lo expliqué. Me sacó una fotografía tumbada en la cama y me la mostró. «Un recuerdo —dijo—. Tu primer papel protagonista». Me preguntó cómo se enviaba la foto a otro móvil. Se lo expliqué. Me dijo que enviaba la foto a su propio móvil. Me amenazó con mandársela a todos los números que estaban en la agenda de mi móvil si no obedecía sus órdenes o si alguna vez acudía a la policía. Entonces se sentó en un extremo de la cama durante un momento y empezó a tocarme las partes íntimas, riéndose cuando yo me echaba a llorar y trataba de

retroceder.

No sé cuánto tiempo pasó, pero, al cabo de un rato, llamaron a la puerta y el señor Haworth volvió a dejarme sola; bajó las escaleras y luego desapareció. Escuché ruido de pasos de mucha gente. El suelo del teatro era de madera, o sea, que el ruido era muy fuerte. Oí al señor Haworth saludando a lo que parecía ser un nutrido grupo de personas, aunque no dijo ningún nombre. Entonces vi a varios hombres, todos vestidos con lo que se suele definir como «traje de etiqueta», acercándose a la mesa y sentándose. Al menos había diez hombres, sin contar al señor Haworth. La mayoría eran blancos, aunque al menos dos de ellos eran negros. El señor Haworth les sirvió vino a todos y les dio la bienvenida. Hablaron un poco sobre el tiempo y del estado de las carreteras.

Grité y les supliqué a aquellos hombres que me ayudaran, pero todos se rieron de mí. Observaban mi cuerpo y hacían comentarios obscenos. «¿Cuándo podremos echarle un vistazo más de cerca?», le preguntó uno de ellos al señor Haworth, y él contestó: «Todo a su tiempo». Entonces se metió en un cuarto que había en la parte de atrás del teatro, en el lado opuesto al del escenario. Volvió a salir un par de minutos después con una bandeja y colocó un plato frente a cada uno de los hombres que estaban sentados a la mesa. En los platos había salmón ahumado, una rodaja de limón y un grumo de algo de color blanco con virutas verdes por encima.

En cuanto aquellos hombres empezaron a comer y a beber, el señor Haworth volvió a subir al escenario. Empezó a violarme, primero oralmente y después por la vagina. Mientras lo hacía, aquellos hombres brindaban y se reían, aplaudían y hacían comentarios obscenos. Cuando terminó de violarme, el señor Haworth empezó a quitar los platos y se los llevó al pequeño cuarto que había detrás de la mesa. Dejó la puerta abierta y me llegaron los ruidos típicos de una cocina, los que se oyen cuando se está preparando la comida y lavando los platos. Me di cuenta de que había más gente en la cocina.

El señor Haworth volvió al escenario y me desató. Me dijo que bajara las escaleras y me recordó que si le desobedecía me «destriparía». Me condujo hasta la mesa, donde había una silla libre. Me empujó para que me sentara en ella y empezó a atarme de nuevo. Me puso las manos detrás de la silla y me ató las muñecas. Luego me separó las piernas todo lo que pudo y me dijo que colocara los tobillos junto a la silla. Entonces me los ató. Los demás hombres seguían aplaudiendo y brindando.

A continuación, el señor Haworth les sirvió otros tres platos: primero carne con verduras, luego tiramisú y finalmente quesos. Salvo el señor Haworth, ninguno de los otros hombres me tocó, pero mientras comían se burlaban de mí y me insultaban. De vez en cuando, uno de ellos me hacía alguna pregunta; por ejemplo, cuál era mi fantasía sexual favorita y mi posición preferida. El señor Haworth me ordenó que contestara. «Y será mejor que lo hagas bien», añadió. Dije la clase de cosas que pensé que quería oírme decir.

Después de que aquellos hombres hubieron terminado el último plato, el señor Haworth retiró todo lo que había en la mesa. Trajo una botella de oporto y algunas copas de la cocina y después una caja de puros y varios

ceniceros y cajas de cerillas. Después me desató y me dijo que me echara boca abajo sobre la mesa. Lo hice. Algunos hombres encendieron puros. El señor Haworth se echó sobre mí y me sodomizó.

Cuando hubo terminado, dijo: «¿Le apetece a alguien?».

«Estamos demasiado trompas, tío», dijo uno de los hombres.

Entonces, algunos hombres, incluido el señor Haworth, intentaron animar a alguien llamado Paul para que me violara. Decían cosas como: «¿Qué dices tú, Paul?» y «Vamos, Paul, tienes que follártela». Eso me hizo pensar que aquellos hombres se conocían bastante bien y que eran un grupo de amigos cuyo líder puede que fuera el tal Paul, o que era muy popular dentro del grupo. No pude ver cuál de aquellos hombres era Paul, pero le oí decir: «No, me conformo con mirar».

El señor Haworth me ordenó que me levantara. Me pasó mi abrigo y mis zapatos y me dijo que me los pusiera. Una vez vestida, volvió a colocarme el antifaz y me hizo salir con él, dejando a aquellos hombres allí dentro. Me obligó a subir al coche y cerró la puerta. Durante ese segundo trayecto en coche, el señor Haworth no me dirigió la palabra. Creo que debí marearme o permanecer inconsciente durante buena parte del trayecto, porque perdí la noción del tiempo. Al cabo de un rato, cuando aún seguía estando a oscuras, el coche se detuvo y me obligaron a bajar. Me caí al suelo. El señor Haworth no me devolvió el móvil. Oí que el coche se alejaba y deduje que él se había ido. Unos segundos después me armé de valor para quitarme el antifaz y vi que estaba justo en la calle donde tenía mi coche, en Thornton Road, en Hamblesford. Tenía las llaves del coche en el bolsillo de mi abrigo, de modo que me subí en él y conduje hasta mi casa.

No le conté a nadie lo que me había ocurrido ni informé de mi secuestro y violación a la policía. Luego, el día 24 de marzo de 2005, por casualidad, me encontré de nuevo con el señor Haworth en el área de servicio de Rawndesley East. Lo pude identificar y lo seguí hasta el aparcamiento, donde estaba su camión, que llevaba inscrito su nombre.

Declaración tomada por: subinspector 124 Simón Waterhouse, Departamento de Investigación Criminal de Culver Valley.

Comisaría: Spilling.

Hora y fecha de la declaración: 16.10, 4/4/06, Spilling.

5/4/06

—¿Es poli? —El hombre que les estaba enseñando a Charlie y a Olivia la casa levantó los brazos, alarmado—. No le habría dicho que teníamos chalets libres si llego a saber que era uno de esos chicos de azul. Chicas, mejor dicho. —El hombre guiñó un ojo y se volvió hacia Olivia—. ¿Usted también es poli?

Tenía ese acento refinado que Charlie consideraba de «escuela pública».

—No —contestó Olivia—. ¿Por qué todo el mundo que nos conoce al mismo tiempo siempre piensa eso? —le preguntó a Charlie—. A ti nadie te pregunta si eres periodista. No tiene sentido. ¿Acaso piensan que el deseo de hacer respetar la ley es hereditario? —Todos los que conocían a Olivia sabían lo ridículo que resultaba imaginársela persiguiendo a un delincuente por la calle o derribando la puerta de un fumadero de crack—. ¿Acaso su hermano tiene también un negocio como este? —preguntó, inocentemente.

Gracias a Dios, el hombre no se molestó, sino que se echó a reír.

—Puede que le sorprenda, pero, sí, mi hermano y yo hemos hecho negocios juntos durante varios años. ¿De modo que usted es periodista? Igual que..., ¿cómo se llama?, ¡Kate Adié!

Charlie no habría aguantado que aquel hombre cotilleara si no hubiera sido tan guapo y si a ella no le hubiera entusiasmado tanto el chalet. Y habría dicho que a Olivia también le encantaba. En el centro de un inmenso cuarto de baño, con suelo de pizarra negra, había una bañera, sostenida por cuatro pies dorados, que era lo bastante grande para dos personas. Junto al lavabo había una cesta de mimbre repleta de artículos de Molton Brown, y la reluciente alcachofa de la ducha, plana y enorme, parecía capaz de lanzar un tonificante chorro de agua.

Las dos camas eran más anchas que las camas de matrimonio normales. Su armazón tenía forma de trineo y era de madera de cerezo, con el cabezal curvo y el pie de madera. El simpático aunque ligeramente entrometido anfitrión —Charlie supuso que era el señor Angilley, cuyo nombre figuraba en la tarjeta— les dejó un menú de almohadas en cuanto llegaron. «Pluma de oca», dijo Olivia sin dudarle ni un momento. «No me importaría compartir mis almohadas con usted, señor Angilley», se dijo Charlie, pero se guardó el pensamiento para ella. Aquel hombre tenía esa clase de atractivo inusual, rayano en lo inverosímil, como si le hubiera dibujado un gran artista o algo así. Casi demasiado perfecto.

En la pared del salón había una enorme televisión de plasma y aunque no había minibar sí disponía de algo llamado «despensa» junto a la puerta de la

cocina en la que había una gran variedad de bebidas alcohólicas y tentempiés. «Cuando llegue el fin de semana solo tienen que decirnos lo que han tomado..., ¡nos fiamos de ustedes!», les había dicho Angilley, guiñándole un ojo a Charlie. Normalmente no le gustaba que le guiñaran el ojo, pero tal vez no había que ser tan estricta con según qué cosas...

La cocina era pequeña, y Charlie sabía que a su hermana eso le había gustado. Olivia detestaba esas enormes cocinas con mesa en las que cabía un montón de gente y que a la mayoría de las mujeres les entusiasmaban. Pensaba que cocinar era una pérdida de tiempo y que nadie debería hacerlo, salvo por obligación profesional.

—No tengo nada que ver con Kate Adié —le dijo a Angilley—. Soy periodista especializada en arte.

—Muy sensato —repuso él—. Es mucho mejor pasarse el día en a arte moderno que en el centro de Bagdad.

—Eso es discutible —murmuro Olivia.

Charlie estudio los enormes ojos castaños de Angilley, en cuyo contorno vio patas de gallo. ¿Qué edad tendría? Supuso que cuarenta y tantos. El pelo, con raya en el medio, le daba un agradable aspecto descuidado. A Charlie le gustaba la chaqueta de tweed de color verde grisáceo que llevaba y el pañuelo que lucía en torno al cuello. Tenía la elegancia de un caballero de campo. Y no llevaba anillo de casado.

«Es mucho más atractivo que el maldito Simón Waterhouse».

—¿Cómo se llama?

Charlie decidió contraatacar con un poco más de cotilleo.

—Oh, disculpe. Soy Graham Angilley, el dueño.

—¿Graham? —Charlie miró a Olivia y sonrió. Su hermana la fulminó con la mirada—. Vaya coincidencia. —Charlie cambió automáticamente su actitud por la del flirteo. Inclinando la cabeza, le dirigió a Angilley una picara mirada—. Mi novio inventado también se llama Graham.

Él parecía exageradamente complacido. Sus mejillas se sonrosaron.

—¿Inventado? ¿Y por qué iba a inventarse un novio? Pensé que tendría un montón de novios de verdad. —Se mordió el labio y frunció el ceño—. No quería decir un montón, quería... Bueno, usted debe de tener muchos admiradores.

Charlie se echó a reír ante su bochorno.

—Es una larga historia —dijo.

—Disculpe. Normalmente suelo ser mucho más elegante y discreto.

Se metió las manos en los bolsillos y sonrió tímidamente. Él también sabía cómo flirtear, pensó Charlie; en general, ella nunca atacaba con prudencia o timidez.

—¿Hay algún buen restaurante cerca de aquí? —dijo Olivia.

—Bueno... Edimburgo no está lejos, si no les importa conducir alrededor de una hora —dijo Graham—, y aquí al lado hay un restaurante excelente. Y Steph cocina para todos los huéspedes q quieran comidas caseras de primera calidad. Siempre con ingredientes orgánicos.

—¿Quién es Steph? —preguntó Charlie, tratando de sonar tan indiferente como pudo. Se sentía inexplicablemente irritada.

—¿Steph? —Graham le sonrió, dándole a entender que había entendido las implicaciones de su pregunta—. Pues es todo mi personal en una sola persona: cocinera, asistente, secretaria, recepcionista..., lo que usted quiera. Mi burra de carga. Aunque no debería meterme con nuestros amigos los equinos. —Se echó a reír—. No, para ser justos, Steph es muy atractiva si a uno le gustan las mujeres de campo. Y sin ella estaría perdido; es un encanto. ¿Les traigo un menú un poco más tarde? —Lo dijo mirando solo a Charlie.

—Eso sería genial —repuso ella, sintiéndose ligeramente mareada.

—Y no se olviden de echarle un vistazo al spa; está en el edificio que antes era el granero. Acabamos de instalar un *tepidarium*. Es el sitio perfecto para darse un capricho y relajarse.

—Eso es una buena señal —dijo Olivia una vez que se hubo ido—. Me apetece mucho más el *tepidarium* que una sauna o un baño turco.

Charlie se quedó perpleja, pero decidió no decir nada. Se preguntaba si, en alguna ocasión, su hermana habría trabajado un día entero.

—Sin embargo, no sé si me voy a arriesgar con la cocina de Steph. Tenemos que conseguir cuanto antes el teléfono de un taxi; así, si estamos muertas de hambre y la comida que preparan aquí es un asco, podremos ir a Edimburgo antes de que se nos empiecen a notar las costillas.

Charlie sacudió la cabeza con fingida desesperación. Tendrían que pasar meses, posiblemente años de privaciones antes de que a Olivia se le notaran las costillas.

—Supongo que quieres instalarte en la parte de arriba —dijo Charlie colocando su maleta encima de la otra cama.

—Por supuesto. De lo contrario, pensaría que estoy durmiendo en el salón. Tú dormirás en el salón.

—Aquí acaba el salón —dijo Charlie, señalando el sitio— y empieza mi habitación.

—¿Qué tienen de malo las paredes? Me gustaría saberlo. ¿Y qué tienen de malo las puertas? Odio estos absurdos espacios abiertos. ¿Y si roncas y no me dejas dormir?

Charlie empezó a deshacer el equipaje, deseando que el viaje que habían hecho le hubiera permitido comprarse algo de ropa nueva y sexy. Miró a través de la ventana abierta hacia la extensa arboleda, al otro lado del arroyo que discurría junto a la casa. Salvo la voz chillona de Olivia, en aquel sitio no se oía ningún ruido: no pasaban coches ni se percibía el murmullo de la gente dirigiéndose a su trabajo. Solo el ocasional canto de un pájaro rompía el silencio. A Charlie le encantaba ese aire puro y fresco. Por suerte, lo de España había sido un desastre. La gente decía que no hay mal que por bien no venga, aunque Charlie siempre pensó que aquello era absurdo, un descarado insulto para cualquiera que en alguna ocasión hubiera vivido alguna horrible o trágica experiencia.

—¿Char? Vamos a pasar unas vacaciones estupendas, ¿verdad?

Olivia parecía extrañamente exultante. Se había echado en la cama. Charlie levantó la vista y vio los pies desnudos de su hermana a través de los barrotes de madera. Deshacer el equipaje era otra de las cosas que Olivia no hacía, ya que consideraba que requería demasiado esfuerzo. Utilizaba su enorme maleta como si fuera un armario pequeño.

—Claro que sí.

Charlie se preguntó qué vendría a continuación.

—Prométeme que no permitirás que tu *alter ego*, el *Tyrannosaurus Sex*, tome el mando y lo arruine todo. He estado esperando ansiosamente esta semana y no dejaré que ningún hombre la arruine.

Tyrannosaurus Sex. Charlie trató de ahuyentar aquellas palabras, pero ya se le habían metido en el cerebro. ¿Así es como la veía Olivia? ¿Como un monstruo enorme y feo? ¿Como una desenfundada depredadora sexual? Tuvo la sensación que en su interior se cerraban de golpe un montón de puertas, en un vano intento de proteger su ego contra un daño irreparable.

—¿Qué hombre? —preguntó, con voz quebrada—. ¿Angilley o Simón?

Olivia lanzó un suspiro.

—El hecho de que tengas que hacer esa pregunta pone de manifiesto la gravedad de tu problema —dijo.

—Dicho de otro modo, un desastre —dijo el inspector jefe Giles Proust—. ¿Te parece esa una evaluación justa de la situación, Waterhouse? ¿Tú cómo la definirías?

Simón estaba en el despacho acristalado de Proust. Un lugar que evitar, salvo para quien disfrutara sintiéndose observado por sus compañeros mientras era masacrado por aquel inspector jefe bajito y calvo: una película muda pero brutal contemplada a distancia, a través de los cristales. Simón se sentó en una silla verde sin brazos que vomitaba el relleno de su asiento mientras Proust daba vueltas a su alrededor, sorbiendo de vez en cuando un poco de té del tazón que sostenía en la mano y cuya inscripción rezaba: «El mejor abuelo del mundo». De vez en cuando, Simón se apartaba para evitar que le echara encima el té caliente. Si aquello hubiese sido una película, Proust habría sacado una navaja en cualquier momento y habría empezado a acuchillarle. Sin embargo, la navaja no era el arma preferida de Proust; le gustaba más dar rienda suelta a su envenenada lengua y a su distorsionada visión del mundo y del lugar que ocupaba en él.

Simón había tomado la imprudente iniciativa de entrar en la guarida del inspector jefe sin haber sido convocado. Por lógica, como el resto de los miembros del DIC, nunca habría ido a ver a Muñeco de Nieve por iniciativa propia. El apodo hacía referencia a la capacidad de Proust para contagiar cualquiera de sus estados de ánimo —sobre todo los malos— a habitaciones llenas de testigos inocentes. Si dejaba de estar relajado y se ponía tenso, o pasaba de ser sociable a huraño, toda la sala del DIC quedaba helada. Nadie decía nada y todo el mundo se comporta de una forma tímida y forzada. Simón no sabía cómo se las arreglaba Proust para congelar el ambiente hasta ese punto. ¿Acaso serían los poros de su piel? ¿Tendría poderes psíquicos?

«Tú háblale como si fuera alguien normal».

Simón tenía muchas cosas que contarle y no tenía sentido andarse con rodeos.

—Ciertamente, la situación es complicada y preocupante señor.

Simón habría aceptado sin problemas la palabra «desastre» para definir la situación si no fuera por las claras implicaciones de que, en cierto modo, él era el responsable. ¿En cierto modo? Se regañó a sí mismo por ser tan ingenuo. Proust le hacía *totalmente* responsable. Lo que no sabía era por qué.

—En cuanto la señora Haworth te dio la dirección, deberías haberte puesto en contacto de inmediato con la policía de Kent. Tendrías que haberles mandado un fax con todos los detalles y sentarte allí al cabo de una hora.

A la policía de Kent no le habría gustado eso. Le habrían llamado por loco si se hubiera presentado tan solo una hora después.

—Eso habría sido injustificado, señor. Entonces no sabía lo que sé ahora. En aquel momento, Naomi Jenkins aún no había acusado a Haworth de violación.

—Sin embargo, *entonces* con la policía de Kent.

—¿Usted habría hecho eso, señor? ¿En mi posición? —Desafiarlo directamente era arriesgado. Mierda—, la señora Haworth me dijo que se encargaría de

que su marido se pusiera en contacto conmigo en cuanto regresara. Me dijo que estaba tratando de terminar su relación con Naomi Jenkins, pero que ella no se daba por aludida. Le dejé un mensaje a Haworth en el móvil y esperaba que me contestara. Parecía bastante sencillo.

—Sencillo —dijo Proust, tranquilo. Parecía casi melancólico—. ¿Así es como lo describirías?

—No, ahora no. Ahora ya no es sencillo...

—En efecto.

—Señor, seguí el procedimiento correcto. Decidí aparcar el asunto durante un tiempo y volver a investigar a principios de la semana próxima si no sabía nada.

—¿Y qué factores contribuyeron a esa decisión?

Proust le dedicó una falsa y aterradora sonrisa.

—Realicé una evaluación del peligro. Haworth es un hombre adulto, y no hay indicios de que sea inestable o tenga tendencias suicidas...

Muñeco de Nieve vertió un poco de té mientras daba vueltas, moviéndose más deprisa que Fred Astaire. Simón deseaba que Charlie no se hubiese ido de vacaciones. Por algún motivo, cuando ella no estaba, el trabajo siempre era un asco.

—Robert Haworth tiene una esposa y una amante —dijo Proust—. Para ser más exactos: tiene una esposa que ha descubierto la existencia de su amante y una amante que no le permitirá terminar la relación que mantiene con ella. Puesto que no estás casado, Waterhouse, puede que no lo entiendas, pero vivir con una sola mujer que afirma sentir bastante cariño por ti y a la que nunca has engañado de verdad ya es bastante difícil. Hazme caso: soy un hombre que lleva treinta y dos años batallando en el campo del matrimonio. Si tienes que enfrentarte a dos mujeres que se quejan al mismo tiempo de lo *traicionadas* que se sienten... En fin, en su caso yo no me habría ido a Kent, sino mucho más lejos.

¿Batallando en el campo del matrimonio? Aquello era otra perla. Tenía que recordarlo y contárselo a Charlie. Si Muñeco de Nieve era capaz de parecer, aunque solo fuera un segundo, un hombre cuerdo y un ser humano normal era solo gracias a la paciencia sin límites de Lizzie Proust.

Si la conversación hubiera tenido lugar dos años atrás, o tan solo uno, llegados a este punto Simón se habría calentado y estaría impaciente, apretando los dientes y pensando mentalmente en el día en que le rompería la nariz a Proust con la frente. Hoy, sin embargo, se sentía cansado al tener que esforzarse por seguir comportándose como un adulto mientras hablaba con un hombre que, efectivamente, era un niño. «Oh, muy bien, Waterhouse, qué psicología», habría dicho Proust.

Simón se preguntó si era sensato empezar a pensar en sí mismo como un hombre proclive a tener un carácter violento. ¿O acaso aún era demasiado pronto para eso?

—¿Usted qué habría hecho, señor? ¿Me está diciendo que, basándonos en lo que sabíamos ayer, habría hablado con la policía de Kent?

Proust nunca le daba a nadie la satisfacción de una respuesta.

—Una evaluación del peligro —dijo Proust con desprecio, aunque era él quien le había dado a Simón las pautas de 2005 de la Asociación de Jefes de Oficiales de Policía acerca de los procedimientos que había que seguir con respecto a personas desaparecidas, y quien le había obligado a memorizarlo al pie de la letra—. Haworth está en peligro, y no debería decirle por qué. Está en peligro porque está liado, de alguna forma que aún está por determinar, con esa tal Naomi Jenkins. ¡Una evaluación del peligro! ¿Esa mujer se presenta un buen día y denuncia la desaparición de Haworth, afirmando que ha sido su amante desde hace un año y que no puede vivir sin él y luego, al día siguiente, vuelve diciéndome que lo olvide, que todo no era más que una gran mentira, y acusa a Haworth de haberla violado y secuestrado hace tres años? —Proust negó con la cabeza—. Pues cuidado, porque a finales de semana esto se habrá convertido en una investigación por asesinato.

—No estoy seguro, señor. Creo que es prematuro suponer eso.

—¡No tendría que suponer nada si hubieras llevado el asunto con profesionalidad! —le gritó Proust—. ¿Por qué no interrogaste adecuadamente a Naomi Jenkins el lunes y le sacaste toda la historia entonces?

—Lo hicimos...

—Esa mujer se está riendo de nosotros. Se presenta cuando le apetece, cuenta lo que le da la gana, y todo lo que hacéis es asentir y tomar nota de cada nueva mentira con todo detalle... Primero informa de la desaparición de alguien y luego denuncia una violación. ¡Está montando la función de Navidad y os ha contratado a vosotros para interpretar a las patas traseras de la mula!

—La inspectora Zailer y yo...

—Por todo lo sagrado, ¿en qué estabas pensando cuando le tomaste declaración sobre la violación? Es evidente que esa mujer es fantasiosa hasta lo compulsivo, ¡y aun así le concediste ese capricho!

Simón pensó en el relato que Naomi Jenkins hizo de su violación, lo que contó acerca de lo que le hicieron esos hombres. Era lo más horrible que había oído en su vida. Se planteó decirle a Proust cómo se había sentido realmente cuando ella se lo contó. Sin embargo, la proximidad física de Muñeco de Nieve repelía cualquier absurda idea que pudiera tener sobre la posibilidad de una comunicación sincera; solo había que echar un vistazo a ese hombre.

—Si miente con respecto a la violación, ¿cómo explica la carta, firmada con las iniciales N.J., que envió a esa página web en mayo de 2003?

—Es una fantasía que tiene desde hace años..., desde que nació, por lo que a mí respecta —dijo Proust con impaciencia—. Entonces conoció a Haworth y dio forma a su fantasía, incorporándole a su surda historia. Nada de lo que diga esa mujer es fiable.

—Estoy de acuerdo en que su conducta es sospechosa —repuso Simón—. Evidentemente, su inestabilidad es un motivo para preocuparse seriamente por la seguridad de Haworth. —No pensamos lo mismo, podría haber añadido, pero no tenía ningún sentido—. Y es la razón por la que, en cuanto acabé de tomarle declaración *me puse* en contacto con la policía de Kent. Y acaban de responderme.

«Dicho de otro modo, boñiga de mente cerrada, dispongo de algunos hechos que podrían ser de tu interés si estuvieras dispuesto a dejar de echarme la culpa de todo durante dos segundos».

Simón tenía la sensación de que sus palabras volvían a él que no había conseguido pronunciarlas, que no había sido capaz de traspasar la rígida e invisible barrera que rodeaba permanentemente a Proust.

Insistió.

—La dirección que me dio Juliet Haworth existe, pero nadie sabe nada sobre Robert Haworth.

—Esa mujer también es inestable —dijo rotundamente Muñeco de Nieve, como si sospechara que las dos mujeres que había en la vida de Robert Haworth conspiraran deliberadamente para causarle problemas a él, Giles Proust—. ¿Y bien? ¿Has vuelto a esa casa para registrarla? ¿Has registrado la casa de Naomi Jenkins? Si te has leído la información sobre personas desaparecidas que te di...

—Lo he leído —le interrumpió Simón.

Las pautas de 2005 de la Asociación de Jefes de Oficiales de Policía acerca de los procedimientos que hay que seguir con respecto a personas desaparecidas apenas ofrecían ninguna novedad. Proust era reacio a los cambios. Semanas después de adelantar o atrasar los relojes, seguía haciendo distinciones entre «la hora antigua» y «la hora nueva».

—... sabrías que según la sección 17, apartado C..., ¿o es el D?..., puedes entrar en cualquier edificio si tienes motivos para pensar que alguien está en peligro...

—Lo sé, señor. Puesto que la inspectora Zailer no está, solo quería consultarlo primero con usted.

—Bueno, ¿y qué creías que diría yo? Un hombre ha desaparecido. Su amante

es una lunática intrigante, y su mujer, en lugar de mostrarse preocupada por su paradero, trata con todas sus fuerzas de despistarte. ¿Qué creías que iba a decir? ¿Que te relajaras y te olvidaras de todo?

—Por supuesto que no, señor.

«Tengo que consultarlo contigo, maldito gilipollas». ¿Acaso Proust creía que Simón disfrutaba con esas conversaciones? Cuando estaba Charlie no era tan malo: ella actuaba como parachoques, protegiendo a su equipo de las amenazas del inspector jefe hasta donde podía. Asimismo, y cada vez con más frecuencia, tomaba decisiones que, por derecho, le correspondería tomar a Proust a fin de minimizar su estrés y proporcionarle esos días tranquilos que tanto le gustaba disfrutar.

—Por supuesto que no, señor —le imitó Proust. Lanzó un suspiro y disimuló un bostezo, una señal de que había perdido ímpetu—. Haz lo que tengas que hacer, Waterhouse. Registra la casa de Jenkins y la de Haworth. Revisa las facturas de las tarjetas de crédito y del teléfono. Habla con todo aquel a quien conozca Haworth: amigos, gente de su trabajo... Ya sabes lo que debes hacer.

—Sí, señor.

—Ah, y algo que me parece absolutamente elemental: métete en el ordenador de Naomi Jenkins. Así sabremos si la carta que afirma haber enviado a esa página web sobre violaciones fue escrita con él, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Simón, pensando que alguien sí sería capaz de saberlo, pero no él. Proust era un experto en todo aquello que no requería experiencia, y ese era su problema—. Siempre que se trate del mismo ordenador; puede que desde entonces se haya comprado otro.

—Diles a Sellers y a Gibbs que también se ocupen del caso. Ahora mismo es nuestra máxima prioridad.

Simón estuvo a punto de cometer el error de decirle que lo hiciera él. ¿Acaso Proust se estaba preparando para retirarse, se pregunto, delegando sus responsabilidades para que las asumiera cualquiera?

—Vuelve a interrogar a Jenkins. Y ve al Traveltel...

—Acabo de hablar por teléfono con la recepcionista.

Simón disfrutó de la satisfacción de frustrar al menos una de las innecesarias instrucciones de Proust. Dar consejos redundantes era uno de los pasatiempos favoritos de Muñeco de Nieve, aunque lo que más le gustaba era hacer advertencias que estaban fuera de lugar. Siempre les decía a Charlie y a Simón que tuvieran cuidado con el coche, que no dejaran la puerta de su casa abierta o que no se cayeran por un precipicio si salían de excursión por la montaña.

—Un hombre y una mujer cuyas descripciones se corresponden con las de

Haworth y Jenkins han pasado todas las noches del jueves en la habitación once del Traveltel desde hace aproximadamente un año, tal y como Jenkins nos contó el lunes. Estoy esperando a que la recepcionista del Traveltel me llame y me confirme que se trata de ellos. Le he mandado por e-mail una copia de la foto...

—¡Por supuesto que se trata de ellos! —Proust depositó violentamente su tazón sobre la mesa.

—Señor, ¿no estará insinuando que no debería haberme molestado en comprobarlo?

Sin duda alguna, un error tan básico, en un mundo paralelo donde Simón había cometido muchos errores, aunque distintos, habría originado una bronca muy similar a la que ahora estaba aguantando.

El inspector parecía profundamente indignado. Y su tono de voz también sonó furioso cuando dijo:

—Tú solo ocúpate de ello, Waterhouse, ¿de acuerdo? ¿Hay algo más o puedes concederme unos minutos de tranquilidad para que pueda poner un poco de orden a este desastroso día?

—La recepcionista dijo que la pareja..., Haworth y Jenkins, si es que se trata de ellos, parecían estar muy a gusto juntos.

Proust levantó las manos.

—Bueno, entonces ya tenemos un misterio resuelto. Eso explica por qué se han encontrado todas las semanas en un motel de carretera. Sexo, Waterhouse. ¿O qué pensabas, que se tomaban un plato combinado por 8 libras y 99 peniques?

Simón ignoró el sarcasmo. En todo aquel asunto tan peculiar, la relación entre Robert Haworth y Naomi Jenkins era crucial, y la recepcionista del Traveltel, hasta donde Simón sabía, era una testigo objetiva e independiente.

—La chica me dijo que siempre estaban abrazados —dijo con firmeza—. Que se miraban constantemente a los ojos y todo eso.

—¿En recepción?

—Al parecer, sí.

Proust resopló ruidosamente.

—Ella siempre se quedaba a dormir y se iba a la mañana siguiente, mientras que él se iba por la noche, alrededor de las siete.

—¿Siempre?

—Eso es lo que dijo.

—¿Qué clase de absurda relación es esa? —dijo Proust, mirando su tazón vacío como si esperara que se hubiera vuelto a llenar por sí solo.

—Puede que una relación basada en los abusos —sugirió Simón—. Señor, he pensado en el síndrome de Estocolmo. Ya sabe, cuando una mujer se enamora del hombre que ha abusado de ella...

—No me hagas perder el tiempo, Waterhouse. Lárgate de aquí y haz tu maldito trabajo.

Simón se levantó y se dio la vuelta para salir.

—Ah, Waterhouse.

—¿Señor?

—Cuando salgas podrías comprarme un libro sobre relojes de sol; siempre me han parecido algo fascinante. ¿Sabías que la hora solar es más precisa que la que marca el reloj y que la del meridiano de Greenwich? Lo leí en algún sitio. Si lo que quieres es saber la posición exacta de la Tierra con respecto al Sol, la hora solar, entonces necesitas un reloj de sol. —Proust sonrió, y eso asustó a Simón: en el rostro del inspector, la felicidad no encajaba—. Los relojes nos han hecho creer que todos los días tienen la misma duración, veinticuatro horas exactas. Pero no es verdad Waterhouse; no es verdad. Algunos son un poco más cortos; y otros, un poco más largos. ¿Lo sabías?

Simón lo sabía muy bien. Los más largos eran los que se veía obligado a pasar en compañía del inspector jefe Giles Proust.

Miércoles, 5 de abril

Oigo que la puerta trasera se cierra de golpe. A ese ruido le sigue el de unos pasos que se dirigen desde la casa hacia el cobertizo, donde estoy trabajando. Cuando hablo con los clientes lo llamo «mi taller», aunque en realidad solo es un cobertizo no muy grande con una mesa, un banco de madera y mis herramientas. Cuando empecé a trabajar en esto mandé abrir dos ventanas. No podía trabajar en un lugar que no tuviera ventanas, ni siquiera un día. Necesitaba luz.

Son demasiados pasos para que se trate de Yvon. Sin necesidad de volverme, sé que es la policía. Sonrío. Una visita de cortesía. Por fin me han tomado en serio. Es posible que otros oficiales se estén dirigiendo hacia tu casa, si es que ya no están allí. El hecho de saber que muy pronto tendré noticias tuyas hace que el paso del tiempo sea más soportable. Ya falta poco. Intento concentrarme para asimilar lo que tienen que decirme.

Después de estos días de terror ciego y visceral me siento como si hubiera tenido que trepar hasta una cornisa. Es un alivio poder quedarse en ella durante un tiempo, consciente de que, aunque yo no haga nada, otros sí lo hacen.

Sigo aplicando pintura dorada con el pincel. La leyenda del reloj en el que estoy trabajando en este momento reza: «Más vale tarde que nunca». Es un regalo que —con un cierto retraso— un hombre quiere hacerle a su mujer por sus bodas de plata; me dijo que esperaba que el gesto fuera lo bastante grandilocuente como para que ella le perdonara el olvido. Quería una escultura para el jardín de su casa. Le estoy haciendo un pilar con un bloque de piedra, con el reloj en la parte superior.

Oigo que la puerta se abre detrás de mí y noto el aire en la espalda, a través del jersey.

—Naomi. Hay dos policías que quieren verte. —La voz de Yvon suena inquieta, aunque trata de parecer natural y tranquila.

Me doy la vuelta. Un hombre corpulento vestido con un traje gris me está sonriendo. Es una sonrisa turbia, como si no esperara lucirla durante demasiado tiempo. Tiene una barriga prominente, el pelo del color de la paja, con la parte superior en punta, llena de fijador; tiene un sarpullido, obra del afeitado. Su compañero, bajito, moreno y delgado, de ojos pequeños y frente estrecha, se desliza entre el hombre corpulento e Yvon y empieza a dar vueltas por mi taller sin que nadie lo haya invitado a hacerlo. Coge la sierra de cinta, la observa y vuelve a dejarla en su sitio; luego, hace lo mismo con la sierra de calar.

—No toque mis cosas —digo—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde está el subinspector Waterhouse?

—Soy el subinspector Sellers —dice el hombre grueso. En la mano sostiene una cartera de plástico con una tarjeta—. Y este es el subinspector Gibbs.

No me molesto en comprobar sus credenciales. Evidentemente, son policías. Tienen algo en común con Waterhouse y la inspectora Zailer, algo difícil de definir. Puede que sea la rigidez de su actitud. Se comportan como si en sus cabezas hubiera mapas y tablas. Un ligero barniz de cortesía oculta un impulsivo desdén. Confían el uno en el otro, pero en nadie más.

—Tenemos que echar un vistazo a su casa —dice el subinspector Sellers—. Y también al jardín y a los anexos, incluido este cobertizo. Trataremos de ocasionarle las menores molestias posibles.

Sonrío. De modo que se acabó la cháchara y empieza la acción. Estupendo.

—¿No necesitan una orden de registro? —pregunto, aunque no tengo intención de echarlos.

—Si creemos que una persona desaparecida está en peligro, tenemos derecho a hacer un registro —dice el subinspector Gibbs fríamente.

—¿Están buscando a Robert Haworth? No está aquí, pero registren cuanto quieran. —Me pregunto si te estarán buscando como criminal o como víctima. Puede que como ambas cosas. Le dije al subinspector Waterhouse que había considerado la posibilidad de tomarme la justicia por mi cuenta.

—Puede que tengamos que llevarnos algunas cosas —dice Sellers, sonriendo de nuevo ahora que ve que no voy a oponer resistencia—. Su ordenador. ¿Desde cuándo lo tiene?

—Desde hace poco —digo—. Un año más o menos.

—Esperen un momento —dice Yvon—. Yo también vivo y trabajo aquí. Si van a registrar la casa, ¿podrían dejar mi despacho tal y como lo encuentren?

—¿A qué se dedica? —pregunta Sellers.

—Soy diseñadora de páginas web.

—También tendremos que llevarnos su ordenador. ¿Desde cuándo lo tiene?

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —pregunta Gibbs antes de que Yvon pueda contestar a la última pregunta.

—Dieciocho meses —responde ella con voz temblorosa—. Miren, me temo que no pueden llevarse mi ordenador.

—Me temo que sí podemos.

Gibbs sonríe por primera vez; una sonrisa dura, de regocijo. Se dirige hacia el alféizar de la ventana, coge un reloj de sol de bolsillo hecho con latón y tira de la cuerda. Es pequeño pero sólido, Y veo que eso lo decepciona. Pensó que podría romperlo. Sellers carraspea; me pregunto si será una reprimenda.

—¿Y cómo voy a trabajar? —pregunta Yvon—. ¿Cuándo voy a recuperar mi ordenador?

—Se lo devolveremos lo antes posible —dice Sellers—. Lamento las molestias. Es pura rutina, pero tenemos que hacerlo. —Yvon parece ligeramente aliviada—. Muy bien, entonces. —Se vuelve hacia mí—. Empezaremos por la casa.

—¿Dónde está el subinspector Waterhouse? —vuelvo a preguntar. La respuesta se me ocurre mientras aún sigo hablando—. Está en casa de Robert, ¿verdad?

Sé que estás ahí, en el número 3 de Chapel Lane. Lo sé. Pienso en el ataque de pánico que me dio frente a la ventana de tu salón y en cuando me caí al suelo. Cada hoja era como una fría marca que se congelaba contra mi piel. Empiezo a jadear y me obligo a alejar el recuerdo antes de que se apodere de mí.

—¿Robert? —Sellers parece perplejo—. Ha acusado a ese hombre de secuestrarla y violarla. ¿Cómo se le ocurre llamarle por su nombre?

Yvon se ha puesto pálida. Evito su mirada. A menos que Sellers y Gibbs sean totalmente incompetentes, encontrarán varios libros sobre agresiones sexuales y sus secuelas en el último cajón de la mesilla de noche, así como una alarma y un spray antiviolación. Tengo todos los accesorios para apoyar mi historia, toda la deprimente parafernalia de la víctima, oculta bajo una funda de almohada doblada.

—Una mujer puede llamar a su violador como le plazca —digo, furiosa.

El subinspector Gibbs se va mientras aún sigo hablando, y cierra de un portazo. Sellers acepta mi respuesta contrayendo ligeramente su rostro. Luego también se da la vuelta para irse. Lo veo mientras alcanza a su colega fuera, en el camino. Ambos se dirigen hacia la casa.

Yvon no los sigue, a pesar de que le doy la espalda y cojo el pincel. Tengo la espalda dura y rígida por culpa de la tensión, dispuesta a repeler lo que sé que está a punto de decirme.

—Siento lo de tu ordenador —murmuro—. Estoy segura de que no se lo quedarán durante mucho tiempo.

—¿Robert te secuestró y te violó? —dice, con voz tensa.

—Por supuesto que no. Cierra la puerta.

Se queda inmóvil, sacudiendo la cabeza. Al final me levanto y cierro la puerta.

—Les dije una mentira..., una mentira muy gorda..., para que pensarán que Robert es peligroso y se pusieran a buscarlo inmediatamente.

Yvon se queda mirándome fijamente, aterrada.

—¿Acaso tenía otra elección? —digo—. La policía se lo tomaba a cachondeo. Quiero saber qué le ocurrió a Robert. Sé que algo le ha ocurrido. Necesitaba encontrar una forma de que lo buscaran.

—¿Ese fue el motivo por el que querías que te llevara ayer a la comisaría? — Su voz suena plana, sin inflexión—. ¿Qué historia te inventaste? ¿Qué les dijiste exactamente?

—No voy a entrar en detalles, ¿vale?

—¿Y por qué no?

—Porque... Acabo de decirte que fue una mentira, una estupidez. ¿Por qué me miras así?

—Le dijiste a la policía que Robert..., el hombre que según dices es tu alma gemela, el hombre con el que quieres casarte y pasar el resto de tu vida... ¿Le dijiste a la policía que te secuestró y te violó?

Está intentando conmocionarme diciendo lo que he hecho con toda su desnudez, pero hace ya mucho tiempo que he superado la conmoción. Ahora, esa mentira, ese paso demencial que he dado, es tan solo una parte de mi vida, como todo lo demás: el amor que siento por ti, la terrible experiencia que viví a manos de un hombre cuyo nombre ignoro y este reloj de piedra que tengo frente a mí, con un sonriente sol pintado en el centro.

—Ya te he explicado el motivo —insisto—. A la policía no le importaba encontrar a Robert cuando tan solo era un hombre casado, mi amante, que había desaparecido. Quería meterles prisa. Y ha funcionado —añado, señalando hacia la casa—. Están aquí, investigando.

—Deben de creer que estás loca. Seguramente se estarán preguntando si lo has acuchillado o algo por el estilo.

—Me da igual lo que crean mientras lo busquen con todo su empeño.

—Saben que estás mintiendo. —Yvon parece triste. En su tono de voz hay una nota de pánico—. Y si aún no lo saben, lo descubrirán.

En el fondo, todavía es la adolescente obediente que estaba interna en un colegio. Es convencional en la forma en que casi todo el mundo suele serlo. Soy consciente de que, en este asunto, la mayoría de la gente no estaría de acuerdo conmigo, sino con ella, lo cual es una idea extraña.

No digo nada. Por mucho que lo intente, la policía no puede demostrar que no fui violada y secuestrada, y no pueden probar que no fuiste tú quien lo hizo hasta que te encuentren.

¿Debería contarle a Yvon la verdad sobre lo que me pasó? Ayer me demostré a mí misma que era capaz de hacerlo, de contar lo sucedido. No fue tan horrible como, durante tres años, había creído que sería. Mientras volvía a casa desde la comisaría tuve la sensación de que había recuperado parte de la dignidad que aquellos hombres me arrebataron. Ya no estaba tan asustada como para no hablar.

Nadie entenderá nunca esto..., ni siquiera tú, Robert, pero me ayuda pensar que he contado la historia tal como lo hice: como parte de una estrategia para manipular a la policía. No de buena fe, no como una buena chica humillada. Puede que el hecho de que el subinspector Waterhouse me hablara como si fuera una delincuente lo hiciera más fácil. Después de haber hecho una falsa declaración puede que, técnicamente, lo sea. Ya no soy la presa del hombre que me atacó. Ahora soy su igual; ambos somos delincuentes.

—No puedes amar a Robert —dice Yvon, con voz ahogada—. Si lo amas, ¿cómo puedes contar una mentira tan horrible sobre él? Te odiará.

—Retiraré la denuncia en cuanto lo encuentren. Puede que me meta en un lío por haber mentido a la policía, pero eso no me importa. A Robert no puede ocurrirle nada malo si reconozco que he mentido.

—¿Estás segura? ¿Acaso la policía no puede seguir adelante, independientemente de lo que hayas dicho? Ellos tienen una copia de lo que les contaste ayer, ¿verdad? ¡Y pueden utilizarla!

—Yvon, eso no va a ocurrir —digo pacientemente, aunque noto que mi certeza empieza a tambalearse—. Incluso en las mejores circunstancias, es muy difícil conseguir una condena por violación, aun cuando la víctima sea un testigo creíble. Es imposible que la policía siga adelante con esto cuando hayan encontrado a Robert y yo haya cambiado mi historia por segunda vez. Un tribunal no se lo tomaría en serio.

—¡Eso no lo sabes! ¿Qué sabes tú sobre cómo funcionan la policía y los tribunales? ¡Nada!

—Mira, les he dado una fecha, ¿verdad? —Hago una pausa, incapaz de decir «30 de marzo de 2003» en voz alta—. Teniendo en cuenta que Robert no me violó en esa fecha, podré probar que no lo hizo. Él estaba trabajando..., trabaja todos los días. Tendrá una coartada, alguien que lo viera cargando el camión o que recibiera una mercancía, alguien que lo viera en un área de servicio o en el aparcamiento para camiones. O puede que estuviera con Juliet. —Había pensado eso docenas de veces—. Robert no correrá ningún peligro.

—¡Al diablo con Robert! —La ansiedad de Yvon se está convirtiendo en rabia—. ¿Sabes una cosa? Creo que él está bien, estupendamente. ¡Los hombres

como él siempre lo están!

—¿Qué se supone que significa eso?

—Podrías ir a la cárcel, Naomi. Perjurio, ¿no se llama así lo que has hecho?

—Probablemente.

—¿Probablemente? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca? Esto es demencial, es...

Yvon se echa a llorar.

—Hay cosas peores que ir a la cárcel por un tiempo —le digo, tranquila—. No van a encerrarme de por vida, ¿verdad? Y podré decir, sinceramente, que mentí porque estaba desesperada. Hasta ahora no me he metido en ningún lío. He sido una ciudadana modelo...

—Ni siquiera eres capaz de ver lo que está pasando, ¿verdad?

Pienso en lo que acaba de decir.

—En cierto modo, sí. Pero en otro no —digo, con franqueza—. Pero, de los dos, el que más me importa es el que me da la razón. —Rebusco en mi cabeza algo que decir y que pueda ayudar. ¿Cómo puede alguien como yo hacerle comprender las cosas a alguien como Yvon? Su tolerancia se esfuma en cuanto aparece un problema, y se cierra en banda. Como un país que ha puesto en marcha un estricto plan de emergencia después de un ataque—. Mira, cuando dices que lo que he hecho está mal, ¿estás segura de no querer decir que es simplemente inusual? —sugiero.

—¿De qué coño estás hablando?

—Bueno..., la mayoría de la gente no haría lo que yo estoy haciendo, lo sé. La mayoría de la gente aguardaría pacientemente, lo dejaría todo en manos de la autoridad competente y esperaría lo mejor. La mayoría de la gente no exageraría la situación diciendo que su amante es un criminal peligroso, esperando que la policía lo buscara con más empeño.

—¡Exacto! ¡La mayoría de la gente no lo haría! —La preocupación que siento por mí se ha convertido en pura rabia—. En realidad, nadie lo haría, ¡salvo tú!

—Eso es lo que me echas en cara, ¿verdad? Puesto que el noventa y nueve por ciento de mujeres no lo harían, ¡en tu opinión tengo que estar equivocada!

—¿No ves lo retorcido que es? ¡Es justo al revés! Puesto que es un error, ¡el noventa y nueve por ciento de mujeres no lo harían!

—¡No! A veces hay que tener valor y hacer algo que no encaje en el modelo que se sigue, aunque solo sea para mover un poco las cosas, para conseguir que pase algo. ¡Si todo el mundo pensara como tú, las mujeres aún no podrían

votar!

Nos miramos fijamente, jadeando.

—Voy a contárselo —Yvon da un paso atrás, como si estuviera a punto de echar a correr hacia la casa—. Le contaré a la policía todo lo que acabas de decirme.

Me encojo de hombros.

—Les diré que estás mintiendo. —Su rostro se contrae y rectifica su amenaza.

—Si tú no se lo cuentas, lo haré yo. Hablo en serio, Naomi. ¿Qué coño te pasa? ¿Se te ha ido la olla?

La última vez que me insultaron así estaba atada con unas cuerdas —primero a una cama y luego a una silla— y no pude hacer nada. Y ahora no pienso aguantarlo viniendo de mi supuesta mejor amiga.

—He hecho todo lo posible para explicártelo —digo, fríamente—. Si aún sigues sin entenderlo, te fastidias. Y si le cuentas a la policía lo que acabo de decirte, ya puedes ir buscándote otro sitio donde vivir. De hecho, puedes irte ahora mismo.

Acabo de cruzar otro límite. Últimamente parece que es algo que hago a todas horas. Ojalá pudiera borrar mis duras palabras, tragármelas y conseguir que nunca se hubieran pronunciado, pero no puedo. Tengo que mantener esa expresión impertérrita y desafiante. No quiero parecer pusilánime.

Yvon se da la vuelta para irse. —Que Dios te ayude— dice, con voz temblorosa.

Tengo ganas de gritarle que solo alguien tremendamente convencional habría pronunciado esa última frase antes de irse.

5/4/06

Juliet Haworth llevaba una bata de satén de color lila. Cuando abrió la puerta, una parte de su rostro mostraba las arrugas de quien ha estado durmiendo. Eran las tres y media de la tarde. No parecía estar enferma; tampoco se disculpó por su aspecto ni pareció sentirse avergonzada de que la hubieran pillado con un salto de cama en pleno día, como le habría ocurrido a Simón.

—¿Señora Haworth? Soy el subinspector Waterhouse, otra vez —dijo.

Ella sonrió mientras bostezaba.

—Aún no ha acabado conmigo, ¿verdad? —dijo ella. El día antes había sido violenta y abrupta. Al parecer, hoy Simón le parecía divertido.

—La dirección de Kent que me dio... Mintió. Su marido no está allí.

—Mi marido está arriba —repuso ella, volviendo la cabeza y balanceándose ligeramente, agarrando con una mano el pomo dorado de la puerta. Miró a Simón provocativamente a través de la rendija. ¿Trataba de dar a entender que ella y Robert Haworth estaban en plena relación sexual y que Simón los había interrumpido?

—Si eso es verdad, me gustaría hablar con él. En cuanto me haya explicado por qué me mintió con respecto a lo de Kent.

Juliet ensanchó su sonrisa. ¿Estaba decidida a demostrar que nada de lo que Simón le dijera podía preocuparla? Él se preguntaba por qué su humor había mejorado desde ayer. ¿Sería porque Robert había vuelto? Volviéndose, ella gritó:

—¡Robert! Vístete. Aquí hay un policía que quiere verte.

—Su marido nunca estuvo en el número 22 de Dunnisher Road de Sissinghurst; en esa dirección no lo conocen.

—Yo me crie en esa casa; fue el hogar de mi niñez.

Juliet Haworth parecía satisfecha de sí misma.

—¿Por qué mintió? —volvió a preguntarle Simón.

—Si se lo digo, no me creerá.

—Inténtelo y veremos.

Juliet asintió con la cabeza.

—Sentí la imperiosa necesidad de mentir. Sin razón alguna... Simplemente me apetecía hacerlo. ¿Lo ve? Le he dicho que no me creería, y así es. Pero es la verdad. —Se desató el cinturón, se ciñó la bata y volvió a atárselo—. Ahora, en cuanto lo he visto, he pensado que seguramente volvería a mentirle. No tenía por qué decirle que Robert está arriba, pero luego he cambiado de opinión y me he dicho: ¿por qué no?

—¿Es consciente de que la obstrucción a la justicia es un delito?

Juliet soltó una risita tonta.

—Totalmente. Si no fuera así no tendría gracia, ¿verdad?

Simón se quedó tieso y se sintió cohibido. Aquella mujer tenía algo que bloqueaba su capacidad para razonar con claridad. Le hacía sentirse como si ella supiera más que él mismo acerca de lo que hacía y pensaba. ¿Esperaba que entrara a su habitación para ir en busca de su marido o que siguiera desafiándola respecto a sus flagrantes mentiras? Naomi Jenkins también había reconocido tranquilamente haber mentido cuando Simón habló con ella el día antes. ¿Acaso Robert Haworth se sentía atraído por mujeres que mentían?

Simón no creía que Haworth estuviera arriba. No había respondido al grito de su esposa diciéndole que se vistiera. Juliet seguía mintiendo. Simón era reacio a entrar en la casa y dejar que ella cerrara la puerta detrás de él. Algo le decía que no saldría indemne. No es que pensara que Juliet Haworth fuera a agredirle físicamente: no obstante, le estaba costando entrar en la casa, como sabía que debía hacer. Ayer ella se había mostrado igualmente decidida a conseguir que se quedara fuera.

Simón deseó que Charlie hubiera estado con él. Calar a otras mujeres era su especialidad. Y también habría dado lo que fuera por poder hablar con ella sobre Naomi Jenkins y la forma en que cambió su historia. Pero Charlie estaba de vacaciones y además estaba enfadada con él, aunque tratara de ocultarlo a toda costa. Simón se acordó repentinamente de eso con una especie de desconcertante irritación. Todo lo que había dicho era que quizá llamara a Alice Fancourt, solo para ver cómo estaba. Seguro que, después de todo ese tiempo, a Charlie no le importaría. En cualquier caso, no tenía derecho a que le importara. Ella no era su novia, nunca lo había sido. Y lo mismo ocurría con Alice, pensó Simón con una leve punzada de arrepentimiento.

—Puede que ahora todo esto le parezca divertido —le dijo a Juliet Haworth—, pero no se lo parecerá tanto cuando estemos en la unidad de custodia y le enseñe su celda.

—¿Sabe una cosa? Pienso que es divertido. Lo pienso de veras —dijo ella, colgándose de la puerta.

Simón le puso una mano en el hombro y la apartó. Ella no opuso resistencia. Luego empezó a subir las escaleras. La alfombra que había bajo sus pies tenía pequeñas motas de color blanco y unos remiendos que Simón no fue capaz de identificar. Se inclinó para tocar una de las motas; su textura era terrosa.

—Quitamanchas —dijo Juliet—. Nunca me molestó en aspirarlo cuando se ha secado. Aun así, el polvo blanco siempre es mejor que una mancha, ¿no?

Simón no respondió a su explicación. Continuó subiendo las escaleras, deseando alejarse de ella. A medio camino le llegó un desagradable olor, que se volvió nauseabundo cuando alcanzó el rellano. Era un olor familiar: una mezcla de sangre, excremento y vómitos. Simón notó un espasmo en la boca del estómago y se le erizó el vello del brazo. Delante de él había una puerta cerrada y en el pasillo otras dos, entreabiertas.

—¿Ha encontrado a Robert? —gritó Juliet desde abajo, con voz cantarina.

Simón se estremeció. Se imaginó que sus palabras eran tentáculos que se cerraban en torno a él, y lo arrojaban a aquel mundo extraño y depravado en el que ella vivía. Cerró los ojos durante un segundo y luego se dirigió hacia la puerta cerrada. La llave no estaba echada y se abrió con facilidad. Aquel hedor golpeó a Simón en la cara y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar. Lo que vio fue una mezcla de colores y horror, una piel gris, con unos rasgos retorcidos por el dolor. Proust lo había pronosticado: «Pues cuidado, porque a finales de semana esto se habrá convertido en una investigación por asesinato».

Sin lugar a dudas, aquel hombre era Robert Haworth. Estaba desnudo, tumbado boca arriba en un lado de la cama de matrimonio. La sangre de la herida que tenía en la cabeza había empapado el colchón y se había secado. Uno de sus brazos colgaba en un lado de la cama. Junto a su mano, Simón vio sus gafas; le faltaba uno de los cristales y el otro estaba roto.

En un rincón de la habitación Simón vio una enorme cuña para la puerta de piedra, aproximadamente del tamaño de un balón de rugby. La parte superior estaba oscura y pegajosa; tenía sangre y pelos apelmazados. Simón se estremeció. Colocó los dedos en el pulso de Haworth, no porque albergara alguna esperanza, sino porque era lo que debía hacer. Al principio creyó que se había imaginado aquel latido débil pero insistente. Y eso debió de ocurrir. La piel gris, la sangre y la mugre que había en torno al cuerpo de Haworth ofrecían la clara imagen de la muerte. Sin embargo, unos segundos más tarde Simón se convenció de que no se lo había imaginado. Había pulso. Robert Haworth seguía con vida.

—Vamos a meternos mano, inspectora —susurró Graham, besando a Charlie en el cuello. Estaban en la cama, medio desnudos, con la cabeza tapada con el edredón—. ¿Tus subordinados te llaman inspectora? ¿O te llaman señora, como en la serie *Principal sospechoso* ?

—¡Chist! —siseó Charlie—. ¿Y si Olivia se despierta? ¿No podríamos ir a tu casa?

Charlie no había andado a tientas estando en la misma habitación que su hermana desde que tenían quince y trece años, respectivamente. Vistas en perspectiva, aquellas fiestas eran ridículas: docenas de parejas moviéndose por el salón pobremente iluminado de la casa de alguien, besuqueándose y metiéndose mano mientras de fondo sonaba la música de *Ultravox o Curiosity Killed the Cat*.

—¿Mi casa? Ni hablar —le dijo Graham al oído—. No dejaré que cruces el umbral de la puerta hasta que Steph le dé un buen repaso. Mi dejadez te escandalizaría.

—¿Steph limpia tu casa y también los chalets?

—Así es. Ella es mi sistema de reciclado personal. Es mi burra de carga, en el trabajo y en casa. Pero olvidémonos de ella. Lo que ahora me interesa es tu cuerpo...

Charlie pensó que era raro sentir y oír a Graham aunque apenas pudiera verle. En el chalet había un montón de rincones oscuros que le recordaban que estaba realmente en el campo. Incluso en Spilling, un pueblo que seguía teniendo mercado, el cielo, de noche, no era de un color negro puro, sino sucio. Se lo comentó a Graham mientras volvían un poco achispados y dando traspies del viejo granero que ahora albergaba las instalaciones del *spa* y un bar pequeño y muy acogedor.

—Aquí disfrutamos de noches como Dios manda —dijo él con orgullo—. No hay contaminación lumínica.

Charlie pensó que era una interesante forma de decirlo. Hasta entonces nunca había pensado en la luz como un agente contaminante, pero ahora podía ver a qué se refería. Sintió el torso desnudo y velludo de Graham contra su piel. No estaba muy segura de que le gustaran los torsos velludos, pero podría soportarlo. Por lo demás, era un hombre atractivo. Si fueran una pareja, la gente diría que Graham estaba fuera de su alcance. Se obligó a pensar en él como un todo y no como un compendio de ciertas partes del cuerpo: su novio imaginario hecho realidad. Tenía unas piernas largas y musculosas y un bonito trasero; Charlie no pudo evitar darse cuenta de ello. En una ocasión, Colin Sellers la había acusado de pensar como un hombre en cuestiones de sexo. Seguramente eso era bueno. ¿Por qué no podía ser algo sencillo? Era más sensato tener una relación puramente física con un hombre como Graham que llorar todas las noches sobre la almohada por una no relación con alguien como Simón Waterhouse, que metía el vino tinto en el frigorífico y ni siquiera era capaz de hacerse un corte de pelo decente. Graham tiró delicadamente de la blusa de Charlie y murmuró:

—No tengo ni idea de cómo se saca esto...

A ella le dio la risa tonta, consciente de que él se había quitado más ropa que ella y que no se andaba con rodeos. Charlie se había dado cuenta de que Graham no tenía ninguna duda sobre lo que estaban haciendo, lo cual estaba bien. A Charlie le recordaba —más por su actitud que por su aspecto— a

Folly, el labrador negro de sus padres, que saltaba encima de ella y la lamía entusiasmado siempre que podía. Decidió guardarse la comparación para ella. Graham parecía ser un tipo bastante duro, aunque nunca se sabía.

Charlie le ayudó a quitarle las bragas.

—Creo que no es del todo consciente de lo sexy que es usted, señora —susurró Graham, acariciándole delicadamente el cuerpo con los dedos—. ¿O debo decir jefa?

—Sin comentarios.

—Tu lápiz de labios rojo y tus vaqueros...

—Son unos vaqueros viejos, muy normales.

—Exacto.

Charlie intentó besarle, pero él se apartó y dijo:

—Eres muchísimo más sexy que Helen Mirren...

—¿Hay alguna razón en especial por la que me estés comparando con ella?

—... y que esa rubia arrugada de *Silent Witness*.

—¿Y que Trevor Eve en *Caso cerrado*? —sugirió Charlie.

—No, él es más sexy que tú —repuso Graham muy seguro.

Charlie se echó a reír y él le tapó la boca con la mano.

—Cuidado o despertarás a tu hermana mayor.

—En realidad es mi hermana pequeña.

—¿Y entonces por qué dejas que te mangonee?

El móvil de Charlie empezó a sonar. Como tono, había elegido los primeros acordes de *The Real Slim Shady*, de Eminem. Un error. Cuanto más tardaba en responder, más fuerte sonaba.

—¡Mierda! —susurró Charlie, revolviendo en la oscuridad, sacando objetos de su bolso al azar. Localizó el teléfono justo cuando dejó de sonar.

La habitación se iluminó. Charlie parpadeó y se volvió hacia Graham. Dio por sentado que él había encendido una lámpara para ayudarla a encontrar el teléfono, pero seguía tumbado, tapado casi por completo con el edredón. Él emitió un gruñido y se cubrió la cabeza. «Estupendo —pensó Charlie—. Justo cuando necesito un héroe que corra a rescatarme». Rodeándose con los brazos, se volvió y echó un vistazo.

Olivia había descornado las cortinas y la observaba con los ojos entrecerrados a través de los barrotes de su cama. Llevaba su pijama japonés con estampado de flores y parecía estar tensa y alerta; no tenía el aspecto de quien se acaba de despertar.

—Sí, lo he oído todo —dijo—. Pero a vosotros os da igual.

—¿Por qué no has dicho nada? —dijo Charlie, que se puso primero las bragas y luego la blusa.

«Otra vez no», pensó, mientras el lamentable recuerdo de ella y Simón en el cuarenta aniversario de Sellers acudía a su cabeza. Estaba furiosa con Olivia por haber hecho eso, aunque ella no sabía nada acerca del incidente de la fiesta. Era el único hecho significativo que Charlie no le había contado. —¿Por qué fingías estar durmiendo?

—¿Por qué no has comprobado si estaba durmiendo antes de tener relaciones sexuales en mi habitación?

—¡Esta no es tu habitación! Tu habitación está ahí arriba. Esta es mi habitación.

Charlie sintió que la invadía la ira y que explotaba en su interior como unos fuegos artificiales, bloqueándolo todo. Por un momento se olvidó de que Graham estaba allí hasta que su cabeza emergió de la cama.

—Al parecer, he abusado de vuestra hospitalidad —dijo—. Las deo solas, señoras.

—Tú no vas a ninguna parte —le dijo Charlie tranquilamente.

—Tú te quedas. —Olivia se puso en pie y empezó a meter la ropa en su maleta —. Charlie quiere estar contigo, no conmigo. Con una noche de esta mierda tengo bastante. Me quedará hecha polvo si me paso toda una semana siendo la tercera en discordia, mientras os escucho a los dos follando todas las noches hasta la extenuación.

Olivia se puso su largo abrigo beis sobre el pijama; su aspecto era el de alguien que se dirigía a una fiesta de disfraces.

—Es casi medianoche —dijo Graham—. ¿Adónde vas a ir?

—Tomaré un taxi hasta Edimburgo. Me da igual lo que cueste. Tengo el teléfono. Se lo pedí a la camarera mientras a vosotros se os caía mutuamente la baba y pasabais de mí. Estaba planeando mi fuga.

—Esto es culpa mía —dijo Graham—. Soy incorregible enemistando a la gente...

—Déjala que se vaya si es lo que quiere —dijo Charlie.

—Nadie va a dejarme que me vaya ni nadie va a detenerme —dijo Olivia cansinamente—. Me voy y punto.

—Espera un segundo —dijo Graham, cogiendo sus pantalones y sacando el móvil del bolsillo trasero. Charlie y Olivia lo observaron mientras pulsaba las teclas—. Steph, una de las señoras de la número tres necesita ir a Edimburgo. Estará en recepción dentro de un momento, ¿de acuerdo? —Su semblante se ensombreció mientras escuchaba la respuesta—. Muy bien, vístete. Ha surgido un problema.

Charlie había visto fugazmente a Steph por la noche. La burra de carga. Graham le había llamado eso a la cara y le había guiñado el ojo. Como respuesta, ella había esbozado una sonrisa. Charlie dedujo que tras aquella sonrisa había una complicada historia. Supuso que Graham y Steph se habían acostado.

Le había sorprendido su aspecto. Por la mañana, Graham la había descrito como una mujer de campo. Charlie se había imaginado a alguien con la piel tostada por el sol y de pantorrillas y tobillos anchos. Pero, en realidad, Steph era delgada y de piel clara; tenía el pelo castaño, con mechas de color dorado, naranja y rojo.

—¿Crees que trabaja de tapadillo para Dulux? —había susurrado Olivia.

Charlie no estaba muy segura de querer que Steph acompañara a su hermana.

—Liv, no te vayas en plena noche —dijo—. Es tarde. ¿Por qué no hablamos mañana sobre todo esto?

—Porque estás demasiado ocupada halagándote a ti misma con cualquier cosa que tenga pene como para hablar conmigo, por eso.

Cargando con su maleta, Olivia bajó pesadamente las escaleras con sus zapatos de tacón alto de Manolo Blahnik.

—Olivia, la última cosa que deseo es arruinarte las vacaciones —dijo Graham.

Ella le ignoró y miró a Charlie.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir haciendo esto? Follarte a todo lo que se mueva, solo para demostrarle algo al maldito Simón Waterhouse.

Charlie sintió que una oleada de vergüenza invadía su rostro.

—Tienes un problema, Char. Y ya es hora de que te enfrentes a él. ¿Por qué no... dejas de intentar llenar el vacío equivocado y vas a ver a un psiquiatra o algo así?

Después de que Olivia cerró la puerta de golpe, Charlie se echó a llorar, cubriéndose la cara con las manos. Graham la estrechó entre sus brazos.

—Solo lloro porque estoy muy enfadada —le dijo.

—No estés enfadada. Pobre Gordita. No debía ser muy divertido para ella oírnos mientras nos besuqueábamos, ¿verdad?

—¡No llames así a mi hermana!

—¿Cómo? ¿Después de que ella acaba de llamarte puta y a mí..., sí, voy a decirlo con todas sus letras, sí, «cualquier cosa que tenga pene»?

Graham se arriesgó a esbozar una leve sonrisa. Aunque seguía llorando, Charlie no pudo evitar echarse a reír.

—¿Es que tienes que ponerle un mote a todo el mundo? Yo soy la «señora», Steph «la burra de carga» y Olivia es «la Gordita»...

—Lo siento. De veras. Solo trataba de relajar el ambiente, —dijo, acariciándole la espalda a Charlie—. Mira, mañana lo arreglas. Steph nos dirá a qué hotel ha ido. Te llevo a Edimburgo y tú le das un beso y haces las paces con ella como Dios manda, ¿vale?

—Vale. —Charlie sacó el tabaco y el mechero del bolso—. Si me dices que en este chalet no se puede fumar, te parto la cara.

—No te atreverías, señora. Jefa.

—Todo lo que Liv dijo sobre mí...

—Te estaba atacando porque se sentía excluida. Ya me había olvidado de ello.

—Gracias. —Charlie le apretó la mano a Graham. «Gracias a Dios, es un caballero», pensó. Aun así, acostarse con él ya había dejado de ser una posibilidad, no después de que las palabras de Olivia empezaron a zumbarle en la cabeza. «Deja de intentar de llenar el vacío equivocado». Zorra.

—Charlie, deja de preocuparte —dijo Graham—. La relación que tienes con la Gordita es sólida, eso es evidente; es mucho mejor que la que tienen la mayoría de los hermanos.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—No, lo digo muy en serio. Os gritáis, y eso es una buena señal. Hace años que no hablo con mi hermano como Dios manda.

—Dijiste que tuviste un negocio con él.

De pronto, Graham parecía muy triste.

—Y lo tenemos. A pesar de todo, lo tenemos, pero ha hecho todo lo posible por arruinarlo, ese es el problema. Yo soy el hermano prudente y sensato...

—Me cuesta creerlo —dijo Charlie, tomándole el pelo.

—Es verdad. Yo no corro riesgos absurdos que no podemos permitirnos, porque quiero que el negocio funcione. Así que yo lo levanto y él lo echa a perder. O al menos lo intenta.

—¿Cómo podéis seguir trabajando juntos si no os habláis? —preguntó Charlie.

Graham trató de sonreír, pero su frente seguía llena de arrugas.

—Es demasiado absurdo —dijo—. Si te lo contara, te reirías.

—Adelante.

—Nos comunicamos a través de la burra de carga. —Graham negó con la cabeza—. En fin... —dijo, inclinándose y tratando de que Charlie volviera a la cama—, no hablemos más de nuestros problemas familiares. Tenemos el chalet solo para nosotros. Follemos hasta la extenuación, tal y como ha sugerido tu encantadora hermana, y ya nos mostraremos arrepentidos mañana, cuando vayamos a buscarla.

—Graham... —empezó Charlie, esquivando su beso—. Creo que estos chalets son perfectos. La cena de esta noche fue algo increíble y el *spa* es tan bueno como el de cualquier hotel. Creo que el negocio marchará bien. Ni siquiera tu incompetente hermano podría conseguir que un sitio así no fuera rentable.

—¿Eso cree, inspectora? Eh, acabo de tener una idea genial. Puesto que te ha gustado tanto la cena, voy a llamar a la burra de carga y a pedirle que mañana nos sirva el desayuno en la cama —dijo, cogiendo de nuevo el teléfono.

—¡No! —gritó Charlie, agarrándole el brazo—. ¡Está con Olivia!

—¡Oh, vaya! ¡Joder! No vamos a parecer muy arrepentidos si ya estamos pensando en las salchichas y las patatas salteadas con cebolla de mañana, ¿verdad? Mmm...

—He recibido una llamada —recordó Charlie de pronto.

En medio de todo aquel drama se había olvidado de que había sonado el teléfono y que entonces se había iniciado la pelea con Olivia. ¿Y si no hubiera ocurrido? ¿Qué habría hecho Olivia? ¿Habría disimulado, despierta, furiosa y rencorosa, oyéndoles a ella y a Graham follando?

—Eso puede esperar, ¿no? —preguntó Graham.

—Solo déjame ver quién era.

—No tendrás más hermanas gordas y terroríficas, ¿verdad, jefa?

—¡No la llares así!

Charlie pulsó la tecla de las llamadas perdidas y vio el número de Simón. Nunca la llamaba cuando ella estaba de vacaciones, a menos que se tratara de algo importante. Simón era muy meticuloso a la hora de respetar la intimidad, mucho más de lo que cualquiera habría deseado.

—Tengo que hacer una llamada urgente —dijo Charlie—. Lo siento, es por trabajo. Voy a salir afuera. —Se puso el abrigo y metió los pies en las zapatillas de deporte, pisando la parte de atrás con los talones—. Tú espérame aquí.

—Creo que lo haré, porque no llevo nada puesto. Y date prisa o puede que esté durmiendo cuando vuelvas. Igual que el marido agotado por el exceso de trabajo de algún telefilme cuando su mujer se pasa demasiado tiempo en el baño poniéndose guapa; cuando sale, se queda mirándole y le sonríe tiernamente.

—¿De qué estás hablando, chalado?

—Así, ¿ves? ¡Ya me estás sonriendo tiernamente!

Charlie negó con la cabeza, desconcertada, y salió llevándose el tabaco, el mechero y el teléfono. Graham le gustaba. Le gustaba mucho. Era divertido. Quizás a Olivia también le habría gustado si hubiese manejado las cosas con más discreción. Qué noche más desastrosa. Encima, Simón la había llamado y ella no había contestado. Charlie se sentía más culpable por eso que por lo de Olivia. Encendió un Marlboro light y le dio una larga calada. Al otro lado del campo estaba la recepción, donde Graham tenía su despacho. Las luces seguían encendidas, pero el coche que antes estaba aparcado allí había desaparecido. La pequeña ventana cuadrada de color amarillo, la pantalla azul celeste del móvil de Charlie y la punta de vivo color naranja de su cigarrillo eran las únicas luces que podía ver. En aquel lugar se sentía más en el extranjero que en España.

Buscó el número del móvil de Simón en la pantalla y pulsó la tecla de llamada, pensando en qué iba a decirle en cuanto le contestara: «Pensaba que había dejado claro que no quería ninguna interrupción durante mis vacaciones». Sin embargo, no se lo diría con demasiada aspereza.

Jueves, 6 de abril

Son las dos de la madrugada. Estoy abajo, hecha un ovillo en el sofá, delante de la televisión; me siento pesada y desorientada por culpa del cansancio, pero me da miedo meterme en la cama. Sé que no podría dormir. Cojo el mando a distancia y pulso el botón para quitar el sonido. Podría apagar la televisión, pero soy supersticiosa. Las imágenes que parpadean en la pantalla son un vínculo. Son lo que me impide precipitarme desde lo alto del mundo.

De noche, se manifiesta toda mi cobardía, esa sensación de flaqueza e indefensión que todos los días, durante veinticuatro horas, me esfuerzo por vencer.

La ventana del salón es un enorme cuadrado oscuro en el que se reflejan dos globos de luz dorada; bajo esos dos discos amarillos veo a mi doble, agotada, la imagen de una mujer que está completamente sola. Cuando era pequeña solía creer que si dejabas entrar la oscuridad en una habitación bien iluminada, se volvería oscura, de la misma forma en que por la mañana se iluminaba cuando dejabas entrar la luz. Mi padre me explicaba por qué no era así, pero a mí no me convencía. Normalmente echo las cortinas en cuanto el cielo pasa del color azul al gris.

Esta noche no tiene sentido; la oscuridad ya ha entrado en casa. Se debe a la ausencia de Yvon y al caos que ha provocado la policía, aunque estoy segura de que ellos creen que lo recogieron todo, de la misma forma que Yvon cree que está recogiendo cuando echa sobres rotos, bolsitas de té aplastadas y migas de pan sobre la tapa del cubo de la basura de la cocina.

Ha dejado aquí la mayor parte de sus cosas y me obligo a pensar que es una buena señal. He deseado llamarla durante toda la noche, pero no lo he hecho. Ocultar lo que me ocurrió hace tres años fue fácil. Presentarme en una comisaría y acusar a un hombre inocente de violación fue fácil. Entonces, ¿por qué es tan difícil llamar a mi mejor amiga y decirle que lo siento?

Yvon pensará que me da igual; nunca se le ocurriría imaginar que tal vez esté asustada. De las dos, yo soy la que da miedo. Ella me toma el pelo sobre eso, pero es verdad: cuando quiero, soy capaz de intimidar a la gente. Una mirada fija basta para que Yvon limpie todas las migas de la encimera o para que vuelva a tapar la bandeja de la mantequilla después de usarla. Nunca dejo las herramientas tiradas toda la noche en mi taller; siempre las vuelvo a colocar en su sitio, en la estantería: los mazos al lado del diamante para afilar, que está junto a los formones.

Tú lo entenderías. En el Traveletel, antes de meterte en la cama, dejas tu ropa cuidadosamente colgada en la parte de atrás del sofá. Nunca he visto un

calcetín tuyo tirado en el suelo. Cuando se lo conté a Yvon, arrugó la nariz y dijo que le parecías un obseso. Le dije que no se trataba de eso; si pensaba así, estaba en un error. Es algo que haces con calma, aunque también con rapidez. Debes haber practicado mucho, porque siempre haces que parezca algo casual que tu ropa quede exactamente paralela al sofá.

¿Recuerdas que una vez te dije que, en el caso de que Yvon desapareciera, la policía podría hacer una lista de todo lo que había comido recientemente sin ningún problema? Ahora que tú has desaparecido, pensar en eso me pone los pelos de punta. Pero es verdad. Las escamas rosadas y secas pegadas en el fondo de la sartén apuntarían claramente a que había cenado salmón la noche antes. Y una sartén con grasa pegada y restos chamuscados sería la prueba de que había tomado salchichas para almorzar.

Me dijiste que debería insistir en que limpiara. Cuando lo hago, me acusa de ser una tirana: «Te estás convirtiendo en un monstruo», me dice, sacando a regañadientes un envase de leche que lleva tres semanas en la nevera.

Ahora ya estoy muy acostumbrada a ello, habituada a mi actitud de *nadie-va-a-librarse-de-nada*; no creo que pueda cambiarla. Me he convertido —al principio deliberadamente, aunque muy pronto dejó de suponer un esfuerzo— en alguien que transforma cualquier nadería en un problema. «Déjate llevar», me dice siempre Yvon. Pero, para mí, dejarse llevar significa dirigirme obedientemente, a punta de cuchillo, hacia el coche de un desconocido.

Si no me hubiera convertido en un monstruo es posible que aquel día, en la gasolinera, no hubieras reparado en mí. No sé hasta qué punto oíste o presenciaste la discusión. Nunca he conseguido sacarte ninguna información significativa, como si aquel día también habías ido a comer allí. Quizás estabas en la tienda, al otro lado del pasillo, y solo apareciste al oírme gritar. Me gustaría saberlo, porque me encanta la historia de cómo nos conocimos y quiero saberla al detalle.

Yo iba a visitar a una posible cliente, una anciana que buscaba a alguien que le restaurara un reloj de sol en forma de cubo que tenía en su jardín; me dijo que era del siglo XVIII y que estaba en muy mal estado. Le dije que lo que yo solía hacer básicamente eran encargos originales y que me dedicaba muy poco a la restauración, pero la noté tan abatida que transigí y acepté ir a echarle un vistazo. En cuanto salí me di cuenta de que estaba hambrienta y me detuve en el área de servicio de Rawndesley East.

Nadie en su sano juicio espera comer bien en un área de servicio, y estaba preparada para que el pollo, las patatas y los guisantes estuvieran fríos, grasientos e insípidos. Yo no soy como tú; de vez en cuando no me importa comer algo mediocre. La comida basura puede resultar reconfortante. Pero, en aquella ocasión, lo que me sirvieron en una bandeja era ofensivo. ¿Lo viste? ¿Estabas lo bastante cerca como para echarle un vistazo?

El pollo era de color gris y apestaba como un cubo de basura que nunca hubieran lavado. Su olor me provocó arcadas. Le dije al camarero que aquella comida estaba pasada. El puso los ojos en blanco, como si yo fuera una cliente conflictiva, y me dijo que ni siquiera lo había probado. Si sabía mal, añadió,

podía devolverlo y él me serviría otro plato, pero no estaba dispuesto a llevárselo cuando ni siquiera lo había probado. Le dije que quería hablar con el encargado; de mala gana, me dijo que él estaba a cargo de todo, porque su jefe aún no había llegado.

—¿Y cuándo llegará? —le pregunté.

—No volverá antes de dos horas.

—Estupendo. Entonces esperaré. Y cuando llegue su jefe, le diré que le despida.

—Haga lo que quiera.

Aquel hombre se encogió de hombros. Se llamaba Bruce Doherty: lo decía su placa.

—¡Solo tiene que echar un vistazo a este pollo para saber que está malo! ¡Está podrido! Si no me cree, Pruébalo.

—No, gracias —dijo, con una sonrisa de suficiencia.

Me tomé aquello como si admitiera que el pollo estaba pasado y que él lo sabía; se estaba regodeando en ello, demostrándome que le daba igual.

—¡Voy a asegurarme de que le despidan, gilipollas! —le grité a la cara—. ¿Y qué va a hacer entonces? ¿Va a trabajar como neurocirujano? ¿O como científico espacial? No, puede que trabaje en algo que encaja más con su talento: ¿limpiar la mierda de los servicios u ofrecer su culo a los hombres de negocios que pasan por aquí?

Él me ignoró. Detrás de mí había gente haciendo cola; se volvió hacia la primera persona que estaba esperando y dijo:

—Siento todo esto. ¿Qué le pongo?

—Mire, estoy muy ocupada —le dije—. Lo único que quiero es un plato que no sea puro veneno.

Una mujer de mediana edad vestida de forma desaliñada que estaba esperando a que la sirvieran me tocó el brazo.

—Allí hay niños —me dijo, señalando una mesa que estaba al otro lado del comedor. Me deshice de su mano.

—Estupendo —dije—. Niños que, si dependiera de usted, de él y de toda la gente que hay aquí, ¡comerían pollo podrido y morirían de disentería!

Después de eso, todos me dejaron en paz. Llamé a la mujer a la que iba a visitar por lo del reloj de sol y le dije que me había entretenido. Entonces me senté a la mesa más próxima a la barra, con mi bandeja de comida

nauseabunda frente a mí, esperando a que llegara el encargado. Sentía la rabia hirviendo en mi interior, pero creo que conseguí parecer tranquila. No puedo controlarlo todo, pero sí lograr que ningún desconocido adivine cómo me siento con solo mirarme.

De vez en cuando observaba a Bruce Doherty. No transcurrió mucho tiempo hasta que empezó a sentirse incómodo. No se me pasó por la cabeza la posibilidad de darme por vencida. Estaba decidida a conseguir que se hiciera un poco de justicia. Se me ocurrió que podría destrozar el local. Me pasearía por el comedor arrojando las bandejas de comida de la gente al suelo. Cogería mi plato de bazofia envenenada y se la tiraría a la cara al encargado.

Después de esperar durante casi una hora y media vi que te dirigías hacia mí. Mi rabia había ido en aumento hasta bloquear cualquier idea o sentimiento. Ese fue el motivo por el que de entrada no reparara en tu extraño aspecto. Llevabas tu camisa gris de cuello Mao y unos vaqueros; me sonreías, mientras en una mano se balanceaba una bandeja, como si fueras un camarero. Lo primero que vi fue tu sonrisa. Estaba muerta de hambre y mareada; solo me sostenían mis vengativas fantasías. Me sentía fría y vacía por dentro y tenía un sabor metálico en la boca.

Te acercaste directamente hacia mí, con el brazo que tenías libre en la espalda. Solo te vi bien cuando te sentaste frente a mí. Me di cuenta de que la bandeja que llevabas en la mano no era igual que las que había en la barra, abandonadas en las mesas y en una pila que había delante de la barra donde Doherty seguía sirviendo aquella bazofia letal. Tu bandeja no era de ese plástico que imita a la madera; era de madera de verdad.

En la bandeja había un cuchillo y un tenedor envueltos en una servilleta de tela blanca, una copa vacía y una botella de vino blanco: Pinot Grigio, tu favorito. Eso, al igual que nuestro encuentro en el área de servicio, sentó las bases para una tradición. Nunca hemos compartido una botella de vino que no fuera Pinot Grigio, y quedamos en el Traveltel —aunque tú digas que no es lo bastante romántico y que podríamos encontrar algo mucho más acogedor por el mismo precio— porque el área de servicio de Rawndesley East fue donde nos conocimos. Tienes la mentalidad de un coleccionista compulsivo, ávido por conservarlo todo y no perder nada de lo que tuvo. Tu amor por las tradiciones y los rituales es una de las muchas cosas que me atrajeron de ti: la forma en que aprovechas cualquier cosa buena y agradable que ocurre por casualidad, tratando de convertirla en una costumbre.

Intenté explicarle esto a la policía —que un hombre que insiste en beber el mismo vino, en la misma habitación y el mismo día de la semana no rompería de pronto su sagrada rutina desapareciendo sin avisar—, pero lo único que hicieron fue mirarme con indiferencia.

Cogiste la bandeja que me había servido Doherty, la dejaste en la mesa de al lado y luego colocaste la tuya delante de mí. Junto a la servilleta y los cubiertos había una fuente de porcelana con una tapa plateada en forma de cúpula. La levantaste sin decir nada, sonriendo con orgullo. Yo estaba asombrada y confusa. Como te dije luego, pensé que eras el jefe de Doherty; de alguna forma, te habías enterado de lo ocurrido, quizás a través de otro

empleado, y habías venido a enmendarlo.

Sin embargo, no llevabas el uniforme azul y rojo ni una placa con tu nombre. Y aquella no era una forma normal de enmendar las cosas. Aquello era *magret de canard aux poires*. Me dijiste el nombre del plato cuando volvimos a vernos. A mí me parecieron lonchas de pechuga de pato muy tiernas — doradas por los lados y rosadas por el centro— dispuestas en un pulcro círculo en torno a una pera entera cocida. Olía como si hubiera caído del cielo. Estaba tan hambrienta que estuve a punto de echarme a llorar.

—Se supone que con el pato hay que tomar vino tinto —me dijiste, como quien no quiere la cosa. Esas fueron las primeras palabras que te escuché pronunciar—. Pero pensé que, teniendo en cuenta que es mediodía, sería mejor un vino blanco.

—¿Quién es usted? —pregunté, dispuesta a enfadarme y esperando no tener que hacerlo, porque estaba desesperada por comerme lo que me habías traído. Doherty estaba observando, tan perplejo como yo.

—Me llamo Robert Haworth. La oí mientras le gritaba a ese bruto. —Moviste la cabeza en dirección a la barra—. Es evidente que nunca le servirá un almuerzo que sea comestible, o sea, que pensé que podría hacerlo yo.

—¿Lo conozco? —pregunté, aún perpleja.

—Verá —dijiste—, no podía dejar que se muriera de hambre, ¿verdad?

—¿De dónde ha salido esta comida? —Tenía que haber alguna trampa, pensé—. ¿La ha preparado usted?

Me preguntaba qué clase de hombre escucha a una desconocida quejándose por una mala comida y sale corriendo hacia su casa para prepararle algo mejor.

—No. Es del Bay Tree.

Es el restaurante más caro de Spilling. Mis padres me llevaron en una ocasión y, con el vino incluido, les costó casi cuatrocientas libras.

—¿Y...?

Me quedé mirándote fijamente y esperé, dejando claro que necesitaba más explicaciones. Tú te encogiste de hombros.

—Vi que estaba en apuros y quise ayudarla. Llamé al Bay Tree Y les expliqué la situación. Les encargué este plato. Luego me subí a mi camión y fui a recogerlo. Soy camionero.

Pensé que querías algo de mí. No sabía qué era, pero estaba a la expectativa. No pensaba probar ni un bocado, a pesar de que me dolía el estómago y se me hacía la boca agua, hasta saber cuáles eran tus intenciones.

De pronto, apareció Doherty. En su camisa lucía una enorme mancha de grasa que tenía más o menos la forma de Portugal.

—Me temo que no puede...

—Deje que la señora se coma en paz su almuerzo —le dijiste—. No está permitido traer comida...

—Y a usted no le está permitido vender comida que no es comestible —le interrumpiste.

Tu tono de voz fue tranquilo y educado en todo momento, pero yo no soy tonta, y Doherty tampoco lo era. Ambos sabíamos que ibas a hacer algo. Sin dar crédito, vi que cogías la bandeja con el pollo, las patatas y los guisantes; luego, abriste el cuello de la camisa de Doherty y le echaste la comida dentro. Doherty lanzó un exclamación, indignado, algo parecido a un gemido o un gruñido, y bajó la vista para mirarse. Luego se alejó trastabillando por el comedor, derramando los guisantes que salían de su uniforme. Algunos cayeron al suelo mientras se alejaba y algunos se pegaron a las suelas de sus zapatos. Nunca olvidaré esa imagen mientras viva.

—Lo siento —dijiste, cuando se hubo ido. Me dio la impresión de que habías perdido algo de seguridad en ti mismo. Hablabas de forma más atropellada y parecías haberte encogido ligeramente—. Mire, solo pretendía ayudar —murmuraste. Parecías avergonzado, como si hubieras decidido que servirme un apetitoso plato de un excelente restaurante hubiera sido una estupidez—. Hay demasiada gente que solo se queda mirando y no hace nada para ayudar a alguien que está en apuros —dijiste.

Aquellas palabras lo cambiaron todo.

—Lo sé —dije enérgicamente, pensando en los hombres vestidos de etiqueta que habían aplaudido a mi violador dos años atrás—. Le agradezco su ayuda. Y esto —añadí, señalando el pato— tiene un aspecto exquisito.

Tú sonreíste, más tranquilo.

—Entonces, al ataque —dijiste—. Espero que le guste.

Te volviste para irte y yo me quedé nuevamente sorprendida. Había dado por sentado que al menos te quedarías y hablaríamos mientras comía. Pero me habías dicho que eras camionero. Tendrías que entregar algo urgente, respetar un horario. No podías permitirte perder todo el día sin hacer nada en un área de servicio. Ya habías hecho bastante por mí.

En ese instante supe que no podía dejar que te fueras. Aquel era un momento crucial en mi vida. Iba a convertirlo en un momento crucial. En vez de perder todas mis energías reaccionando ante las cosas malas que me habían pasado, iría detrás de una buena.

Desapareciste por la doble puerta acristalada que había frente a la gasolinera

y ya no podía verte. Aquello me asustó y me hizo entrar en acción. Dejé la comida allí y salí afuera a toda velocidad. Estabas en el aparcamiento, a punto de subir a tu camión.

—¡Espere! —grité, sin que me importara mi indecoroso aspecto, corriendo salvajemente hacia ti.

—¿Hay algún problema?

Parecías preocupado. Yo estaba sin aliento.

—¿No piensa devolver... la bandeja y la fuente al Bay Tree? —dije.

Fue patético, lo sé, pero en ese momento me pareció una excusa razonable. Tú sonreíste.

—No había pensado en eso. Probablemente debería hacerlo, sí.

—Bueno..., entonces, ¿por qué no vuelve a entrar? —dije, flirteando descaradamente.

—Supongo que podría hacerlo —dijiste, frunciendo el ceño—. Pero... la verdad es que debería ponerme en marcha.

No iba a permitir que te fueras. Cuando menos me lo esperaba, había ocurrido algo excitante, y estaba decidida a no dejarlo escapar.

—¿Habría hecho lo que hizo..., traer esa comida y el vino..., por cualquiera? —pregunté.

—¿Se refiere a cualquiera a quien le hubieran servido un plato de pollo podrido?

Me eché a reír.

—Sí.

—Seguramente no —admitiste, desviando la mirada como un tímido colegial.

Aquel fue el momento más feliz de mi vida. Entonces supe que yo era alguien especial para ti. Hiciste algo que nadie habría hecho por mí y aquello me hizo sentir libre. Me hizo sentir que podría ser tan loca como tú, que podría hacer cualquier cosa. No había límites ni reglas. Vi tu anillo de casado, pero no le presté ninguna atención. Estabas casado. ¿Y qué? «Mala suerte, señora de Robert Haworth —pensé—: voy a quitarle a su marido». Estaba siendo totalmente despiadada.

Durante dos años no había pensado en la posibilidad de acostarme con un hombre. La idea del sexo me repugnaba. Pero ya no. Quería quitarme la ropa allí mismo, en el aparcamiento, y ordenarte que me hicieras el amor. Tenía que ocurrir; tenía que conseguir que fueras mío. Conocerme me permitió

olvidarme de mi historia al instante. Tú no sabías nada sobre mí, salvo que era una mujer atractiva y con carácter. Aquel *magret de canard aux poires* podría haber sido perfectamente un zapato de cristal que me hubiera entregado un príncipe. Ahora todo era distinto, me habían salvado y rescatado. Mi vida había dejado de ser una pesadilla para convertirse, en cuestión de unos minutos, en un cuento de hadas.

Una hora más tarde pedíamos la habitación once en el Traveltel por primera vez.

Suena el timbre de la puerta. Corro hacia la entrada, pensando que se trata de Yvon.

Pero no es ella. Es el subinspector Sellers, que ya estuvo aquí por la mañana.

—Tenía las cortinas abiertas —dice—. Vi que aún seguía levantada.

—¿Pasaba por casualidad por delante de mi casa a las dos de la madrugada?

Me mira como si fuera una pregunta estúpida.

—No exactamente.

Espero que siga hablando. Me da tanto miedo enterarme de que me has dejado a posta como de que te ha ocurrido algo terrible.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta Sellers.

—No.

—¿Puedo pasar un minuto?

—¿Acaso puedo impedírselo?

Me sigue a través del salón y se sienta en una punta del sofá, posando su prominente barriga sobre sus muslos. Yo me quedo de pie junto a la ventana.

—¿Está esperando que le ofrezca algo de beber? ¿Un Ovaltine?

No puedo dejar de actuar. Es algo compulsivo. Escribo los diálogos mentalmente y los suelto con voz quebradiza.

—El lunes le dijo al subinspector Waterhouse y a la inspectora Zailer que si se presentaban en casa de Robert Haworth encontrarían algo.

—¿Qué han encontrado? —le espeto—. ¿Han encontrado a Robert? ¿Está bien?

—El martes le contó al subinspector Waterhouse que Robert Haworth la había violado. ¿Ahora le preocupa cómo está?

—¿Está bien? ¡Contésteme, cabrón!

Empiezo a sollozar; estoy demasiado exhausta para controlarme.

—¿Qué creía que iban a encontrar en casa del señor Haworth? —pregunta Sellers—. ¿Cómo podía estar tan segura de ello?

—¡Se lo dije! Se lo dije a Waterhouse y a Zailer: vi algo en el salón de Robert, a través de la ventana. Y me dio un ataque de pánico. Pensé que iba a morirme.

—¿Qué fue lo que vio?

—No lo sé. —Sigue habiendo un vacío enorme en mi recuerdo de aquella horrible tarde, pero estoy segura de que vi algo. Estoy más segura de eso que de cualquier otra cosa. Espero hasta estar lo bastante tranquila como para hablar—. Debe conocer esa sensación. Es como cuando ves a un actor por televisión y sabes que su nombre está escondido en algún lugar de tu cabeza, aunque tu memoria es incapaz de recordarlo.

Estoy tan exhausta que apenas puedo ver bien. El subinspector Sellers es una mancha borrosa.

—¿Dónde estuvo la noche del miércoles al jueves? —me pregunta—. ¿Puede decirme, minuto a minuto, lo que hizo durante ese período de tiempo?

—No sé por qué debería hacerlo. ¿Robert está bien? ¡Dígamelo!

Siempre merece la pena luchar, aunque el precio que haya que pagar sea muy alto. Esta forma de ver las cosas ya no está de moda. Día tras día, el mundo se sume en una lánguida apatía; un evidente ejemplo de ello es que incluso son condenadas las guerras que se libran para liberar a alguien de un yugo. Sin embargo, yo opino de forma muy distinta.

—¿Cómo pueden tratarme así? —le grito a Sellers—. Yo soy una víctima, no una delincuente. Pensaba que la policía actuaba de otra forma: pensaba que, en los tiempos que corren, se suponía que trataban a las víctimas con un poco de consideración.

—¿Y de qué es usted víctima? —me pregunta—. ¿De una violación? ¿O de la desaparición de su amante?

—Soy yo la que debería preguntarle de qué se me acusa.

—Nos mintió en su declaración; no puede esperar que confiemos en usted.

—Solo dígame si Robert está vivo.

Hace tres años me prometí que nunca volvería a suplicar. Habría que escucharme ahora.

—Robert Haworth nunca la violó, ¿verdad, señorita Jenkins? Su declaración es falsa.

La cara de caucho de Sellers está llena de manchas rojas; me dan ganas de vomitar.

—Dije la verdad —insisto.

Con las defensas por los suelos y mis reservas de energías a cero, recorro a lo que me resulta más fácil: fingir.

Fue lo primero que pensé después de la violación, lo único que me importó una vez que estuve segura de que la agresión, en todas sus fases, había terminado y yo había sobrevivido: cómo ocultarle al mundo lo que me habían hecho. Sabía que podría sobrellevar mejor un trauma en secreto que la vergüenza de saber que era de dominio público.

Nadie ha sentido nunca compasión por mí. De todos mis amigos y conocidos, soy quien más éxito ha tenido. Tengo una profesión que me encanta. Vendí una fuente tipográfica a Adobe cuando aún estaba en la universidad y empleé el dinero para montar una empresa rentable. A los ojos del mundo debe parecer que lo tengo todo: un trabajo gratificante y creativo, seguridad económica, un montón de amigos, una familia fantástica y una bonita casa que pagué al contado. Hasta que sufrí la agresión, no me faltaban los novios y, aunque no carecía de sentimientos ni nada parecido, la mayoría parecían quererme a mí más de lo que yo los quería a ellos. Toda la gente que conozco me envidia. No paran de decirme lo afortunada que soy por mi privilegiada situación.

Todo eso habría cambiado si la gente hubiera descubierto lo que me ocurrió. Me habría convertido en la pobre Naomi. Habría seguido estando siempre — en la imaginación de toda la gente que conocía, de todos aquellos que me importan— en el estado en el que estaba cuando aquel hombre me dejó tirada en Thornton Road, después de que hubo acabado conmigo: desnuda, salvo por el abrigo y los zapatos, con la cara llena de lágrimas y mocos, y el semen de un desconocido goteando por mi cuerpo.

Ni hablar: no iba a dejar que eso ocurriera. Me quité el antifaz y comprobé que no había nadie. La calle estaba vacía. Me dije que tenía suerte de que nadie me hubiera visto. Corrí a toda prisa hacia mi coche y me dirigí hacia mi casa. Mientras conducía asumí mentalmente el control de la situación. Empecé a hablarme a mí misma, pensando que era importante imponerme algún tipo de orden lo antes posible. Me dije que daba igual cómo me sintiera..., ya me preocuparía por eso más tarde. De momento, simplemente no iba a permitirme sentir nada. Traté de pensar como lo haría un soldado o un asesino. Lo único que importaba era comportarme como si estuviera bien, haciendo todo lo que habría hecho en circunstancias normales, a fin de que nadie sospechara nada. Me convertí en un lustroso robot, idéntico, por fuera a la Naomi de antes.

Hice un excelente trabajo. Otro éxito, algo que la mayoría de la gente no

habría sido capaz de conseguir. Nadie sospechó nada, ni siquiera Yvon. La única parte que fui incapaz de controlar fue la de los novios. Le dije a todo el mundo que quería concentrarme en mi carrera durante un tiempo, sin distracciones, hasta que conocí a alguien especial. Hasta que te conocí a ti.

—Vístase —dice el subinspector Sellers.

Siento que el corazón se me va a salir del pecho.

—¿Va a llevarme a ver a Robert?

—Voy a llevarla a la Unidad de Custodia de la comisaría de Silsford. Puede venir voluntariamente o puedo detenerla. Depende de usted. —Al ver mi expresión de congoja, añade—: Alguien ha intentado asesinar al señor Haworth.

—¿Intentado? ¿Quiere decir que no lo ha conseguido?

Mis ojos se quedan mirando fijamente los suyos, exigiendo una respuesta. Después de lo que me parece una eternidad, él cede y asiente con la cabeza.

Una sensación de triunfo se apodera de mí. Ha sido gracias a mi mentira, porque te he acusado de un crimen que no has cometido, por lo que han registrado tu casa. Me pregunto qué dirá Yvon cuando le cuente que te he salvado la vida.

6/4/06

Charlie se sentó ante el ordenador de Graham, un Toshiba portátil muy plano, y tecleó «Habla y Sobrevive» en la casilla de búsqueda de Google. El primer resultado que apareció es el que quería: una organización que ofrecía ayuda y apoyo a mujeres que habían sido víctimas de una violación. Una vez que se cargó la página, Charlie clicó en «Historias de supervivientes». Había una lista numerada. Clicó la número setenta y dos.

Simón había definido la carta de Naomi Jenkins como austera. Él creía que la había escrito Jenkins, aunque quería saber qué opinaba Charlie. «Me echa de menos», pensó ella. La invadió una mezcla de orgullo y felicidad. ¿Acaso importaba que hubiera pensado en verse con Alice Fancourt? Era a ella a quien llamaba en plena noche cuando le preocupaba algo importante.

Asintió con la cabeza mientras leía la carta que «N.J.» había mandado a la página web; por lo poco que sabía de aquella mujer, parecía ser de Naomi. Alguien que ponía objeciones a que la llamaran «señorita» y «señora» también podría ponerlas a que la etiquetaran como «superviviente» de una violación. En realidad, Charlie pensó que tenía razón en eso, aunque ya no la convenció tanto su desdén por otras víctimas de violación —o supervivientes— y su forma de expresarse. Charlie solo había leído declaraciones oficiales de violaciones; estaban redactadas de forma muy sencilla, porque así debían ser. Nada que ver con las letras de las canciones de un mal álbum de heavy metal, que era la acusación que hacía Naomi en su carta contra las historias de las supervivientes de esa página web. Un relato en primera persona de una violación supuestamente terapéutico debía de ser distinto de una declaración a la policía; había que poner tanto énfasis en los hechos como en los sentimientos, en compartir el dolor con otras personas que hubieran vivido una experiencia similar.

Charlie se masajeó la frente. Los efectos de las cuatro botellas de vino que se había bebido con Graham y Olivia aquella noche estaban empezando a pasársele; notaba la jaqueca en el entrecejo y en la frente. Técnicamente ya era otro día —la madrugada del jueves—, pero a ella le parecía el pesado final de un miércoles largo y exangüe. Estaba indignada consigo misma. Había sido ella quien había insistido en tomar más vino. Había flirteado descaradamente con Graham, lo había invitado al chalet y había obligado a marcharse a su hermana. «Muy bonito, Charlie», se dijo. Aquella noche había actuado de forma implacable, poniendo todo su empeño en pasárselo en grande. «Eres una estúpida que no para de hacer estupideces», pensó.

Graham había sido un cielo. Consciente de que se trataba de algo urgente, dejó de bromear, se vistió rápidamente y abrió la recepción para que Charlie pudiera usar su ordenador. Su despacho era una casucha fría y pequeña en la

que solo cabían dos enormes mesas. En un rincón había una diana para dardos, y, en otro, un enorme refrigerador de agua. Charlie le había contado lo de su dolor de cabeza y Graham había salido corriendo a buscar unos analgésicos.

—Si Steph vuelve y te encuentra aquí te va a echar una bronca —dijo—. Tú ignórala... o la amenazas con contármelo.

—¿Y por qué iba a importarle? —preguntó Charlie—. Tú eres el jefe, ¿no?

Graham parecía avergonzado.

—Sí, pero... la situación entre Steph y yo es complicada.

Después de trabajar durante muchos años con Simón, Charlie lo sabía todo sobre situaciones complicadas. No hay que mezclar nunca el trabajo con el sexo. ¿Era aquello lo que habrían hecho Graham y Steph? ¿Tan mal había ido? Al menos Charlie y Simón seguían teniendo una sólida relación profesional.

Volvió a pensar en lo que él le había dicho por teléfono. Naomi Jenkins había demostrado que estaba en lo cierto. Algo malo le había ocurrido a Robert Haworth. Algo muy malo, probablemente fatal. ¿Cómo lo había sabido Naomi? Charlie se preguntó si sería la intuición de una amante o la certeza de una asesina en potencia. Si se trataba de lo último, era difícil imaginarse cuál había sido el papel de Juliet Haworth. Después de todo, ella había vivido durante casi una semana en la misma casa que un malherido e inconsciente Robert Haworth.

Según Simón, Haworth había estado en el Star Inn de Spilling la noche del pasado miércoles, como de costumbre. El jueves no se presentó en el Traveltel para reunirse con Naomi, así que lo más probable es que hubiera sido atacado en algún momento de la noche del miércoles, cuando volvió a casa del pub, o el jueves por la mañana, antes de que tuviera tiempo de salir de su casa para ir a trabajar.

Cuando Charlie le llamó, Simón ya había estado en el Hospital General de Culver Valley. Haworth estaba vivo pero inconsciente, en cuidados intensivos. Sin duda, estaría muerto si hubiera transcurrido un día más sin ser atendido. El especialista estaba muy sorprendido de que hubiese aguantado tanto tiempo, teniendo en cuenta la gravedad del traumatismo craneal. Había recibido varios golpes muy fuertes que le habían provocado una hemorragia subdural aguda, una hemorragia subaracnoidea y varias contusiones cerebrales. Haworth había sido intervenido inmediatamente; le habían drenado la hemorragia para disminuir la presión cerebral, pero los médicos no se mostraban muy optimistas. Y Simón tampoco.

—No creo que nos enfrentemos a un intento de asesinato por mucho tiempo —dijo.

—¿Algún indicio de lo que provocó las heridas? —le preguntó Charlie.

—Sí, una piedra enorme. Estaba allí, en el suelo, junto a la cama ni siquiera habían intentado esconderla. Estaba llena de sangre y pelos. Juliet Haworth dijo que su marido y ella la utilizaban como cuña para mantener la puerta abierta. —Simón hizo una pausa—. Esa mujer me da escalofríos. Me dijo que Haworth había cogido la piedra del río Culver un día que habían salido a caminar. En cuanto encontré a Haworth, empezó a hablar. Era casi como si se sintiera aliviada, aunque no parecía importarle nada. Me dijo que los anteriores dueños de la casa habían cambiado todas las puertas por unas contra incendios que no se mantenían abiertas...

—De ahí la cuña.

—Sí. Hay una en todas las habitaciones; todas son muy grandes, como la que le machacó la cabeza a Haworth, aunque proceden de ríos diferentes. Al parecer, a Haworth lo entusiasmaba esa idea. Su mujer me contó todo esto, información irrelevante... ¡Incluso me enumeró todos los malditos ríos! Sin embargo, cuando le pregunté si había atacado a su marido, solo me sonrió. No dijo ni una palabra.

—¿Te sonrió?

—No quiere ningún abogado. No parece importarle lo que pueda ocurrirle. Da la sensación de estar dispuesta a disfrutar de todo esto, hagamos lo que hagamos.

—¿Crees que intentó matar a Haworth?

—Estoy seguro. O lo estaría, si no fuera por Naomi Jenkins, que también mintió. También la hemos traído aquí...

—¿Han terminado ya los forenses con la casa? ¿Y qué me dices de posibles interferencias?

—No, Jenkins está en la Unidad de Custodia de Silsford.

—Buena idea.

—Ella tampoco quiere ningún abogado. ¿Crees que esas dos mujeres pueden estar juntas en esto?

Charlie no lo creía y le dijo a Simón por qué: se parecía demasiado a una fantasía feminista a lo Thelma y Louise. En realidad, dos mujeres que amaban a un hombre infiel solían odiarse mutuamente, y el marido infiel solía salir indemne mientras las dos mujeres aún siguieran deseándole.

Después de leer la historia de Naomi Jenkins, Charlie sintió curiosidad por las demás. Mientras esperaba que Graham volviera con los analgésicos pensó que podría echar un vistazo a algunas de ellas. Clicó los números setenta y tres, setenta y cuatro y setenta y cinco, por ese orden, y las leyó por encima. Todas ellas eran descripciones de violaciones que habían tenido lugar en el propio hogar de la víctima. La número setenta y seis era una sobre la

violación cometida por un desconocido, pero la descripción era tan morbosa que Charlie estaba segura de que la había escrito un perverso. Charlie se preguntó si Naomi Jenkins podría ser una perversa. Eso explicaría por qué mintió al decir que Haworth la había violado; Charlie estaba convencida de que había mentado. No obstante, en la carta que Naomi había escrito a la página web no había detalles morbosos. Habría podido incluir alguno fácilmente; por lo que Simón le había contado, su declaración estaba llena de ellos, de modo que si era una mujer con mucha imaginación, ¿por qué no escribió toda su fantasía para que apareciera en la página web? Charlie deseó estar en Silsford para hacerle todas aquellas preguntas a Naomi Jenkins y ver la expresión de su cara mientras las respondía.

La puerta del despacho se abrió y apareció Steph. No llevaba la misma ropa que vestía la última vez que Charlie la había visto; ahora lucía unos pantalones negros que dejaban al descubierto los huesos de sus prominentes caderas. ¿Cómo conseguía que no se le cayeran? Era un misterio. Los vaqueros que llevaba por la mañana eran iguales. Prácticamente permitían ver su vello púbico, pensó Charlie. Pero en seguida rectificó: una mujer como Steph no debía de tener vello púbico y, si lo tenía, debía de afeitárselo en forma de corazón o de algo igualmente vulgar.

De cerca, el pelo multicolor de Steph era ridículo; daba la sensación de que varios pájaros, con problemas intestinales distintos, hubieran evacuado sobre su cabeza al mismo tiempo. El pelo le sobresalía en tupidos mechones y en puntas irregulares y engominadas, un estilo excesivo para una ocasión informal. Era un pelo que alguien solo esperaría ver en un desfile de moda. Y mucho mejor peinado.

Una espesa capa de maquillaje cubría lo que Charlie sospechaba que era un mal cutis. Los labios de Steph, al igual que su pelo, estaban pintados de distintos colores: de un rosa brillante en el medio y con una fina línea roja y otra negra e incluso más fina en los bordes. Cuando entró en el despacho se oyó un tintineo y Charlie vio que llevaba varias pulseras de oro en los brazos.

—Este es nuestro ordenador —dijo Steph, poniéndose furiosa de inmediato—. No puedes utilizarlo.

—Graham me dijo que podía.

Steph hizo un mohín. Charlie vio que movía los labios.

—¿Dónde está?

—Ha ido a buscar unos analgésicos. Tengo resaca. Mira, me ha surgido algo urgente en el trabajo y Graham me dijo que no tenía ningún problema en que...

—Bueno, pues no es así. Los huéspedes no pueden utilizar este ordenador.

—¿Adónde has llevado a mi hermana? —preguntó Charlie—. ¿A un hotel?

—Me pidió que no te lo dijera. —Steph se tocó los dientes con una larguísima uña en cuyo centro había lo que parecía ser un pequeño diamante—. Y Graham, ¿ya te ha follado? —preguntó—. En el bar no parabais de meteros mano.

Charlie se quedó demasiado asombrada como para contestar.

—No te habría dejado entrar aquí a menos que ya te haya follado o tenga intención de hacerlo. Solo es un aviso: si ya lo ha hecho o lo va a hacer, me lo contará. Todo. Siempre lo hace. No eres la primera huésped a la que se ha follado, ni por asomō. Ha habido montones de ellas. Suele imitar los ruidos que hacen en la cama. ¡Es muy divertido!

Steph soltó una risita, tapándose la boca con la mano. Si Graham no hubiera regresado en aquel momento, Charlie habría cruzado la habitación y le habría dado un puñetazo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Graham a Charlie. Llevaba una caja de Nurofen en la mano—. ¿Qué te ha dicho?

—Solo le he dicho que no puede utilizar el ordenador. —Steph contestó antes de que Charlie pudiera hacerlo.

—Sí puede. Lárgate y vete a dormir —dijo Graham amablemente—. Mañana te espera un día de perros. Empezarás por llevarnos el desayuno a la cama a la inspectora y a mí. Desayuno inglés completo. En su cama, claro. Ahí es donde estaremos. ¿No es así, inspectora?

Charlie se quedó mirando fijamente la pantalla del ordenador, muerta de vergüenza.

Steph empujó a Graham cuando pasó junto a él.

—Me voy —dijo.

Mientras se dirigía hacia la puerta, él empezó a cantar en voz alta.

—«Rayas blancas penetrando en mi mente...».

Era evidente que Graham quería que Steph le oyera. Charlie identificó la canción, que había estado en las listas de éxitos de los años ochenta. Pensó que era de Grandmaster Flash.

La puerta del despacho se cerró de golpe.

—Lo siento. —Graham parecía avergonzado—. No te imaginas hasta qué punto me vuelve loco.

—Oh, creo que sí —repuso Charlie, que aún seguía conmocionada por lo que había dicho Steph.

—¿Acaso no se da cuenta de lo vulgar que es? La típica criada mala, como la señora Danvers de Rebeca... ¿La has visto?

—La he leído.

—¡Oh, qué culta, jefa! —Graham besó a Charlie en el pelo.

—¿Steph se mete coca?

—No. ¿Por qué? ¿Tiene aspecto de hacerlo?

—Te pusiste a cantar esa canción... sobre el abuso de las drogas.

Graham se echó a reír.

—Es una broma privada —repuso—. No te preocupes; ya verás cómo nos servirá el desayuno. Es un viejo chucho obediente.

—Graham...

—Y ahora, un vaso de agua para que puedas tomarte las pastillas. —Se volvió hacia el dispensador de agua—. No hay vasos, genial. Iré a buscar unos cuantos a la despensa. No tardaré nada. Si vuelve la burra de carga, ya sabes lo que tienes que cantar.

Graham le guiñó un ojo y luego desapareció, dejando la puerta abierta.

Charlie lanzó un suspiro. Tenía muy claro que no iba a acostarse con Graham; no se iba a arriesgar a que él compartiera los detalles con el personal. Volvió a centrar su atención en la página web. Decidió que leería de nuevo la carta de Naomi Jenkins y luego volvería al chalet y se dejaría caer en la cama. Sola.

Bostezando ruidosamente, cogió el ratón. Se le fue la mano y en vez de clicar en la historia número setenta y dos lo hizo por error sobre la treinta y uno.

—¡Maldita sea! —murmuró.

Intentó volver a la página anterior, pero el ordenador de Graham se había quedado bloqueado. Pulsó las teclas control, alt y supr, pero no pasó nada. Había llegado el momento de dejarlo. Graham ya arreglaría el ordenador cuando volviera; lo dejaría así..., bloqueado.

Charlie estaba a punto de levantarse cuando se fijó en algo. En la pantalla había aparecido una palabra: «Teatro». Le costó un poco poner en marcha su machacado cerebro, pero, en cuanto lo consiguió, se irguió de golpe, respirando profundamente. Parpadeó varias veces, para cerciorarse de que no era víctima de una alucinación. No, estaba allí, en la historia de supervivientes número treinta y uno. Un pequeño teatro. Un escenario. Y unas cuantas líneas más abajo, la palabra «mesa». La palabra saltaba de la pantalla, el contorno negro vibraba ante los ojos de Charlie. El público estaba cenando. Todo estaba allí, todos los detalles de la declaración de la violación

de Naomi Jenkins que Simón le había contado por teléfono. Charlie miró la fecha: 3 de julio de 2001. En la parte de abajo decía: «Nombre y dirección de correo electrónico ocultos».

Llamó al móvil de Simón, pero estaba comunicando. ¡Maldita sea! Entonces llamó al DIC. «Por favor, por favor, que alguien conteste».

Después de cuatro tonos —Charlie los contó— respondió Gibbs. Charlie se dejó de formalidades, ya que Gibbs no era muy dado a ellas.

—Ponte en contacto con el Centro Nacional de Investigación Criminal de Bramshill —le dijo—. Mándales un fax con la declaración de la violación de Naomi Jenkins y que comprueben si hay coincidencias en cualquier lugar del Reino Unido.

Gibbs soltó un gruñido.

—¿Por qué? —dijo finalmente, de malhumor.

—Porque Naomi Jenkins fue violada, y no fue la única. Se trata de un caso de violaciones en serie. —Charlie pronunció las palabras que todo agente de policía temía—. Diles a Simón y a Proust que voy para allá.

SEGUNDA PARTE

Habla y Sobrevive

Habla y Sobrevive

Historia de supervivientes N.º 31 (enviada el 3 de julio de 2001)

Nombre y dirección de correo electrónico ocultos

Es muy difícil obligarme a mí misma a escribir sobre lo que me ocurrió. Solo después de leer las historias de esta magnífica página web y comprobar lo valientes que han sido otras mujeres, estoy intentando hacer lo mismo. Hace tres semanas me violaron, y el monstruo que lo hizo me dijo que si alguna vez se lo contaba a alguien o acudía a la policía, daría conmigo de nuevo y me mataría.

En aquel momento le creí, y todavía sigo haciéndolo. Sé que muchos violadores son impotentes o padecen algún trastorno mental, pero ese hombre parecía seguro de sí mismo, no era ningún perdedor. No habría tenido ningún tipo de problema para encontrar novia. No tenía ninguna necesidad de hacerme lo que me hizo, pero quiso hacerlo.

Cuando me abordó, yo estaba en el centro de Bristol. Acababa de salir de una reunión y aquella noche tenía otra, así que decidí buscar algún sitio para comer. No soy de Bristol, de modo que no conozco muy bien los restaurantes de la ciudad. Descubrí un café llamado One Stop Thali Shop que me pareció acogedor. Me quedé fuera, mirando a través del ventanal; estaba a punto de entrar cuando se me acercó ese hombre.

Me llamó por mi nombre mientras se dirigía hacia mí y pensé que debía de conocerle. Se me acercó y se quedó junto a mí, y solo entonces vi el cuchillo. Me quedé petrificada. Me obligó a caminar hasta su coche a punta de cuchillo, diciéndome que me destriparía si gritaba o avisaba a alguien. Una vez dentro del coche, me puso un antifaz que me impedía ver nada.

No voy a ser capaz de describir todo lo que ocurrió; sigue siendo demasiado crudo y doloroso. Me llevó en coche hasta algún lugar —no sé adónde— y solo me quitó el antifaz cuando estuvimos en el interior de un edificio. Era un pequeño teatro con un escenario. Entonces me dijo: «¿Quieres entrar en calor antes de que empiece el espectáculo?», aunque no me contó de qué espectáculo se trataba.

Sabía que pronto lo descubriría, y así fue. Entonces llegó el público, en grupo: cuatro hombres y tres mujeres. La presencia de aquellas mujeres fue lo peor de todo. ¿Cómo era posible que unas mujeres disfrutaran viendo todo lo que le hacían a otra mujer? Si aquella era la idea que tenían de salir a divertirse una noche, siento más compasión por ellas que por mí misma.

Los siete eran de mediana edad, casi unos viejos. Dos de los hombres llevaban barba y bigote. No me gustan los hombres con vello facial. Uno de ellos llevaba una tupida barba digna de Santa Claus, pero de color castaño, y el

otro una de esas absurdas barbas que es como una ceja depilada alrededor de la boca.

Las sillas no estaban en filas, como en los teatros normales. El grupo se sentó en torno a una mesa, y mientras me violaban en el escenario, cenaron. Antes de empezar conmigo, aquel hombre les sirvió la cena: unos platitos con jamón de Parma con rúcula y queso parmesano. Lo sé porque les explicó lo que era.

Esto es muy duro. En un momento dado pensé que se había acabado mi suplicio, porque me sacaron del escenario y creí que aquel hombre había terminado conmigo. Me había prometido que si cooperaba no me mataría, y yo había cooperado. Aunque era un monstruo, creí lo que me había dicho. No quería matarme; lo único que quería era que yo le ayudara a montar su «espectáculo».

Pero no había terminado. No soy capaz de escribir sobre lo que ocurrió a continuación, pero fue peor que lo que había ocurrido en el escenario. Cuando el violador hubo terminado, intentó convencer al hombre de la barba tupida — su nombre era Des— de que también me violara. Des se colocó encima de mí, pero, gracias a Dios, no pudo conseguir una erección.

Después de divertirse conmigo todo lo que quisieron, me volvieron a poner el antifaz, me llevaron de vuelta a Bristol y me dejaron en la calle, frente al One Stop Thali Shop. Las llaves de mi coche y mi bolso estaban junto a mí, en el suelo. No había nadie. Encontré mi coche y, aunque no me encontraba muy bien, conduje hasta mi casa. Cuando llegué ya era media mañana. Mis vecinos estaban en el jardín y vieron cómo me dirigía desde el coche hasta la puerta de entrada. Esa tarde, uno de mis vecinos, la mujer, llamó a mi puerta y me preguntó si podía hacer algo por mí. Me preguntó si había ido a la policía. Le dije que se metiera en sus asuntos y le cerré la puerta en las narices. Sabía que si acudía a la policía me matarían. La bestia que me había atacado sabía mi nombre, mi dirección y un montón de cosas acerca de mí.

Desde entonces, apenas he salido a la calle. No soy capaz de enfrentarme a mis vecinos; he puesto la casa en venta. Me paso todo el tiempo elaborando fantasías para vengarme, lo cual resulta patético, ya que eso es lo que siempre serán: fantasías. Aun cuando lograra armarme de valor para acudir a la policía, es probable que ahora ya fuera demasiado tarde. Lo he hecho todo mal; me di un baño en cuanto llegué a casa.

No habría sido tan malo si él no hubiera sabido mi nombre. Por decirlo de alguna forma, me siento como si me hubieran elegido, y no sé por qué. ¿Es por algo que hice? Sé que la agresión no fue culpa mía, y no me culpo, pero me gustaría saber qué fue lo que le hizo escogerme. Ahora me siento muy sola, totalmente al margen del resto del mundo. Lo único que deseo es volver a formar parte de él.

Gracias por dedicar un tiempo a leer esto.

SVIAS (Supervivientes de violación, incesto y abuso sexual)

MI HISTORIA

Historia N.º 12 (enviada el 16 de febrero de 2001)

Dirección de correo electrónico oculta

No puedo creer que seamos tantas, fui violada el año pasado en el restaurante hindú donde trabajaba, esta es la primera vez que se lo cuento a alguien, me quedé hasta tarde por la noche porque esos dos hombres no se habían terminado el curry y las cervezas, le dije a mi jefe que ya cerraría yo, ese fue el mayor error de mi vida. Los dos estaban borrachos, eran unos cerdos borrachos, no querían pagar la cuenta, uno de ellos me lanzó sobre la mesa y dijo que íbamos a calentar, yo soy la atracción principal. Me llamó la estrella del espectáculo, quería ser el último. Lo hicieron por turnos, el primero no pudo empalmarse, el que dijo que era la atracción principal le dijo al otro que utilizara una botella, y el otro lo hizo, entonces el que había dicho que era la atracción principal me dio la vuelta y me quedé boca abajo y me forzó en esa postura, me dolió mucho, el que no pudo empalmarse tenía una cámara y sacó fotos de lo que hacía el otro, me obligaron a decirles mi nombre y dónde vivía yo y mi familia. Me dijeron que mandarían las fotos a mi familia si acudía a la policía, aún no he ido a la policía, pero algún día lo haré porque no puedo vivir con esto si esos cerdos no pagan por lo que hicieron, y no voy a dejarles que arruinen el resto de mi vida, quiero decirles a todas las que han pasado por lo que yo pasé que sigan luchando.

Tanya, Cardiff

6/4/06

A Simón no le gustaba la forma en que lo miraba Juliet Haworth. Era como si estuviera esperando que hiciera algo, y, cuanto más tardaba en hacerlo, más divertido le parecía a ella. Era Colin Sellers quien hacía las preguntas, pero ella lo ignoraba. Dirigía todas sus respuestas y sus incisos —que eran muchos— a Simón, aunque él no conseguía adivinar por qué. ¿Era porque lo había conocido primero?

—No es normal que alguien que se encuentra en su situación no quiera un abogado —dijo Sellers tranquilamente.

—¿Este interrogatorio va a ser idéntico al último? —preguntó Juliet—. ¡Qué aburrimiento!

Mientras hablaba, tenía las manos detrás de la cabeza, y se revolvía el pelo con ellas.

—¿Se aburrió de su marido? ¿Fue por eso por lo que le golpeó repetidas veces con una piedra?

—Robert no habla lo bastante como para aburrir a alguien. Es callado, pero no tiene nada de aburrido. Es muy profundo. Sé que suena cursi.

El tono de voz de Juliet era el de alguien locuaz y conspirador. Sonaba como el miembro de un grupo que halagara a otro que también formara parte de él. Simón pensó en esos programas de *100 Greatest* de Channel 4 en los que aparecían famosos que siempre se deshacían mutuamente en elogios.

—Puede que el comportamiento de Robert sea previsible, pero sus ideas no lo son. Estoy segura de que Naomi ya les ha contado todo esto. Y también estoy segura de que ella está siendo de mucho más ayuda que yo. Mire. —Juliet se dio la vuelta para enseñarle a Simón que llevaba el pelo recogido en una trenza perfectamente entretejida—. Una trenza perfecta; me la hice sin espejos y sin nada. Impresionante, ¿verdad?

—¿Se ha comportado su marido de forma violenta con usted en alguna ocasión?

Juliet le frunció el ceño a Sellers, como si le hubiera irritado su intromisión.

—¿Podría conseguirme un coiletero? —dijo, señalándose la nuca—. Si no volverá a soltarse.

—¿Solía ser violento?

Juliet se echó a reír.

—¿Acaso le parezco una víctima? Hace un minuto pensaba que le había machacado la cabeza a Robert con una piedra. Aclárese.

—Dígame, Juliet, ¿había abusado su marido de usted física o psicológicamente?

—¿Sabe una cosa? Creo que haré que su trabajo sea más excitante si no le cuento nada. —Señaló con la cabeza el expediente que Simón tenía en las manos—. ¿Tiene una hoja de papel? —preguntó, en voz más baja.

Hacía todo lo posible por dejar claras sus preferencias. Si lo que ella quería era que Simón jugara un papel más importante, él estaba dispuesto a hacer lo menos posible para que lo consiguiera. A Juliet parecía importarle un bledo lo que pudiera ocurrirle; por el momento, el único punto de apoyo que tenía Simón era el hecho de que ella parecía querer algo de él.

Sellers sacó un sobre arrugado de su bolsillo y lo deslizó por encima de la mesa hasta Juliet acompañándolo de un bolígrafo.

Ella se inclinó hacia delante, escribió durante unos segundos y luego, sonriendo, empujó el sobre hasta Simón. Él no hizo nada. Sellers cogió el sobre y lo examinó brevemente antes de tenderlo a Simón. Maldita sea. Ahora no tenía elección. Juliet ensanchó su sonrisa. A Simón no le gustaba la manera en que trataba de comunicarse con él en privado, excluyendo a Sellers. Consideró la posibilidad de abandonar la sala, y dejarle todo aquello a Sellers. ¿Cómo reaccionaría ella ante eso?

Juliet había escrito cuatro líneas en el sobre, un poema o una parte de él:

La incertidumbre humana es lo único

que hace que la razón sea fuerte.

Hasta que tropezamos, nunca sabemos

que cada palabra que decimos es una falsedad.

—¿Qué es esto? —preguntó Simón, irritado por no saber de qué se trataba. No podía habérselo inventado, al menos en tan poco tiempo.

—Mi pensamiento del día.

—Hábleme de las relaciones sexuales con su marido —dijo Sellers.

—Creo que no voy a hacerlo. —Juliet soltó una risita—. Hábleme de las suyas con su mujer. Veo que lleva un anillo de casado. Los hombres no suelen llevarlo, ¿verdad? —le preguntó a Simón—. A veces es difícil recordar que las cosas eran diferentes de como son ahora, ¿no cree? El pasado se esfuma y es como si el estado actual de las cosas siempre hubiera sido el mismo; hay que

hacer un verdadero esfuerzo para recordar cómo solía ser antes.

—¿Diría que sus relaciones sexuales eran normales? —insistió Sellers—. ¿Siguen durmiendo juntos?

—De momento Robert está durmiendo en el hospital. Según el subinspector Waterhouse, puede que nunca se despierte.

Su tono de voz daba a entender que tal vez Simón hubiera mentido acerca de eso simplemente por ser malicioso.

—Antes de que fuera atacado, ¿diría que usted y su marido tenían unas relaciones sexuales normales?

Sellers parecía mucho más tranquilo que Simón.

—No pienso decir nada sobre eso; no, creo que no —repuso Juliet.

—Si estuviera en presencia de un abogado, o si dejara que le proporcionáramos uno, le aconsejaría que si no quiere responder a una pregunta dijera «sin comentarios».

—Si hubiera querido decir «sin comentarios», lo habría hecho. Mi comentario es que prefiero no responder a esa pregunta. Como Bartleby.

—¿Quién?

—Es un personaje de ficción —murmuró Simón—. Bartleby, el escriba. Cuando le pedían que hiciera algo, decía: «Preferiría no hacerlo».

—Salvo que fuera interrogado por la policía —dijo Juliet—. Él solo trabajaba en una oficina. O mejor dicho, no trabajaba. Un poco como yo. Supongo que sabrá que no tengo trabajo ni una carrera. Y no tengo hijos. Solo tengo a Robert. Y ahora puede que ni siquiera le tenga a él.

Juliet mostró el labio inferior, parodiando una expresión de tristeza.

—¿La ha violado alguna vez su marido?

Juliet pareció sorprendida, puede que incluso un poco enojada. Luego se echó a reír.

—¿Cómo?

—Ya ha escuchado la pregunta.

—¿Ha oído hablar de la navaja de Occam? ¿La explicación más sencilla y todo eso? ¡Tendrían que escucharse! ¿Que si Robert me ha violado alguna vez? ¿Que si se ha comportado de forma violenta en alguna ocasión? ¿Que si ha abusado psicológicamente de mí? El pobre está en el hospital, con una herida que podría ser mortal, y ustedes... —De pronto se interrumpió.

—¿Qué?

Sus ojos, astutos y cómplices, habían perdido su agudeza. Parecía distraída cuando dijo:

—Hasta hace muy poco tiempo era legal que un hombre violara a su mujer. Imagínense eso ahora; parece algo imposible. Me acuerdo de que una vez, siendo una niña, salí a pasear por la ciudad con mi madre y mi padre y vimos un cartel que decía: «La violación en el matrimonio... Consigamos que sea un delito». Tuve que preguntarles a mis padres qué significaba eso.

Hablaba de forma automática y no sobre lo que realmente estaba pensando.

—Juliet, si no intentó matar a Robert, ¿por qué no nos dice quién lo hizo? —preguntó Sellers.

Su expresión se aclaró de inmediato. Había recuperado la concentración, pero Simón captó un cambio de humor. La falta de seriedad se había esfumado.

—¿Le ha contado Naomi que Robert la violó?

Simón abrió la boca para contestar, pero no fue lo bastante rápido. Juliet abrió unos ojos como platos.

—Lo ha hecho, ¿verdad? ¡Esa mujer es increíble!

—¿Quiere decir que está mintiendo? —dijo Sellers.

—Sí, está mintiendo. —Por primera vez desde que había empezado el interrogatorio, Juliet parecía hablar totalmente en serio—. ¿Qué dijo exactamente que le había hecho?

—Responderé a sus preguntas cuando usted responda a las mías —dijo Sellers—. Me parece lo justo.

—Aquí no hay equidad que valga —dijo Juliet, desdeñosa—. Déjeme adivinar. Les contó que había unos hombres mirando mientras cenaban. ¿La violó Robert en un escenario? ¿La ataron a una cama? ¿Por casualidad los postes de la cama no tendrían unas bellotas esculpidas?

Simón reaccionó y se puso en pie.

—¿Cómo coño sabe todo eso?

—Quiero hablar con Naomi —dijo Juliet.

Estaba sonriendo de nuevo.

—Usted nos mintió sobre el paradero de su marido. Se pasó seis días en su casa mientras él estaba arriba, con una herida casi mortal tumbado sobre su propia mugre, y no llamó a una ambulancia. Sus huellas digitales están en esa

piedra, en la sangre de Robert. Tenemos suficientes pruebas para condenarla. Nos da igual lo que nos cuente o lo que no.

El rostro de Juliet estaba impasible. No habría habido ninguna diferencia si Simón le hubiera leído la lista de la compra.

—Quiero hablar con Naomi —repitió Juliet—. En privado. A solas en plan íntimo.

—Lo veo difícil.

—Debería saber que eso es imposible, de modo que, ¿por qué se molesta en preguntar? —dijo Sellers.

—¿Quiere saber lo que le pasó a Robert?

—Sé que intentó matarlo, y eso es cuanto necesito saber —dijo Simón—. Vamos a acusarla de intento de asesinato, Juliet. ¿Está segura de que no quiere un abogado?

—¿Por qué iba a intentar matar a mi marido?

—Aunque no haya un motivo, conseguiremos una condena; eso es lo único que nos importa.

—Puede que eso sea verdad para su amigo —dijo Juliet, señalando a Sellers con la cabeza—, pero no creo que lo sea para usted. Usted quiere saber. Y su superior también. ¿Cómo se llama? La inspectora Zailer. Es una mujer, y a las mujeres les gusta saber toda la verdad. Y, bueno, yo soy la única que la conoce. —Su voz sonó inequívocamente orgullosa—. Dígale a su superior de mi parte que si no me deja hablar con esa zorra de Naomi Jenkins seré la única que sabrá la verdad. De usted depende.

—No podemos permitirlo —le dijo Simón a Sellers mientras volvían a la sala del DIC— Charlie dirá que no puede ser, y es lógico. ¿Jenkins y Juliet Haworth a solas en una sala de interrogatorio? Tendríamos que enfrentarnos a otro intento de asesinato. Cuando menos, Haworth se burlaría de Jenkins con los detalles de su violación. Imagínate los titulares: «La policía permite que una asesina humille a una víctima de violación».

Sellers no estaba prestando atención.

—¿Por qué Juliet Haworth cree que no me importa saber la verdad? ¿Zorra engreída! ¿Por qué debería importarte más a ti que a mí?

—Yo no me preocuparía por eso.

—¿Cree que soy un lerdo o algo por el estilo? ¿Que no tengo imaginación? Vaya ironía. Debería oír la historia que le he contado a Stace para justificar la semana que voy a pasar con Suki. ¿Sabes que incluso redacté un programa de actividades de la concentración de nuestro equipo en un impreso con

membrete de la policía?

—No quiero saberlo —dijo Simón—. No voy a mentirle a Stacey si me la encuentro cuando estés fuera y me pregunta por qué no estoy contigo..., sea donde sea que se suponga que hayas ido.

Sellers se echó a reír.

—Ahora dices eso, tío, pero sé que llegado el caso mentirías por mí. ¡Dejémonos de chorradas!

Simón estaba ansioso por dejar el tema. Ya lo habían discutido antes, demasiado a menudo. Sellers siempre se ponía de buen humor cuando lo criticaban, lo cual irritaba a Simón casi tanto como ver que él trataba sus escrúpulos como si fueran una especie de pose. Sellers no tenía imaginación, al menos en ese aspecto: era incapaz de concebir que alguien desaprobara sinceramente su infidelidad. ¿Por qué querría alguien frustrar sus ganas de divertirse cuando no suponía ningún sacrificio y nadie salía herido? Simón pensó que era demasiado optimista. La diversión era algo momentáneo, pero Sellers no era capaz de ver que podía convertirse en otra cosa, como en perder a su mujer y a sus hijos si Stacey Sellers llegaba a enterarse. Simón pensó que hasta que alguien no había sufrido de verdad no era capaz de saber hasta dónde podía llegar el dolor.

—Se me ha ocurrido algo como regalo de boda para Gibbs —dijo Sellers—. Sé que todavía falta un poco, pero preferiría quitarme el tema de encima lo antes posible. Tengo cosas más importantes en las que pensar. —Sellers hizo un gesto lascivo—. Preparar las vacaciones..., lubricantes..., polvos...

—Separaciones matrimoniales —murmuró Simón, pensando en el poema que Juliet Haworth había escrito en el sobre. No era la típica esposa de un camionero, de la misma forma que Naomi Jenkins tampoco era la amante habitual de un camionero. Ambas debían de tener más cosas en común entre ellas que con él, pensó Simón. Era difícil saber si estaba en lo cierto, teniendo en cuenta que Haworth aún hablaba menos que esas dos mujeres—. ¿De qué se trata?

—Un reloj de sol.

Simón se echó a reír en su cara.

—¿Para Gibbs? ¿Y no preferiría una lata de Special Brew? ¿O un vídeo porno?

—¿Sabes que Muñeco de Nieve tiene un libro sobre relojes de sol?

—Sí. ¿Y sabes quién le compró ese libro y aún no ha recuperado lo que le costó?

—Le he echado un vistazo. Puedes ponerle algo llamado nodo.

—¿Te refieres a un gnomon?

—No, eso lo tienen todos los relojes de sol. Normalmente, un nodo suele ser una bola, aunque no necesariamente. Se coloca sobre el gnomon, y todos los años su sombra señala una fecha en particular..., la boda de Gibbs y Debbie, por ejemplo. La línea que señala esa fecha se cruza con las líneas de abajo, las que marcan las horas y las medias horas. Y en esa fecha, todos los años, la sombra del nodo sigue el recorrido de toda la línea. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Los detalles son irrelevantes —dijo Simón—. No creo que sea una buena idea. Gibbs nunca querría un reloj de sol; se quedaría muy decepcionado.

—Puede que Debbie sí quiera uno. —Sellers parecía dolido—. Los relojes de sol son bonitos. A mí me gustaría tener uno. Y Proust también lo dijo.

—Debbie quiere casarse con Gibbs, por lo que debemos suponer que tiene tan mal gusto como él.

—¡De acuerdo, aguafiestas! Solo quería zanjar el tema, eso es todo. Cuando vuelva de mi semana con Suki solo faltarán un par de días para la boda. Tendréis un montón de problemas para resolver el asunto si lo dejáis para el último momento. ¡Dios, hablar sobre ello me ha desanimado! Ya sé que Gibbs no es precisamente...

—Precisamente.

—Olvidalo —dijo Sellers cansinamente.

—¿Cómo crees que ha ido la cosa? —le preguntó Simón—. ¿Robert Haworth violó a Naomi Jenkins y se lo contó a su mujer? ¿O a Jenkins la violó otro, se lo contó a su amante y luego este reveló su secreto y se lo dijo a su mujer?

—Y quién coño lo sabe —dijo Sellers—. En ambos casos estás dando por sentado que Haworth le contó lo de la violación a su mujer. Quizás fue Naomi Jenkins quien se lo dijo. No puedo dejar de pensar que ambas están compinchadas para despistarnos. Son dos arpías resabidas y sabemos que están mintiendo. ¿Y si no fueran las enemigas y rivales que pretenden ser?

—¿Y si no tenemos nada? —dijo Simón, desalentado—. Con Haworth aún inconsciente y esas dos mujeres tomándonos el pelo no vamos a ninguna parte, ¿no es así?

—Yo no diría eso —dijo Charlie, acercándose hacia ellos por el pasillo.

Simón y Sellers se volvieron. Charlie tenía mala cara. No parecía estar contenta, como solía estar cuando hacían progresos.

—Simón, necesito una muestra de ADN de Haworth lo antes posible. Y no una de las que los forenses consiguieron en su casa, antes de que me digas que ya la tenemos. Quiero que le saquen otra muestra. No voy a correr ningún riesgo.

Charlie siguió andando mientras hablaba; Simón oyó a Sellers ladeando detrás de él mientras trataban de seguir su paso.

—Sellers, consígueme información sobre Haworth, su esposa y Naomi Jenkins. ¿Dónde está Gibbs?

—No estoy seguro —dijo Sellers.

—Eso no me vale. Quiero que me traigáis a Yvon Cotchin para interrogarla; es la amiga de Jenkins. Y poned a trabajar a los forenses con el camión de Robert Haworth.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Sellers, rojo como un tomate, una vez que se hubo esfumado el repiqueteo de los tacones de aguja de Charlie.

Simón no quería hacer suposiciones ni deseaba especular sobre lo que podía ser tanto un progreso como malas noticias.

—No puedes seguir encubriendo a Gibbs —dijo, cambiando de tema—. ¿Qué le ocurre? ¿Se trata de la boda?

—Estará bien —repuso Sellers, resuelto.

Simón pensó en el reloj de sol que había en la tarjeta de Naomi Jenkins, en su leyenda. No pudo recordarla en latín, pero la tradujo como «Solo cuento las horas de sol». Eso le venía a Sellers como anillo al dedo.

Jueves, 6 de abril

La inspectora Zailer abre la puerta de mi celda. Intento levantarme, y solo me doy cuenta de lo agotada que estoy cuando se me doblan las rodillas y empiezo a escuchar un tintineo dentro de mi cabeza. Antes de conseguir transformar la maraña de mis pensamientos en una pregunta coherente, la inspectora Zailer dice:

—Robert está mejor. La hemorragia se ha detenido y le ha bajado la inflamación.

Esto es todo cuanto necesito saber para recuperar las fuerzas.

—¿Quiere decir que se va a poner bien? ¿Que va a despertar?

—No lo sé. El médico con el que acabo de hablar ha dicho que con las heridas de la cabeza nunca se sabe. Lo siento.

Debería haberlo sabido: las experiencias traumáticas nunca terminan. Es como una carrera sin fin: la línea de meta se convierte en polvo y se esparce a medida que me aproximo a ella, y, cuando desaparece, diviso otra a lo lejos. Y luego corro hacia esa nueva línea de meta, jadeando hasta morir, y vuelve a ocurrir lo mismo. Acaba una espera y acto seguido empieza otra. Eso me desgasta más que la falta de sueño. Tengo la sensación de que hay un animal atrapado en mi interior, luchando por salir, moviéndose de un lado a otro. Si consiguiera calmarme no me importaría permanecer despierta durante toda la noche.

—Lléveme al hospital para ver a Robert —digo, mientras la inspectora Zailer me saca al pasillo.

—Voy a llevarla a una sala de interrogatorio —responde ella con firmeza—. Tenemos cosas de que hablar, Naomi..., hay muchas cosas que explicar y aclarar.

Mi cuerpo se dobla. No he conseguido recuperar suficientes energías.

—No se preocupe —dice la inspectora Zailer—. No tiene nada que temer si nos cuenta la verdad.

Nunca podría temer a la policía. Ellos siguen unas reglas que conozco y, salvo raras excepciones, estoy de acuerdo con ellas.

—Sé que no le haría ni le ha hecho nada a Robert.

Me invade una sensación de alivio que penetra hasta mis agotados huesos. Gracias a Dios. Quiero preguntar si ha sido Juliet quien te ha hecho daño, pero debe de haber un cortocircuito en la zona del cerebro que controla el habla y no soy capaz de abrir la boca.

La sala de interrogatorios tiene las paredes de un color coral pálido y un fuerte olor a anís.

—¿Le apetece beber algo antes de empezar? —pregunta la inspectora Zailer.

—Cualquier cosa que tenga alcohol.

—Té, café o agua —dice, con voz más tranquila.

—Entonces solo agua.

No hablaba en broma. Sé que a la policía le está permitido dejar fumar a la gente. Lo he visto en televisión, y en la mesa que tengo delante hay un cenicero. Si el tabaco y la nicotina están permitidos, ¿por qué no el alcohol? En el mundo hay un montón de contradicciones sin sentido y la mayoría de ellas son fruto de la estupidez.

—¿Con o sin gas? —murmura la inspectora Zailer cuando se dispone a salir de la sala. No sabría decir si está enfadada o bromeando.

Una vez sola, dejo la mente en blanco. Debería estar anticipándome y preparándome, pero lo único que hago es quedarme sentada, totalmente quieta, mientras el fino velo de mi conciencia se extiende para cubrir el abismo que hay entre este momento y el siguiente. Estás vivo.

La inspectora Zailer vuelve con el agua. Se pone a jugar con el aparato que hay encima de la mesa y que parece más sofisticado que una grabadora, aunque evidentemente esa es su función. Una vez que lo pone en marcha, dice su nombre y el mío y luego la fecha y la hora. Me pide que declare que no deseo la presencia de un abogado. Tras haberlo hecho, ella se recuesta en su silla y dice:

—Voy a ahorrarnos un montón de tiempo a ambas saltándome todo el rollo de preguntas y respuestas. Voy a describir la situación tal y como yo la veo, y usted puede decirme si es correcta, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Robert Haworth no la violó. Usted mintió con respecto a eso, aunque tenía buenos motivos para hacerlo. Usted lo ama y creía que le había ocurrido algo que le impidió reunirse con usted en el Traveltel el pasado jueves, algo grave. Nos contó su preocupación al subinspector Waterhouse y a mí, pero se dio cuenta de que no estábamos tan convencidos como usted de que a Robert le hubiera ocurrido algo. Pensó que encontrarle no era una prioridad para nosotros, de modo que intentó otra táctica..., trató de hacernos creer que Robert era un hombre violento y peligroso y que había que encontrarle de

inmediato antes de que le hiciera daño a alguien. Desde un principio pensaba contarnos la verdad en cuanto le encontráramos. Solo iba a ser una mentira provisional... Usted sabía que acabaría redimiéndose con la verdad. —La inspectora Zailer hace una pausa para recuperar el aliento—. ¿Qué tal lo he hecho hasta ahora?

—Todo es verdad; todo lo que ha dicho es la verdad.

Estoy un poco sorprendida de que haya conseguido resolverlo. ¿Habrá hablado con Yvon?

—Naomi, usted mintió para salvarle la vida a Robert. Un día más y con toda seguridad habría muerto. La compresión cerebral provocada por las heridas le habría matado.

—Sabía que era lo que debía hacer.

—Naomi, será mejor que nunca vuelva a mentirme. El hecho de que estuviera en lo cierto con respecto a Robert no significa que pueda introducir nuevas normas cuando a usted le apetezca. ¿Queda claro?

—Ahora que han encontrado a Robert y que está a salvo no tengo ninguna razón para mentir. ¿Juliet...? ¿Juliet intentó matarle? ¿Qué le hizo?

—Llegaremos a eso a su debido tiempo —dice la inspectora Zailer. Saca un paquete de Marlboro light de su bolso y enciende un cigarrillo. Tiene las uñas largas, pintadas de color burdeos; en las puntas, la piel está mordida—. Entonces, si Robert Haworth no la violó, ¿quién lo hizo?

Sus palabras me perforan como si fueran balas.

—Yo... Nadie me violó. Me inventé toda esa historia.

—Una historia muy elaborada. El teatro, la mesa...

—Todo era mentira.

—¿En serio? —La inspectora Zailer deja el cigarrillo en la punta del cenicero y cruza los brazos, mirándome a través de una espiral de humo—. En cualquier caso, fue una mentira tremendamente imaginativa. ¿Por qué adornarla con tantos detalles extraños...? La cena, las bellotas en los postes de la cama, el antifaz... ¿Por qué no decir tan solo que Robert Haworth la había violado una noche en el Traveltel? Discutieron, él se enfadó..., etcétera. Habría sido mucho más sencillo.

—Cuanto más detalles tenga una mentira, más fácil le resulta de creer a la gente —le digo—. Una historia inventada precisa de tantos detalles como una verdad si quiere pasar por tal. —Respiro profundamente—. Una discusión en el Traveltel no habría bastado..., es algo demasiado íntimo para Robert y para mí. Necesitaba que creyeran que Robert era una amenaza para cualquier mujer, que era una especie de... monstruo pervertido al que te gustaban los

rituales. Por eso me inventé la peor historia de violación que fui capaz de imaginar.

La inspectora Zailer asiente lentamente con la cabeza y luego dice:

—Creo que contó esa historia en particular porque es cierta.

No digo nada.

La inspectora Zailer saca unas hojas de papel de su bolso, las despliega y las coloca frente a mí. Con solo echar un rápido vistazo sé exactamente qué son. Su significado me asfixia, aunque trato de no mirar lo que está escrito. Tengo un nudo en la garganta.

—Muy lista —digo.

—¿Cree que estas historias no son reales? Robert no la violó, Naomi, pero ambas sabemos que alguien lo hizo. Y, sea quien sea, se lo ha hecho a otras mujeres. A estas mujeres. ¿Por qué pensó que usted había sido la única?

Armándome de valor, miro las hojas de papel que tengo frente a mí. Podrían ser reales. Una de ellas está muy mal escrita; en todas, los detalles son ligeramente distintos. No creo que la inspectora Zailer haya hecho esto. ¿Por qué iba a hacerlo? Es lo mismo que comentó acerca de mi historia: demasiado elaborada.

—Algunas mujeres acuden a la policía después de haber sido violadas —dice, tranquilamente—. Y se toman muestras. Ahora que hemos encontrado al señor Haworth, podemos tomar una muestra de su ADN. Si él es el responsable de estas violaciones, podremos demostrarlo —dice, observándome atentamente.

—¿Robert? —Este giro me deja confundida—. Él nunca le haría daño a nadie. Si tiene que hacerlo, tome una muestra de su ADN, pero verá que no coincide con ninguna... otra muestra.

La inspectora Zailer me sonríe compasivamente. Esta vez no estoy dispuesta a transigir.

—Creo que, si quisiera, podría ser una testigo muy importante, Naomi. Si decide empezar a contarnos la verdad nos ayudará a detener al cabrón de mierda que la violó a usted y a estas otras mujeres. ¿No es eso lo que desea?

—Nunca me violaron. Mi declaración es falsa.

¿Acaso cree esta estúpida arpía que estoy diciendo esto para desbaratar su sed de justicia? Si no puedo admitirlo es por mí. Soy yo quien deberá sobrellevar eso durante el resto de mi vida y la única forma de conseguirlo es siendo alguien a quien no le ocurrió.

He visto un montón de películas en las que la gente acaba contando una

verdad que quieren ocultar desesperadamente en medio de un interrogatorio ligeramente crispado por parte del policía, un psiquiatra o un abogado. Siempre he pensado que el agente debía de tener muy pocas luces o mucha menos resistencia que yo. Aunque tal vez no se trate de resistencia; tal vez sea el conocimiento de mí misma lo que me permite resistirme a las súplicas de la inspectora Zailer. Sé cómo funciona mi mente y, por lo tanto, cómo protegerla.

Además, no soy la única que miente en esta sala.

—Eso son historias sobre violaciones que ha sacado de una página web —digo—. No tiene ninguna prueba; no puede conseguirlas.

La inspectora Zailer sonríe y saca más papeles de su bolso.

—Eche un vistazo a esto —dice.

Siento una opresión en el pecho y empiezo a sudar. No quiero coger las hojas que sostiene, pero me las tiende. Están justo bajo mi barbilla. Tengo que cogerlas.

Mientras las examino, siento un mareo. Son declaraciones a la policía, como la que le firmé el martes al subinspector Waterhouse. Declaraciones sobre violaciones, parecidas a la mía en forma y contenido, casi con los mismos sórdidos detalles. Hay dos. Ambas fueron tomadas por el subinspector Sam Kombothekra, del DIC de West Yorkshire. Una es de 2003 y la otra de 2004. Si no fuera tan cobarde, si hubiera denunciado lo que me ocurrió, puede que hubiera evitado las agresiones contra Prudence Kelvey y Sandra Freeguard. No puedo evitar mirar los nombres y convertirlo algo personal.

Dos mujeres con nombres y apellidos, otra que decidió permanecer en el anonimato y una camarera de Cardiff que solo dio su nombre..., cuatro víctimas más. Como mínimo.

No soy la única.

Para la inspectora Zailer solo es trabajo rutinario.

—¿Cómo sabe Juliet Haworth lo que le ocurrió a usted? Lo sabe todo..., todos los detalles que usted afirma haberse inventado. ¿Se lo contó Robert? ¿Se lo contó a él?

No puedo responder. Estoy llorando como un patético bebé, no puedo evitarlo. El suelo se viene abajo y yo estoy flotando en la oscuridad.

—A mí no me ocurrió nada —consigo decir—. Nada.

—Juliet quiere hablar con usted. No nos contará si fue ella quien atacó a Robert o si quería matarle. No nos contará nada. Usted es la única persona con la que hablará. ¿Qué opina?

Reconozco las palabras, como si fueran objetos, pero para mí carecen de sentido.

—¿Lo hará? Puede preguntarle cómo sabe que la violaron.

—¡Me está mintiendo! Si lo sabe es porque usted se lo ha contado. —Tengo los muslos empapados en sudor. Estoy mareada, como si fuera a vomitar—. Quiero ver a Robert. Tengo que ir al hospital.

La inspectora Zailer deja una fotografía tuya encima de la mesa, frente a mí. Siento una sacudida en el corazón, tan violenta que me parece un latigazo. Quiero acariciar la foto. Tu piel es de color gris. No puedo ver tu cara porque no miras a la cámara. La mayor parte de la foto está llena de sangre, roja en los bordes, y negra y coagulada en el centro.

Me alegra que me la haya mostrado. Sea lo que sea lo que te haya ocurrido, no quiero dejar de verlo. Quiero estar tan cerca de ti como me sea posible.

—Robert —susurro. Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Tengo que ir al hospital—. ¿Esto lo hizo Juliet?

—Dígamelo usted.

Miro fijamente a la inspectora Zailer, preguntándome si estamos manteniendo dos conversaciones distintas, si vivimos dos realidades distintas. No sé quién hizo esto. No tengo ni idea. Si lo supiera, mataría a quien lo hizo. No puedo imaginarme a nadie atacándote, salvo a tu mujer.

—Quizá fue usted quien hirió a Robert. ¿Le dijo que todo había terminado? ¿Acaso se atrevió a dejar de amarla?

Esta idea absurda me despierta.

—¿Todos los policías que hay por aquí son tan duros de mollera como usted? —le espeto—. ¿Acaso no hay que hacer ningún examen para ingresar en la policía? Estoy segura de que leí algo acerca de eso. ¿Hay alguna posibilidad de hablar con algún policía que lo haya aprobado?

—Está hablando con alguien que tiene un doctorado.

—¿En qué? ¿En estupidez?

—Necesitaremos una muestra de su ADN para compararla con las pruebas que encontraron los forenses en el lugar donde el señor Haworth fue atacado. Si fue usted, lo probaremos.

—Estupendo. En ese caso, pronto descubriré que yo no lo hice. Me alegra saber que podemos confiar en algo más que en su intuición, porque parece ser tan precisa como un...

—¿Un reloj de sol en la oscuridad? —sugiere la inspectora Zailer. Se está

burlando de mí—. ¿Hablará con Juliet Haworth? Yo estaría presente. No tiene nada que temer.

—Si me lleva a ver a Robert, hablaré con Juliet. Si no lo hace, olvídelo.

Tomo un sorbo de agua.

—Es usted increíble... —masculla, entre dientes.

Pero no dice que no.

6/4/06

—Prue Kelvey y Sandy Freeguard.

El subinspector Sam Kombothekra, del DIC de West Yorkshire, trajo consigo fotografías de las dos mujeres, y ahora estaban colgadas con un alfiler en el tablero de Charlie, junto a otras de Robert Haworth, Juliet Haworth y Naomi Jenkins. Charlie le pidió a Kombothekra que le contara al resto de su equipo lo que ya le había dicho por teléfono.

—Prue Kelvey fue violada el 16 de noviembre de 2003 y Sandy Freeguard unos meses después, el 20 de agosto de 2004. Le tomamos muestras completas a Kelvey, pero no conseguimos nada de Freeguard, o sea, que no hay ADN. Esperó una semana hasta presentar la denuncia, pero su agresión fue idéntica a la de Kelvey, de modo que estábamos bastante seguros de que se trataba del mismo hombre.

Kombothekra hizo una pausa para aclararse la garganta. Era alto y flaco, tenía el pelo negro y brillante, la piel aceitunada y una prominente nuez que Charlie no podía dejar de mirar. Cuando hablaba, se movía arriba y abajo.

—Ambas mujeres fueron a obligadas a subir a un coche a punta de cuchillo por un hombre que sabía sus nombres y que se comporto como si las conociera hasta que estuvo lo bastante cerca para sacar el arma. Prue Kelvey solo dijo que era un coche negro, pero Sandy Freeguard fue más concreta: un coche con cinco puertas cuya matrícula empezaba por «Y». Freeguard describió una chaqueta de pana que se parece a la que mencionó Naomi Jenkins. En los tres casos se trataba de un hombre alto, blanco, con el pelo corto de color castaño. Kelvey y Freeguard fueron obligadas a sentarse en el asiento del acompañante y no en el de atrás y esa es la primera diferencia entre nuestros dos casos y la declaración de Naomi Jenkins.

—Los dos primeros de otros muchos —terció Charlie.

—Correcto —dijo Kombothekra—. Una vez en el coche, a ambas mujeres se les vendaron los ojos con un antifaz, otro punto de coincidencia, pero, a diferencia de Naomi Jenkins, en ese momento les ordenaron que se quitaran la ropa de cintura para abajo. Temían por sus vidas y ambas hicieron lo que les decían.

Proust sacudió la cabeza.

—De modo que tenemos tres casos..., tres de los que tengamos noticia..., de mujeres obligadas a subir a un coche a plena luz del día para recorrer, por lo que sabemos, una larga distancia con un antifaz en los ojos. ¿Nadie vio el

coche y le pareció sospechoso? Creo que alguien que pasara por la calle habría visto a una pasajera con antifaz.

—Quien viera eso pensaría que quería echar una siesta —dijo Simón.

Sellers asintió con la cabeza para demostrar que estaba de acuerdo.

—Ninguna de ellas acudió a nosotros de inmediato —dijo Kombothekra—. Tras los llamamientos que emitimos por televisión, tres testigos se pusieron en contacto con nosotros, aunque ninguno de ellos fue capaz de decirnos mucho más que lo que ya sabíamos: un coche negro con cinco puertas, una pasajera con algo que le tapaba los ojos y nada sobre el conductor.

—Así pues, el asiento delantero en vez del trasero y orden de que se quitaran la ropa de cintura para abajo durante el trayecto y no al llegar —resumió Proust.

—Kelvey y Freeguard fueron agredidas sexualmente sin parar durante todo el trayecto. Ambas dijeron que el violador conducía con una mano y empleaba la otra para acariciar sus partes íntimas. Ambas declararon que no fue brusco ni violento. Sandy Freeguard dijo que le pareció que hacía eso para demostrar que tenía poder para hacerlo; se trataba más de ejercer ese poder que de infligir dolor. Las obligó a sentarse con las piernas abiertas. En los dos casos, les dijo algo parecido a lo que Naomi Jenkins afirma que dijo su agresor: «¿No quieres entrar en calor antes de que empiece el espectáculo?». — Kombothekra consultó sus notas—. La versión de Kelvey fue: «Siempre me gusta calentar antes de que empiece el espectáculo, ¿a ti no?». Evidentemente, en ese momento ella no sabía a qué espectáculo se refería. A Freeguard le dijo: «Esto es solo un calentamiento antes del espectáculo».

—Así pues, sin duda alguna se trata del mismo hombre —dijo Proust.

—Parece muy probable —repuso Charlie—. Aunque en cada caso estamos seguros de que el público es distinto, ¿no?

Kombothekra asintió con la cabeza.

—Así es. Y en el caso de la historia de supervivientes número treinta y uno de la página web «Habla y Sobrevive» también. Su autora describe a cuatro hombres, dos de ellos con barba, y tres mujeres. Y dice que eran de mediana edad. Kelvey y Freeguard afirmaron que su público estaba formado por hombres jóvenes.

—¿Y qué hay de la historia de la superviviente de la otra página web, Tanya, de Cardiff? —preguntó Simón—. Si es que ese es su verdadero nombre... Esa parece la más distinta a las demás. Las únicas similitudes son las referencias a la estrella del espectáculo y al calentamiento, y podrían ser una coincidencia; quizás fueran dos agresores completamente distintos.

Charlie sacudió la cabeza.

—El público lo formaba un solo hombre. Mientras uno de los hombres violaba a Tanya, el otro miraba. Se emplearon las palabras «espectáculo» y «calentamiento»..., y, de momento, eso basta como punto de coincidencia hasta que se demuestre que no hay relación alguna. Y se sacaron fotos. ¿Sam?

—Sandy Freeguard dijo que le sacaron fotos desnuda y tumbada sobre el colchón. Como en el caso de Naomi Jenkins, se mencionó la palabra «recuerdo». Prue Kelvey dice que cree que le sacaron fotos; oyó unos clics que supuso que eran de una cámara pero la diferencia fundamental es que en su caso no le quitaron el antifaz en ningún momento. El violador se lo dejó puesto durante la agresión. Parecía estar enfadado con ella y no paró de decirle que era tan fea que tenía que seguir con el rostro tapado o no sería capaz de mantener relaciones sexuales con ella.

—No está mal —dijo Gibbs. Era la primera vez que hablaba desde que había empezado la reunión—. No es nada especial, pero tampoco es un adefesio.

Todos volvieron los ojos hacia las fotos del tablero, salvo Charlie. No le hacía falta: ya las había examinado con atención y le había sorprendido la falta de parecido físico entre las víctimas. Normalmente, en cualquier agresión en serie de índole sexual, el violador siempre prefería un mismo tipo de mujer.

Prue Kelvey era guapa, tenía el rostro delgado, la frente estrecha y un pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros. Naomi Jenkins llevaba un peinado parecido, aunque tenía el pelo más ondulado y de color más bien castaño rojizo; su rostro no era tan flaco y era más alta. Kombothekra había dicho que Prue Kelvey solo medía 1,57 de altura, mientras que Naomi Jenkins medía 1,73. Sandy Freeguard tenía un tipo físico totalmente distinto: era rubia, de rostro cuadrado y con unos diez kilos de más, mientras que Kelvey era muy flaca y Jenkins estaba delgada.

—Aunque a ti no te interese, a nosotros sí nos importa lo que les ocurrió a esas mujeres —le dijo Charlie a Gibbs, sintiéndose avergonzada por su comentario.

Sam Kombothekra había fruncido el ceño al oír la palabra «adefesio». Charlie no le culpaba por ello.

—¿Acaso he dicho eso? —soltó Gibbs, desafiando a Charlie—. Solo estoy diciendo que Kelvey no es especialmente fea. Así que debió haber otra razón para dejarle puesto el antifaz durante la violación.

—Pues piensa antes de hablar —le espetó Charlie—. Hay muchas maneras de decir las cosas.

—Oh, estoy pensando, por supuesto —repuso Gibbs, en tono amenazante—. He estado pensando mucho. Más que tú.

Charlie no tenía ni idea de lo que quería decir.

—¿Tenemos que escucharte a ti y a Gibbs discutiendo, inspectora? —dijo

Proust con impaciencia—. Prosiga, subinspector Kombothekra. Le pido disculpas en nombre de mis agentes. Normalmente no suelen pelearse como si fueran unos críos.

Charlie tomó nota mentalmente para no recordarle a Muñeco de Nieve el próximo cumpleaños de su mujer. Sam Kombothekra le sonrió; Charlie pensó que lo hacía para pedirle disculpas en nombre de Proust. Al instante, la opinión sobre él subió varios enteros. Cuando llegó le juzgó como lo que, a sus cincuenta años, ella y sus amigas habrían llamado un perdedor. Sin embargo, tuvo que corregir su apresurado juicio: Sam Kombothekra era simplemente un hombre cortés y bien educado. Más tarde, si conseguía estar un momento a solas con él, se disculparía por la impertinencia de Proust y el grosero comentario de Gibbs.

—Prue Kelvey estimó que estuvo en el coche alrededor de una hora —continuó Kombothekra.

—¿Dónde vive? —preguntó Simón.

—En Otley.

Proust parecía irritado.

—¿Ese lugar existe? —preguntó.

Un poco presuntuoso, pensó Charlie, viniendo de un hombre que vivía donde vivía. ¿Qué se creía, que Silsford era Manhattan?

—Así es —repuso Kombothekra.

Otra de las costumbres que molestaron a Charlie cuando conoció a Proust era que siempre contestaba a una pregunta diciendo «Eso es» o «Yo soy», en vez de decir simplemente «Sí».

—Está cerca de Leeds y Bradford, señor —dijo Sellers, que había nacido en Doncaster, o «Donnie», como él solía llamarlo.

El ligero asentimiento de cabeza de Proust dio a entender que la respuesta era vagamente aceptable.

—Sandy Freeguard dijo que estuvo en el coche una hora, dos lo sumo —prosiguió Kombothekra—. Vive en Huddersfield.

—Que está cerca de Wakefield —añadió Charlie sin poder evitarlo.

Charlie puso cara de póquer; Proust nunca podría acusarla de no intentar ayudar.

—Entonces, parece que ese teatro donde esas mujeres fueron atacadas está más cerca de donde viven Kelvey y Freeguard que de Rawndesley, que es donde vive Naomi Jenkins —dijo Proust.

—No creemos que Kelvey y Freeguard fueran atacadas en el mismo lugar que Jenkins y la superviviente número treinta y uno —le dijo Simón—. En las declaraciones de Kelvey y Freeguard no se menciona ningún escenario ni ningún teatro. —Kombothekra asintió con la cabeza—. Ambas describen una sala larga y estrecha con un colchón en un extremo y el público de pie en el otro. Nada de sillas ni una mesa. Los espectadores de las violaciones de Kelvey y Freeguard tomaron copas, pero no cenaron. Freeguard dijo que era champán, ¿verdad?

—Entonces la diferencia es significativa —dijo Proust.

—Hay más similitudes que diferencias —intervino Charlie—. El comentario sobre lo de calentar antes del espectáculo... es algo que coincide en los tres casos. Kelvey dijo que la sala en la que estaba era muy fría y, en su declaración, Naomi Jenkins afirmó que el violador mantuvo deliberadamente apagada la calefacción hasta que llegó el público y que se burló de ella a costa de eso. Freeguard fue atacada en agosto, de modo que no es extraño que no mencionara lo del frío.

—Tanto Sandy Freeguard como Prue Kelvey afirmaron que la sala en la que estuvieron tenía una acústica muy rara. —Señalo Kombothekra al volver a consultar sus notas—. Kelvey dijo que pensó que podía ser un garaje y Freeguard también dijo que no parecía la habitación de una casa. Pensó que podía ser una especie de módulo industrial. Dijo que las paredes no parecían de verdad. La que pudo ver desde el colchón no era sólida; dijo que estaba cubierta por algún material, algo grueso. Ah, y en la sala que describió Freeguard no había ventanas.

—En su declaración Jenkins mencionó una ventana —dijo Charlie.

—¿Pensó que podía darse por sentado que Kelvey y Freeguard fueran atacadas en el mismo lugar? —le preguntó Proust a Kombothekra.

—Sí. Todo el equipo lo pensó.

—Jenkins fue atacada en un sitio distinto —dijo Simón con certeza.

—Si es que fue atacada —dijo Proust—. Aún tengo mis dudas. Esa mujer es una mentirosa compulsiva. Pudo haber leído las historias de esas otras dos supervivientes en la página web, ambas enviadas antes que la suya, y decidir inventarse una fantasía similar. Luego conoció a Haworth y le incorporó a su fantasía, primero como salvador y luego como violador, cuando él, comprensiblemente, se hartó de ella y la dejó.

—Muy agudo, señor —dijo Charlie sin poder evitarlo.

Simón le sonrió y ella tuvo ganas de echarse a llorar. De vez en cuando compartían una broma que nadie más entendía; entonces, la trágica sensación de que no estaban juntos y probablemente nunca lo estarían abrumaba a Charlie. Pensó en Graham Angille, a quien había dejado insatisfecho y confuso en Escocia, tras prometerle que lo llamaría. Aún no lo había hecho.

Graham era demasiado superficial para hacerla llorar. Pero quizás eso era bueno, quizás lo que le hacía falta era una relación menos intensa.

Kombothekra negó con la cabeza.

—En la declaración de Jenkins hay algunos detalles que coinciden con las de Kelvey y Freeguard, cosas que no podría saber leyendo las historias de Internet. Por ejemplo, Jenkins dice que la obligaron a describir sus fantasías sexuales con todo detallé y a enumerar sus posturas sexuales favoritas. A Kelvey y Freeguard les ordenaron que hicieran lo mismo. Y las obligaron a decir obscenidades y a decir lo mucho que disfrutaban del sexo mientras las estaban forzando.

Colin Proust lanzó un gruñido, indignado.

—Soy consciente de que ninguno de los violadores con los que nos hemos encontrado eran precisamente unos caballeros, pero este se lleva la palma. —Todos asintieron con la cabeza—. No hace esto porque esté desesperado, ¿verdad? No es un cabrón triste y atormentado. Lo que hace es algo que planifica desde una posición de poder, como si fuera su pasatiempo favorito o algo así.

—En efecto. Aunque esa posición de poder sea imaginaria —dijo Sam Kombothekra.

Simón estaba de acuerdo con él.

—No tiene ni idea de lo enfermo que está. Apostaría algo a que él no se considera un enfermo, sino simplemente un tipo cruel.

—Para él no se trata de una cuestión de sexo —dijo Charlie—. De lo que se trata es de humillar a las mujeres.

—Sí es una cuestión de sexo —la contradijo Gibbs—. Humillarlas es lo que lo pone cachondo. Si no, ¿por qué hacerlo?

—Por el espectáculo —dijo Simón—. Quiere prolongarlo, ¿no es así? Primer acto, segundo acto, tercer acto..., obligando a las mujeres a hablar de sexo mientras las viola, un espectáculo que es tanto verbal como visual. Así consigue un espectáculo más completo. Y el público, ¿pagará o serán amigos a los que invita?

—No lo sabemos —dijo Kombothekra—. Hay muchas cosas que no sabemos. No haber detenido a ese tipo es uno de nuestros mayores y más desalentadores fracasos. Podrán imaginarse cómo se sienten Prue Kelvey y Sandy Freeguard. Si ahora lo detuviéramos...

—Tengo una teoría —dijo Sellers, mostrando de pronto un rostro radiante—. ¿Y si fue Robert Haworth quien violó a Prue Kelvey y Sandy Freeguard y luego les contó a Juliet y Naomi lo que había hecho? Eso explicaría que ambas conocieran el *modus operandi*.

—Por el motivo que admitió —sugirió Charlie—. Ella creía que no lo buscaríamos con mucho empeño. Una vez lo encontramos, decidió retirar la denuncia y pensó que todo quedaría olvidado. No contó con que nosotros descubriríamos lo de Kelvey y Freeguard.

Simón negó enérgicamente con la cabeza.

—Ni hablar. Naomi Jenkins está enamorada de Haworth..., sobre eso no me cabe ninguna duda. Puede que Juliet Haworth sea capaz de estar con un hombre que viola a otras mujeres, ya sea por diversión o por interés, pero Naomi Jenkins nunca lo haría.

Proust lanzó un suspiro.

—Tú no sabes nada sobre mujeres, Waterhouse. No seas absurdo. Mintió desde el principio. ¿O no es así?

—Sí, señor. Pero creo que, en esencia, es una persona decente, que solo mintió porque estaba desesperada... Mientras que Juliet Haworth...

—¡Me llevas la contraria a propósito, Waterhouse! No sabes nada sobre esas dos mujeres.

—Veremos qué pasa con el ADN de Robert Haworth, si coincide con alguna otra muestra —intervino Charlie diplomáticamente—. El laboratorio está trabajando en ello en estos momentos, de modo que mañana tendremos los resultados. Ah, y Sam ha conseguido una copia de la foto de Haworth para enseñársela a las dos mujeres de West Yorkshire.

—Otra coincidencia entre el relato de Jenkins y los de Kelvey y Freeguard es que se invitó a unirse a la violación a un miembro del público —dijo Kombothekra—. En el caso de Jenkins, un hombre llamado Paul. Kelvey dijo que su violador invitó a todos los hombres que estaban presentes, aunque tenía muchas ganas de que aceptara alguien llamado Alan. Al parecer no dejaba de decir: «Vamos, Alan, ¿seguro que no te animas?». Los demás hombres también insistían, incitándole a hacerlo. Sandy Freeguard contó a misma historia, solo que el hombre se llamaba Jimmy.

—¿Y? ¿Acabaron participando Alan o Jimmy? —preguntó Proust.

—No, ninguno de los dos lo hizo —contestó Kombothekra— Freeguard nos contó que el tal Jimmy dijo: «Creo que prefiero no implicarme».

—Cuando te enteras de que hay hombres así empiezas a lamentar que no exista la pena de muerte —murmuró Proust.

Charlie hizo una mueca disimuladamente. Lo último que le hacía falta era otra diatriba de Muñeco de Nieve sobre los buenos tiempos de la horca. Aprovechaba cualquier pretexto para lamentar la abolición de la pena de muerte: el robo de algunos CD en una tienda de HMV en la ciudad, un reparto de propaganda durante la noche... La disposición del inspector jefe para

aplicar la pena de muerte de forma indiscriminada a la población civil deprimía a Charlie, aunque dio la casualidad de que estuvo de acuerdo con él respecto al hombre que había violado a Naomi Jenkins, Kelvey y Freeguard, fuera quien fuera.

—¿Y las diferencias? —se preguntó Charlie en voz alta—. Tiene que tratarse del mismo hombre...

—Puede que perfeccione su método con cada nueva violación —sugirió Sellers—. Le gusta mantener la rutina, pero quizás los pequeños cambios hacen que le resulte más excitante.

—Y por eso ordenó a Freeguard y Kelvey que se desnudaran en el coche —dijo Gibbs—. Para que conducir fuera más entretenido.

—¿Y por qué el cambio de sitio, en lo que respecta a Freeguard y Kelvey? ¿Y por qué eliminar la elaborada cena? —espetó Muñeco de Nieve con impaciencia.

Charlie había estado esperando que el humor de Proust empeorara. Cuando había demasiadas dudas, solía irritarse. Charlie se dio cuenta de que, de pronto, Sam Kombothekra se había quedado callado. Hasta entonces no conocía a Proust y nunca había experimentado una de sus invisibles instalaciones frigoríficas, sin duda alguna, se debía estar preguntando por qué no era capaz de moverse o hablar.

—Quizás había empezado la temporada y necesitaban el escenario para Jack y las habichuelas mágicas. —Charlie habló de forma deliberadamente relajada, tratando de derretir el ambiente. Sabía por experiencia que era la única del equipo capaz de conseguirlo. Simón, Sellers y Gibbs parecían aceptar como algo inevitable el hecho de quedarse petrificados por el desdén de Muñeco de Nieve durante horas, a veces incluso días—. En su declaración, Jenkins afirma que su agresor también sirvió la cena aprovechando un descanso entre las diversas agresiones. Y la superviviente número treinta y uno también dice lo mismo.

—¿Estás insinuando que lo que hizo fue racionalizar su operación? —preguntó Simón.

—Tal vez —repuso Charlie—. Piensa en lo que contó Naomi Jenkins. Eso debió de dejarle agotado, ¿no te parece? Un secuestro, seguido de un largo trayecto en coche, varias violaciones, servir una cena elegante a más de diez invitados y luego otro largo viaje de regreso.

—Es posible que nuestro hombre se trasladara a West Yorkshire entre la violación de Jenkins y la de Kelvey —dijo Kombothekra—. Eso explicaría el cambio de sitio.

—O quizás siempre haya vivido en West Yorkshire, teniendo en cuenta que Jenkins dijo que su trayecto fue mucho más largo —apuntó Sellers.

—Puede que fuera una pista falsa y algo que convirtiera la «actuación» de ese tío en algo demasiado agotador para seguir haciéndolo —dijo Charlie—. Quizás vivía en Spilling y así fue como conoció a Jenkins, o supo de su existencia y estuvo dando vueltas en círculo para que ella pensara que la había llevado al otro extremo del país.

—Esa es una especulación absurda —murmuró Proust, irritado.

—Puede que tenga un trabajo que le deje tiempo para secuestrar a sus víctimas —sugirió Gibbs.

—Hay algo sobre lo que todavía no hemos hablado —dijo Charlie.

—Eso me parece poco probable —rezongó Proust.

Charlie le ignoró.

—Todas las mujeres afirmaron que su secuestrador conocía sus nombres y muchos detalles sobre ellas. Pero ¿cómo lo sabía? Debemos averiguar si tienen algo en común más allá de lo que es obvio: son mujeres de clase media que han tenido éxito en su trabajo. Naomi Jenkins diseña relojes de sol; Sandy Freeguard es escritora..., escribe libros para niños, y Prue Kelvey es una abogada especializada en inmigración.

—Era —la corrigió Sam Kombothekra—. No ha vuelto a trabajar desde la agresión.

—No podemos estar seguros en el caso de la superviviente número treinta y uno —continuó Charlie—, pero escribe como alguien que hubiera recibido una buena educación.

—Jenkins, Kelvey y Freeguard dicen que su violador les preguntó cómo se sentían siendo mujeres que habían tenido éxito en su profesión, por lo que tendremos que asumir que eso es algo que vincula los casos —dijo Kombothekra.

—Pero luego está la historia de la superviviente de la página web de SVIAS, Tanya, de Cardiff —le recordó Simón—. Es camarera y su forma de escribir es muy pobre. No estoy seguro de que su violación forme parte de la misma serie.

—Cronológicamente, fue la primera —dijo Sellers—. ¿Podría ser que se tratara de un ensayo y que luego el violador pensara que aquello era algo increíble, pero que prefería hacerlo con una mujer elegante y con público?

—Posiblemente —repuso Charlie—. Tal vez...

Se interrumpió, pensativa. Proust lanzó un pesado suspiro.

—¿Acaso estamos a punto emprender un viaje a un mundo fantástico?

—Los dos hombres que describió Tanya estaban en el restaurante donde trabajaba, tomándose un curry. Era el único miembro del personal que estaba allí; los hombres estaban borrachos y era tarde. Quizás esa fue la primera agresión, algo espontáneo que surgió de improviso. Uno de los hombres se olvidó de todo, o lo consideró algo ocasional, pero el otro le cogió gusto...

—Ya basta, inspectora. Parece que estés intentando venderle un guión a Steven Spielberg. Y ahora, si esto es todo... —añadió, frotándose las manos.

—El caso de Tanya, de Cardiff, por la razón que sea, es raro —dijo Charlie—. Vamos a seguir la pista de las mujeres que han triunfado en su profesión. Gibbs, echa un vistazo a las asociaciones de mujeres trabajadoras o algo parecido.

—Ayer escuché algo en Radio 4 —dijo Simón—. Algo sobre una organización que agrupaba a la gente que trabajaba por su cuenta. Tanto Jenkins como Freeguard son autónomas. Puede que el violador también lo sea.

—Kelvin no lo es. No lo era —dijo Gibbs.

—¿Sabemos algo de Yvon Cotchin? —le preguntó Charlie.

—Me pondré con ello —dijo Gibbs, con expresión asqueada—. Pero no vamos a sacarle nada. Nos dirá exactamente lo que Jenkins le ha dicho que nos diga.

Charlie le miró fijamente.

—Ya deberías haber hablado con ella. Te lo dije, y te lo repito otra vez. Sellers, busca algo relacionado con la venta en Internet de entradas para asistir a violaciones en directo, espectáculos de sexo en vivo, esas cosas. Y habla con SVIAS y con los de «Habla y Sobrevive» para ver si tienen alguna forma de contactar con Tanya, de Cardiff, y con la superviviente número treinta y uno. Puede que su dirección esté oculta, pero eso no significa que no tengan su nombre y sus señas.

Sellers se levantó, dispuesto a ponerse a trabajar.

—Simón, tú céntrate en el tema del teatro. ¿Se me ha escapado algo?

—Creo que sí. —Sam Kombothekra parecía avergonzado—. El antifaz. A las tres mujeres las llevaron de vuelta al lugar donde el agresor las había abordado. Y las tres seguían llevando el antifaz cuando se fue. ¿Es posible que ese tipo trabaje para una compañía aérea? Supuestamente, un piloto o un auxiliar de vuelo tendrían fácil acceso a todos los antifaces que quisieran.

—Bien pensado —dijo Charlie diplomáticamente—. Aunque bueno, es fácil comprar un antifaz en cualquier sucursal de Boots.

—Ah. —Kombothekra se ruborizó—. Nunca he ido a Boots —masculló, y Charlie deseó haber mantenido la boca cerrada. Vio que Proust miraba hacia su despacho por el rabillo del ojo—. Señor, necesito hablar un momento con

usted —dijo Charlie, conteniendo la respiración. El inspector jefe odiaba que las cosas se sucedieran sin solución de continuidad.

—¿Hablar? Espero que sea breve. Me voy a preparar una taza de té, si me lo permiten —gruñó Muñeco de Nieve—. De acuerdo, inspectora, de acuerdo. Estaré en mi despacho. Venga de inmediato.

—¡Caray! ¿Siempre es así? —preguntó Sam Kombothekra después de que Proust hubo cerrado de golpe la puerta de cristal. La sala se estremeció.

—Sí —dijo Charlie, con una sonrisa.

Kombothekra nunca habría adivinado que Charlie hablaba en broma.

—Rotundamente no. Si esa absurda idea fuera tuya, puede que tratara de quitártela de la cabeza, pero esta absurda idea es de otra persona y normalmente sueles ser buena echando por tierra esa clase de cosas.

Proust dejó de sorber su té. Siempre sorbía ruidosamente, incluso cuando bebía té con leche y mucho azúcar. Charlie pensó que era un desastre tomando té.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —dijo Charlie—. Solo quería comprobar que no estaba siendo demasiado estricta. Juliet Haworth me dijo sin ambages que si la dejábamos hablar con Naomi Jenkins a solas nos contaría la verdad. No quería descartar esa posibilidad sin consultarlo antes con usted.

Proust movió la mano, desdeñoso.

—Ella no nos diría nada, aun cuando aceptáramos su petición. Lo único que quiere es torturar a Jenkins. Alguna de las dos acabaría muerta o en el hospital, haciendo compañía a Robert Haworth. Ya tenemos bastante lío por ahora.

—Sí, así es —dijo Charlie—. ¿Y qué me dice de una conversación entre Juliet Haworth y Jenkins estando yo presente? Podría intervenir si viera que las cosas se pusieran feas. Si Juliet Haworth estuviera de acuerdo con eso...

—¿Y por qué iba a estar de acuerdo? Ella ya lo especificó: a solas con Jenkins. ¿Y por qué iba a aceptar Jenkins?

—Ya ha aceptado. Con una condición.

Proust se levantó, sacudiendo nerviosamente la cabeza.

—¡Todo el mundo pone condiciones! Juliet Haworth ha puesto una y Naomi Jenkins otra. Si Robert Haworth sobrevive, seguro que también pondrá condiciones. Inspectora, ¿qué es lo que estás haciendo mal para que todos piensen que pueden imponer sus reglas?

«¿Por qué siempre soy yo quien hace las cosas mal?». Charlie tenía ganas de

gritar. Según Proust, según Olivia... Estar mal con su hermana hacía que Charlie se sintiera frágil. Tenía que arreglar las cosas cuanto antes. ¿Por qué había sido tan estúpida? Había oído el nombre de Graham y eso bastó: la coincidencia le hizo perder todo sentido de la proporción. Su novio imaginario se había convertido en realidad. Y había caído en la trampa. Se lo explicaría todo a Olivia. La llamaría por la noche..., no podía aplazarlo más.

Tyrannosaurus Sex. Charlie ahuyentó de su mente el insulto de Olivia y, cansinamente, empezó a defenderse ante Proust.

—Señor, he abordado este caso exactamente igual que...

—¿Sabes lo que me dijo Amanda el otro día?

Charlie suspiró. Amanda era la hija de Muñeco de Nieve. Estudiaba Sociología en la Universidad de Essex. No faltaba mucho Para su cumpleaños; Charlie tomó nota mentalmente para señalarlo más tarde con un círculo en el calendario que Proust tenía sobre su escritorio.

—Pues resulta que doce estudiantes de su curso, ¡doce!, compartían una misma circunstancia cuando llegó el día del examen. Todos afirmaron ser disléxicos o... ¿cómo se llama esa otra cosa?

—Naomi Jenkins hablará con Juliet Haworth si, a cambio, la llevamos a ver a Robert Haworth al hospital. —Al ver la furiosa expresión del inspector jefe, Charlie añadió—: Y no me ha pedido verle a solas. Estaré allí en todo momento, vigilándola.

—¡No seas absurda, inspectora! —bramó Proust—. Es sospechosa de intento de asesinato. ¿Cómo sonaría eso si la prensa llegara a enterarse? ¡El fin de semana todos estaríamos trabajando como reponedores en un supermercado!

—Estaría de acuerdo con usted si Haworth estuviera consciente, señor, pero mientras no lo esté, mientras no sepamos seguro que va a vivir...

—¡No, inspectora! ¡No!

—Señor, ¡tendría que ser más flexible!

Proust juntó las cejas. Se hizo un largo silencio.

—¿De veras? —dijo él, finalmente.

—Creo que sí. Lo que está ocurriendo es alarmante, y el factor crucial, la clave de todo, está en las relaciones personales. En la relación entre Haworth y Jenkins, entre Haworth y su mujer, y entre Juliet y Jenkins. Si quieren hablar, sea en las circunstancias que sea, deberíamos aprovechar esa oportunidad. Si nosotros estamos presentes, habrá más pros que contras, señor. Podríamos conseguir una información de vital importancia viendo cómo se comporta Jenkins junto a la cama de Haworth...

—¿Te refieres a cuando la veas sacar una enorme piedra de su bolsillo?

—... y de cómo reaccionan Juliet Haworth y Jenkins.

—Ya te he dado mi respuesta, inspectora.

—Si sirve de algo, Simón está de acuerdo conmigo. Cree que de heríamos decirles que sí a ambas con la debida supervisión.

—Sí sirve de algo —repuso Proust—. Eso refuerza mi oposición a todo cuanto me propones. ¡Waterhouse!

«Ese réprobo inútil no», daba a entender su tono. Simón había cerrado más casos que cualquier otro agente bajo la supervisión de Proust, incluida Charlie.

—Hablando de otra cosa...

—¿Señor?

—¿Qué le pasa a Gibbs?

—No lo sé.

Ni le importaba.

—Bueno, pues descúbrelo, sea lo que sea, y arréglalo. Estoy harto de verle merodeando frente a mi despacho como un fantasma. ¿Te ha contado Sellers su idea?

—¿La idea de Gibbs?

—Obviamente no. La idea de Sellers de comprarle a Gibbs un reloj de sol como regalo de boda.

Charlie no pudo evitar sonreír.

—No, nadie me lo ha comentado.

—Sellers ha pensado en un reloj de sol con una fecha, la de la boda de Gibbs, pero no me convence. Es demasiado confuso. No puede haber una línea que indique una sola fecha, inspectora. Lo he leído. Cualquier línea indicaría dos días, porque cada fecha tiene su doble, ya sabes. Hay otro día, a lo largo del año, en que la inclinación del sol será la misma que la de la fecha de la boda de Gibbs. Así pues, el gismo, lo que llaman nodo, también proyectaría su sombra en la línea de la fecha ese otro día. —Proust negó con la cabeza—. No me gusta. Es demasiado confuso, demasiado aleatorio.

Charlie no entendía exactamente de qué estaba hablando.

—Pero la idea de Sellers hizo que se me ocurriera otra a mí. ¿Qué tal un reloj

de sol para nuestra humilde morada, en la pared de la parte de atrás, donde solía estar el viejo reloj? Nunca se sustituyó ese reloj..., solo hay un enorme espacio vacío. ¿Cuánto te parece que puede costar un reloj de sol?

—No lo sé, señor. —Charlie se imaginó a Proust sometiendo propuesta al superintendente Barrow y casi estuvo a punto de soltar una carcajada—. Si quiere puedo preguntárselo a Naomi Jenkins.

El inspector jefe chasqueó la lengua.

—Evidentemente, no podríamos encargárselo a ella. Y antes tengo que conseguir la aprobación de las altas instancias. Pero no puede ser muy caro, ¿verdad? ¿Cuánto crees? ¿Unas quinientas libras por uno que sea bien grande?

—De verdad que no tengo ni idea, señor.

Proust cogió un enorme libro de tapas negras que estaba encima de la mesa y empezó a hojearlo.

—Waterhouse fue muy amable al traerme esto. Hay un capítulo sobre relojes de sol de pared..., ¿dónde está? También hay relojes que se pueden fijar en una pared sin necesidad de instalación.

—Señor, ¿quiere que lo averigüe? Los precios, el tiempo que tardaría, todo eso. Usted está ocupado.

Charlie sabía que eso era lo que quería oír.

—Excelente, inspectora. Eso es muy considerado de tu parte.

Proust sonrió y Charlie descubrió, para su vergüenza, que se sentía invadida por una inesperada racha de elogios. ¿Era algo propio de la naturaleza humana ansiar la aprobación de las criaturas más despreciables que uno conocía? Se volvió para salir.

—¿Inspectora?

—¿Mm?

—Tú me entiendes, ¿verdad? No podemos dejar que Juliet Haworth y Naomi Jenkins mantengan una conversación privada sin presencia policial. Y, del mismo modo, no podemos permitir que Jenkins esté a solas con Haworth en la habitación de un hospital. Es demasiado arriesgado.

—Si usted lo dice, señor —dijo Charlie, indecisa.

—Dígales a Naomi Jenkins y a Juliet Haworth que aquí somos nosotros quienes ponemos las condiciones. ¡Somos nosotros quienes dirigimos el espectáculo, no ellas! Si esos dos... encuentros llegaran a producirse, deberá ser con la presencia de agentes en ambos casos. Y no solo de agentes...

Quiero que tú estés allí, inspectora. Me da igual el trabajo que tengas y tu nivel de estrés —dijo, remarcando las palabras—. Eso no es algo que pueda delegarse.

Charlie fingió una expresión apesadumbrada, pero por dentro saltaba de júbilo.

—Si insiste, señor... —dijo.

Viernes, 7 de abril

—¿Qué sabes sobre mi marido? —me pregunta Juliet.

—Que me quiere —le respondo.

Ella se echa a reír.

—Eso es algo sobre ti, no sobre él. ¿Qué sabes sobre Robert? Sobre su familia, por ejemplo.

El subinspector Waterhouse coge su bolígrafo. Él y la inspectora Zailer intercambian una mirada que no soy capaz de interpretar.

—No se ve con nadie de su familia.

—Es cierto.

Juliet hace una marca en el aire con el dedo índice. Con la otra mano se frota una ceja, como si quisiera alisársela una y otra vez. Un aparato está grabando nuestra conversación. Al mismo tiempo, mi memoria está grabando todos los gestos y expresiones de Juliet. Esta es tu esposa, la mujer, me imagino, que habrá hablado a menudo contigo sobre cosas cotidianas —la revisión del coche, sobre descongelar el frigorífico— mientras se cepilla los dientes y tiene la boca llena de dentífrico. Así de cerca ha estado de ti.

Cuanto más la observo, cuanto más tiempo llevo sentada con ella en esta pequeña habitación pintada de gris, más vulgar me parece. Es como cuando no puedes mirar un cuadro de alguna horripilante deformidad porque eres demasiado impresionable. Cuando por fin te obligas a mirarlo y a familiarizarte con todos sus detalles, de pronto se convierte en algo prosaico de lo que no hay que temer nada en absoluto.

Eso me ayuda a recordar que Juliet ya no comparte contigo nada que yo no comparta. La gente dice que el matrimonio no es más que una hoja de papel, y en general eso es falso, aunque no en este caso. En este momento, tú y Juliet estáis tan lejos el uno del otro como pueden estarlo un hombre y su mujer, separados no solo físicamente por vuestras respectivas encarcelaciones, sino también por el hecho de que ella hizo todo lo posible por matarte. Si llegas a despertarte —no: cuando te despiertes— no habrá forma de que la perdones.

—Sé que Robert tiene tres hermanas y que una de ellas se llama Lottie. Lottie Nicholls.

Tuve que arrancarte esa información y luego me sentí tan culpable que no te pregunté más nombres.

Juliet vuelve a soltar otra estridente carcajada, para que Waterhouse y Zailer puedan volver a oírla más tarde. Pero ellos no recordarán sus fríos y vacíos ojos como yo lo haré.

—¿Por qué Robert nunca habla de sus hermanas? —me pregunta Juliet.

Recuerdo tus palabras exactas, y solo tengo que parafrasearlas ligeramente.

—Creen que él no es lo bastante bueno para ellas y, si es eso lo que piensan, demuestran que son *ellas* las que no son lo bastante buenas para él.

—Yo fui la causa de la gran disputa familiar —dice Juliet orgullosamente—. Aposté que Robert no te lo contaría. Sus familiares más íntimos y queridos se quedaron horrorizados cuando se enteraron de que salía conmigo, lo cual estaba fuera de lugar, teniendo en cuenta que yo nunca les había hecho nada. Me vienen a la mente las palabras «olla» y «tetera».

No tengo ni la menor idea de a qué se refiere.

—¿Te ha contado mi marido que alguna o puede que todas sus hermanas estén..., a ver, cómo podría decirlo..., *muertas* ?

Se inclina hacia delante; sus ojos azules resplandecen.

—¿Qué quieres decir?

La expresión de Zailer y de Waterhouse muestra la misma sorpresa y repulsión que la mía, pero no dicen nada. ¿Tus hermanas muertas? *Alguna o puede que todas* . Eso no es posible. Juliet podría estar mintiendo. Debe de estar mintiendo. A menos que se trate de alguna tragedia...

Ya había pensado antes que la tragedia parece ser tu elemento. Eres un hombre apasionado y afligido, como un condenado que algún día deberá enfrentarse a la horca y trata de vivir sus últimos y preciosos momentos junto a la mujer que ama. Cuando nos conocimos y quedó claro que lo que sentíamos era algo mutuo, que ninguno de los dos era ni más ni menos apasionado que el otro, yo te lo dije sin querer, como una idiota.

—Esto es maravilloso. No puedo creer que no haya gato encerrado.

Tú me miraste como si estuviera loca.

—Oh, claro que hay gato encerrado.

—Me pregunto quién le machacó la cabeza a Robert —dice Juliet tranquilamente, como si estuviera comentando el último giro argumental de un culebrón—. Porque tú no lo hiciste, ¿verdad? Tú estás loquita por Robert. Tú nunca le harías ningún daño.

—Eso es verdad. —No dejaré que se burle de mí con algo de lo que me siento orgullosa—. Tú lo hiciste. Todos saben que tú lo hiciste. Robert lo sabe. Cuando despierte, le contará a la policía que fuiste tú. ¿Intentaste matarle? ¿O fue una pelea que se te escapó de las manos?

Juliet le sonríe a la inspectora Zailer.

—¿La han adiestrado? Se parece mucho a uno de ustedes. —Juliet se vuelve hacia mí—. Quizá lo seas. No sé cómo te ganas la vida. ¿Eres poli?

—No.

—Estupendo, porque mi capacidad para la ironía tiene un límite —Juliet se inclina hacia delante—. ¿Por qué amas a mi marido?

—¿Qué quieres decir?

—Es una pregunta sencilla. Supongo que Robert es razonablemente atractivo, aunque ahora le sobren algunos kilos. Cuando lo conocí estaba más delgado. Pero ¿basta solo con el atractivo? A estas alturas ya te debes haber dado cuenta de que es un pobre infeliz y un miserable.

—El martes hice una declaración sobre una violación —le digo a Juliet, tratando de no mirar a la inspectora Zailer ni a Waterhouse—. Fingí que Robert me había violado para que la policía le encontrara.

—Tú estás loca de verdad, ¿no? —dice Juliet.

—¿Cómo conocías los detalles de lo que dije en mi declaración?

Juliet sonríe.

—¿Por qué fingiste que te había violado y no dijiste, por ejemplo, que te había robado el bolso?

—Porque la violación es el delito más fácil de fingir —digo, finalmente. Me irrita saber que puede que haya igual número de mujeres que pretendan haber sido violadas como que pretendan no haberlo sido—. No tenía magulladuras, así que difícilmente podía fingir que me habían golpeado.

—Tú no fingiste nada —dice Juliet—. Tú *fuiste* violada. Solo que no por Robert. Sé exactamente lo que te ocurrió, escena a escena, plano a plano.

Juliet hace un sonoro ruido de un clic, imitando la acción de sacar una fotografía.

—Eso es imposible —digo, en cuanto soy capaz de hablar—. A menos que la policía te haya enseñado mi declaración.

De pronto, parece impaciente.

—Nadie me ha enseñado ninguna declaración. Mira, puede que no responda a todas tus preguntas, pero no pienso mentirte. Si te doy una respuesta, será sincera.

—¿Quiere dejarlo, Naomi? —me pregunta la inspectora Zailer—. Puede dejarlo cuando quiera.

—Estoy bien —digo.

Esta mujer de hielo, me recuerdo a mí misma, es esa misma Juliet que es demasiado tímida para contestar al teléfono, demasiado torpe para manejar un ordenador, demasiado débil para trabajar, la que te obligó a dejar de trabajar de noche porque no era capaz de quedarse sola en casa. Recordar todas las cosas que me has contado sobre ella me ayuda a pronunciar mi siguiente frase.

—Has cambiado. Antes solías ser una mujer tímida y neurótica, que tenía miedo de su propia sombra y dependía totalmente de Robert.

—Es cierto.

Juliet sonríe. Para ella se trata de un juego con el que está disfrutando de lo lindo.

—Ahora pareces otra —digo.

—Me he..., ¿cómo se dice?..., investido de poder.

Juliet suelta una risita y mira a la inspectora Zailer, como si esperara haberla impresionado.

—¿Cómo? ¿Machacándole la cabeza a Robert con un ladrillo? —digo.

—Lo que le causó las heridas a Robert fue una piedra que usábamos como tope para la puerta. ¿Acaso estos agentes tan amables no te han explicado los hechos? Mis huellas dactilares están por toda la piedra, aunque podría haberla cogido después de la agresión, ¿no? La consternación de la esposa al descubrir a su marido moribundo.

—Alguien que ha sido frágil y delicada toda su vida no se transforma de repente en la mentirosa fría, calculadora y segura de sí misma que eres ahora —digo—, aun cuando pierda la razón y ataque a su marido por tener una aventura.

Juliet parece aburrida y decepcionada.

—Sé que Robert tenía una aventura contigo desde antes de Navidad —dice—. Como tú dices, dependía totalmente de él. De modo que mantuve la boca cerrada al respecto. ¿Te parece patético?

—Entonces, ¿por qué atacaste a Robert la semana pasada? ¿Te dijo que iba a

dejarte por mí? ¿Fue eso lo que te dio ganas de matarle?

Juliet se examina las uñas en silencio.

—Tienes razón —dice—. No es probable que alguien que ha sido frágil y delicada durante toda su vida cambie por completo su personalidad, incluso después de que ocurra algo importante.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que no *has sido* siempre una mujer frágil y delicada?

—Ah. —Juliet cierra los ojos—. No diría que te estás quemando, pero sí que has dejado de pisar el Polo Norte.

—Fingiste ser débil —supongo en voz alta—. Eres una de esas mujeres a las que odio, de esas que pueden cuidar sin problema de sí mismas pero que se muestran totalmente indefensas en cuanto aparece un hombre. Le hiciste creer a Robert que eras una mujer desvalida e indefensa porque sabías que de lo contrario te dejaría.

—Oh, querida, me temo que has vuelto a pisar la nieve con Ernest Shackleton y Robert Falcón Scott. Puede que estés fuera algún tiempo. —Juliet observa al subinspector Waterhouse—. ¿Lo he dicho correctamente?

—¿Qué pasa? ¿No te apetecía trabajar? —Yo me mantengo en mis trece, pensando que finalmente puedo llegar a alguna parte—. ¿Era más fácil quedarse en casa y explotar a Robert?

—Antes de que dejara de hacerlo me gustaba trabajar —dice Juliet, volviendo ligeramente el rostro.

—¿En qué trabajabas?

—Me dedicaba a la alfarería; hacía casitas de cerámica.

Zailer y Waterhouse apuntan lo que ha dicho.

—Las vi —digo—. Están por todo el salón. Son un auténtico horror.

Noto un enorme zumbido en mis oídos mientras intento no pensar en el salón de Juliet. Tu salón.

—No pensarías eso si hiciera una miniatura de tu casa —dice Juliet—. Eso es lo que hacía la gente: me encargaban que hiciera miniaturas de sus casas. Me gustaba hacerlo..., reproducir todos los detalles. Puedo hacerte una si quieres. Estoy segura de que en la cárcel me dejarán trabajar. Lo harán, ¿verdad, inspectora Zailer? En realidad tengo ganas de volver a trabajar. Miren lo que les digo: si me traen fotografías de sus casas, desde todos los ángulos, de la fachada, de la parte de atrás y de los laterales, les haré una miniatura.

—¿Por qué dejaste tu trabajo si te gustaba tanto? —pregunto.

—Bienvenido a casa, señor Shackleton. —Juliet sonríe—. Has perdido algunos dedos por congelación, pero al menos no estás muerta. Acerca una silla a la hoguera, ¿vale?

—¿De qué coño estás hablando?

Juliet suelta una risotada al ver mi enfado.

—Esto es muy divertido. Es como ser invisible. Puedes provocar el caos y nadie puede hacer nada para evitarlo.

—Excepto dejar que te pudras en la cárcel —digo.

—Estaré bien en la cárcel, muchas gracias. —Juliet se vuelve hacia la inspectora Zailer—. ¿Podré trabajar en la biblioteca de la prisión? ¿Podré ser la que empuja el carrito con los libros por delante de las celdas? En las películas, ese puesto siempre lleva implícito cierto prestigio.

—¿Por qué haces esto? —le pregunto—. Si realmente te da igual que te encierren durante el resto de tu vida, ¿por qué no le cuentas a la policía lo que quieren saber, si intentaste matar a Robert y por qué?

Juliet levanta sus excesivamente depiladas cejas.

—Bueno, hay una pregunta a la que puedo responder fácilmente: por ti. Esa es la razón por la que no lo cuento todo como una buena chica. No tienes ni idea de lo mucho que tu existencia, el lugar que ocupas en la vida de Robert, lo cambia todo.

7/4/06

—Me siento fatal —dijo Yvon Cotchin—. De haber sabido que Naomi estaba en la cárcel me habría plantado allí de inmediato. ¿Por qué no me llamó?

Yvon estaba sentada con las rodillas apoyadas en la barbilla en un sofá de color azul desteñido, en medio del desordenado salón de la casa de su exmarido, en Great Shelford, Cambridge. Por todo el suelo había tazas medio vacías, calcetines raídos, mandos a distancia, periódicos viejos y un montón de propaganda sin abrir.

La casa apestaba a marihuana; sobre el alféizar de la ventana había trocitos de papel de aluminio quemados y botellas de plástico vacías con agujeros en los extremos. Cotchin, que olía a champú y a un intenso y penetrante perfume, parecía estar fuera de lugar con su ajustado jersey rojo y sus elegantes pantalones negros; con una mano agarraba un paquete de Consulate sin abrir y un encendedor amarillo de plástico con la otra. Más que fuera de lugar, parecía abandonada.

—Naomi no estaba en la cárcel —dijo Gibbs—. Vino para contestar a unas preguntas.

—Y ahora está en libertad bajo fianza y ha vuelto a su casa —dijo Charlie, que había acompañado a Gibbs para asegurarse de que sometía a un concienzudo interrogatorio a la exinquilina de Naomi Jenkins. Gibbs había dejado muy claro que no creía que sacaran nada útil a Yvon Cotchin, y Charlie no quería que aquello fuera una profecía que acabara cumpliéndose.

—¿Bajo fianza? Eso suena horrible. Naomi no ha hecho nada malo, ¿verdad?

—¿Acaso ha hecho algo?

Cotchin desvió la mirada, jugueteando con el celofán de su paquete de cigarrillos.

—¿Yvon? —insistió Charlie.

«Abre el paquete y enciende un pitillo, por el amor de Dios». Charlie odiaba a la gente que perdía el tiempo sin hacer nada.

—Le dije a Naomi que iba a contárselo todo a ustedes. Yo nunca le dije que estuviera de acuerdo con ello, de modo que no estoy traicionándola si se lo cuento.

—¿Estar de acuerdo con qué? —pregunté Gibbs.

—Es mejor que sepan la verdad antes de que Robert... Él se pondrá bien, ¿verdad? Bueno, si hasta ahora ha seguido con vida...

—Usted nos dijo que no conocía a Robert Haworth —le recordó Charlie.

—Es verdad.

—¿Y con qué no estaba de acuerdo con Naomi? —insistió Gibbs.

—Naomi mintió. Fingió que Robert la había violado. No podía creer que hiciera algo así, pero... ella creía que era la única manera de que ustedes se ocuparan de encontrarle.

—¿Está segura de que no la violó? —preguntó Charlie.

—Totalmente. Naomi besa el suelo que pisa ese hombre.

—No sería la primera vez que una mujer se enamora de su violador.

—Naomi no haría eso.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Cotchin consideró la pregunta.

—Por su forma de ver el mundo. Para Naomi, todo es blanco o negro, todo es cuestión de justicia. Tendría que conocerla para entenderla. Si alguien le quita un sitio para aparcar ya empieza a hablar de venganza. —Yvon suspiró—. Mire, nunca he sido muy fan de Robert Haworth; no le conozco, pero por lo que Naomi me ha contado..., sé que él no la violó. Ahora que ya han encontrado a Robert, ¿ha reconocido que mintió? Dijo que lo haría.

—Es un poco más complicado que eso. —Charlie abrió el expediente que tenía en las manos. En el sofá, junto a Yvon Cotchin, dejó unas fotocopias de las historias de las tres supervivientes: la de la página web de SVIAS (Tanya, la camarera de Cardiff) y las número treinta y uno y setenta y dos, de «Habla y Sobrevive». Charlie señaló la número setenta y dos, la de «N.J.»— Como puede ver, esta tiene las iniciales de Naomi al final y está fechada el 18 de mayo de 2003. Cuando Naomi vino a vernos y nos mintió acerca de Robert Haworth, le dijo a uno de mis agentes que echara un vistazo a la página web «Habla y Sobrevive» y que leyera su carta.

—Pero..., no lo entiendo. —Cotchin se había puesto pálida—. En 2003, Naomi ni siquiera conocía a Robert.

—Lea las otras dos —dijo Gibbs.

No tenía la suficiente confianza ni una buena razón para negarse. Se rodeó una rodilla con un brazo y empezó a leer, entornando los ojos, como si quisiera bloquear alguna de aquellas palabras o minimizar su impacto.

—¿Qué es esto? ¿Qué tiene que ver con Naomi?

—La declaración que Naomi Jenkins firmó el martes, el ataque ficticio que sufrió a manos de Robert Haworth, coincide en muchos detalles con estos dos relatos —dijo Gibbs.

—¿Cómo es posible? —Cotchin parecía muy nerviosa—. Soy demasiado estúpida para comprender todo esto por mí misma; tendrán que explicarme qué está pasando.

—En West Yorkshire hay otros dos casos que siguen las mismas pautas —le dijo Charlie—. Usted no es la única que quiere saber qué está pasando, Yvon. Tenemos que averiguar si Robert Haworth violó a Naomi Jenkins y a esas otras mujeres, o si fue otro quien lo hizo. Esperamos que usted pueda ayudarnos.

Cotchin estrujó el paquete de cigarrillos por la mitad, aplastando su contenido.

—Es imposible que Naomi fuera violada. Me lo habría contado. Es mi mejor amiga.

—¿Vivía con ella en esa época? ¿En la primavera de 2003?

—No, pero aun así lo sabría. Naomi y yo somos amigas íntimas desde el instituto. Nos lo contamos todo. Y... parecía estar bien en la primavera de 2003, se comportaba con total normalidad. Era la mujer fuerte que suele ser.

—¿Es capaz de recordar algo después de tanto tiempo? —preguntó Charlie—. Yo no recuerdo cómo estaban mis amigos hace tres años.

Cotchin parecía desconfiada.

—Ben y yo estábamos atravesando un mal momento —dijo, finalmente—. El primero de tantos. Fue algo serio. Pasaba la noche en casa de Naomi dos veces por semana, a veces más. Estuvo fantástica. Cocinaba para mí, les mandaba correos electrónicos a mis clientes y trataba de que me tomara las cosas de otra manera... Yo estaba demasiado disgustada para trabajar. Me obligaba a darme una ducha y a cepillarme los dientes cuando todo lo que yo quería hacer era abandonarme. ¿Alguno de ustedes ha pasado por una ruptura matrimonial?

Charlie no fue capaz de interpretar el ruido que emitió Gibbs.

—No —contestó Charlie.

—Entonces no pueden imaginarse lo doloroso y destructivo que es.

—Me parece un poco extraño que viniera aquí después de discutir con Naomi —dijo Charlie—. La mayoría de las mujeres no salen corriendo hacia la casa de sus exmaridos cuando tienen problemas.

Cotchin parecía avergonzada.

—Mis padres están demasiado ocupados con su trabajo; no les gusta que la gente se quede en su casa. Y mis hermanos y todos mis amigos, salvo Naomi, tienen pareja o hijos. Estaba disgustada, ¿vale?

—Hay hoteles y *bed & breakfast*. ¿Está pensando en reconciliarse con Ben? —la pinchó Charlie—. ¿Es esa la razón de que este aquí?

—Eso no es asunto suyo. No vamos a volver, si es eso a lo que se refiere. Estoy durmiendo en otra habitación.

—¿Por qué rompieron?

Aunque probablemente era irrelevante, Charlie pensó que podía seguir preguntando. A menos que... Una hipótesis empezó a cobrar forma en su cabeza. Una hipótesis poco probable, pero valía la pena intentarlo.

—¡No tengo por qué contárselo! —protestó Cotchin—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Conteste a la pregunta.

La voz de Gibbs amenazaba con desagradables consecuencias.

—Ben bebía mucho, ¿de acuerdo? Y no quería trabajar.

—Esta casa es muy grande. —Charlie miró a su alrededor—. Y la tele y el reproductor de DVD son muy caros. ¿Cómo puede permitirse Ben todo esto si no trabaja?

—Es una herencia. —La voz de Cotchin sonó llena de amargura—. Ben nunca ha trabajado un solo día en toda su vida y nunca lo hará.

—Antes dijo que atravesaban el primero de muchos malos momentos...

—En enero de 2003 se acostó con otra mujer mientras yo estaba de visita en casa de mi hermano. Cuando volví, esa mujer se había ido, pero encontré a Ben profundamente dormido (o más bien inconsciente) en la cama; había un condón usado y un pendiente de esa mujer. Había bebido tanto que perdió el conocimiento y no se despertó a tiempo para deshacerse de las pruebas antes de que yo volviera.

Charlie pensó que ella no le había perdonado. Si lo hubiera hecho, habría dicho: «Me fue infiel, pero solo fue cosa de una noche. No significó nada».

Gibbs repasó sus notas.

—Así pues, usted y Naomi Jenkins estaban en su casa la noche e miércoles 29 de marzo y el jueves 30 hasta que ella se fue para unirse con Haworth en el Traveltel.

—Así es.

Yvon Cotchin parecía aliviada. Prefería hablar del intento de asesinato de Robert Haworth que de su vida amorosa.

—¿Es posible que Naomi saliera de su casa el miércoles por la noche o el jueves sin que usted se percatara?

—Supongo que podría haberlo hecho en plena noche, mientras yo estaba durmiendo. Pero no lo hizo. Ella también estaba durmiendo. El jueves no. Mi despacho y mi habitación están en el sótano de su casa. Estaban —se corrigió Cotchin—. Usted lo vio —dijo, dirigiéndose a Gibbs—. Mi mesa está frente a la ventana, desde donde se ve perfectamente el camino de entrada. Si Naomi hubiera salido de casa el jueves, la habría visto.

—¿No se levantó en ningún momento de la mesa? ¿Para prepararse un sándwich o para ir al baño?

—Bueno..., sí, claro, pero...

—¿Puede ver la calle desde la ventana del sótano? —preguntó Charlie.

—Sí —repuso Cotchin, con un atisbo de impaciencia en la voz—. Pregúnteselo a él; estuvo en la casa —dijo, señalando a Gibbs con la cabeza—. Si miras hacia arriba se puede ver el camino de entrada y la calle. Si Naomi hubiese salido me habría dado cuenta. Y no salió.

—Pero ella no puede decir lo mismo de usted, ¿verdad? —dijo Gibbs—. Si estaba en el cobertizo donde trabaja, significa que estaba al otro lado de la casa. Ella no la habría visto si usted hubiese salido, ¿verdad?

Cotchin se volvió hacia Charlie con una súplica en sus ojos.

—¿Por qué querría yo atacar a Robert? No lo conozco.

—No tiene buen concepto de él —dijo Charlie—. Aunque solo de forma temporal, su matrimonio fue destruido por la infidelidad. —Cotchin se sonrojó al escuchar aquel mordaz comentario—. Robert Haworth estuvo engañando a su mujer con su mejor amiga durante un año. Seguro que no lo aprobaba.

—Naomi me ofreció un sitio donde vivir cuando Ben y yo rompimos definitivamente —dijo Cotchin, enfadada—. No podía abandonarla solo porque ella hacía algo con lo que yo no estaba acuerdo —dijo, lanzando un suspiro—. En cualquier caso, a medida que iba pasando el tiempo, no se lo recriminaba tanto.

—¿Por qué?

—Naomi adoraba a Robert. Era muy feliz. No sé cómo describirlo. Era como si brillara por dentro. Y decía que él sentía lo mismo. Me dije que tal vez era

algo auténtico, que estaban destinados a estar juntos. Yo creo en esas cosas, ¿sabe? —dijo, a la defensiva—. Me di cuenta de que no tenía nada que ver con la situación que yo había vivido con Ben. La infidelidad de Ben no se debía a que no me amara o a que amara a alguien más que a mí. Yo soy la mujer con la que él siempre ha querido estar, solo que era demasiado estúpido e indulgente consigo mismo para tratarme como me merecía. Sin embargo, ahora ha cambiado. Ha dejado el alcohol casi por completo.

«Y toma drogas», pensó Charlie, echando un vistazo a toda la parafernalia que había en el alféizar de la ventana.

—Si Robert amaba a Naomi, ¿por qué no dejó a su mujer para estar con ella?

—Buena pregunta. Creo que le estaba tomando el pelo, aunque ella lo negara. Decía que no podía dejar a Juliet, como si fuera una mujer desvalida, pero siempre pensé que eso era una estupidez. Si era tan infeliz con ella como le dijo a Naomi, la habría dejado. Los hombres no están con alguien por obligación, no si encuentran algo mejor. Solo las mujeres son lo bastante estúpidas para hacer eso. Y cuando el lunes Naomi fue a casa de Robert para buscarle, conoció a Juliet y se dio cuenta de que ella no era como Robert pretendía.

La puerta del salón se abrió y apareció un hombre que Charlie supuso que sería Ben Cotchin, vestido tan solo con unos calzoncillos largos de color rojo y azul marino. Era alto y delgado; estaba sin afeitarse y llevaba el pelo largo, de color negro, recogido en una cola de caballo. Exactamente igual que el pelo de Yvon, pensó Charlie: el mismo color y el mismo estilo.

—¿Alguien quiere una taza de té? —preguntó.

—No, gracias —dijo Charlie, respondiendo por ella, Gibbs e Yvon.

Si había que preparar un té, Ben tendría que volver y servirlo. Eso sería una pérdida de tiempo. Aquella mañana, Charlie se había levantado abrumada pensando en todo lo que tenía que hacer antes de que pudiera meterse de nuevo en la cama.

—Robert y Naomi solo tenían un tema de conversación —dijo Yvon una vez que su marido hubo abandonado el salón—. Lo mucho que se amaban y lo injusto y triste que era el hecho de que no pudieran estar juntos. Crearon un mundo paralelo que solo existía durante tres horas a la semana dentro de una habitación. ¿Por qué Robert nunca se la llevó a pasar un fin de semana? Decía que no podía dejar tanto tiempo sola a Juliet...

—¿Y cuál cree usted que era el motivo? —preguntó Charlie.

—Robert es un obseso del control. Quería tener a Juliet y a Naomi, y quería meter a Naomi en una urna con un horario muy concreto: los jueves, de cuatro a siete. Pero ella no es capaz de darse cuenta. Y es muy frustrante. Es como si supiera cosas de él que parece ignorar, si es que eso tiene sentido. A ver, por lo que ella me ha contado, solo sé que él es un obseso del control. Sin

embargo, yo soy capaz de ver las cosas tal y como son, mientras que ella no.

—¿Qué clase de cosas?

La forma en que Yvon puso los ojos en blanco daba a entender que tenía mucho donde elegir.

—Cuando se ven, él siempre lleva una botella de vino. En una ocasión tiró la botella cuando se estaba metiendo en la cama. Estaba prácticamente llena y casi todo el vino se derramó sobre la alfombra. Naomi me dijo que ella quiso salir a comprar otra botella, pero él no se lo permitió. Cuando se lo dijo, se mostró muy ofendido.

—Bueno, si solo disponían de tres horas... —empezó Charlie, pero Yvon negó con la cabeza.

—No, no se trataba de eso. Él se lo explicó a Naomi. Se ofendió porque ella dio por sentado que cuando tiras una botella de vino simplemente hay que comprar otra. Para él, fue su torpeza lo que había hecho que se derramara el vino, de modo que, como castigo, pensó que tenía que aguantarse. No lo llamó un castigo, pero se refería a eso. Naomi dijo que él se sentía mal por haber volcado la botella y que no quería perdonárselo. Lo llamó «vandalismo accidental». Siempre le salía con toda clase de tonterías; era incapaz de soportarlo, como si no pudiera ocurrir algo inesperado. Creo que está un poco chiflado. Es un neurótico. —Yvon se volvió hacia Gibbs—. ¿Cuándo voy a recuperar mi ordenador?

—Ya lo devolvimos —dijo él—. Está en casa de Naomi Jenkins.

—Pero... ahora vivo aquí. Lo necesito para trabajar.

—No soy un empleado de una empresa de mudanzas. Lo tendrá que ir a buscar usted.

Charlie decidió que había llegado el momento de plantear su teoría.

—Yvon, ¿es posible que sea usted la que fuera violada hace tres años? ¿Fue ese el motivo de que estuviera nerviosa y de que su matrimonio se viniera abajo? ¿Fue Naomi quien escribió a esa página web en su nombre y firmó con sus iniciales para preservar su anonimato?

La idea tardó unos momentos en hacer mella. Yvon parecía estar tratando de compilar información en su cabeza, como si fuera un aparato difícil de manejar. Una vez que lo hubo conseguido, pareció horrorizada.

—No —dijo—. Por supuesto que no. ¡Lo que ha dicho es horrible! ¿Cómo puede desearme algo así?

Charlie no era muy paciente con el chantaje emocional.

—Muy bien —dijo, poniéndose en pie—. Esto es todo por ahora, Pero es

probable que queramos hablar de nuevo con usted. No piensa irse a ninguna parte, ¿verdad?

—Puede que sí —repuso Yvon, como si fuera un niño al que hubieran pillado desprevenido.

—¿Adónde?

—A Escocia. Ben me dijo que necesitaba tomarme un respiro, y tiene razón.

—¿Él irá con usted?

—Sí, como amigo. No sé por qué está tan interesada en Ben y en mí.

—Soy muy curiosa —dijo Charlie.

—Nosotros no tenemos nada que ver con esto.

—Necesitamos una dirección.

Yvon rebuscó en su bolso, que estaba junto al sofá, entre el montón de tazas y periódicos. Unos instantes después le dio a Charlie una tarjeta que ella reconoció.

—¿Chalets Silver Brae? —La voz de Charlie sonó firme—. ¿Van a ir allí? ¿Y por qué ese sitio?

—Me hacen un buen descuento, por si quiere saberlo. Diseñé su página web.

—¿Y cómo fue eso?

Yvon parecía perpleja por el interés de Charlie.

—Graham, el dueño, es amigo de mi padre. Papá fue profesor suyo en la universidad.

—¿Qué universidad?

—En Oxford. Graham fue quien sacó las mejores notas en Lenguas Clásicas de ese curso. Mi padre sufrió una decepción al ver que no acabó siendo catedrático. ¿Por qué quiere saber todo esto?

Era una pregunta que Charlie debía evitar. Graham, un catedrático de Lenguas Clásicas. Se había burlado de ella por mencionar un libro que había leído: *Rebeca*, de Daphne Du Maurier. «Qué culta, jefa». Seguramente debía sentirse avergonzado de su inteligencia. Qué modesto. Basta ya, se dijo Charlie. «No sientes ningún cariño por él. Solo te gustó para pasar un rato. Eso es todo».

—¿Estuvo alguna vez Naomi en los chalets de Silver Brae? —Preguntó Charlie—. Tenía una tarjeta.

Yvon negó con la cabeza.

—Intenté convencerla para que fuera, pero..., después de conocer a Robert no quería ir a ningún sitio. Creo que pensaba que si no podía ir con él prefería no hacerlo.

Charlie pensaba a toda velocidad. De modo que esa era la razón por la que Naomi tenía esa tarjeta. Graham conocía a Yvon y ahora a Charlie no le quedaba otra opción que llamarle. Al margen de lo que dijera Yvon, *puede* que Naomi y Robert sí hubieran estado en los chalets Silver Brae.

—¿Por qué te importan esa Miss Cigarrillos Mentolados y el hippie de su marido? —le soltó Gibbs a Charlie cuando ya estaban en el coche—. ¡Es un soplapollas arrogante! Estábamos ahí, contemplando la colección de pipas que había en el alféizar de la ventana, ¡y a él le importaba un carajo!

—Me interesan las relaciones de los demás —le dijo Charlie.

—Salvo la mía. La del viejo y aburrido Chris Gibbs y su aburrida novia.

Charlie se masajeó las sienes con las palmas de las manos.

—Gibbs, si no quieres casarte, no lo hagas, por el amor de Dios. Dile a Debbie que has cambiado de opinión.

Gibbs se quedó mirando fijamente la calle.

—Apuesto que a todos os gustaría que hiciera eso, ¿verdad? —dijo él.

—No lo sé —dijo Prue Kelvey. Estaba sentada sobre sus manos, mirando una fotografía ampliada de Robert Haworth. Sam Kombothekra pensó que estaba disimulando muy bien su decepción—. Cuando me la mostró, me quedé sorprendida... Esta no es la cara que he visto en mi imaginación desde que ocurrió... Pero la memoria y..., los sentimientos distorsionan las cosas, ¿verdad? Y este hombre se parece al que veo en mi imaginación. Podría ser él. Solo que..., no puedo decir que lo reconozca. —Hizo una larga Pausa. Luego preguntó—: ¿Quién es?

—No puedo decírselo. Lo siento.

Kelvey lo aceptó sin discutir. Sam decidió no decirle que el perfil de su ADN que habían conseguido de las muestras de su violación estaba siendo comparado con el de un hombre de Culver Valley a quien se acusaba de un delito similar. Tenía la sensación de que, en realidad, Prue Kelvey no quería que él le contara nada; aún se estaba recuperando de la conmoción que había sufrido al encontrarse a Sam frente a su puerta. Se dijo que seguramente pasarían varios días antes de que ella se pusiera en contacto con él para pedir más información.

Ella siempre había confiado poco en sí misma; dudaba de todo cuanto decía, salvo de lo que era inequívoco. Sam esperaba tener más suerte con Sandy

Freeguard. Cuando se levantó para irse, Prue Kelvey se hundió, aliviada, y Sam se sintió mal al pensar que, aparte del rostro de su violador, el suyo debía de ser el que ella relacionaba más estrechamente con aquella horrible experiencia.

El trayecto entre el domicilio de Kelvey y el de Freeguard duró alrededor de una hora. Aquella no era la primera vez que Sam lo recorría. No le importaba tomar la M62, a menos que estuviera colapsada. La parte que sí odiaba era el trecho que había entre Shipley y Bradford, lleno de mugrientos y medio derruidos pisos de protección oficial y el luminoso aunque igualmente deprimente centro comercial, con sus inmensos aparcamientos y cadenas de restaurantes. Edificios enormes, grises, excesivos. ¿Acaso podía existir una arquitectura menos imaginativa?

Afortunadamente, las carreteras estaban desiertas, y Sam estaba frente a la casa de Sandy Freeguard cuarenta y cinco minutos después de haber salido de Otley. Freeguard era, en muchos sentidos, el polo opuesto de Prue Kelvey. Desde el principio lo había hecho sentirse cómodo y él dejó de preocuparse en seguida por qué podía decirle. Cuando se presentaba sin avisar, siempre le sonreía, no paraba de bromear y apenas le dejaba meter baza. Si por un momento él perdía la concentración, era difícil recuperarla. Sandy sacaba a colación docenas de temas por minuto. A Sam le caía bien y sospechaba que su verborrea era una estrategia deliberada para que él se sintiera menos tenso. ¿Se imaginaría lo difícil que le resultaba enfrentarse a mujeres que, como ella, habían vivido un infierno a manos de un hombre? Aquello le hacía sentirse culpable y ser aprensivo. Ningún hombre de los que conocía era así; la idea de conocer a alguno que hiciera lo que les habían hecho a Prue Kelvey y Sandy Freeguard le ponía enfermo.

—... pero, evidentemente, podía ser que Peter y Sue fueran quienes estuvieran en un error, y esa fue la razón por la que Kavitha pensó que yo me enfadaría.

Sam no tenía ni idea de qué estaba hablando. Peter, Sue y Kavitha eran sus colegas. Sandy Freeguard se tuteaba con todo su equipo. Ella les había dado esperanzas, aun cuando todo hacía pensar que no iban a detener al hombre que la había atacado. Ella no se rindió. En vez de eso, fundó un grupo local de apoyo a las víctimas, hizo un curso de consejera y trabajó como voluntaria para varias asociaciones. La última vez que Sam la había visto le comentó la posibilidad de escribir un libro.

—¿Por qué no? —le había dicho, sonriendo con pesar—. Después de todo, soy escritora, y este es un tema que no me afecta solo a mí. Al principio pensé que quizás sería como sacarle provecho a la experiencia que viví, pero..., ¡a la mierda!, porque la única persona de la que me aprovecharía sería de mí misma, de modo que, si a mí no me importa, ¿por qué debería importarle a alguien?

Sam interrumpió su parloteo.

—Tengo una fotografía que quiero enseñarle, Sandy —dijo—. Pensamos que podría ser él.

Ella dejó de hablar y se quedó con la boca abierta.

—Bien —dijo—. ¿Quiere decir que puede que lo tengan?

Sam asintió con la cabeza.

—Adelante, enséñeme esa foto, entonces —dijo ella.

Sandy empezó a observar su traje y a mirar sus manos para ver si sostenía algo. Si no sacaba de inmediato la fotografía, sería capaz de cachearle.

Sam sacó la fotografía del bolsillo de su pantalón y se la tendió. Ella le echó un rápido vistazo y luego observó a Sam con curiosidad.

—¿Se trata de una broma? —preguntó.

—Por supuesto que no. ¿No es él?

—No. No lo es, sin duda.

—Lo siento...

Sam se sintió invadido por la culpabilidad y se quedó bloqueado. Debería haberle dicho que no albergara esperanzas. No debería haber sacado la foto tan deprisa, por mucho que Sandy lo deseara. Quizás ella no era tan fuerte como parecía, quizás eso la haría...

—Sam, conozco a este hombre.

—¿Qué? —Sam se levantó, estupefacto—. Pero usted dijo que...

—Dije que este no es el hombre que me violó. —Sandy Freeguard se echó a reír al ver su expresión de asombro—. Este es Robert Haworth. ¿Qué diablos le hizo pensar que se trataba de ese hombre?

Viernes, 7 de abril

Te estoy agarrando de la mano. Es difícil explicar la intensidad de esta sensación a alguien que no la haya experimentado. Mi cuerpo arde y crepita mientras tú calcinas la oscuridad que había dentro de mí con un violento calor. Algo se ha encendido al notar tu contacto y me siento como me sentí el primer día en el área de servicio: ardiente y segura. Me había arrastrado hasta acercarme al precipicio. Me estaba marchitando y ahora, justo a tiempo, me he vuelto a conectar a mi fuente de vida. Y tú, ¿sientes lo mismo? No me molestaré en preguntárselo a las enfermeras. Me hablarían de probabilidades y estadísticas. Me dirían: «Los análisis señalan que...».

Sé que sabes que estoy aquí. No tienes que moverte ni decir nada; puedo sentir la energía del reconocimiento que fluye desde tu mano hasta la mía.

La inspectora Zailer está de pie en un rincón de la habitación, vigilándonos. Mientras nos dirigíamos hacia aquí me advirtió que ver el aspecto que tienes podría angustiarme, pero se dio cuenta de lo equivocada que estaba cuando llegamos y fui corriendo hasta tu cama, tan ansiosa por tocarte como siempre. Te estoy viendo a ti, Robert, y no a las vendas y los tubos. Solo a ti y a la pantalla que da fe de que tu corazón sigue latiendo, que estás vivo. No necesito que ningún médico me diga que tu corazón late firme y seguro.

Han ajustado la cama, levantando la parte de arriba para que puedas apoyar la espalda. Pareces estar cómodo, como si te hubieras quedado dormido en una tumbona con un libro sobre el regazo. Pacíficamente.

—Esta es la primera vez —le digo a la inspectora Zailer—. Es la primera y la única vez que ha logrado escapar en toda su vida. Es por eso por lo que aún no está listo para despertar.

Parece escéptica.

—Recuerde que no tenemos todo el día —dice. Te aprieto la mano.

—¿Robert? —empiezo, indecisa—. Todo va a salir bien. Te quiero.

Estoy decidida a hablarte exactamente igual que lo haría si estuviéramos solos; no quiero que notes ninguna diferencia en mi actitud y te sientas desorientado y asustado. Sigo siendo yo, y tú sigues siendo tú; la extraña situación que vivimos no nos ha cambiado en nada, ¿verdad, Robert? Debemos pensar que la inspectora Zailer es parte del mobiliario, como la pequeña televisión que hay colgada en la pared, frente a tu cama, la silla verde con brazos de madera en la que estoy sentada o la mesita de plástico de esquinas redondeadas en la que hay una jarra con agua y un vaso.

A los de este hospital les gustan las esquinas redondeadas. No hay ángulos rectos entre el suelo y las paredes, sino que ambos están unidos por un sello curvado de caucho gris que recorre toda la habitación. Al verlo pienso en los peligros que debe haber ahí fuera, lejos de ti.

Detrás de la cama, en la pared, hay un enorme botón rojo para emergencias. El hecho de que tenga queirme pronto es una emergencia.

—Esto es un poco ridículo —digo, acariciándote el brazo—. Han dejado agua y un vaso en la mesa, pero ¿cómo se supone que te la vas a beber? En este hospital hay alguien con un extraño sentido del humor.

Mi tono de voz es ligero y frívolo. Siempre he sido yo la que estaba de buen humor por los dos. No pienso sentarme a tu lado y retorcer las manos mientras sollozo. Ya has sufrido bastante y no quiero empeorar las cosas.

—En realidad, quizás sea una especie de soborno —digo—. Igual que la tele de la pared. ¿Acaso vienen los médicos y te dicen que si te despiertas pronto podrás ver *Cash in the Attic* y tomarte un vaso de agua? Como incentivo no es gran cosa, ¿verdad? En vez de eso deberían llenar esa jarra con champán.

Si pudieras sonreír, lo harías. En una ocasión me dijiste que te encanta el champán, aunque solo lo tomas en el restaurante. Me sentí dolida y pensé que fuiste poco diplomático al decir eso, teniendo en cuenta que nunca hemos ido juntos a un restaurante, y en aquel momento pensé que nunca lo haríamos. Te imaginé a ti y a Juliet en el Bay Tree —el sitio donde fuiste a recoger mi *magret de canard aux poires*—, felices al poder hablar sin parar con el chef cuando salió de la cocina, porque sabíais que tendríais mucho tiempo para hablar más tarde..., el resto de la vida. Aún puedo ver esa imagen en mi cabeza, y me duele el corazón.

—No pensé que tendrías una habitación para ti solo —digo—. Es bonita. Todo está muy limpio. ¿Vienen a limpiar todos los días?

Hago una pausa antes de seguir hablando. Quiero que sepas lo mucho que deseo que me contestes.

—Y tienes unas vistas magníficas. Un pequeño patio cuadrado, con un pavimento irregular. Tiene bancos en tres lados y un jardín clásico de estilo Tudor en el centro. —Miro a la inspectora Zailer—. ¿Se llama jardín clásico de estilo Tudor?

Ella se encoge de hombros.

—No soy la persona adecuada para que le pregunten sobre jardines. No me gustan. Nunca he tenido ninguno ni quiero tenerlo. Sí, se llama jardín clásico de estilo Tudor. En uno de los lados del patio hay una hilera de arbustos; si vuelves la cabeza hacia la derecha y abres los ojos podrás verlos.

El móvil de la inspectora Zailer empieza a sonar. El ruido me sobresalta y te suelto la mano. Espero que se disculpe y apague el teléfono, pero contesta a

la llamada. Dice «Sí» varias veces y luego «¿De veras?». Me pregunto si la llamada tendrá algo que ver contigo o con Juliet.

—¿Sabes lo que te ha ocurrido? —susurro, acercándome un poco más—. Yo no lo sé con exactitud, pero la policía cree que Juliet te atacó. Creo que eso fue lo que ocurrió. Estuviste a punto de morir pero gracias a mí te encontraron a tiempo. Te sometieron a una operación...

Llaman a la puerta. Me vuelvo y veo a la enfermera que nos hizo pasar, una mujer joven y rolliza de pelo rubio recogido en una corta cola de caballo. Temo que me diga que tengo que irme pero está mirando a la inspectora Zailer.

—Ya se lo dije antes: nada de teléfonos móviles; provocan interferencias en los aparatos. Apáguelo.

—Disculpe.

La inspectora Zailer mete el móvil en el bolso. Una vez que se ha ido la enfermera, me dice:

—Esta historia de los aparatos es una gilipollez. Los médicos hablan constantemente por el móvil. ¡Qué mujer más estúpida!

—Solo está haciendo su trabajo —digo—. Como en la mayoría de los casos, hay que aplicar aleatoriamente reglas que carecen de sentido. Teniendo en cuenta su profesión, debería entenderlo.

—Dos minutos más y nos vamos —me advierte—. Tengo cosas que hacer.

Le vuelvo la espalda para estar de nuevo contigo.

—No creo que te importe estar aquí, ¿verdad? Hay mucha gente que odia los hospitales, pero no creo que sea tu caso. Nunca hemos hablado de ello, pero apuesto a que si lo hubiéramos hecho habrías dicho que te gustan, por la misma razón que te gustan las áreas de servicio.

—¿Le gustan las áreas de servicio? —me interrumpe la voz de la inspectora Zailer—. Lo siento, pero... era algo que nunca había oído. Todo el mundo odia las áreas de servicio.

Yo nunca las he odiado, y desde que nos conocimos me encantan. No solo la de Rawndesley East..., todas las áreas de servicio de las autopistas. Tienes razón: son un mundo totalmente aparte, sitios que podrían estar en cualquier lugar y en ninguno, libres de lo que en una ocasión llamaste la tiranía de la geografía «Todas son como un mundo que existe al margen del espacio y el tiempo real —dijiste—. Me gustan porque tengo una imaginación hiperactiva».

—¿Todos los camioneros piensan lo mismo acerca de ellas? —te pregunté, en broma—. ¿Se trata de algo vocacional?

Me respondiste como si lo hubiese preguntado muy en serio:

—No lo sé. Podría ser.

Ahora, cada vez que me cruzo con un cartel que dice «Área de servicio» o «Área de descanso» y veo el dibujito de una cama en blanco sobre fondo azul, pienso en nosotros y en la habitación once.

—Estuve allí anoche —te digo—. En nuestra habitación. Pensé que... no podría soportar perderme una noche.

—¿Estuvo anoche en el Traveltel? —me interrumpe de nuevo la inspectora Zailer.

Asiento con la cabeza.

—Pero esta mañana la recogí en su casa.

—Salí del Traveltel a las cinco y media, y a las seis estaba en casa —le digo—. Me está costando dormir. Puedo hacer eso, ¿no?

—Si es lo que realmente le apetece...

Su móvil vuelve a sonar. Esta vez no te suelto la mano.

—Sí —dice—. ¿Qué? —Me mira de forma extraña—. Sí. Luego te llamo.

—¿Qué ocurre? —pregunto, sin que me importe pasarme de la raya.

—Espere aquí —me dice—. Vuelvo enseguida.

Una vez que se ha ido, me dirijo hasta la mesa y me sirvo un vaso de agua.

—No puede dejarnos solos —digo—. Me lo dijo mientras veníamos hacia aquí. Pero lo ha hecho, lo cual es estupendo. Significa que confía en mí más que al principio. Quizás al vernos juntos se ha dado cuenta de que... —Respiro profundamente—. Juliet intentó matarte, Robert. Puedes divorciarte de ella y luego podemos casarnos. ¿Seguiremos yendo al Traveltel después de casarnos? No me sorprendería que tú...

Dejo de hablar. Se me sube el corazón a la garganta. Pestaño para comprobar que no me lo estoy imaginando. Tus párpados y tus labios se están moviendo. Y tienes los ojos abiertos. Tiro el agua, corro hacia ti y te cojo de la mano.

—¿Robert?

—Naomi.

Es más una exhalación que una palabra pronunciada en voz alta.

—¡Oh, Dios! Robert. Yo...

Me da miedo hablar. Tus labios se mueven, como si intentaras decir algo más. Tu rostro se crispa.

—¿Te duele? —pregunto—. ¿Llamo a una enfermera?

—Vete. Déjame en paz —susurras.

Me quedo mirando fijamente las secas líneas blancas de tus labios y sacudo la cabeza. Es imposible. No puede ser. No sabes lo que estás diciendo.

—Soy yo, Robert. No soy Juliet.

—Sé quién eres. Déjame en paz.

Noto que algo se hunde dentro de mí. Esto no puede estar pasando. Tú me quieres. Sé que me quieres.

—Tú me quieres —digo, en voz alta—. Y yo te quiero.

Es algo que ya he sentido antes, una sensación de desgarrro, de que me arrebatan todo lo bueno que tengo en el mundo. Sé por experiencia que solo es cuestión de segundos que me eche a llorar y sienta que voy a la deriva: el último vínculo con la seguridad y la felicidad ha sido destruido y no hay nada a lo que agarrarse.

—Vete —dices.

—¿Por qué?

Estoy demasiado conmocionada y petrificada para llorar. Si estuvieras en tu sano juicio no habrías dicho lo que acabas de decir, pero sigo necesitando una explicación. ¿Qué más puedo hacer? Tengo ganas de golpearte el pecho con los puños y conseguir que vuelvas a ser el de siempre. Esta es mi peor pesadilla. Antes de que la policía te encontrara, cuando mi imaginación estaba llena de horribles y trágicos desenlaces, nunca pensé en algo así.

—Ya sabes por qué —dices, mirándome a los ojos.

Pero no lo sé. Estoy a punto de decírtelo, de suplicarte, cuando de pronto arqueas la espalda y lanzas un gemido. Pones los ojos en blanco y tu cuerpo empieza a convulsionarse, como si se estuviera produciendo un terremoto dentro de ti. Empiezas a soltar espuma blanca por la boca unos segundos antes de que me acuerde del timbre de emergencia. Lo pulso. Escucho un leve y repetido pitido procedente del pasillo.

—¿Naomi?

Oigo la voz de la inspectora Zailer detrás de mí. Se queda mirando mi dedo, pegado al timbre, y el vaso y el agua derramada en el suelo.

—¡Dios mío!

Me agarra por el brazo y me saca al pasillo.

—¿Qué coño ha pasado? —grita.

Me siento helada y sin vida, como una esponja metida en agua fría. Frenética, busco mentalmente una salida de emergencia, una forma de deshacer los últimos minutos de mi vida.

No me importa lo que hayas dicho. Moriría feliz si eso significa que vas a vivir.

Lo último que veo antes de que me saquen de Cuidados Intensivos es a tres enfermeras que entran precipitadamente en tu habitación.

—No le he dicho la verdad —le confieso a la inspectora Zailer—. Mentí. Lo siento.

Esta mañana me importaba un bledo lo que ella pensara. Pero ahora no tiene ni idea de cuánto la necesito, de cómo ha cambiado el equilibrio de poder. Mientras estaba segura de que me querías, yo era omnipotente.

Estamos cerca de Rawndesley. No quiero irme a casa sola, no puedo permitir que la inspectora Zailer me deje aquí. Tengo que seguir hablando con ella. Mientras conduce, ahuyento imágenes muy vívidas —como si fueran fotogramas— de lo que me ocurrió cuando me secuestraron: la cama con bellotas en los postes la mesa de madera. Aquel hombre. Tu amor por mí era una capa de seguridad que mantenía a raya todo eso y ahora se ha despegado. Mi alma está hecha añicos y al descubierto.

—¿Que mintió? —dice la inspectora Zailer.

Tengo la sensación de que podría ahogarme en su indiferencia.

—La historia de mi violación era cierta, por completo. Salvo que no fue Robert. No sé quién fue. Siento haberle mentido.

Yvon tenía razón. Todo es culpa mía; soy responsable de todo lo malo que ha ocurrido. Dije una mentira que mezcló lo mejor que me ha pasado en la vida con lo peor. Un sacrilegio. Vandalismo accidental, así lo llamaste tú. Y ahora me están castigando.

—Podría y debería acusarla de obstrucción a la justicia —dice la inspectora Zailer—. ¿Qué me dice del ataque de pánico que sufrió frente a la ventana de la casa de Robert, el lunes pasado, de aquello tan horrible que afirmaba haber visto pero que no podía recordar? ¿También fue una mentira?

Otra vivida imagen, como si abrieran un postigo, y veo otra vez tu salón. Estoy allí, mirando a través de la ventana. Respiro entrecortadamente y me agarro

al asiento y al salpicadero.

—Pare —consigo decir—. ¡Por favor!

Me peleo con la manija que me permitirá abrir la puerta, como si mi vida dependiera de ello, como alguien cuyo coche estuviera bajo el agua. Puedo ver ese salón, la vitrina. Lo enfoco mentalmente, lanzándome hacia él. Tengo que salir.

La inspectora Zailer se detiene junto al bordillo. Abro la puerta del coche y me desabrocho el cinturón de seguridad.

—Ponga la cabeza entre las rodillas —dice.

Me siento mejor sin el cinturón. La presión que noto en el pecho cede poco a poco y aspiro todo el aire que puedo. El sudor me resbala de la frente hasta las manos.

—¿Dónde lo encontraron? —pregunto, jadeando—. A Robert. ¿En el salón? ¡Dígamelo!

—Estaba en el dormitorio, tumbado en la cama —dice la inspectora Zailer—. No encontramos nada en el salón.

Lo que vi —algo inconcebible— estaba en la vitrina. Ahora lo sé, pero me da miedo contárselo a la inspectora Zailer. Es algo muy concreto que podría animarla a que fuéramos allí, y no puedo. Preferiría tomarme un veneno que volver a mirar de nuevo a través de esa ventana.

—¿Cuál es su nombre? —pregunto, una vez he conseguido recuperar el aliento.

Frunce el ceño, como si le hubiera irritado que se lo preguntara.

—Charlotte —dice—. ¿Por qué?

—¿Puedo llamarla Charlotte?

—No. Odio ese nombre, hace que parezca una tía de la época victoriana. Soy Charlie, y no, no puede llamarme así.

—Vuelva a llamar al hospital. Por favor.

—Robert sigue con vida. En caso contrario, me habrían llamado.

Me siento demasiado débil para discutir.

—Sea lo que sea lo que haya dicho y hecho mal, tiene que entenderlo... Estoy luchando por mi vida —digo—. Así es como me siento.

—Naomi, ¿recuerda que salí de la habitación de Robert para hacer una

llamada? —me dice amablemente la inspectora Zailer.

Asiento con la cabeza.

—Hoy, el subinspector Kombothekra, del DIC de West Yorkshire, les ha enseñado una fotografía de Robert a Prue Kelvey y Sandy Freeguard. A eso se debía la llamada.

De entrada no soy capaz de ubicar los nombres. Luego lo recuerdo. Cierro los ojos, aliviada. Ni siquiera me acordaba de que estaba esperando esa información.

—Estupendo —digo—. Así pues, ya no sospecha que Robert sea un violador en serie.

Eso tan estúpido y horrible que he hecho ha quedado aclarado y podemos olvidarnos de que ha pasado.

—Prue Kelvey dijo que no estaba segura.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Su identificación no fue positiva, pero dijo que se parecía, que podría haber sido él.

—Eso es ridículo. No puede acordarse. Probablemente pensó que era Robert porque fue un policía quien le enseñó la foto, ¡no quería arruinarlo todo diciendo que no era él!

—Estoy segura de que así es —dice la inspectora Zailer—. No es su repuesta lo que me interesa. En su caso, tenemos un perfil de ADN para compararlo con el de Robert, así que, si él no lo hizo, eso lo probará de inmediato...

—¿Qué quiere decir con si no lo hizo? Usted sabe que me inventé esa historia, ¿verdad? Lo de que fue Robert.

Asiento con la cabeza.

—Eso creo. Pero cuando alguien miente con tanta facilidad como usted lo hace es difícil saber qué hay que creer. Después de todo este tiempo, ¿cree que reconocería usted la cara de su agresor?

—Sí.

—Está más segura de sí misma que Prue Kelvey. La respuesta que dio al ver la fotografía no fue demasiado útil. Me interesa más la respuesta de Sandy Freeguard. Dijo, sin duda alguna, que Robert Haworth no era el hombre que la había violado...

—¡Gracias a Dios que una de ellas tiene memoria!

—... pero también dijo que lo conocía. «Este es Robert Haworth», dijo.

Me da vueltas la cabeza. Una vez más, todo lo que me resulta familiar empieza a girar y a amoldarse a un nuevo y aleatorio patrón. Nada está donde yo creo que está ni es lo que creo que es.

—Explíquese —digo.

—Tres meses después de que fue violada conoció a Robert y empezaron a salir juntos.

—¿Dónde se conocieron? Eso es una estupidez. Ninguna mujer que hubiera pasado por lo que yo pasé habría encontrado un novio tan pronto.

—Pues Sandy Freeguard lo hizo. Se conocieron en el centro de Huddersfield. Ella chocó contra su coche.

—¿Se refiere a su camión?

Estoy decidida a contrarrestar cualquier hecho de inmediato. Debe de haber algún error. No conozco a ese subinspector Kombothekra, de modo que, ¿por qué tendría que fiarme de lo que dice?

—No, Robert conducía su coche, un Volvo. El accidente fue culpa de Freeguard, según dice ella, y estaba muy afectada. Al parecer, Robert fue muy comprensivo y acabaron tomándose un café. Así fue como empezó su relación.

—Pero... ¡no! ¡Son demasiadas coincidencias!

—Ni que lo diga —dice la inspectora Zailer sarcásticamente—. Yo tampoco lo entiendo. Usted y Sandy Freeguard fueron atacadas de la misma forma, probablemente por el mismo hombre, y ambas empezaron una relación con Robert Haworth. ¿Cómo es posible?

Su confusión me asusta más que la mía.

—¿Cuándo? —pregunto—. ¿Cuándo empezó a salir con Robert esa tal Sandy?

—En noviembre de 2004. Ella fue violada en agosto de ese mismo año.

He oído la palabra «violación» en muchas ocasiones a lo largo de la semana pasada. Ya no me asusta oírla. Ha perdido su poder.

—Yo conocí a Robert en marzo de 2005. ¿Cuándo rompieron?

Tengo un horrible presentimiento acerca de lo que va a decir la inspectora Zailer.

—¡Oh, Dios! No rompieron, ¿verdad?

—Sí, rompieron. Justo antes de la Navidad de 2004. ¿Pensaba que Robert se veía con usted y con ella al mismo tiempo?

—No. Solo que...

—¿Le importaría? Se veía con usted y con su mujer al mismo tiempo, ¿verdad? No creo que pensara que él le estaba siendo fiel.

—Es completamente distinto. Yo sabía de la existencia de Juliet. Claro que me habría importado saber que Robert me había estado mintiendo durante todo el tiempo que estuvimos juntos, ocultándome una novia secreta. —Respiro profundamente varias veces—. ¿Y por qué rompieron Robert y esa tal Sandy Freeguard? ¿Ella lo dijo?

—El subinspector Kombothekra le pidió que le contara detalles sobre la relación, incluida la ruptura. Al parecer, Robert era un novio modélico, muy atento y cariñoso, hasta que un día, cuando ella menos se lo esperaba, él le soltó que todo había terminado. Ella dijo que simplemente lo dejó. Se puso en plan sumiso y esposo fiel, le dijo que sentía que no estaba siendo justo con su mujer y eso fue todo. De modo que...

La inspectora Zailer se encoge de hombros.

—¿De modo que qué? —digo, irritada—. ¿Pretende decirme que él no es de fiar, que es de esa clase de personas que pueden ser cálidas y un minuto después ser todo frialdad? Ni hablar. Me ha querido durante un año. No es posible que se vuelva contra mí.

—Sandy Freeguard tampoco fue capaz de entenderlo —dice la inspectora Zailer pacientemente—. Naomi, hay un montón de hombres, sobre todo los casados, que declaran amor eterno de buenas a primeras hasta que no quieren saber nada de ti.

—Robert no es como la mayoría de los hombres, y sus motivos son otros. No lo entendería a menos que lo conociera.

La inspectora Zailer pone el motor en marcha.

—Cierre la puerta —dice—. Tengo que volver. No vamos a resolver esto quedándonos aquí sentadas. —Enciende un cigarrillo mientras conduce. Ojalá fumara yo también—. Sandy Freeguard y Robert nunca mantuvieron relaciones sexuales. Y deduzco que eso no es así en su caso y el de Robert.

—No. Manteníamos relaciones sexuales todos los jueves, durante tres horas. De todas formas, no me sorprende que ella no quisiera tenerlas si solo habían pasado tres meses.

—Ella sí quería. Fue Robert quien insistió en esperar; decía que posiblemente no estuviera preparada. Ella le contó lo que le había ocurrido.

Se me humedecen los ojos.

—Eso es muy propio de él —digo—. Es muy considerado.

—A Sandy Freeguard le pareció irritante. Quería que la trataran con normalidad, y él no paraba de decirle que se lo tomara con calma, que no quisiera correr demasiado. Dijo que él la desanimó cuando ella quiso fundar un grupo de apoyo y formarse como consejera y con respecto a todo lo positivo que deseaba hacer. Le dijo que no estaba preparada y que no sería capaz de soportarlo si asumía demasiadas responsabilidades.

—Probablemente tenía razón.

A pesar de que me hayas roto el corazón, te defiendo. Un día aclararemos el malentendido y retirarás lo que has dicho hoy. ¿Por qué estabas en Huddersfield, conduciendo tu coche en vez del camión? ¿Por qué no trabajaste ese día?

La inspectora Zailer está negando con la cabeza.

—Por lo que dice Sam Kombothekra, Freeguard es como una máquina. Se enfrenta a lo sucedido dando la cara y contando su experiencia, tratando de convertirla en algo positivo, para ella y para los demás. La define como una mujer muy inspiradora.

—Vale, pues mejor para ella —digo, sin entusiasmo.

No puedo evitarlo. ¿Cómo espera que reaccione al oír que he sido derrotada en el concurso de mujeres violadas?

—No quería decir eso. —Deja escapar un suspiro—. Sandy Freeguard le dijo a Kombothekra que no creyó el motivo que Robert le daba para terminar con la relación. Vamos a ver, si realmente le importaba tanto salvar su matrimonio no habría empezado una relación con usted tan solo unos meses después, ¿verdad? Me inclino por lo que dice Freeguard: no pudo enfrentarse al hecho de saber lo de la violación, de modo que al final la dejó. Eso también explicaría por qué no quería mantener relaciones sexuales.

—¡Eso que dice es terrible! Robert nunca se comportaría así.

—¿Está segura? Quizás le daba miedo que se comportara así y por eso no le contó lo que le había ocurrido.

—No se lo he contado a nadie.

—Y aun así Juliet sabe lo que le ocurrió. Si no fue Robert, ¿quién se lo dijo?

—Le está dando la vuelta a todo para que encaje...

—Eso intento —admite—. Pero da igual, por mucho que lo intente no puedo dejar de pensar en ello. Usted dijo que Robert no la violó y, en lo que a mí respecta, la creo. Pero no creo en las coincidencias.

—Yo tampoco —digo, tranquilamente.

Hace una mueca.

—Entonces, le guste o no, me guste o no, tenemos que afrontar los hechos. De alguna manera, Robert Haworth está relacionado con esas violaciones.

7/4/06

—¿Vuelve a estar inconsciente?

Sin razón alguna, Sellers se sintió ofendido, como si Robert Haworth lo hubiera hecho para fastidiarlos.

—Ha sufrido un ataque epiléptico y otra hemorragia debida a la conmoción cerebral. Y desde entonces ha tenido breves pero repetidos ataques epilépticos. No tiene buena pinta.

Gibbs se sacudió los hombros de la chaqueta y tomó un sorbo de su pinta. Él y Sellers estaban en The Brown Cow; no era el pub que estaba más cerca del trabajo, pero era el único de Spilling donde servían diversas clases de cerveza Timothy Taylor. Las paredes y el techo estaban cubiertos de paneles de madera oscura, y junto a la puerta de entrada había un salón para no fumadores, en cuya pared había un retrato enmarcado de la vaca parda que daba nombre al local. Ningún policía ni ningún inspector se arriesgaría a sentarse allí, ni siquiera los que no fumaban, por si alguien los veía. La inspectora, que sí fumaba, pensaba que no era justo que los no fumadores tuvieran en su sala el retrato de la vaca, el único cuadro que había en todo el pub. «Lo único que tenemos son las pizarras con el menú», solía quejarse a menudo. Un cartel, situado a la derecha de la barra, advertía a los clientes que, a partir del lunes, 17 de abril, se podría fumar en todo el pub.

—*Status epilepticus* —dijo Gibbs, con voz fuerte y áspera—. Maldita suerte la nuestra. ¿Qué me has pedido?

Tomó otro largo sorbo de su pinta y eructó.

—Pastel de carne con patatas fritas. Para Waterhouse no he pedido nada.

—Se tomará una pinta, pero no comerá nada. Tiene un estúpido complejo y no come delante de otra gente. No me digas que no te habías dado cuenta.

Cuando todo marchaba bien, Sellers y Gibbs solían comentar a veces las rarezas de Waterhouse, pero Sellers no quiso hacerlo al ver que Gibbs estaba de mal humor.

—Apuesto a que has pedido pollo con algo que le han metido por el culo, fruta o alguna mierda por el estilo.

—¿Dónde está la inspectora?

Sellers ignoró su despectivo tono de voz. De hecho, había pedido un

perfectamente respetable filete de abadejo con patatas fritas.

—En el hospital, repasando la jerga médica.

Todo cuanto decía Gibbs sonaba como una excelente forma de terminar una conversación. Sellers lo intentó de nuevo.

—Veo que han reclutado a más gente para hacer el trabajo sucio. ¿Cómo se las habrá arreglado Proust para conseguirlo?

—Es una pérdida de tiempo. La mitad están con lo de los teatros y la otra mitad rastreando páginas porno sobre violaciones en Internet, pero, por ahora, nada de nada. Esa zorra de Juliet Haworth sigue sin hablar y no podemos hacer nada al respecto.

—¿Qué quieres decir?

—Pues quiero decir que le ha machacado la cabeza a su marido con una piedra. Ese putón ha dejado muy claro que lo que digamos le trae sin cuidado. Ha llegado el momento de agarrar la porra.

—¿Ahora quieres empezar a atizar a mujeres? Eso quedará muy bien en tu historial.

—Si eso va a evitar que mujeres inocentes sean secuestradas en plena calle y violadas...

—¿Y qué tiene que ver Juliet Haworth con eso?

Gibbs se encogió de hombros.

—Ella sabe algo. Sabía lo que le había ocurrido a Naomi Jenkins, ¿verdad? Adivina lo que pienso. Haworth es nuestro violador, diga lo que diga Jenkins. Y la zorra de su mujer le echó una mano.

«¿Y por qué me miras como si fuera culpa mía?», se preguntó Sellers, como si con la edad se estuviera volviendo paranoico.

—He hablado con los responsables de SVIAS sobre Tanya, la de Cardiff —dijo Gibbs—. Tenían sus señas.

—Se suicidó. Una sobredosis.

—Mierda. ¿Cuándo?

—El año pasado. ¿Quieres más buenas noticias? «Habla y Sobrevive» fue un fracaso. No tienen nada. Los ordenadores son nuevos y tienen poco material archivado en papel. He conseguido algo, pero dudo que podamos hablar en breve con la superviviente número treinta y uno.

—*Mierda* .

—Sí, una verdadera mierda. Aun así, no te desanimes. —Gibbs fingió una asquerosa sonrisa—. Tú te irás pronto con Suki, ¿verdad? Sol, juerga y sexo. No querrás volver.

—Dímelo a mí —murmuró Sellers, ignorando el insidioso comentario.

Ya le preocupaba lo que tendría que hacer cuando terminaran sus vacaciones, cuando ya no podría pensar en ellas. A su entender, lo que hacía que el riesgo del adulterio y la infidelidad merecieran la pena era la perspectiva del sexo más que el sexo en sí mismo.

—Si Stacey descubre dónde estás, no tendrás la oportunidad de volver aunque quieras. Quizás podría invitar a Suki a mi boda. Stacey se llevaría una bonita sorpresa, ¿verdad?

Sellers tardó mucho en perder los estribos, pero Gibbs llevaba muchas horas dando la lata.

—¿Cuál es tu jodido problema? ¿Estás celoso? ¿Es eso? Tu luna de miel está a la vuelta de la esquina. ¿Adónde os vais? ¿A las Seychelles?

—A Túnez. Mi luna de miel. Claro..., una antigua tradición. Si te casaras, te irías de luna de miel.

—¿Cómo?

Sellers no pilló las implicaciones, en el caso de que las hubiera.

—Las tradiciones son importantes, ¿no? No querría perdérmelas —dijo Gibbs.

Las últimas palabras que dijo sonaron abruptas, exageradas. La espuma de la pinta cubrió su labio superior. Al escuchar la canción que había empezado a sonar en la máquina, Sellers fue consciente de que Chris Gibbs le caía cada vez peor.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó Sellers.

—¿Cambiado de opinión sobre qué? —intervino una voz detrás de ellos.

—¡Waterhouse! ¿Qué vas a...? Ah, ya tienes una.

Sellers estaba encantado de verle. Cualquier cosa a fin de evitar una conversación con Gibbs acerca de los sentimientos. ¿Acaso Gibbs era capaz de sentir algo?

—Lo siento, llego tarde —dijo Simón—. Ha habido algunas novedades. Acabo de hablar por teléfono con los forenses.

—¿Y?

—El quitamanchas en la alfombra de la escalera de casa de los Haworth.

Debajo había sangre... de Robert Haworth. —Sellers abrió la boca, pero Simón le contestó antes de que pudiera preguntar—. Las escaleras se ven desde la puerta principal, pero la habitación de matrimonio no. En cualquier caso, había demasiada sangre en el dormitorio. No habría tenido ningún sentido disimularla.

—¿Cuáles son las otras novedades? —preguntó Sellers.

—El camión de Robert Haworth. Había restos de semen por todo el suelo. Y no era suyo.

—Apuesto a que hay montones de camioneros que se hacen una paja en la parte trasera de su camión cuando se detienen en un área de servicio —dijo Gibbs.

—¿No era suyo? —preguntó Sellers—. ¿Seguro?

Simón asintió con la cabeza.

—Y eso no es todo. Las llaves del camión estaban en la casa y tenían las huellas dactilares de Juliet Haworth, además de las de su marido. Eso, en sí mismo, puede que no sea importante. Todas las llaves que hay en casa de los Haworth están en un cuenco de cerámica que hay en la mesa de la cocina, de modo que Juliet pudo haber tocado las del camión al dejar las de la casa, pero...

—La habitación larga y estrecha que mencionaron Kelvey y Freeguard... —dijo Sellers, pensando en voz alta—. El camión de Haworth.

—Eso también fue lo que pensé de entrada —dijo Simón—. Pero ¿dónde está el colchón? En el camión no estaba, y los forenses no hallaron nada en el que encontraron tumbado a Robert Haworth, solo el ADN de Haworth y Juliet.

—En su declaración, Naomi Jenkins mencionó que su colchón tenía una funda de plástico —le recordó Sellers.

—Pero Kelvey y Freeguard no —repuso Simón—. Llamé a Sam Kombothekra y le pedí que lo comprobara. En ninguno de los dos casos había funda de plástico; solo un colchón. Un colchón que seguramente conseguirían en algún vertedero. —Simón soltó aire muy despacio—. De todas formas tienes razón. Kelvey y Freeguard fueron violadas en el camión de Haworth. Uno de los lados no es metálico..., sino de una especie de lona. Básicamente es una cubierta, con cuerdas para poder atarla al suelo. Freeguard dijo algo sobre una pared de tela. Tiene que ser la del camión.

—Creo que Juliet Haworth es la impulsora de las violaciones. —Gibbs le soltó su teoría a Simón—. Tiene un cómplice, un hombre, el que se corrió en la parte trasera del camión de Haworth, pero ella es el cerebro que está detrás de todo. Ha estado utilizando el camión de su marido como escenario y vendiendo entradas para presenciar violaciones en vivo. Ha hecho el agosto. Y luego dice que no trabaja.

—Naomi Jenkins la desprecia por ser una mantenida —dijo Simón pensativamente—. Siempre lanza pullas sobre eso.

—Mantenida, ¡y una mierda! —bramó Gibbs—. Seguramente gana más dinero con su pequeño negocio que Haworth conduciendo su camión.

—No estoy seguro —dijo Sellers—. Solo tenemos noticia de cuatro casos: Jenkins, Kelvey, Freeguard y la superviviente número treinta y uno. Y solo dos de ellos ocurrieron en esa habitación larga y estrecha. Los otros tuvieron lugar en el teatro, donde sea que esté.

—¿Y por qué cambiar el teatro por el camión? —preguntó Simón.

—Puede que hubiera otros casos que no se denunciaron —dijo Gibbs—. Jenkins, Kelvey y Freeguard dijeron que el violador amenazó con matarlas. Y, seamos realistas, por si ese no fuera motivo suficiente para guardar silencio, muchas mujeres no querrían hacerlo público y ser consideradas como una mercancía defectuosa, que es como las verían un montón de hombres. O lo que sea.

—De acuerdo —dijo Sellers cansinamente—. Pero, en el caso de que tuvieras razón con respecto a Juliet y su cómplice, ¿lo sabía Robert? ¿Estaba metido en ello?

—Mi instinto me dice que no. Quizás lo descubrió y quizás por eso Juliet le atacó con una piedra —dijo Simón—. Sin embargo, hay algo más: cuando Charlie habló con Yvon Cotchin, dijo que Naomi Jenkins le había contado que Robert ya no trabajaba de noche. Al parecer, a Juliet no le gustaba que no estuviera en casa... En cualquier caso, esa fue la razón que él le dio a Jenkins...

—Pero piensas que quizás lo que a ella no le gustaba es que el camión no estuviera en casa, porque lo necesitaba para su negocio. —Sellers completó la hipótesis de Simón en su lugar—. Si estás en lo cierto, eso explicaría algunas cosas. Robert Haworth empezó a salir con Sandy Freeguard y Naomi Jenkins después de que ambas fueron violadas..., tres meses después en el caso de Freeguard y dos años en el de Jenkins. Puede que, de algún modo, Juliet le emparejara con ellas.

—Sí, claro —dijo Gibbs en tono sarcástico—. Y, ¿cómo se las arregló exactamente para conseguirlo?

—¿Cómo y por qué? —Simón se mordió la parte interior del labio, pensativo—. Y, aun cuando lo intentara, ¿estaría Haworth de acuerdo con ello? Ya me lo he preguntado y he decidido que es imposible. O al menos poco probable.

—Puedo deciros por qué —dijo Gibbs—. Ella es una perversa. Disfruta sexualmente sabiendo que su marido se está follando a esas mujeres que antes ya se ha follado el violador, sea quien sea.

—Pero entonces Haworth tendría que ingeniárselas para conocerlas y

empezar una relación con ellas... Es demasiado esfuerzo. ¿Y qué saca él? ¿O también es un perverso? ¿Y cómo sabía que esas mujeres querían liarse con él?

—Esa es la gracia que tiene para ambos —insistió Gibbs—. Ella organiza las violaciones y luego él se folla a las víctimas. Eso da un poco de chispa a su vida sexual. Esa es la razón por la que Robert Haworth no lleva a cabo personalmente las violaciones. Esas mujeres difícilmente saldrían con él si le identificaran como el hombre que las había violado, ¿no?

Sellers no lo veía claro.

—Kombothekra dijo que Sandy Freeguard nunca había tenido relaciones sexuales con Haworth. Ella quería, pero él no. Y Haworth se ha estado viendo durante un año con Naomi Jenkins. ¿Por qué tanto tiempo si lo único que él y su esposa querían era ponerse cachondos?

—¿Es posible que una pareja sufra a la vez el síndrome de Munchausen por poderes? —se preguntó Simón en voz alta. No lo creía, pero era una teoría. A veces los malos engatusaban a los buenos—. Si es así, puede que la idea sea que Juliet organiza las violaciones y luego aparece Robert para cuidar de esas mujeres, y las ayuda a recuperarse y a recobrar la confianza. Kombothekra dijo que Sandy Freeguard se quejaba de que Haworth quisiera protegerla. Él no quería que ella hiciera las cosas antes de tiempo. Quizás no quiso acostarse con ella por eso.

Simón frunció el ceño, consciente de que lo que iba a añadir no encajaba.

—Sin embargo, Naomi Jenkins ni siquiera le contó que había sido violada y, por lo que ella nos dijo, parece que la trató de forma muy distinta, como si no fuera una víctima. Se acostaron al cabo de dos horas de haberse conocido.

—Eso es una gilipollez —dijo Gibbs, bostezando—. Nunca he oído que una pareja sufra el síndrome de Munchausen por poderes, es algo que afecta a una sola persona. Y además, alguien que lo padeciera no hablaría de ello, ¿verdad? ¿Cómo podían saber que ambos lo padecían?

—Probablemente tengas razón —repuso Simón—. Aunque podría consultarlo con un experto.

—¡Un experto! —se burló Gibbs.

—Es la cosa más rara que haya visto jamás —dijo Sellers, frunciendo el ceño, concentrado—. Robert Haworth tiene que ser la conexión... Juliet conocía el *modus operandi* de las violaciones y dos de las víctimas resultaron ser novias de Haworth..., pero eso es todo, ¿no? Ambas se convirtieron en novias suyas. ¿Tiene sentido pensar que él es la conexión teniendo en cuenta que conoció a Freeguard y a Jenkins después de que fueron secuestradas y violadas?

Simón recorrió el borde de su pinta con el dedo.

—«La incertidumbre humana es lo único que hace que la razón sea fuerte. Hasta que tropezamos, nunca sabemos que cada palabra que decimos es un error».

—¿Qué coño has dicho? —espetó Gibbs.

—Juliet Haworth lo escribió para nosotros —dijo Sellers.

—Es de C.H. Sisson —dijo Simón—. Murió hace poco. El poema se titula «Incertidumbre».

—Estupendo. Venga, montemos un club de lectura —dijo Gibbs.

—¿Crees que tiene algún significado? —preguntó Sellers—. ¿Es posible que Juliet Haworth quiera decirnos algo?

—Alto y claro. —Gibbs parecía indignado—. Se está quedando con nosotros. Dame diez minutos a solas con ella...

—Ella quiere dar a entender que nos estamos equivocando en todo —dijo Simón, tratando de no parecer tan deprimido como en realidad se sentía—. Y que no nos daremos cuenta de *en qué medida* hasta que sea demasiado tarde.

¿O puede que ella misma se hubiera dado cuenta, demasiado tarde, de que se había equivocado con Robert y por eso intentó matarle? No, sin duda eso era ir demasiado lejos. Simón cambió de tema.

—¿Y qué hay de lo que hemos averiguado sobre ella? ¿Habéis encontrado algo sobre Juliet Haworth que nos pueda llevar hasta su cómplice, en el caso de que tenga uno?

—He conseguido una lista de sus viejos amigos y un par de contactos profesionales —dijo Sellers—. Sus padres nos han echado una mano.

Y se quedaron afligidos al enterarse de que su única hija había sido acusada de intento de asesinato. Contárselo no había sido algo precisamente agradable.

—¿Por profesionales te refieres a la venta de sus casitas de cerámica?

—Sí. Le iba bastante bien. Remmicks las vendió durante un tiempo.

—De modo que sabía cómo hacer negocios. —Gibbs parecía satisfecho de sí mismo—. Cuéntale lo más importante.

—Estaba a punto de hacerlo. —Sellers se volvió hacia Simón—. Hace muchos años que no ve a los amigos de esa lista. Básicamente solo se ha relacionado con su marido desde que en 2001 sufrió una crisis nerviosa a causa de un exceso de trabajo.

—No parece una mujer nerviosa —dijo Simón, acordándose de la actitud llena

de confianza de Juliet Haworth; diría que casi le parecía majestuosa—. Todo lo contrario. ¿Estás seguro de eso?

Sellers lo fulminó con la mirada.

—He hablado con la mujer que en aquella época era su médico —dijo—. Juliet Haworth no se levantó de la cama en seis meses. Al parecer, había trabajado como una posesa durante años sin tomarse un descanso o unas vacaciones. Acabó quemada..., eso es todo.

—¿Entonces ya estaba casada con Robert?

—No. Antes de la crisis vivía sola y luego volvió a casa de sus padres. Se casó con Robert en 2002. Esta mañana he hablado con sus padres largo y tendido. Norman y Joan Heslehurst. Ambos coinciden en que es imposible que Juliet atacara a Robert. Pero luego también han insistido en que ella quería hablar con ellos y que querían ir a visitarla, y nosotros sabemos que no es así.

—Están diciendo la verdad —dijo Gibbs—. Quieren sentirse útiles. Son sus padres, ¿no?

—Juliet y Robert Haworth se conocieron en un videoclub —continuó Sellers para poner al corriente a Simón—. En Sissinghurst, Kent. Un Blockbuster de Stammers Road, cerca de donde viven los Heslehurst. Fue una de las primeras salidas de Juliet después de la crisis. Se había olvidado el bolso y se puso muy nerviosa cuando, en el mostrador, se dio cuenta de ello. Robert Haworth estaba en la tienda haciendo cola, detrás de ella. Pagó su película y se aseguró de que volviera a casa. Sus padres lo consideraron como una especie de santo. Joan Heslehurst está tan preocupada por Robert como por Juliet. Dice que tienen que estarle agradecidos por haber conseguido que Juliet se recuperara. Al parecer, él se portó muy bien con ella.

A Simón no le gustó cómo sonaba todo aquello, aunque no sabía muy bien por qué. Parecía demasiado bonito. Tenía que pensar en ello.

—¿Qué hacía Haworth en un videoclub de Kent? ¿Dónde vivía entonces?

—Compró la casa de Spilling justo antes de casarse con Juliet —dijo Gibbs—. Quién sabe dónde viviría antes. Hasta ahora la información que tenemos de él es un maldito agujero negro.

—¿Fue algo concreto de su trabajo lo que le provocó la crisis a Juliet Haworth? —preguntó Simón—. ¿Algún cambio en su situación o sus circunstancias?

Gibbs se inclinó hacia delante para soltarle un gruñido a la camarera porque tardaban demasiado en servirles la comida.

—Las cosas le iban cada vez mejor —dijo Sellers—. Su madre dijo que al principio estaba bien, mientras aún estaba levantando el negocio, pero que se desmoronó cuando empezó a funcionar.

—No tiene sentido —dijo Gibbs.

—Sí lo tiene —repuso Simón—. Cuando las cosas empiezan a ir bien es cuando empieza realmente la presión. Hay que mantener el ritmo, ¿no?

—La madre de Juliet dijo que estaba agotada, que trabajaba día y noche y que dejó de salir. Estaba muy motivada. Siempre ha sido así.

—¿A qué te refieres? —preguntó Simón.

—Antes de la crisis, siempre fue muy ambiciosa. Fue delegada de curso, tanto en la escuela como en el instituto. Y también atleta... Participó en competiciones del condado y ganó un montón de trofeos. Estaba en el coro y le dieron una beca para estudiar música en el King's College de Cambridge, aunque la rechazó y estudió arte en la universidad...

—Aún sigue siendo muy ambiciosa —dijo Gibbs, con el rostro resplandeciente al ver que su pastel de carne salía de la cocina del pub—. Solo que ahora está metida en un negocio de secuestros y agresiones sexuales.

—¿Qué pensáis de su personalidad? —preguntó Simón. Se le hizo la boca agua al percibir el olor del pescado con patatas fritas de Sellers. Cuando volvieran se compraría un sándwich—. ¿Manipuladora? ¿Tortuosa? ¿Desafiante?

—No. Extrovertida, alegre y sociable. Aunque un poco obsesiva, según dijo su padre; cuando estaba estresada por el trabajo podía ser intratable y poco razonable. Me dijo que antes de la crisis tenía mucho carácter. La madre se cabreó, como puedes imaginarte; pensó que la información que su marido me había dado perjudicaba a Juliet. Hasta que el padre abrió el pico no les expliqué la delicada situación en la que se encontraba su hija. Lo más curioso es que ambos hablaban como si existieran dos Juliets como si se tratara de dos personas distintas.

—¿Antes y después de la crisis? —preguntó Simón—. Supongo que es posible.

—Su madre habló de la crisis..., de lo que pasó, ya sabes. —Sellers se frotó los ojos y disimuló un bostezo—. Una vez empezó a hablar, no pude pararla.

—¿Y qué dijo exactamente?

Simón ignoró el gruñido de desdén de Gibbs.

—Un día Juliet tenía que ir a cenar a casa de sus padres y no se presentó. La llamaron una y otra vez, y nada. De modo que fueron a su casa. Juliet no les abrió la puerta, pero según ellos estaba en casa: vieron su coche y escucharon música a todo volumen. Al final, su padre forzó una ventana. La encontraron en su taller; parecía que no hubiera comido, dormido ni se hubiera duchado desde hacía muchos días. Y tampoco habló con ellos, solo los miraba sin verlos, como si no estuvieran ahí, y siguió trabajando. Todo lo que dijo fue: «Tengo que terminar esto». Y lo dijo una y otra vez.

—¿Terminar qué? —preguntó Simón.

—Lo que fuera que estuviera haciendo. Su madre dijo que solía recibir muchos encargos y que a menudo los clientes tenían prisa..., regalos, aniversarios. Cuando lo hubo terminado, de madrugada, después de que sus padres se sentaron a mirarla durante toda la noche, le dijeron que iban a llevársela y ella no opuso resistencia. Según su madre, fue como si no le importara lo que hiciera.

Gibbs le dio un codazo a Sellers.

—Waterhouse empieza a sentir compasión por ella, ¿no es así?

—Continúa —le dijo Simón a Sellers—. Si es que hay algo más.

—En realidad no mucho. Sus padres le preguntaron para quien era el encargo en el que había estado trabajando hasta las tres de la madrugada; pensaron que si era algo urgente podrían entregarlo ellos. Pero Juliet no tenía ni idea. Todo ese frenético trabajo, diciendo que tenía que terminarlo, y ni siquiera era capaz de recordar para quién era.

—Estaba majara —resumió Gibbs.

—Sin embargo, después de esa noche no quiso saber nada de su trabajo, ni siquiera podía estar en una habitación en la que hubiera algo que fuera obra suya. Había hecho unas cuantas cosas para sus padres, y tuvieron que bajarlas al sótano para que ella no las viera. Y todas las que tenía en su casa también fueron a parar al sótano de sus padres. Y eso es todo... No ha vuelto a trabajar desde entonces.

—Sí lo ha hecho, solo que ha cambiado de profesión —dijo Gibbs—. Es una obsesa del trabajo, capaz de acabar volviéndose loca... Puede que sea lo que también le ha ocurrido ahora. El negocio de los secuestros y las violaciones era todo un éxito y no pudo aguantar la presión, de modo que perdió la razón y fue a por su marido con una piedra.

—Su madre dijo que ella sabía que algo iba mal —dijo Sellers, mirando su pinta—. Me refiero a ahora. Antes de que descubriera lo que le ocurrió a Robert.

—¿Cómo? —preguntó Simón.

—Cuando sus padres menos se lo esperaban, Juliet los llamó y dijo que quería recuperar todas sus cosas, sus miniaturas de cerámica.

—¿Cuándo fue eso?

Simón hizo todo lo posible para disimular su enojo. Sellers debería haberle contado eso al principio, y luego todo lo demás.

—El sábado pasado.

—Dos días después de que Haworth no acudió a su cita con Jenkins en el Traveltel —dijo Simón, pensativo.

—Exacto. Juliet no dio explicaciones, solo dijo que quería recuperar sus cosas. Fue a casa de sus padres y se lo llevó todo el sábado. Según su madre, estaba de buen humor..., mucho mejor de lo que había estado en mucho tiempo. Por eso sus padres se sorprendieron tanto al enterarse de que...

—Así pues, las casitas que Naomi Jenkins vio en el salón de Haworth el lunes..., llevaban allí menos de veinticuatro horas.

—¿Y qué? —dijo Gibbs.

—No lo sé. Pero es interesante. La coincidencia.

—Quizás pensaba volver a trabajar —sugirió Sellers—. Si ella y Haworth estaban metidos en lo de las violaciones, y ahora él está en el hospital y puede que nunca se recupere...

—Sí. —Gibbs asintió con la cabeza—. Ella pretende que todo esto nunca ha ocurrido y piensa dedicarse de nuevo a la cerámica. Un verdadero encanto.

—¿Qué hay del pasado de Haworth? —dijo Simón—. ¿Y de Naomi Jenkins?

Sellers miró a Gibbs.

—Aún no tenemos nada sobre Haworth —dijo Gibbs—. Y tampoco sobre su hermana, Lottie Nicholls. Esta mañana he estado ocupado con las páginas web, pero estoy en ello.

—Naomi Jenkins dice la verdad —dijo Sellers—. Nació y se crio en Folkestone, Kent. Se educó en un internado y fue una buena estudiante. Pertenece a una familia de clase media: su madre es profesora de Historia y su padre es odontólogo. Estudió Tipografía y Diseño Gráfico en la Universidad de Reading. Tiene muchos amigos y ha tenido un montón de novios. Es alegre y extrovertida...

—Igual que Juliet Haworth —dijo Simón.

Sus tripas protestaron.

—¿Por qué no pides algo para comer? —sugirió Gibbs—. ¿Se trata de algún síndrome de culpa católico? ¿Castigar el cuerpo para purificar el espíritu?

En otra época, Simón habría querido pegarle un puñetazo. Pero el carácter, en respuesta a un hecho traumático o significativo, puede cambiar. Y entonces la vida se divide en dos zonas temporales distintas: el antes y el después. En un momento dado, todo el mundo, incluido Gibbs, tuvo dudas acerca del temperamento de Simón. Pero ya no. Y eso tenía que ser bueno.

Simón había decidido no llamar a Alice Fancourt. Era demasiado arriesgado. Había sido un loco por permitir que lo que sentía por ella volviera a desestabilizarle. Evitar las complicaciones y los problemas..., esa era su regla de vida. Su decisión no tenía nada que ver con Charlie. ¿Qué le importaba que ella estuviera enfadada con él? Como si eso no hubiera ocurrido antes.

Vio una fugaz expresión de pánico en la mirada de Sellers al tiempo que sentía un aire frío golpeando su nuca. Supo quién acababa de entrar en el pub antes de escuchar su voz.

—Pastel de carne con patatas fritas; pescado con patatas fritas. Recuerdo lo que se siente al no tener que preocuparse por el colesterol.

—¿Qué está haciendo aquí, señor? —Sellers fingió que se alegraba de verle—. Usted odia los pubs.

Simón se volvió. Proust estaba mirando fijamente la comida.

—Señor, ¿recibió...?

—Recibí tu nota, sí. ¿Dónde está la inspectora Zailer?

—Está volviendo del hospital. Se lo decía en la nota —le dijo Simón.

—No la leí *entera* —repuso Proust, como si eso fuera algo obvio. Apoyó las manos en la mesa, que se tambaleó—. Es una lástima que el ADN del camión no coincida con el de Haworth. Y también es una lástima que Naomi Jenkins y Sandy Freeguard insistan en que Haworth no las violó.

—¿Señor? —dijo Sellers, en nombre de los demás.

—Las cosas siguen complicándose. Me gusta la vida cuando es sencilla, y esto no lo es. —El inspector jefe cogió una patata frita del plato de Sellers y se la llevó a la boca—. Está aceitosa. —Ese fue su veredicto, secándose la boca con la palma de la mano—. He estado contestando a vuestros teléfonos como si fuera una secretaria mientras estabais en este pub tomándoos una cerveza. Llamó Yorkshire.

«Cómo, ¿todo el condado?», estuvo a punto de decir Simón. A Muñeco de Nieve le daba miedo todo lo que constituyera «el norte». Le gustaba ser impreciso y general.

—No sé lo que recordaréis de vuestros últimos momentos de sobriedad —dijo Proust—, pero en sus laboratorios han estado comparando el perfil de ADN de Prue Kelvey con el de Robert Haworth. ¿Os suena de algo?

—Sí, señor —repuso Simón. A veces, pensó, los pesimistas resultaban agradablemente sorprendentes—. ¿Y?

Proust cogió otra patata frita del plato de Sellers.

—Coinciden —dijo, con voz áspera—. Me temo que no hay margen para la ambigüedad o las interpretaciones. Robert Haworth violó a Prue Kelvey.

—¿Volverás a llamar a Steph si ella no te devuelve la llamada? —preguntó Charlie.

Eran las diez de la noche y ya estaba en la cama. Necesitaba acostarse temprano. Con Graham y una botella de vino tinto que él había traído desde Escocia.

—¿Sabes?, en Inglaterra también tenemos vino —le dijo ella, en broma—. Incluso en un sitio tan pueblerino como Spilling.

Había sido un día largo, duro y confuso en el trabajo, y a Charlie le había encantado llegar a casa y encontrarse a Graham frente a su puerta. Estaba mucho más que encantada. A la mayoría de los hombres —a Simón, por ejemplo— nunca se les habría ocurrido hacer algo así.

—¿Cómo encontraste mi dirección? —le interrogó Charlie.

—Alquilaste uno de mis chalets, ¿recuerdas? —Graham sonrió con nerviosismo, como si le preocupara que su gesto, su viaje, pudiera ser interpretado como algo excesivo—. Ese día me la apuntaste. Lo siento. Sé que parece algo propio de un acosador presentarse sin avisar, pero, en primer lugar, siempre he admirado la diligencia de los acosadores, y en segundo lugar... —Graham inclinó la cabeza hacia delante, ocultando sus ojos tras una cortina de pelo. Charlie sospechó que lo hizo deliberadamente—. Yo..., en fin..., bueno, quería volver a verte y pensé que...

Charlie no le dejó seguir hablando cuando, unas horas antes, posó sus labios sobre los suyos y lo arrastró hacia dentro. Eso había sido hacía horas.

Se sentía cómoda teniendo a Graham en su cama. Le gustaba cómo olía; le recordaba al olor de la leña recién cortada y al de la hierba y el aire. Había sacado matrícula en Lenguas Clásicas en Oxford, pero olía a campo. Charlie podía imaginarse yendo con él a un parque de atracciones, a una función de *Edipo* o a una hoguera. Un hombre polifacético. Qué —quién— podía ser mejor, se preguntó retóricamente, sin dejar espacio en su mente para una respuesta.

—Espero que no vuelva a darme de lado, señora —dijo Graham, mientras estaban tumbados sobre sus ropas en el suelo del salón de Charlie—. Me he sentido como una versión masculina de madame Butterfly desde que te fuiste en plena noche. Quiero que sepas que tenía miedo de presentarme aquí sin haber sido invitado. Pensaba que estarías ocupada con tu trabajo y que acabaría como una de esas viudas de Hollywood con ojos de cordero degollado, esas cuyos maridos lo dieron todo por salvar al planeta de acabar destruido por un asteroide, un meteorito o algún virus mortal.

—Sí, he visto la película. —Charlie sonrió—. En cinco versiones distintas.

—La mujer, como habrás comprobado, siempre está interpretada por Sissy Spacek. ¿Por qué nunca entiende lo que pasa? —preguntó Graham, enrollando un mechón de pelo de Charlie con el dedo y mirándolo fijamente como si fuera la cosa más fascinante del mundo—. Siempre intenta que el héroe pase del meteorito que amenaza a la humanidad para asistir a un pícnic familiar o a un partido. Y, a medida que avanza la acción, se vuelve cada vez más miope; no entiende en absoluto la idea del placer aplazado..., mientras que yo sí. —Graham inclinó la cabeza para besarle un pecho a Charlie—. ¿Y de qué es ese partido, por cierto?

—Ni idea —contestó Charlie, cerrando los ojos—. ¿De béisbol?

Graham hablaba de una forma en que Simón no solía hacer. Simón decía cosas que fueran importantes o no decía nada.

Teniendo en cuenta lo que Graham había dicho sobre sentirse mal porque ella se había ido para ocuparse de su trabajo, Charlie se habría sentido mal preguntándole lo que debía preguntarle. No le había dicho que había pensado llamarle únicamente por ese motivo en vez de para concertar una cita. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no deseaba volver a verlo? Graham era sexy, divertido e inteligente. Era bueno en la cama, aunque demasiado ansioso por complacerla.

Cuando al final se armó del valor suficiente para preguntarle, Graham dio a entender que no le importaba. Llamó a Steph de inmediato. Y ahora estaban esperando que ella le devolviera la llamada.

—No le has dicho que era yo quien quería la información, ¿verdad? —le preguntó Charlie—. De ser así, nunca te llamaría.

—Sabes que no se lo he dicho. Estabas aquí cuando la he llamado.

—Ya, pero..., ¿no sabe ella que has venido a verme? Graham se echó a reír.

—Por supuesto que no. Nunca le digo adónde voy a la burra de carga.

—Me dijo que le contabas con qué mujeres te acostabas, y todos los detalles. También me dijo que muchas de ellas eran tus clientas.

—La segunda parte no es verdad. Se refería a ti, eso es todo. Quería hacerte rabiar. La mayoría de mis clientes son pescadores de mediana edad que se llaman Derek. Imagínate susurrando el nombre de Derek en la oscuridad... ¿A qué no cuela?

Charlie se echó a reír.

—¿Y la primera parte?

¿Acaso Graham creía que a ella le gustaría saber que lo contaba todo?

Él dejó escapar un suspiro.

—Fue una vez... y solo porque la historia era increíble... Le conté a Steph con quién me había acostado. Sue, la estatua.

—¿Sue, la estatua?

—Hablo en serio. Esa mujer no movía ni un músculo; solo se tumbaba en la cama y se quedaba completamente rígida. Mi increíble actuación no surtió ningún efecto. Tuve que parar y comprobar su pulso, para ver si seguía con vida.

—Apuesto a que no lo hiciste.

—No. Habría sido demasiado embarazoso, ¿verdad? Lo más divertido fue que, en cuanto nos separamos, ella volvió a moverse normalmente. Se levantó como si no hubiera pasado nada, me sonrió y me preguntó si me apetecía una taza de té. ¡Te juro que después de aquella noche me preocupé por mi técnica!

Charlie sonrió.

—¡Deja de intentar que te halague! Entonces..., ¿por qué se metió conmigo Steph? ¿Fue solo porque estaba usando el ordenador o...?

Graham le dirigió una irónica mirada.

—¿Quieres saber lo que hay entre Steph y yo, jefa?

—No me importaría —repuso Charlie.

—Y a mí no me importaría saber qué hay entre Simón Waterhouse y tú.

—¿Cómo...?

—Tu hermana le mencionó, ¿recuerdas? Olivia. Basta ya de apodos, lo prometo.

—Ah, vale.

Charlie había hecho todo lo posible por olvidar aquel desagradable momento: el literal arrebató de superioridad moral de Olivia en el dormitorio del altillo.

—¿Ya habéis arreglado las cosas? —preguntó Graham, apoyándose en un codo—. Sabes que ella volvió, ¿no?

—¿Que ella *qué*?

Para el gusto de Charlie, lo dijo demasiado a la ligera. Estaba furiosa. Si se refería a lo que ella creía...

—Al chalet. Al día siguiente, después de que te marchaste. Pareció disgustada

al no encontrarte. Le dije que te había surgido algo importante en tu trabajo... ¿Por qué me miras así?

—¡Deberías habérmelo contado en seguida!

—Eso no es justo, jefa. Solo tenías que haberme dejado hablar. Hemos estado ocupados, ¿recuerdas? No sería lo mismo si me hubiera quedado de brazos cruzados. Y, de haber sido así, habría sido con la mejor intención...

—Graham, hablo en serio.

Él le lanzó una mirada de complicidad.

—No os habéis dado un beso y hecho las paces, ¿verdad? Pensaste que tu hermana seguía enfadada y te olvidaste de ella. Y ahora te sientes culpable y tratas de colgarme a mí el mochuelo. ¡A un testigo inocente!

Graham sacó hacia fuera el labio inferior, torciéndolo en una mueca de tristeza. Charlie no estaba dispuesta a admitir que él tenía toda la razón.

—Deberías haberme llamado inmediatamente. Tenías mi teléfono. Se lo di a Steph cuando me registré.

Graham soltó un gruñido y se cubrió los ojos con las manos.

—Mira, a la mayoría de la gente no le gusta que el propietario de la casa donde pasan sus vacaciones se interese por sus disputas familiares. Sé que tú y yo casi...

—Exacto.

—... pero no lo hicimos, ¿verdad? De modo que me hice el interesante. Por poco tiempo, es verdad..., lo admito, agente..., pero, cuando menos, tuve una oportunidad. En cualquier caso, pensé que *ella* te llamaría. Ya no parecía enfadada. Incluso me pidió disculpas.

Charlie entornó los ojos.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que se trataba de mi hermana y no de alguien que era igual que ella?

—Era la Gordita, como que estoy aquí. —Graham se hizo a un lado para que ella no pudiera golpearle—. En realidad tuvimos una agradable conversación. Parecía haber cambiado de opinión con respecto a mí.

—No des eso por sentado solo porque no arremetiera contra ti.

—No lo hice. No hubo que decir nada ni hacer conjeturas. Ella misma me lo dijo. Me dijo que yo sería mucho mejor para ti que Simón Waterhouse, lo cual me recuerda que no has contestado a mi pregunta.

Charlie estaba furiosa con su hermana por haberse metido en medio. Se preguntaba si el nuevo punto de vista de Olivia era una forma más sutil de tratar de asegurarse de que ella y Graham no empezaban una relación. ¿Confiaba en que Charlie activara su vena rebelde?

—Entre Simón y yo no hay nada —dijo Charlie—. Absolutamente nada.

Graham parecía preocupado.

—Salvo que estás enamorada de él.

Charlie pensó que podría haberlo negado fácilmente.

—Sí —repuso ella.

Graham se recuperó mucho más deprisa de lo que lo habrían hecho la mayoría de los hombres.

—Con el tiempo acabaré gustándote, ya lo verás —dijo él, nuevamente de buen humor.

Charlie pensó que tal vez tuviera razón. Sin duda alguna, si se lo propusiera podría gustarle. No tenía por qué convertirse en otra Naomi Jenkins y venirse abajo solo porque un cabrón le había dicho que le dejara en paz. Un tipo mucho más cabrón que Simón Waterhouse. Charlie se las arreglaba mejor que Naomi en todos los frentes. Robert Haworth. Un violador. El hombre que había violado a Prue Kelvey. Charlie aún seguía esforzándose para asimilar las implicaciones.

Desoyendo el consejo de Simón, aquella tarde había puesto al día a Naomi por teléfono. No podría decir exactamente que aquella mujer empezara a caerle bien, y era obvio que no confiaba en ella, pero pensaba que entendía cómo funcionaba su cabeza. Lo sabía demasiado bien. Una mujer inteligente, solo que desquiciada por la fuerza de sus sentimientos.

Naomi se había tomado la noticia de la coincidencia del ADN mejor de lo que Charlie había esperado. Se quedó en silencio unos instantes, pero cuando habló parecía estar tranquila. Le dijo a Charlie que la única forma de poder enfrentarse a todo aquello era descubriendo la verdad, toda la verdad. Naomi Jenkins ya no mentiría más... Charlie estaba convencida de ello.

Al día siguiente, Naomi tenía que hablar de nuevo con Juliet Haworth. Si Juliet estaba metida en cualquier negocio sucio con el hombre que violó a Naomi y a Sandy Freeguard, es posible que ella fuera la única persona capaz de provocarla para que contara algo. Por algún motivo que Charlie no alcanzaba a entender, Naomi era importante para Juliet. No le importaba nadie más, y mucho menos su marido... Juliet lo había dejado muy claro. «Conseguiré que *ella* me lo cuente», le había dicho Naomi por teléfono con voz trémula. Charlie admiraba su determinación, pero le advirtió que no subestimara a Juliet.

—Bueno, te alegrará saber que yo no estoy enamorado de la burra de carga —dijo Graham, bostezando—. Aunque digamos que he echado algún polvo con ella de vez en cuando. Pero no tiene ni punto de comparación contigo, inspectora, por muy cursi que suene. Es a ti a quien quiero, con tu tiránico encanto y tus expectativas exageradamente altas.

—¡No lo son!

Graham resopló y se echó a reír, colocando los brazos detrás de la cabeza.

—Inspectora, ni siquiera soy capaz de intuir lo que quieres de mí, por no hablar de dártelo.

—Bueno, vale. No te rindas con tanta facilidad.

Charlie fingió un mohín. Graham se había acostado con Steph. «Habían echado un polvo». No tenía derecho a quejarse, teniendo en cuenta lo que ella acababa de decirle.

—¡Ajá! Puedo demostrar que Steph no significa nada para mí. Espera a oír esto.

A Graham le brillaban los ojos.

—¡Eres un cotilla despiadado, Graham Angilley!

—¿Te acuerdas de la canción? ¿La de Grandmaster Flash? —Empezó a cantar—. «Rayas blancas penetrando en mi mente...».

—Oh, claro.

—Steph, la burra de carga, tiene una raya blanca que divide su trasero en dos. La próxima vez que vengas le diré que te la enseñe.

—No, gracias.

—Es tan ridículo como parece. Ahora ya sabes que nunca podría ir en serio con una mujer así.

—¿Una raya blanca?

—Sí. Se pasa horas en las camas solares y de ahí que tenga el culo de color naranja brillante. —Graham sonrió—. Pero si..., ¿cómo podría decirlo?..., le separas las nalgas...

—¡Vale, lo he pillado!

—... verás claramente una línea blanca. A veces se le ve cuando se pasea por ahí.

—¿Suele pasearse desnuda a menudo?

—En realidad, sí —repuso Graham—. Está coladita por mí.

—Y eso es algo que tú no has alentado, evidentemente.

—¡Por supuesto que no! —dijo Graham, fingiendo haberse ofendido.

Su móvil empezó a sonar y él lo cogió.

—Sí.

Moviendo los labios sin hablar, le dijo a Charlie: «Raya blanca», de modo que ella no tuvo que preguntarse con quién estaba hablando.

—Sí. De acuerdo, de acuerdo. Estupendo. Buen trabajo, colega. Te has ganado unas rayas, como suelen decir.

Graham le dio un codazo a Charlie. Ella no pudo evitarlo y se echó a reír.

—¿Y bien?

—Naomi Jenkins nunca estuvo en los chalets.

—Vaya.

—Pero ha buscado todas las Naomis, como el meticuloso terrier que es, y ha encontrado una Naomi Haworth: H, a, w, o, r, t, h, que reservó un chalet el pasado mes de septiembre. Naomi y Robert Haworth, pero Steph dice que fue la mujer quien hizo la reserva. ¿Te sirve de algo?

—Sí.

Charlie se sentó y retiró la mano de Graham. Necesitaba concentrarse.

—Antes de que lances las campanas al vuelo...

—¿Qué?

—Canceló la reserva. Los Haworth nunca se presentaron. Steph se acuerda de la cancelación y dice que ella parecía preocupada. De hecho, casi estaba llorando. Steph se preguntó si el marido la habría dejado plantada o si habría muerto o algo así, y de ahí la cancelación.

—Muy bien. —Charlie asintió con la cabeza—. Es..., estupendo, es una gran ayuda.

—¿Vas a contarme ahora de qué va todo esto? —la pinchó Graham.

—¡Para! No, no puedo.

—Apuesto a que a ese tal Simón Waterhouse sí vas a contarle todos los

detalles.

—Él ya sabe tanto como yo. —Charlie sonrió al ver la ofendida mirada de Graham—. Es uno de mis agentes.

—O sea, que lo ves todos los días. —Graham lanzó un suspiro y se echó hacia atrás—. Maldita sea mi suerte.

Viernes, 7 de abril

Yvon está sentada en el sofá, frente a mí. Deja un plato de postre con un sándwich entre las dos. No lo mira; no quiere atraer mi atención hacia él, por si eso me incita a rechazarlo.

Me quedo mirando la pantalla gris de la televisión. La posibilidad de plantearme comer algo, aunque sea este pedazo de pan, supondría demasiado esfuerzo. Como disponerse a correr un maratón cuando todavía te estás recuperando de una anestesia total.

—No has comido nada en todo el día —dice Yvon.

—No has estado conmigo todo el día.

—¿Has comido?

—No —admito.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Afuera está oscuro, es todo lo que sé. ¿Acaso importa? Si Yvon no hubiese venido, no habría salido de mi habitación. En este momento, en mi cabeza solo hay sitio para ti, nada más. Para pensar en lo que dijiste y en lo que significa. Para oír la frialdad y la lejanía de tu voz una y otra vez. Dentro de un año, de diez años, aún seré capaz de escucharla dentro de mi cabeza.

—¿Enciendo la televisión? —pregunta Yvon.

—No.

—Puede que haya algo entretenido, algo...

—No.

No quiero distraerme. Si este enorme dolor es todo lo que me queda de ti, entonces quiero concentrarme en él.

Me preparo para decir algo más sustancial. Me lleva unos segundos y una energía que no creía poseer.

—Mira, me encanta que hayas venido y que volvamos a ser amigas, pero... sería mejor que te fueras.

—Voy a quedarme aquí.

—No me pasará nada —le digo—. Si esperas que esté mejor, olvídalo. Eso no va a ocurrir. No me sentiré mejor ni voy a olvidarme de esto y hablar de otra cosa. No conseguirás que me olvide de ello. Lo que voy a hacer es quedarme aquí sentada, mirando la pared.

Alguien debería pintar una enorme cruz negra en la puerta, como hacían durante la peste.

—Quizás deberíamos hablar de Robert. Puede que si hablas de ello...

—No me sentiré mejor. Mira, sé que solo quieres ayudar, pero no puedes hacerlo.

Lo que quiero es dejarme abatir por el dolor. Luchar contra él, hacer un esfuerzo por parecer civilizada y cuerda, es demasiado duro. No lo digo, por si suena melodramático. Se supone que solo hay que hablar de dolor cuando alguien ha muerto.

—Por mí no tienes por qué reprimirte —dice Yvon—. Si quieres, puedes tirarte en el suelo y aullar. Me da igual. Pero no me voy a ir. —Se acurruca en la otra punta del sofá—. ¿Has pensado en lo de mañana?

Niego con la cabeza.

—¿Cuándo vendrá a recogerte la inspectora Zailer?

—A primera hora.

Yvon maldice entre dientes.

—No eres capaz de hablar ni de comer y apenas tienes fuerzas para andar. ¿Cómo demonios vas a aguantar otra conversación con Juliet Haworth?

Ignoro la respuesta a esa pregunta.

—La aguantaré porque debo hacerlo.

—Deberías llamar a la inspectora Zailer y decirle que has cambiado de opinión. Si quieres lo haré yo por ti.

—No.

—Naomi...

—Tengo que hablar con Juliet para descubrir lo que sabe.

—¿Y qué hay de lo que tú sabes? —La voz de Yvon suena llena de frustración—. Nunca he sido una fan incondicional de Robert, pero... él te quiere. Y no es un violador.

—Eso cuéntaselo a los expertos en ADN —digo, amargamente.

—Deben haberse equivocado. Los supuestos expertos cometen errores constantemente.

—Déjalo, por favor. —Sus falsos consuelos hacen que me sienta incluso más desgraciada—. La única forma en que puedo manejar esto es enfrentándome a la peor de las posibilidades. No voy a dejarme convencer por alguna improbable teoría para sufrir una nueva decepción.

—De acuerdo. —Yvon me sigue la corriente—. ¿Y cuál es la peor de las posibilidades?

—Que Robert esté implicado en las violaciones —digo, con una voz apagada, sin vida—. Él es el responsable de algunas de ellas, igual que el otro hombre. Juliet está implicada, y puede que incluso al mando. Son un equipo de tres. Robert sabía desde el principio que yo era una de las víctimas de ese otro hombre. Y lo mismo ocurrió con Sandy Freeguard. Y ese fue el motivo de que apareciera para conocernos.

—¿Por qué? Es de locos.

—No lo sé. Tal vez para asegurarse de que no acudiríamos a la policía. Eso es lo que hacen los espías, ¿no? Se infiltran en territorio enemigo y luego informan.

—Pero tú dijiste que Sandy Freeguard había acudido a la policía antes de empezar a salir con Robert.

Asiento con la cabeza.

—El novio de una víctima de violación sabría cómo avanza la investigación, ¿no? La policía mantendría informada a la víctima y esta se lo contaría a su novio. Puede que Juliet, o ese otro hombre, o Robert, o los tres, quisieran estar al corriente de lo que sabía la policía sobre el caso de Sandy Freeguard. ¿Acaso no hemos dicho siempre que Robert es un obseso del control? No puedo evitar echarme a llorar al decir esto. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Que todas las cosas amables, dulces y cariñosas que has dicho y hecho se han convertido en algo mucho más concreto y tangible en mi cabeza desde que me rechazaste en el hospital. Estaría bien que fuera capaz de poner en primer plano los malos momentos y avanzar hacia la luz. Entonces podría encontrar un patrón que hasta ahora he pasado por alto y demostrarle a mi corazón lo mucho que me he equivocado contigo. Pero lo único en que puedo pensar es en tus apasionadas palabras. «No tienes ni idea de lo que significas para mí». En vez de adiós, siempre decías esto al final de cada llamada telefónica.

Mi memoria se ha vuelto contra mí, está intentando abrumarme con el contraste entre tu conducta de esta mañana y la del pasado.

—¿Por qué Juliet le machacó la cabeza a Robert con una piedra? —pregunta Yvon, cogiendo la mitad del sándwich y dándole un bocado—. ¿Por qué quiere provocarte e insultarte?

No puedo contestar a ninguna de estas preguntas.

—Porque Robert está enamorado de ti. Es la única explicación posible. Al final se atrevió a decirle que la iba a dejar por ti. Está celosa... y por eso te odia.

—Robert no está enamorado de mí. —El peso de estas palabras me aplasta—. Me dijo que me fuera y que lo dejara en paz.

—No pensaba con claridad. Naomi, ella intentó matarlo. Si tu cerebro hubiera sufrido una hemorragia y estuviera inflamado, si hubieras estado inconsciente varios días, tampoco sabrías lo que estás diciendo. —Yvon sacude las migas del sofá y las tira al suelo. Esa es su idea de lo que significa limpiar—. Robert te ama —insiste—. Y se va a poner bien, ¿de acuerdo?

—Estupendo. Y voy a vivir feliz para siempre con un violador.

Me quedo mirando las migas del suelo. Por algún motivo, me recuerdan el cuento de Hansel y Gretel. La comida es esencial en cualquier misión de rescate. El *magret de canard aux poires* del Bay Tree. Y también había comida en la mesa del pequeño teatro donde me atacaron, un primer y un segundo plato.

—Deja ese sándwich —le digo a Yvon—. ¿Tienes hambre?

Parece que la haya pillado y se sienta avergonzada de pensar en comer en un momento como este. Yo estoy pensando lo mismo, aunque no creo que pudiera comer ni un bocado.

—¿Qué hora es? ¿Crees que la cocina del Bay Tree seguirá abierta a esta hora?

—¿El Bay Tree? ¿Te refieres al restaurante más caro de todo el condado? —La cara de Yvon cambia de expresión: tía Angustias ha dado paso a la estricta gobernanta—. ¿Ese es el sitio adónde Robert fue a buscar ese plato el día que lo conociste, verdad?

—No es lo que piensas. No quiero volver allí porque sienta nostalgia de los buenos tiempos —digo amargamente, mortificada al pensar en aquello en lo que solía creer: el pasado, el futuro. El presente. Lo que me has hecho es peor que lo que me hizo mi violador. Él me convirtió en víctima por una noche; gracias a ti, se han burlado de mí, he sido degradada y humillada durante más de un año sin ni siquiera saberlo.

Desde el principio, Yvon se dio cuenta de que había algo que no funcionaba en nuestra relación. ¿Por qué no lo vi yo? ¿Por qué aún no soy capaz de verlo? Estoy decidida a pensar lo impensable sobre ti, a creer lo increíble, porque tengo que acabar con esa parte de mí que te quiere a pesar de todo lo que me has dicho. A estas alturas debería ser una parte muy pequeña y renqueante, pero no es así. Es enorme. Endémica. Se ha extendido por todo mi cuerpo como un cáncer y ha conquistado mucho territorio. No sé lo que quedará de mí si logro aniquilarla. Solo cicatrices, vacío y un enorme agujero. Pero tengo

que intentarlo. Debo ser tan despiadada como un asesino a sueldo.

Yvon no entiende por qué de pronto quiero salir, y aún no estoy preparada para explicárselo. Hay que dosificar el horror.

—Si no es nostalgia, entonces, ¿por qué el Bay Tree? —pregunta—, vayamos a otro sitio y así no nos arruinamos.

—Voy a ir al Bay Tree —le digo, levantándome—. ¿Vienes o no?

El Bay Tree se encuentra en uno de los edificios más antiguos de Spilling. Fue construido en 1504. Tiene unos techos muy bajos, unas paredes gruesas e irregulares y dos chimeneas, una en la zona del bar y la otra en el restaurante propiamente dicho. Parece una cueva muy bien reformada, aunque está a nivel de calle. Solo hay ocho mesas y normalmente hay que reservar con al menos un mes de antelación. Yvon y yo tenemos suerte; es tarde y nos dan una mesa que alguien reservó hace semanas para las siete y media. Cuando llegamos, hace un buen rato que los comensales se han ido..., saciados y considerablemente más pobres.

El restaurante tiene una puerta exterior, que siempre está cerrada, y otra interior, para asegurarse de que el aire de Higher Street no enfría el cálido ambiente. Hay que pulsar un timbre y el camarero que te deja entrar siempre se asegura de cerrar la primera puerta antes de abrir la segunda. La mayor parte del personal es francés.

Solo he estado aquí en una ocasión, con mis padres. Celebrábamos el sesenta cumpleaños de mi padre. Cuando entró, se dio un golpe en la cabeza. Si eres alto, los techos del Bay Tree son un peligro. Pero a ti no tengo que decírtelo, ¿verdad, Robert? Conoces este sitio mejor que yo.

Esa noche, con mis padres, nos atendió un camarero que no era francés, aunque mi madre insistió en hablarle despacio; en un inglés muy elemental y con un acento casi continental, le dijo: «¿Podría traernos la cuenta, por favor?». Me abstuve de decirle que probablemente había nacido y se había criado en Rawndesley. Era una fiesta, y las críticas estaban prohibidas.

No has conocido a mis padres. Ellos ni siquiera saben que existes. Pensé que me estaba protegiendo de sus críticas y su desaprobación, pero resulta que son ellos quienes están a salvo. Es una idea extraña: las vidas de la mayoría de la gente —papá y mamá, mis clientes, los vendedores que me cruzo por la calle— no han sido destruidas por ti. No te conocen y nunca te conocerán.

Y ocurre exactamente a la inversa. El camarero que esta noche nos atiende a Yvon y a mí —quizás con excesiva atención: se inclina demasiado sobre la mesa, rígido y muy formal, con un brazo en la espalda, y se apremia para llenarnos las copas de vino cada vez que tomamos un sorbo— probablemente vio devastada su vida, en algún momento, por alguien cuyo nombre no me diría nada.

Solo vivimos en el mismo mundo que el resto de la gente de una forma ínfima

e insignificante.

—¿Qué tal está tu plato? —pregunta Yvon.

He pedido un primero, *foie gras*, pero se da cuenta de que apenas lo he probado.

—¿Es una de esas preguntas con trampa? —digo—. Del tipo: ¿has dejado de pegar a tu mujer? ¿Es calvo el actual rey de Francia?

—Si no piensas comer nada, ¿qué diablos estamos haciendo aquí? ¿Te das cuenta de lo que va a costar esta cena? En cuanto entramos tuve la sensación de que mi cuenta bancaria se había convertido en un reloj de arena: todo el dinero que tanto me ha costado ganar es arena y se me escapa de las manos.

—Pago yo —le digo, haciéndole una seña al camarero. Tres pasos y está junto a la mesa—. ¿Podría traernos una botella de champán, por favor? El mejor que tenga. —El camarero se escabulle—. Lo que sea con tal de deshacernos de él —le digo a Yvon.

Se queda mirándome, boquiabierta.

—¿El *mejor*? ¿Te has vuelto loca? Costará un millón de libras.

—Me da igual lo que cueste.

—¡No te entiendo! Hace media hora...

—¿Qué?

—Nada. Olvidalo.

—¿Preferirías que estuviera sentada en el sofá, mirando al vacío?

—Preferiría que me contaras qué está ocurriendo.

Sonrío.

—¿Sabes una cosa?

Yvon suelta los cubiertos y se arma de valor para una inoportuna revelación.

—Ni siquiera me gusta el champán. Me irrita la nariz y me provoca gases.

—¡Por Dios, Naomi!

Una vez que aceptas que nadie va a entenderte nunca y superas esa penosa sensación de aislamiento, resulta bastante reconfortante. Tú eres el único experto en nuestro pequeño universo, donde puedes hacer lo que te apetezca. Apuesto a que así es como te sientes, Robert. ¿No es cierto? Cuando me elegiste a mí, elegiste a la mujer equivocada. Porque yo soy capaz de

comprender cómo funciona tu cabeza. ¿Es por eso por lo que ahora quieres que te deje en paz?

El camarero vuelve con una botella cubierta de polvo, que me presenta para que la examine.

—Tiene buena pinta —le digo.

El camarero asiente con la cabeza y vuelve a desaparecer.

—¿Por qué se la lleva? —pregunta Yvon—. Seguramente habrá ido a por uno de esos cubos tan elegantes y unas copas de champán.

—Naomi, esto me está volviendo loca.

—Mira, si eso te hace feliz, mañana iremos a Chickadee para que puedas pedir una ración de grasientas alitas de pollo, ¿vale? Al parecer no te va la buena vida.

Me río tontamente, como si estuviera pronunciado frases que hubiera escrito otra persona. Juliet, por ejemplo. Sí: estoy imitando su crispada verborrea.

—Dime, ¿qué pasa contigo y con Ben? —le pregunto a Yvon, acordándome de que su vida no ha terminado, aunque la mía si lo haya hecho.

—¡Nada!

—¿De verdad? Vaya.

Ben Cotchin no es tan malo. O, si lo es, no es malo en un sentido normal, lo cual, teniendo en cuenta cómo me siento en este momento, me parece bastante bueno..., tal vez lo mejor que alejen pueda esperar.

—Para ya —dice Yvon—. Estaba disgustada y no tenía otro sitio adónde ir, eso es todo... Ben ha dejado de beber.

El camarero vuelve con nuestro champán metido dentro un cubo plateado lleno de agua y hielo, apoyado en un soporte con ruedas, y dos copas.

—Disculpe —le digo. Será mejor que haga lo que he venido a hacer—. ¿Hace mucho que trabaja aquí?

—No —contesta el camarero—. Solo tres meses.

Es demasiado educado para preguntarme por qué, aunque su mirada sea inquisitiva.

—¿Quién lleva más tiempo trabajando aquí? ¿Qué me dice del chef?

—Creo que hace mucho que trabaja aquí. —Su inglés es meticulosamente correcto—. Podría preguntárselo, si lo desea.

—Sí, por favor —le digo.

—¿Puedo...? —dice, señalando el champán con la cabeza.

—Luego. Ahora quiero hablar con el chef.

De pronto, no puedo esperar.

—¡Naomi, esto es demencial! —exclama Yvon entre dientes en cuanto volvemos a quedarnos solas—. Vas a preguntarle al chef si recuerda que Robert vino a encargar esa comida para ti, ¿verdad?

No digo nada.

—¿Y si dice que sí? ¿Qué? ¿Qué le vas a decir entonces? ¿Vas a preguntarle qué fue exactamente lo que dijo Robert? ¿Si parecía un hombre que acababa de enamorarse? ¡Es enfermizo que te obsesiones así!

—Yvon —digo, muy tranquila—. Piensa un poco. Echa un vistazo a tu alrededor, mira este sitio.

—¿Qué le pasa?

—Cómete este carísimo plato; se te va a enfriar —le recuerdo—. ¿Te parece la clase de restaurante al que dejarían entrar a alguien para pedir algo para llevar? ¿Acaso ves un menú de comida rápida por alguna parte? ¿Te parece un sitio donde permitirían que un perfecto desconocido se fuera no solo con un plato de comida sino también con una bandeja, cubiertos y una carísima servilleta de tela, confiando en que lo devolvería todo cuando hubiese terminado?

Yvon reflexiona sobre ello mientras mastica un bocado de cordero.

—No. Pero..., ¿por qué mentiría Robert?

—No creo que mintiera. Pero sí creo que me ocultó algunos detalles importantes.

El camarero vuelve otra vez.

—Les presento a nuestro chef, Martin Gilligan —dice. Detrás de él hay un hombre bajito y delgado, pelirrojo y despeinado.

—¿Qué tal la cena? —pregunta Gilligan, con un acento que parece del norte. En la universidad tenía un amigo de Hull; la voz del chef me recuerda a la suya.

—Está exquisita, gracias.

Yvon sonríe afectuosamente. No comenta nada sobre los exagerados precios de los platos.

—Etienne me ha dicho que querían saber cuánto tiempo llevo trabajando aquí.

—Eso es.

—Formo parte del mobiliario. —Lo dice como pidiendo perdón, como si pudiéramos acusarle de ser poco arriesgado por seguir aquí—. Trabajo aquí desde que abrieron, en 1997.

—¿Conoce a Robert Haworth? —le pregunto.

Asiente con la cabeza; parece gratamente sorprendido.

—¿Es amigo suyo?

No le diré que sí, aunque hacerlo ayudaría a que fluyera la conversación.

—¿De qué lo conoce?

Yvon nos observa como si se tratara de un partido de tenis, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Trabajaba aquí —dice Gilligan.

—¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo estuvo?

—Oh..., vamos a ver, debió ser en 2002 o 2003, más o menos. Fue hace algunos años. Acababa de casarse cuando empezó, eso sí lo recuerdo. Me dijo que acababa de volver de su luna de miel, y se fue..., a ver, alrededor de un año después. Se hizo camionero. Dijo que le gustaban más las carreteras que las cocinas. Aún seguimos en contacto y de vez en cuando nos tomamos algo en el Star. Pero hace tiempo que no lo veo.

—Entonces, ¿Robert trabajaba en la cocina? ¿No era camarero?

—No, era chef. Mi mano derecha.

Asiento con la cabeza. Así fue cómo pudiste conseguir mi pequeña sorpresa. En el Bay Tree te conocían —habías trabajado aquí—, por lo que obviamente confiaban en ti. Naturalmente, dejaron que te llevaras una bandeja, cubiertos y una servilleta, y Martin Gilligan estuvo encantado de preparar un *magret de canard aux poires* para ti cuando le dijiste que era una emergencia para ayudar a una mujer en apuros.

No me hace falta seguir preguntando. Le doy las gracias a Gilligan, que vuelve a la cocina. Al igual que Etienne, nuestro camarero, es demasiado discreto para preguntarme por qué sentía la necesidad de interrogarle.

Pero Yvon no. En cuanto volvemos a estar solas, me ordena que me explique. La tentación de ser irónica y esquiva es muy fuerte. Los juegos son más seguros que la realidad. Pero no puedo hacerle esto a Yvon; es mi mejor

amiga, y yo no soy Juliet.

—En una ocasión, Robert me dijo que ser camionero era mejor que ser comunista —le digo—. Yo no lo entendí. Pensé que había dicho comunista, lo cual no tenía demasiado sentido, pero no fue así. Se refería a ayudante de chef^[2] en inglés: «commis». Porque eso es lo que había sido.

Yvon se encoge de hombros.

—¿Y?

—El hombre que me violó sirvió una cena de tres platos a los hombres que estaban mirando. De vez en cuando se metía en un cuarto que había en la parte de atrás del teatro y volvía con más comida. Ese cuarto debía de ser una cocina.

Yvon niega con la cabeza. Se da cuenta de adónde quiero ir a parar, pero no puede creerlo.

—Nunca pensé en quién preparaba la comida.

—¡Oh, por Dios, Naomi!

—Mi violador estaba muy ocupado. Tenía que atender a esos hombres, retirar los platos y servir los siguientes. Era el maître. —Me río con amargura—. Y, según dijo Charlie Zailer, sabemos que no actuaba solo. Al menos dos de las violaciones tuvieron lugar en el camión de Robert, y fue él quien violó a Prue Kelvey.

Estoy consiguiendo que la agonía sea peor, tomándome deliberadamente todo el tiempo que pueda hasta llegar a mi conclusión. Es como cuando te pones una goma elástica alrededor de la muñeca y tiras de ella todo lo que puedes hasta que se tensa y se vuelve muy fina, para luego dejar que golpee violentamente tu piel. Sabes que, cuanto más tires de ella, más te va a doler al final. Cuanto más cerca, más duele, ¿no fue eso lo que dijiste?

Yvon ya ha renunciado a defenderte.

—Mientras ese hombre te violaba, Robert estaba en la cocina —dice, rindiéndose y dándome a entender que la he convencido—. Fue él quien preparó la cena.

Me despierto de golpe, con un grito ahogado en la garganta. Estoy empapada en sudor y el corazón me late a toda velocidad. Una pesadilla. ¿Peor que estar despierta? ¿Peor que la vida real? Sí. Peor que eso. Después de esperar el tiempo necesario para comprobar que no he sufrido un derrame cerebral o un ataque al corazón, miro la radio despertador que hay junto a la cama. Solo puedo ver la parte superior de los dígitos, unas brillantes líneas curvas rojas que asoman por detrás del montón de libros que hay en la mesilla de noche.

Tiro los libros al suelo. Son las tres y trece de la madrugada. Tres, uno, tres.

Ese número me deja aterrada; los latidos golpean mi pecho con más fuerza. Yvon no me oiría si la llamara, ni aun cuando gritara. Su habitación está en el sótano y la mía en el piso de arriba. Quiero bajar corriendo hasta allí, pero no hay tiempo. Me echo hacia atrás; el miedo me sujeta a la cama. Algo está a punto de ocurrir. Y debo dejar que ocurra, no tengo elección. Ahuyentarlo solo funciona durante un tiempo. ¡Oh, Dios, deja que ocurra deprisa! Si tengo que recordarlo, déjame que lo haga ahora.

Yo era Juliet. Al abandonar mi sueño, me he llevado esa certeza conmigo. He soñado durante mucho tiempo con ser tu mujer, pero siempre estando despierta. Y en el sueño yo, Naomi Jenkins, era tu mujer. Nunca quise ser Juliet Haworth. Tú hablabas de ella como si fuera débil, cobarde, deplorable.

En mi sueño, el peor que he tenido jamás, yo era Juliet. Estaba atada a la cama, a los postes con bellotas, en el escenario. Había vuelto la cabeza hacia la derecha y apoyaba la mejilla en el colchón. Mi piel rozaba la funda de plástico. Estaba incómoda, pero no podía volverme para mirar al frente, porque entonces habría visto a ese hombre y la expresión de su rostro. Oír lo que me decía ya era bastante horrible. Los hombres del público estaban comiendo salmón ahumado. Podía olerlo..., un desagradable olor a pescado.

Así pues, me quedé inmóvil, mirando el telón. Era de color rojo oscuro. Estaba pensado para que tapara tres lados del escenario, todos salvo la parte de atrás. Sí, eso es lo que parecía. No lo había recordado hasta ahora. Y había algo más que me pareció extraño. ¿Qué? No puedo recordarlo.

Detrás del telón estaba la pared interior del teatro. Bajé los ojos para mirar una pequeña ventana. Sí: la ventana no estaba al nivel de los ojos, sino un poco más abajo. Tampoco estaba al nivel de los ojos de los hombres que había sentados a la mesa.

Me seco el sudor de la frente con la punta del edredón. Estoy segura de que tengo razón, el sueño era muy preciso. Esa ventana era muy extraña. Y no tenía cortinas. La mayoría de los teatros no tienen ventanas, al menos en la platea. Para verla, tuve que bajar los ojos, mientras que esos hombres deberían haberlos levantado. Estaba entre los dos pisos, en el medio. A medida que fue oscureciendo, ya no pude ver nada. Pero antes, cuando en el sueño era Juliet, mientras estaba tumbada en la cama y ese hombre me cortaba el vestido con unas tijeras, pude ver lo que había afuera. Me quedé mirando fijamente, tratando de no pensar en lo que estaba ocurriendo, en lo que iba a ocurrir...

Me quito el edredón para sentir el frío aire de la noche. Sé lo que vi a través de la pequeña ventana del teatro. Y también sé lo que vi a través de la ventana de tu salón, Robert. Y por qué he tenido el sueño que acabo de tener; ahora sé qué significa todo. Y eso cambia las cosas por completo. Nada es como yo había pensado. Pensé que lo *sabía*. No puedo creer haber estado tan equivocada.

¡Oh, Dios mío, Robert! Tengo que verte y contártelo todo..., cómo lo he descubierto y lo he resuelto. Tengo que convencer a la inspectora Zailer de que me lleve de nuevo al hospital.

8/4/2006

Transcripción de una entrevista

Comisaría de policía de Spilling, 8 de abril de 2006

8.30 De la mañana

Presentes: inspectora Charlotte Zailer (CZ), subinspector Simon Waterhouse (SW), Srta. Naomi Jenkins (NJ), Sra. Juliet Haworth (JH).

JH: Buenos días, Naomi. ¿Cómo se dice? Deberíamos dejar de vernos así. ¿Os habéis dicho eso tú y Robert alguna vez?

NJ: No.

JH: Confío en que me ayudes a hablar con un poco de sensatez ante estos cretinos. Esta mañana se han levantado creyendo que soy una magnate del porno. (*Risas*) Es ridículo.

NJ: ¿Es cierto que conociste a Robert en un videoclub?

JH: ¿Por qué una mujer dirigiría un negocio que se aprovecha de la violación de otras mujeres? (*Risas*) Aunque supongo que la gente diría que alguien que intenta machacarle la cabeza a su marido con una piedra enorme es capaz de cualquier cosa. ¿Crees que lo hice, Naomi? ¿Crees que vendía entradas a hombres que querían ver cómo te violaban? ¿Entradas de papel que se parten en dos en la puerta, como cuando vas al cine? ¿Cuánto crees que valdrías?

SW: Basta ya.

NJ: Sé que no hiciste eso. Cuéntame cómo conociste exactamente a Robert.

JH: Parece que ya lo sabes.

NJ: ¿En un videoclub?

JH: *Oui* . Sí. Afirmativo.

NJ: Cuéntamelo.

JH: Ya lo he hecho. ¿Tienes Alzheimer?

NJ: ¿Fue él quien se te acercó o fuiste tú?

JH: Le golpeé en la cabeza con un vídeo, lo arrastré hasta casa y lo obligué a casarse conmigo. Lo más divertido es que no paraba de gritar: «¡No, no, yo quiero a Naomi!». ¿Es eso lo que quieres oír? (*Risas*) Cómo conocí a Robert. Imagínate haciendo cola en la caja, con el vídeo entre mis sudorosas garras, temblando por culpa de los nervios. Era la primera vez que salía de casa en mucho tiempo. Apuesto a que puedes imaginarme hecha un manojo de nervios, ¿verdad? Y mírame ahora... Soy una inspiración para todos nosotros.

NJ: Sé que sufriste una crisis nerviosa y por qué.

(*Una pausa larga*)

JH: ¿En serio? Cuéntamelo.

NJ: Continúa. Estabas haciendo cola.

JH: Llegué al mostrador y me di cuenta de que me había olvidado el bolso. Me sentí perdida. La primera vez que salía —mis padres estaban orgullosos de mí— y lo echaba todo a perder olvidándome el dinero. Estuve a punto de mearme encima. Sabía que tenía que volver a casa con las manos vacías y admitir que había fracasado; sabía que después de aquello no me atrevería a volver a salir. (*Pausa*) Empecé a murmurarle a la mujer que había detrás del mostrador..., aunque no recuerdo qué le dije. En realidad, creo que lo único que hice fue disculparme una y otra vez. Soy una asesina y una empresaria de espectáculos porno en potencia. Pero volvamos a la historia: lo siguiente que recuerdo es que alguien me dio un golpecito en el hombro. Robert, mi héroe.

NJ: Él pagó el vídeo.

JH: Pagó la película, me recogió del suelo, me llevó a casa, me tranquilizó y tranquilizó a mis padres. ¡Por Dios, se morían porque me fuera! ¿Por qué crees que me casé con Robert tan pronto?

NJ: Me imagino que sería un noviazgo tempestuoso.

JH: Sí, pero ¿qué fue lo que provocó la tempestad? Yo te lo diré: mis padres no querían cuidar de mí, pero Robert sí. Eso no le asustaba como a ellos. Una loca en la familia.

NJ: ¿No lo querías?

JH: ¡Por supuesto que lo quería! Yo era un desastre total. Me había dado por vencida, y había demostrado más allá de toda duda que no valía para nada, y entonces apareció Robert y me dijo que estaba completamente equivocada: que valía mucho, que solo estaba atravesando una mala racha y que durante un tiempo necesitaba que cuidaran de mí. Me dijo que había gente que no estaba hecha para trabajar y que yo ya había conseguido mucho más de lo que la mayoría consigue en toda su vida. Prometió que cuidaría de mí.

NJ: Al decir que habías conseguido muchas cosas..., ¿se refería a esas horribles casitas? Las he visto. En el salón de tu casa. En el aparador con

puertas de cristal.

JH: ¿Y?

NJ: Nada. Solo digo que las he visto. Es curioso. Lo que te provocó la crisis nerviosa fue tu trabajo, y en cambio tienes esas miniaturas por todo el salón. ¿No te traen recuerdos que preferirías olvidar?

(*Una pausa larga*)

CZ: ¿Señora Haworth?

JH: No me interrumpa, inspectora. (*Pausa*) Mi vida ha tenido sus altibajos, pero ¿quiero borrarlos de mi memoria? No. Puedes llamarme vanidosa si quieres, pero para mí es importante agarrarme a alguna prueba de que he existido. ¿Te parece bien eso? ¿Que no me he inventado toda mi maldita vida?

NJ: Lo entiendo.

JH: Oh, me alegro mucho. Aunque no estoy segura de querer que me entienda alguien que se baja las bragas con el primer desconocido que se cruza en un área de servicio. Muchas víctimas de una violación acaban convirtiéndose en mujeres promiscuas. Y es porque no se quieren. Se entregan a cualquiera.

NJ: Robert no es cualquiera.

JH: (*Risas*) Eso es muy cierto. ¡Madre mía, sí!

NJ: ¿Lo llegaste a conocer bien antes de enamorarte de él?

JH: No. Pero ahora sé muchas cosas sobre él. Soy una auténtica experta. Apuesto a que ni siquiera sabes dónde se crio, ¿verdad? ¿Qué sabes sobre su infancia?

NJ: Ya te lo dije. Sé que no se ve con su familia y que tiene tres hermanas...

JH: Se crio en un pueblecito llamado Oxenhope. ¿Lo conoces? Está en Yorkshire, junto a la carretera, en la región donde nacieron las hermanas Brontë. ¿Cuál es mejor...: *Cumbres borrascosas*?

NJ: Robert violó a una mujer que vivía en Yorkshire. Prue Kelvey.

JH: Eso me han dicho.

NJ: ¿Lo hizo?

JH: Deberías pedirle a Robert que te hable de las hermanas Brontë. En el caso de que vuelva a hablar contigo. O con alguien, en realidad. Él cree que quien tenía verdadero talento era Branwell. Robert siempre se pone de parte de los desamparados. Cuando era un adolescente tenía un póster de un cuadro de Branwell Brontë en la pared de su habitación... Un borracho vago y alegre de

cascos. Extraño, ¿verdad?, teniendo en cuenta lo duro que trabaja él.

NJ: ¿Qué estás insinuando?

JH: No me contó todo esto hasta después de casarnos. Se lo guardaba para él, decía, como solía hacer antiguamente la gente con el sexo. Doy por sentado que te habrás dado cuenta de la adicción de mi marido al placer por entregas. ¿Qué más? Su madre era la zorra del pueblo y su padre estaba metido en el Frente Nacional. Al final, abandonó a su familia por otra mujer. Robert tenía seis años. Eso lo dejó hecho polvo. Su madre nunca dejó de querer a su padre, aunque él se librara de ella y le pegara durante casi todo su matrimonio. A ella, Robert le importaba una mierda, aunque él la adoraba. Simplemente pasaba de él o lo criticaba. Y como cuando su padre se fue se quedaron en la miseria, ella tuvo que dejar de tirarse todo lo que llevara pantalones para ponerse a trabajar. ¿Adivina qué acabó haciendo?

NJ: ¿Ridículos adornos de porcelana?

JH: (*Risas*) No, pero era una mujer de negocios. Fundó su propia empresa, como tú y yo. Salvo que la suya era de sexo telefónico. Ganó mucho dinero con eso, bastante como para mandar a sus hijos a una escuela muy elegante. Giggleswick. ¿Te suena?

NJ: No.

JH: El padre de Robert nunca lo quiso. Lo consideraba el tonto y el problemático, el segundo; le habían engañado para tenerlo y él nunca lo había querido. Así que cuando su padre cogió y se fue, la madre culpó a Robert de que se largara. Robert se convirtió oficialmente en la oveja negra de la familia. A pesar de una costosa educación, suspendía los exámenes y acabó trabajando como cocinero en el Steak & Kebab House de Oxenhope. Quizás por eso se siente identificado con Branwell Brontë.

NJ: Podrías estar inventándotelo. Robert nunca me contó nada de todo esto. ¿Por qué debería creerte?

JH: ¿Acaso te queda otra elección? Es lo que yo te cuente o nada. Pobre Naomi. Se me parte el corazón.

NJ: ¿Por qué me odias tanto?

JH: Porque ibas a quitarme a mi marido, y era todo lo que tenía.

NJ: Si Robert muere no tendrás nada.

JH: (*Risas*) Te equivocas. Verás que he usado el pretérito: era todo lo que tenía. Ahora estoy bien. Tengo algo mucho más importante que Robert.

NJ: ¿Qué?

JH: Adivínalo. Es algo que tú no tienes, no puedo decirte más.

NJ: ¿Sabes quién me violó?

JH: Sí. (*Risas*) Pero no pienso decirte su nombre.

8/4/2006

—Las hermanas Brontë eran de Haworth —dijo Simón—. Robert se apellida Haworth.

—Lo sé.

Charlie había pensado lo mismo.

—¿Sabes cómo se llamaba el marido de Charlotte Brontë?

Ella negó con la cabeza. Era una de esas cosas que la mayoría de la gente no sabía, pero él sí.

—Arthur Bell Nicholls. ¿Recuerdas a la hermana de Robert Haworth, esa de la que él le habló a Naomi Jenkins?

—¡Dios! ¡Las tres hermanas! Juliet insinuó que estaban muertas.

—Por lo que parece, Haworth llevó muy lejos lo de identificarse con Branwell Brontë —dijo Simón, muy serio—. ¿Qué me dices de su apellido? ¿Piensas que es una coincidencia?

Charlie le dijo lo mismo que le había dicho ayer a Naomi Jenkins:

—No creo en las coincidencias. Gibbs está investigando lo de la escuela Giggleswick y lo de Oxenhope, o sea, que muy pronto deberíamos concretar algunas cosas. No me extraña que no consiguiéramos averiguar nada de esa maldita Lottie Nicholls.

—No me gustan esas conversaciones. —Simón apuró el té tibio que le quedaba en el vaso de porexpán—. Las dos mujeres locas de Robert Haworth. Me dan escalofríos.

Simón y Charlie estaban en la cantina de la comisaría, una sala de paredes desnudas y sin ventanas con una máquina de refrescos en una esquina. A nadie le gustaba ese sitio ni el té tibio y aguado que servían. Normalmente habrían tenido esa conversación en The Brown Cow tomándose algo decente, pero Proust le había comentado a Charlie que de ahora en adelante quería que sus agentes hicieran su trabajo *en* el trabajo y no, tirados en un sórdido club de striptease.

—Señor, la única prenda de ropa íntima que podrá encontrar en su regazo en The Brown Cow es una de las servilletas rojas de Muriel antes de que le sirvan el almuerzo —objetó Charlie.

—Al trabajo se viene a trabajar —gruñó Proust—. No a satisfacer nuestras papilas gustativas. Un rápido bocado en la cantina..., ese ha sido mi almuerzo durante veinte años y no me habéis visto quejarme.

Era divertido, porque eso fue exactamente lo que vio Charlie. Como de costumbre, Muñeco de Nieve se puso de un humor de perros al momento. Charlie le había pasado los precios del fabricante de relojes de sol más barato que había podido encontrar, un expicapedrero de Wiltshire, pero incluso ese le había dicho que el precio final, para la clase de reloj que quería Proust, sería de al menos dos mil libras. El superintendente Barrow había vetado la idea. Los fondos eran limitados y había otras prioridades. Como arreglar la máquina de refrescos.

—¿Sabes lo que me dijo ese cretino? —despotricó Proust—. Pues que en el vivero que hay cerca de donde vive venden relojes de sol por mucho menos de dos mil libras. Me ha dado su permiso para que compre uno. ¡Le da igual que esos sean de pie y aquí no tengamos un maldito jardín! ¡Le da igual que ni siquiera puedan marcar la hora! Ah, me olvidaba de mencionar lo más importante, inspectora: sí, en efecto, ¡Barrow no encuentra ninguna diferencia entre un reloj decorativo y uno de verdad que marque la hora solar! Ese hombre es un incordio.

—Proust —le oyó decir Charlie a Simón.

Ella levantó los ojos.

—¿Qué?

—Creo que lo que estamos haciendo no es ético. Lanzar a Naomi Jenkins dentro de una jaula con Juliet Haworth y utilizarla como cebo. Voy a hablar de ello con Muñeco de Nieve.

—Él lo autorizó.

—Él no sabe lo que han hablado. Esas dos mujeres nos están mintiendo. Así no vamos a ninguna parte.

—¡Ni te atrevas, Simón! —Con él las amenazas no funcionaban. Era un lunático propenso a creer que era el único guardián de la moral y la decencia. Otra cosa de la que había que culpar a su educación religiosa. Charlie suavizó el tono—. Mira, la mejor opción que tenemos para averiguar qué coño está pasando es dejar que esas dos sigan peleándose y esperar sacar algo en claro. De hecho, ya ha ocurrido: sabemos más cosas sobre Robert Haworth de las que sabíamos ayer. —Al ver la expresión de escepticismo de Simón, Charlie añadió—: Vale, puede que Juliet esté mintiendo. Todo lo que dice podría ser una mentira, pero yo no lo creo. Creo que hay algo que ella quiere que sepamos y que quiere que Naomi Jenkins sepa. Tenemos que darle tiempo para que eso ocurra, Simón. Y, a menos que tengas un plan mejor, te agradecería que no fueras a lloriquearle a Proust y trataras de convencerlo para que desbarate el mío.

—Crees que Naomi Jenkins es más fuerte de lo que parece —dijo Simón sin alterar su tono de voz. Charlie se dio cuenta de que ya había dejado de morder el anzuelo—. Podría venirse abajo en cualquier momento, y cuando eso suceda, te sentirás como una mierda. No sé qué es lo que hay entre esa mujer y tú...

—No seas ridículo...

—Vale, es inteligente, no es esa clase de gentuza con la que solemos enfrentarnos, pero tú la tratas como si fuera una de nosotros, y no lo es. Esperas demasiado de ella y le cuentas demasiadas cosas...

—¡Oh, vamos!

—Se lo cuentas todo para ponerla en contra de Juliet, porque estas convencida de que Juliet fue quien intentó matar a Haworth, pero ¿y si no fue ella? No ha confesado. Naomi Jenkins nos ha mentado desde el principio, y yo digo que sigue mintiendo.

—Está ocultando algo —reconoció Charlie.

Tenía que ocuparse personalmente de Naomi. Estaba segura de que si hablaban a solas podría sacarle la verdad.

—Ella sabe algo sobre lo que Juliet no quiere decirnos —dijo Simón—. Juliet es consciente de ello y no le hace ninguna gracia. Quiere ser la que tiene toda la información y soltarla poco a poco. En mi opinión, va a dejar de hablar; no dirá nada más. Es la única forma en que puede ejercer su poder.

Charlie decidió cambiar de tema.

—¿Cómo está Alice? —dijo, como quien no quiere la cosa. Era la pregunta que había decidido no hacer nunca. «Maldita sea». Ahora ya era demasiado tarde.

—¿Alice Fancourt?

Simón parecía sorprendido, como si llevara un tiempo sin pensar en ella.

—¿Acaso conocemos a otra?

—No sé cómo está. ¿Por qué iba a saberlo?

—Dijiste que ibas a verte con ella.

—Ah, vale. Bien, pues no lo hice.

—¿Lo cancelaste?

Simón parecía perplejo.

—No. No llegué a quedar para verla.

—Pero...

—Lo único que dije fue que quizás me pusiera en contacto con ella para ver si le apetecía quedar. Pero al final decidí no hacerlo.

Charlie no sabía si echarse a reír o lanzarle té frío a la cara. La ira y el alivio libraban una batalla, pero la sensación de alivio era más leve y no tuvo ninguna opción.

—Maldito cabrón —dijo Charlie.

—¿Qué?

Simón adoptó su expresión más inocente: el desconcierto de hombre que de repente se ve asaltado por un problema que no ha sido capaz de prever. Lo que lo hacía todo incluso más irritante es que era sincero. En asuntos profesionales, Simón podía ser arrogante y autoritario, pero en cualquier cuestión de índole personal era un corderillo. Peligrosamente humilde, había pensado Charlie a menudo. Su modestia le hacía pensar que nada de lo que decía o hacía era capaz de impactar a nadie.

—Me dijiste que ibas a quedar con ella —dijo Charlie—. Pensé que estaba decidido. Debías saber qué era eso lo que pensaría.

Simón negó con la cabeza.

—Lo siento. Si te di esa impresión, no era lo que pretendía.

Charlie no quería seguir hablando del tema. Le había demostrado que le importaba. Otra vez.

Cuatro años atrás, en la fiesta del cuarenta cumpleaños de Sellers, Simón había rechazado a Charlie de una forma difícil de olvidar. Pero no antes de que le diera esperanzas. Encontraron una habitación tranquila y oscura y cerraron la puerta. Charlie se sentó a horcajadas sobre Simón y se besaron. Que acabarían acostándose parecía algo previsible. La ropa de Charlie estaba apilada en el suelo, aunque Simón aún no se había quitado nada. Ella debería haber sospechado algo en aquel momento, pero no lo hizo.

Sin dar ninguna explicación ni disculparse, Simón cambió de opinión y salió de la habitación sin decir ni una palabra. Con las prisas, no se molestó en cerrar la puerta. Charlie se vistió a toda velocidad, pero no antes de que al menos nueve o diez personas la hubieran visto.

Charlie aún seguía esperando que le ocurriera algo que neutralizara en su memoria ese momento y que dejara de importarle. Graham, tal vez. Era mucho mejor para su ego que Simón y también más accesible. Puede que ese fuera el problema. ¿Por qué esa invisible barrera que rodeaba a Simón le resultaba tan atractiva?

—Ve a ver cómo le va a Gibbs —dijo Charlie.

Le resultaba extraño pensar que si no hubiese cogido el toro por los cuernos con respecto a lo de Alice no se habría inventado un novio llamado Graham. Y, si no hubiera hecho eso, puede que no se hubiese empeñado en que ocurriera algo con Graham Angilley cuando lo conoció. O puede que sí. ¿Acaso no era el *Tyrannosaurus Sex*, una devoradora de hombres?

Simón parecía preocupado, como si en aquel momento no fuera sensato levantarse e irse, aunque estaba claro qué era lo que deseaba hacer. Charlie no le devolvió su tímida sonrisa. «¿Por qué no me has preguntado ni una vez por Graham, cabrón? No lo has hecho ni una sola vez desde que le mencioné».

Una vez que Simón se marchó, Charlie sacó el móvil de su bolso y marcó el número de los chalets Silver Brae, deseando haber anotado el móvil de Graham. No tenía ganas de mantener una conversación forzada con la burra de carga.

—Chalets de Lujo Silver Brae, ¿dígame? Steph al habla, ¿en qué puedo ayudarle?

Charlie sonrió. La única vez que había llamado, desde España, fue Graham quien contestó al teléfono y no le había soltado todo ese rollo. Era típico de él obligar a la burra de carga a interpretar el papel de recepcionista, algo que él no haría ni en sueños.

—¿Podría hablar con Graham Angilley, por favor? —Charlie lo dijo con un marcado acento escocés.

Un purista habría dicho que no parecía escocesa, pero tampoco parecía ella, que era lo que importaba. El cambio de voz era meramente estratégico. A Charlie no le daba miedo enfrentarse a Steph —en realidad, tenía ganas de decirle a esa estúpida fulana lo que pensaba de ella en cuanto la viera; después de la diatriba que le había soltado en el despacho, se quedó demasiado atónita para responder—, pero ahora no era el momento para una escaramuza verbal. Charlie no dudaba que la burra de carga haría todo lo posible por impedir que hablara con Graham, de modo que el subterfugio era su mejor opción.

—Lo siento, pero Graham no está aquí en este momento.

Steph intentó que su voz sonara más refinada que la que le había oído a principios de semana. Foca engreída.

—¿No tendrá su número de móvil, por casualidad? —¿Puedo preguntar de qué se trata?

La voz de Steph sonó un poco nerviosa. Charlie se preguntó si su acento escocés no sería demasiado exagerado. ¿Acaso la burra de carga se imaginaba quién era?

—Oh, solo es una reserva. No es nada importante —dijo Charlie, echándose atrás—. Llamaré más tarde.

—No es necesario —repuso Steph, sonando de nuevo confiada. La hostilidad había desaparecido de su voz—. Puedo ayudarla con eso, aunque antes haya hablado con Graham. Soy Steph, la gerente.

«Tú eres la maldita burra de carga, embustera», pensó Charlie.

—Ah, vale —dijo. No quería complicarse la vida haciendo una falsa reserva que luego habría que cancelar, pero no se le ocurría ninguna salida. Steph estaba ansiosa por demostrar su eficiencia—. A ver... —empezó Charlie, indecisa, esperando pasar por una escocesa muy ocupada que estaba consultando su agenda.

—En realidad... —dijo Steph, en plan conspirador, y llenando el silencio de la conversación—, y no le diga a Graham que le he dicho esto, es mejor que hable conmigo. Mi marido no es muy minucioso con las tareas administrativas. Siempre suele tener la cabeza en otro sitio. He perdido la cuenta de las veces que se ha presentado gente y yo no tenía ni idea de que iban a venir.

Charlie tragó una bocanada de aire mientras la conmoción se adueñaba de ella. Se quedó sin aliento, como si alguien la hubiera pinchado en el estómago.

—Oh, no pasa nada —continuó Steph, segura de sí misma—. Yo siempre lo soluciono y todos contentos. Nosotros solo tenemos clientes satisfechos —dijo, con una risa tonta.

—Su marido —dijo Charlie, en voz baja. Sin acento escocés.

Steph no pareció darse cuenta del cambio de pronunciación ni de humor.

—Lo sé —dijo—. Debo de estar loca por vivir y trabajar con él. Aun así, como les digo siempre a mis amigas, al menos no sufriré el shock que padecen muchas mujeres cuando sus maridos se retiran y están siempre en casa. Estoy acostumbrada a cruzarme a todas horas con él.

Mientras Steph hablaba, Charlie sentía que se desinflaba.

Cuando Charlie volvió a la sala del DIC y se encontró con Gibbs esperándola prácticamente junto a la puerta, con el rostro crispado por la impaciencia, lo primero que pensó es que no podía hacerlo, que no podía hablar con él. No en ese momento. Las conversaciones con Chris Gibbs exigían mucha energía y cierto coraje. Necesitaba una hora para estar sola. Media hora, como mínimo. Pero había que aguantarse. Aquel no era el tipo de trabajo que permitiera esas cosas.

Ir directamente hacia allí había sido un error. Al volver de la cantina, Charlie pasó por delante de los servicios de señoras y pensó en entrar para

escondirse hasta que estuviera nuevamente lista para enfrentarse al mundo. Pero ¿quién coño sabía cuándo ocurriría eso? Y si se encerraba en el excusado se echaría a llorar y luego tendría que esperar un cuarto de hora para recuperar su aspecto normal. Y entrar en la sala del Departamento de Investigación con ganas de llorar no era una opción. «Estupendo», pensó. Por el amor Dios, ¡hacía menos de una semana que había conocido a Graham Angilley! En total, lo había visto tres veces. No debería costarle olvidarse de él.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Gibbs—. Tengo información sobre Robert Haworth.

—Fantástico —repuso Charlie, con voz débil.

No quería preguntarle qué había averiguado hasta estar segura de que podía quedarse y escucharle. Era evidente que tarde o temprano tendría que ir al baño.

—Diría que la espera ha merecido la pena. —En los ojos de Gibbs había una expresión de triunfo—. La escuela Giggleswick y Oxenhope..., ambas cosas son ciertas. ¿Inspectora?

—Lo siento. Continúa.

—Me dijiste que era urgente. ¿Quieres oírlo o no?

Gibbs volvió la cabeza hacia ella mientras hablaba, como un pavo enfadado. Su lenguaje corporal intimidaba. En aquel momento, a Charlie no podría importarle menos el lugar donde se había criado Robert Haworth.

—Dame cinco minutos, Chris —dijo Charlie. Aquello asustó a Gibbs. Hasta entonces, ella nunca se había dirigido a él por su nombre de pila.

Charlie abandonó la sala y se quedó en el pasillo, apoyada contra la pared. Los servicios de señoras eran una gran tentación, pero se resistió a ella. Echarse a llorar no era ninguna solución —se negaba con todas sus fuerzas a hacerlo—, pero necesitaba tiempo para digerir la noticia. No podía estar rodeada por ningún miembro de su equipo mientras siguiera sintiendo ese peso en su interior, mientras aquella avalancha de ideas siguiera inundándola. «Cinco minutos es todo cuanto necesito», pensó.

Si Steph no sabía que era Charlie quien estaba al teléfono, entonces, ¿por qué había mentido? No lo haría.

Steph sabía que Graham había pasado parte de la noche del miércoles en el chalet de Charlie, que había estado en la cama con ella. En el despacho, después de la discusión sobre el ordenador, Graham le ordenó a Steph que, por la mañana, les sirviera el desayuno en la cama. Lo había especificado claramente: en la cama de Charlie, dijo. «Ahí es donde estaremos». Había alardeado de su infidelidad delante de su mujer.

Y Charlie no era la única, o al menos la única de la que Steph tenía noticia. También estaba Sue, la estatua. Y un montón de mujeres que se habían alojado en los chalets, si es que había que dar crédito a Steph.

¿Le había mentido Graham? Técnicamente no. Reconoció que se había acostado con Steph en más de una ocasión.

Sí, el cabrón había mentido.

No solo llamaba «burra de carga» a Steph, sino que además la trataba como tal. La trataba muy mal. No era extraño que Steph se hubiese enfrentado a Charlie. Y aun así seguía con Graham y había bromeado sobre él por teléfono. «Mi marido no es muy minucioso con las tareas administrativas». ¿Por qué seguía con él?

Graham le había contado a Charlie lo de la raya blanca de Steph, esa parte de la piel que no alcanzaba la cama solar.

¿Qué le habría contado a Steph sobre su anatomía?

A pesar de las protestas de Charlie, había insistido en llamar «Gordita» a Olivia.

Todos los hechos, todas las desagradables verdades surgieron en medio de la bruma de rabia y confusión que bullía en la cabeza de Charlie. Sabía lo que era eso; ya había vivido algo parecido cuando Simón la apartó de su regazo en la fiesta de Sellers y desapareció en medio de la noche: primero experimentó un terremoto y luego un montón de réplicas, menos intensas, que eran como unos eslabones subsidiarios asociados a la pena y el horror. A la luz de lo que sabía ahora, había un montón de pequeños incidentes que había que reconsiderar. A veces se planteaban todos de golpe y era como ser acribillado por unas balas pequeñas pero mortales.

Solo podía tenerse una visión de conjunto de lo ocurrido después de haber sido acribillado y de que los temblores hubieran cesado. Al final, las sucesivas sacudidas, las más grandes y las más pequeñas, llegaban a su fin y se recuperaba algo de estabilidad; entonces, como si fuera un jersey viejo, uno se adaptaba a su miseria.

Charlie no quería a Graham. Por el amor de Dios, tuvo que esforzarse en borrar de su mente a Simón incluso mientras lo estaban haciendo. De modo que difícilmente se trataba del romance del siglo. Si Graham la hubiese telefoneado y le hubiera dicho que le llamara algún día, habría estado bien. No era como perderle de golpe; pero así sentía que había hecho el ridículo. Se sentía totalmente humillada, y más al pensar ahora que Steph debía haber adivinado quién era la misteriosa escocesa que había llamado. Seguramente Graham y ella debían estar riéndose de ella a mandíbula batiente.

Aquello se parecía demasiado a lo que Simón le había hecho, y Charlie no podía soportarlo. Se preguntaba si aquella clase de humillaciones solo eran cosa suya o era algo que también le ocurría al resto de la gente.

Quería que Graham pagara de algún modo por lo que había hecho, pero si ella decía o hacía algo, él sabría que le importaba. Responder a su humillación sería como admitirla, y Charlie sería una estúpida si les diera esa satisfacción a él o a Steph.

Apoyada aún contra la pared del pasillo, marcó el número de Olivia. «Por favor, contesta, por favor», pensó, tratando de transmitirle esas palabras a su hermana por telepatía.

Liv no estaba. Había cambiado el mensaje del contestador. Aún decía: «Soy Olivia Zailer. Ahora no puedo atenderte, así que deja tu mensaje después de la señal», pero había añadido algo: «Estoy especialmente ansiosa por recibir mensajes de alguien que quiera deshacerse en disculpas conmigo. Devolveré cualquier llamada de esa índole». Su tono de voz era duro, pero no le quitaba méritos al tranquilizador mensaje. Charlie se secó de inmediato las dos lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas.

—Aquí tienes el mensaje que estabas esperando —le dijo al contestador de su hermana—. Me deshago en disculpas y mucho más. Soy una auténtica gilipollas y me merezco pasar por la quilla, aunque creo que ahora ya no hacen eso con la gente... —Se interrumpió bruscamente, consciente de que parecía Graham. Era una de esas bromas que él habría hecho: larga y forzada—. Llámame esta noche, por favor. Una vez más, mi cabeza y mi vida están hechas una mierda... Lo siento, sé que me estoy poniendo un poco pesada, y puede que si esta noche no vienes en mi rescate me tire a las vías del tren. Si estás libre esta noche y no te molesta ir a Spilling, por favor, ven a verme. Por favor. Dejaré la llave en el sitio de siempre.

—¡Por el amor de Dios, inspectora!

Gibbs apareció en el pasillo. Charlie se dio la vuelta para mirarle.

—Si te vuelvo a pillar escuchando a escondidas una de mis llamadas, te corto los huevos, ¿te has enterado?

—Yo no...

—¡Y no me insultes ni me des órdenes! ¿Queda claro?

Gibbs asintió con la cabeza, rojo como un pimiento.

—Vale. —Charlie respiró profundamente—. Estupendo. Entonces, ¿qué has averiguado sobre Haworth?

—Esto te va a encantar. —Por primera vez en muchas semanas, parecía que a Gibbs no le importara dar buenas noticias. Si Charlie hubiera invertido dinero para que él mejorara su actitud seguro que no habría notado ninguna mejora. Tal vez debería echarle broncas más a menudo—. Lo que Juliet Haworth os contó a ti y a Waterhouse era verdad: el zorrón de su madre tenía una línea erótica, el padre estaba metido en política de extrema derecha, tiene un hermano mayor, sus padres se divorciaron, la escuela Giggleswick...

—¿Y qué me dices de su apellido? —le interrumpió Charlie.

Gibbs asintió con la cabeza.

—Esa era la razón por la que no encontrábamos nada sobre él: no se llamaba Robert Haworth; se cambió de nombre.

—¿Cuándo?

—Esto también es interesante. Fue tres semanas después de que conoció a Juliet Haworth en el videoclub. Pero he hablado con los padres de ella, los Heslehurst, y siempre lo han conocido como Robert Haworth. Así dijo llamarse.

—Entonces ya pensaba cambiárselo desde hacía un tiempo —dedujo Charlie en voz alta—. Y eso fue mucho antes de que violara a Prue Kelvey. ¿No pretendería borrar sus antecedentes penales?

—No. Nada de nada. Está totalmente limpio.

—Entonces, ¿a qué se debe el cambio de nombre? —pregunto Charlie, pensativamente—. ¿Lo hizo porque idolatraba a Branwell Brontë?

—Se crio en Haworth Road, en el número cincuenta y dos. Su nuevo apellido es el nombre de la calle donde vivía. En cualquier caso... con o sin antecedentes penales, seguro que tiene algo que ocultar.

—¿Por qué no se despierta de una puñetera vez para que podamos interrogarle? —espetó Charlie.

—Puede que lo haga, inspectora.

—No lo hará. Aún sufre ataques epilépticos. Cada vez que hablo con la enfermera me cuenta algo nuevo, y no es bueno: hernia de las amígdalas del cerebelo, necrosis hemorrágica de las amígdalas... ¿Te lo digo en cristiano? Se está muriendo. —Charlie suspiró—. Así pues, ¿Robert es su nombre de pila? Porque me dijiste «su nuevo apellido».

—Sí —repuso Gibbs—. Nació el 9 de agosto de 1965. Robert Arthur Angille. Un nombre extraño, ¿verdad? ¿Inspectora? ¿Qué...?

Gibbs se quedó mirando a Charlie cuando echó a correr por el pasillo y cruzó la puerta de doble hoja que conducía al vestíbulo. ¿Debía ir tras ella? Al cabo de unos segundos decidió que debía hacerlo. No le gustó el aspecto que tenía antes de salir corriendo: estaba pálida. Aterrorizada, casi. ¿Qué coño habría dicho? Tal vez no tuviera nada que ver con él. Había escuchado el final de su llamada y había dicho algo de que estaba hecha una mierda.

Se sentía un poco mal por haber descargado su frustración en la inspectora y sobre todo en Waterhouse y Sellers. Era él quien realmente se merecía eso.

La inspectora era una mujer, y la cabeza de una mujer funcionaba de otro modo. Debería haberla dejado salir del atolladero.

Gibbs corrió hacia el vestíbulo y salió afuera, pero ya era demasiado tarde. Charlie se había metido en su coche y estaba abandonando el aparcamiento.

TERCERA PARTE

Sábado, 8 de abril

En el cine, seguir a alguien en coche siempre parece complicado. Si la persona que va delante sabe que la siguen, se mete repentinamente por un callejón, va dando bandazos y, tras volar brevemente por los aires, acaba chocando y con el coche en llamas. Si no lo sabe, hay otros obstáculos: los semáforos cambian en el peor momento o aparece un camión enorme que adelanta a quien le está persiguiendo, y le impide ver algo.

Hasta ahora he tenido suerte. No me ha ocurrido nada de todo eso. Estoy en mi coche, siguiendo a la inspectora Zailer en su Audi plateado. Me la crucé mientras me dirigía a la comisaría para hablar con ella. Iba en la otra dirección, y al parecer tenía prisa. Con tres maniobras, hice un cambio de sentido en medio de la calle, bloqueando el tráfico en ambas direcciones, y la seguí.

A pesar de que la he seguido por toda la ciudad, no creo que Charlie Zailer me haya visto. Spilling no es de esos sitios donde hay otros conductores que te cortan el paso. Seguramente todo el mundo se dirige tranquilamente a alguna feria de artesanía o antigüedades. La única que parece tener prisa es la inspectora Zailer. Y yo, porque no puedo arriesgarme a perderla de vista. Intento no dejar espacio entre mi coche y el suyo. Si adelanta a alguien, yo hago lo mismo.

En la segunda rotonda que hay al final de High Street, gira a la derecha. Es la carretera que lleva a Silsford. Continúa durante varias millas, en medio del campo; los frondosos árboles que hay a ambos lados la convierten en un túnel. Jugueteo con la radio, distraída, buscando alguna música estridente que me impida darme a solas con mis pensamientos, cuando vuelve a girar vez. Estamos en una callejuela de casas adosadas de ladrillo rojo están alejadas de la carretera y tienen un pequeño patio cuadra en la entrada. Desde fuera, la mayoría parecen elegantes. Algunas están pintadas con colores muy vivos: verde jade, lila, amarillo. Hay coches aparcados en ambos lados de la calle, aunque queda algún hueco. La inspectora Zailer deja el coche de cualquier manera en mitad de la calle y baja del Audi. Consigo verle fugazmente la cara y veo que ha estado llorando. Mucho. Me doy cuenta de inmediato que no está aquí por algo que tenga que ver con su trabajo. Vive aquí; algo va mal, y ha vuelto a su casa.

Cierra la puerta del coche de golpe y abre la verja de madera roja, sin molestarse en cerrar el Audi. Yo estoy en mi coche, en medio de la calle, a solo unos metros de ella, pero no me ha visto. No parece ser consciente de lo que la rodea.

Mierda. No sé qué hacer. Si ha ocurrido algo malo, si se trata de alguna

desgracia familiar, no querrá hablar conmigo. Pero ¿a quién más puedo acudir? ¿Al subinspector Waterhouse? No lo convencería de que me llevara de nuevo al hospital para verte; da igual la información que pudiera darle a cambio. Siempre que estamos en la misma habitación percibo la aversión que siente hacia mí.

Qué ridícula soy. La inspectora Zailer, por muy mal que esté, sea cual sea el motivo, es la oficial al mando de tu caso. Y yo dispongo de nueva información que sé que ella quiere tener, sea cual sea su estado de ánimo.

Aparco en uno de los huecos que hay en la calle y me dirijo hacia su casa. Es más pequeña que la mía, y eso, en cierto modo, hace que me sienta culpable. Había dado por sentado que viviría en una casa mucho más grande y lujosa que la mía, ya que es una representante de la autoridad, aunque yo no siempre la haya acatado. No pienso acatarla ahora si me dice que no me llevara a verte. No he cambiado, Robert. Lo único que me importa eres tú, ahora y siempre.

Pulso el timbre, pero no obtengo ninguna respuesta. No sabe quién soy y no sabe que he venido a verla. Vuelvo a llamar, pulsando el timbre con más insistencia.

—¡Váyase! —grita ella—. Sea quien sea, ¡déjeme en paz, maldita sea!

Vuelvo a llamar. Al cabo de unos segundos, a través del cristal de colores de la puerta, veo que se acerca su borrosa silueta. Abre la puerta y da un paso atrás. Soy la última persona a quien desea ver. Pero me da igual. De ahora en adelante, no pienso dejar que me afecten las tonterías, sino que disfrutaré con ellas. Como tu mujer. Ella y yo tenemos más cosas en común que tú, ¿no es así, Robert?

—Naomi, ¿qué está haciendo aquí?

Charlie Zailer tiene los ojos húmedos e hinchados y la nariz roja.

—Iba a hablar con usted. Vi que se iba y la he seguido.

No le comento nada sobre su evidente angustia, dando por sentado que prefiere que no lo haga.

—Ahora no estoy en el trabajo —dice.

—Ya lo veo.

—No, quiero decir que... no estoy trabajando. De modo que esto tendrá que esperar.

Intenta cerrar la puerta, pero la mantengo abierta con el brazo.

—No puede esperar. Es importante.

—Entonces hable con el subinspector Waterhouse y cuénteselo. —Se apoya contra la puerta con todas sus fuerzas y trata de cerrarla de nuevo, pero yo doy un paso al frente y me meto en el vestíbulo—. ¡Fuera de mi casa, zorra! ¡Está loca! —grita.

—Hay cosas que debo contarle. Sé lo que vi a través de la ventana del salón de Robert y por qué sufrí el ataque de pánico.

—Cuénteselo a Simón Waterhouse.

—También sé por qué Juliet se comporta así. Por qué no está cooperando y por qué no le importa que usted crea que intentó matar a Robert.

—Naomi... —La inspectora Zailer suelta la puerta—. Cuando vuelva al trabajo, sea cuando sea, ya no voy a ocuparme del caso de Robert Haworth. Lo siento mucho y no quiero que se tome esto como algo personal, pero no quiero volver a hablar con usted. No quiero volver a verla ni a hablar con usted, ¿de acuerdo? Y ahora, ¿puede irse?

Siento que me invade el miedo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se trata de Robert? ¿Sigue con vida?

—Sí. Sigue igual. Por favor, váyase. Simón Waterhouse...

—Simón Waterhouse me mira como si fuera una extraterrestre, ¡siempre lo hace! Si me echa, no le contaré nada ni a él ni a nadie. Ninguno de ustedes sabrá nunca la verdad.

La inspectora Zailer me empuja hacia la calle y se dispone a cerrarme la puerta en las narices.

—Juliet no está implicada en las violaciones —le grito desde el patio—. Si se trata de un negocio, no tiene nada que ver con él. Nunca ha tenido nada que ver.

Ella se queda mirándome. Y espera.

—En el teatro... había una ventana —digo, sin aliento, entrecortadamente—. Pude verla cuando me ataron a la cama. Y vi lo que había fuera. Estaba muy cerca, a pocos metros. Solo recordé que había visto algo a través de esa ventana después de la pesadilla que tuve anoche. Siempre recordaba haber visto una ventana, pero eso era todo. No era consciente de que había visto algo más, pero tuve que verlo, debía estar en mi mente...

—¿Qué fue lo que vio? —pregunta la inspectora Zailer.

Tengo ganas de gritar, aliviada.

—Una casita. Un bungalow.

Hago una pausa para recobrar el aliento.

—Hay miles de bungalows —dice ella—. Ese teatro podría estar en cualquier parte.

—Uno así no. Era inconfundible. Pero esa no es la cuestión. —No soy capaz de hablar todo lo deprisa que quiero—. He vuelto a ver otra vez esa casa después de entonces, de la noche en que me atacaron. La vi a través de la ventana del salón de Robert. Era una de las casitas de porcelana de Juliet que había en el aparador con puertas de cristal. Es la misma casa, la que vi a través de la ventana mientras me violaban. Está hecha con ladrillos que parecen piedras, si es que eso tiene algún sentido. La piedra es del mismo color..., posiblemente sea piedra tratada. Y no eran lisas. Daba la impresión de que eran rugosas. Es difícil de explicar sin haberlo visto. La puerta era de color azul, en forma de arco...

—¿... y tres ventanas encima de la puerta, también en forma de arco?

Asiento con la cabeza. No me molesto en preguntar; sé que no va a responderme.

Charlie Zailer coge su chaqueta de una percha que hay en el vestíbulo y saca las llaves del coche del bolsillo.

—Vámonos —dice.

Permanecemos un rato en silencio, sin preguntas ni respuestas. Hay mucho que contar, pero ¿por dónde empezar? Volvemos a tomar High Street y giramos a la derecha donde está la Old Chapel Brasserie para seguir por Chapel Lane.

Te prometo que nunca iré a tu casa.

No es allí donde quiero ir. Tú estás en otro sitio.

—Quiero que me lleve de nuevo al hospital para ver a Robert —digo.

—Olvidelo —dice la inspectora Zailer.

—¿Se iba a meter en problemas por llevarme a verlo? ¿Es eso lo que le preocupa? ¿Tienes problemas en el trabajo?

Se echa a reír.

El número tres de Chapel Lane aún sigue dando la espalda a la calle. Me permito una pequeña fantasía: hace unos instantes tu casa daba a la calle, abierta y acogedora; solo se dio la vuelta ver que me acercaba. «Sé quién eres. Déjame en paz».

La inspectora Zailer aparca de cualquier manera; las ruedas de su Audi golpean el bordillo.

—Tiene que enseñarme esa casita de porcelana —dice—. Debemos averiguar si está ahí o solo se lo ha imaginado. ¿Cree que le va a dar otro ataque de pánico?

—No. Lo que me daba miedo era ser consciente de lo que vi... eso era lo que hacía que mi mente se bloqueara. Pero anoche superé el pánico. Debería haber visto cómo quedaron las sábanas... Parecía que se hubiesen caído a una piscina.

—Entonces, vamos.

Rodeamos tu casa. Todo está igual que el lunes: el jardín abandonado y lleno de trastos y las impresionantes vistas. ¿Cuántas veces te habrás quedado aquí de pie, en medio de este césped que se está muriendo, rodeado por los desechos de tu vida con Juliet, deseando huir hacia toda esa belleza que podías ver tan claramente pero que no estaba a tu alcance?

Tomo la delantera para dirigirme hacia la ventana. Cuando la inspectora Zailer me alcanza, le señalo el aparador apoyado contra la pared. La miniatura de la casa con la puerta en forma de arco está ahí, en la segunda estantería empezando por abajo.

—Es la que está junto a la vela —digo, tan conmovida como me hubiera sentido si no hubiese estado allí. Pero supongo que es fácil confundirse al tener la repentina certeza de que algo importante ocurre por casualidad.

Charlie Zailer asiente con la cabeza. Se apoya en la pared, saca un paquete de cigarrillos del bolso y enciende uno. Sus labios y sus mejillas están pálidos. El bungalow de cerámica significa algo para ella, aunque no sé exactamente qué, y me da miedo preguntárselo. Estoy a punto de comentar de nuevo la posibilidad de ir a verte al hospital cuando dice:

—Naomi. —Por su expresión, sé que se avecina otra conmoción y me preparo para el impacto—. Sé dónde está esa casa —dice—. Voy a subir al coche para ir a esa casa. El hombre que la violó estará allí cuando llegue. Voy a hacer que confiese aunque tenga que arrancarle las uñas, una por una.

No digo nada; tengo miedo de que se haya vuelto loca.

—La dejaré en una parada de taxis —dice.

—Pero ¿cómo...? ¿Qué...?

Se dirige hacia la puerta de entrada, hacia la calle. No se detendrá para contestar a mis preguntas.

—Espere —le digo, siguiéndola y corriendo para alcanzarla—. Voy con usted.

Me quedo en el mismo sitio donde Juliet lo hizo el lunes. La inspectora Zailer se queda donde yo estaba. La coreografía es la misma, pero el reparto ha

cambiado.

—Eso sería una insensatez, tanto para usted como para mí —dice—. Pondríamos en juego su seguridad y mi carrera.

Si lo hago, si voy con ella hasta allí, sea donde sea, y veo a ese hombre, entonces, pase lo que pase, nunca tendré que volver a pensar en mí como una cobarde.

—Me da igual —le digo.

Charlie Zailer se encoge de hombros.

—A mí también —dice.

8/4/2006

—¿Alguien ha visto a Charlie?

Simón estaba tan nervioso que, cuando aún estaban a cierta distancia de él, gritó a Sellers y a Gibbs con un tono de voz que normalmente no emplearía.

—Estábamos buscándote.

Sellers se detuvo junto a la máquina de refrescos que había frente a la cantina y se puso a rebuscar en su bolsillo para sacar unas monedas.

—Algo le ocurre —dijo Gibbs—. Pero no sé de qué se trata. Antes he hablado con ella y...

—¿Le dijiste el verdadero nombre de Robert Haworth?

—Sí, empecé a hablar con ella y...

—¡Mierda!

Simón se frotó la nariz, pensativo. Aquel asunto era grave. ¿Hasta dónde podía contárselo a Sellers y a Gibbs? Laurel y el maldito Hardy, pensó. Pero tenía que decírselo.

—... cuando le dije que Haworth se llamaba Robert Angilley se fue —continuó Gibbs—. Salió a la calle, se metió en su coche y se largó. No tenía buen aspecto. ¿Qué está ocurriendo?

—No pude localizarla, y a vosotros tampoco —dijo Simon—. Tiene el móvil apagado. Ella nunca hace eso... Ya conocéis a Charlie, nunca está ilocalizable y nunca se larga sin decirme adónde va. Por eso he llamado a su hermana.

—¿Y? —dijo Sellers.

—Malas noticias. Interrumpieron sus vacaciones; se suponía que estaban en España.

—¿Se suponía? —preguntó Gibbs.

Por lo que sabía, ahí es donde había estado la inspectora, adónde se largó cuando el caso de Robert Haworth empezó a complicarse.

—El hotel era horrible, de modo que ella y Olivia se fueron e hicieron otra reserva: en los chalets Silver Brae, en Escocia.

Sellers levantó la vista, salpicándose los dedos con chocolate caliente.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Los chalets Silver Brae? ¿Los que dirige el hermano de Robert Haworth? Acabo de apuntar su nombre hace diez minutos.

—Exacto —dijo Simón, muy serio—. Olivia cree que Charlie y Graham Angilley tienen... una especie de relación.

—¡No pudo estar allí más de un día!

—Lo sé.

Simón no creyó necesario contarles a Sellers y a Gibbs el resto de lo que le había dicho Olivia: que Charlie se había inventado un novio llamado Graham para ponerle celoso y que cuando conoció a un auténtico Graham aprovechó la ocasión para convertir su mentira en una verdad. En ese momento todo aquello le superaba como para ponerse a pensar. Se ciñó a los hechos importantes.

—Naomi Jenkins nos dio por error una tarjeta de los chalets Silver Brae cuando vino al lunes para denunciar la desaparición de Haworth; la confundió con su tarjeta profesional. Y cuando se fue, Charlie aún la tenía... Me la enseñó y me comentó que tenían una oferta especial. Evidentemente, cuando el hotel de España resultó ser un asco, se acordó de esos chalets.

—Espera —dijo Gibbs, tendiendo la mano para que Sellers le pasara su vaso. Este soltó un suspiro, pero se lo dio—. Entonces, ¿Naomi Jenkins tenía una tarjeta del hermano de Haworth? ¿Sabía entonces cuál era el verdadero nombre de Haworth? ¿Conocía a su familia?

—Ella tampoco contesta al móvil —repuso Simón—. Pero no lo creo. Estaba desesperada porque buscáramos a Haworth y lo encontráramos lo antes posible. Si hubiera sabido que él tenía un hermano o que había cambiado de nombre nos lo habría dicho el lunes, cuando vino. Nos dijo todo lo que pudo para ayudarnos a encontrarlo.

—Debía de saberlo —dijo Sellers—. No puede ser una coincidencia. A ver, ¿lleva encima una tarjeta del hermano de su amante y no tiene ni idea de quién es? ¡Y una mierda!

Simón asentía con la cabeza.

—No es una coincidencia. Todo lo contrario. Acabo de echar un vistazo a la página web de los chalets Silver Brae. Adivina quién la diseñó.

—Ni idea —dijo Sellers.

Gibbs fue más rápido en reaccionar.

—La mejor amiga de Naomi Jenkins, su inquilina, es diseñadora de páginas

web.

—Has dado en el clavo —dijo Simón—. Yvon Cotchin. Ella diseñó la página web de los chalets Silver Brae. Y también diseñó la de la empresa de relojes de sol de Naomi Jenkins.

Simón hizo una pausa, esperando ver expectación en sus caras, aunque todo lo que vio fue desconcierto. Aún no lo habían pillado. Su mente no era tan tortuosa como la de Simón, esa era la razón.

—A ver —dijo Simón—. Robert Haworth violó a Prue Kelvey. Eso lo sabemos porque lo han probado. También sabemos que no fue el autor de todas las violaciones. No fue él quien violó a Sandy Freeguard y a Naomi Jenkins, pero alguien lo hizo; alguien con quien es muy probable que trabajara Haworth, dado que el *modus operandi* es idéntico.

—¿Estás diciendo que se trata de su hermano, Graham Angilley? —preguntó Sellers. Aún estaba esperando que Gibbs le devolviera el vaso.

—Ojalá estuviera equivocado, pero no creo que lo esté. Si Angilley es el otro violador, eso explicaría por qué sabía tantas cosas sobre Naomi Jenkins. En la página web hay información personal sobre ella y también figura su dirección, que es la misma de su empresa. Estoy convencido de que esa fue la forma en que la eligió como víctima: a partir de una lista de antiguos clientes de Yvon Cotchin. Si Cotchin diseñó la página web de Jenkins antes que la de Angilley, puede que le dijera que echara un vistazo a otras páginas que había diseñado para que se hiciera una idea de su trabajo.

—Joder —dijo Sellers en voz baja.

—Prue Kelvey y Sandy Freeguard... —empezó Gibbs.

—Sandy Freeguard es escritora y tiene su propia página web, con información personal y fotos, igual que Jenkins. Y la empresa para la que trabajaba Prue Kelvey tenía una página web independiente para cada uno de sus empleados con información personal y profesional y una fotografía. Por eso Angilley y Haworth sabían tantas cosas acerca de ellas.

—Naomi Jenkins fue violada antes que Kelvey y Freeguard —dijo Gibbs.

—Exacto. —Unos minutos antes, Simón había seguido la misma pista—. Puede que fuera un momento crucial para Angilley y Haworth. Ambos habían estado vendiendo entradas para las violaciones en vivo al menos desde 2001. Eso lo sabemos por la fecha de la historia de la superviviente número treinta y uno. Fuera cual fuera el criterio que seguían al principio para elegir a sus víctimas, creo que todo cambió cuando Angilley encargó la página web de sus chalets. Si Yvon Cotchin le dijo que echara un vistazo a sus otros trabajos, incluida la página de Naomi Jenkins...

—Eso sería una bomba —dijo Sellers—. ¿Y si la página de los chalets fuera más antigua que la de Jenkins?

—Lo comprobaré —dijo Simón—. Pero no creo que lo sea. Así fue como Graham Angilley conoció a Naomi Jenkins. Se daría cuenta de que en Internet había cientos de víctimas potenciales, todas con su página web. En cualquier caso, no podía violar solo a mujeres para quienes Yvon Cotchin hubiera diseñado una página web, ¿verdad? Eso habría sido demasiado evidente, demasiado arriesgado. De modo que él y Haworth diversificaron y empezaron mirar páginas web de cualquier mujer que trabajara...

—Con fotos, para así poder decidir si les gustaban —dijo Gibbs—. ¡Qué hijos de puta!

Simón asintió con la cabeza.

—La página web de Sandy Freeguard la diseñó Pegasus. Y otra firma diseñó la de la empresa de Kelvey... Acabo de hablar por teléfono con el gerente.

—¿Y cómo encaja la inspectora en todo esto? —preguntó Sellers.

Siguió rebuscando en el bolsillo para sacar más monedas, pero no encontró ninguna. Gibbs se había terminado el chocolate; el bigote de espuma marrón que lucía daba fe de ello.

—Te lo cuento dentro de un minuto —dijo Simón, deseoso por dejar de pensar en esa parte del asunto tanto como pudiera—. Naomi Jenkins consiguió la tarjeta de los chalets Silver Brae a través de Yvon Cotchin; no tenía ni idea de que tuviera ninguna relación con Robert Haworth.

Sellers y Gibbs lo miraron con escepticismo.

—Pensad en ello. Efectivamente, Cotchin había trabajado para Graham Angilley; le había ayudado a lanzar su empresa. Seguro que le mandó un montón de tarjetas para que ella las repartiera. Naomi cogió una y pensó, como cualquiera, que los chalets Silver Brae solo eran un lugar para pasar las vacaciones cuya página web había diseñado su amiga. No tenía ni idea de que el hermano de su novio era el propietario y el gerente. —Simón dejó de hablar.

—O que el hermano era el cabrón que la había secuestrado y violado —dijo Gibbs.

—Eso es. En este caso no ha habido coincidencias, ni siquiera una. Cada parte de la respuesta a todo este lío está relacionada con las demás: Jenkins, Haworth, Angilley, Cotchin, la tarjeta...

—Y ahora con la inspectora.

Sellers parecía preocupado.

—Así es —repuso Simón, hablando casi sin aliento. Le daba la sensación de tener un bloque de cemento en el pecho—. Charlie consiguió la tarjeta de los chalets a través de Naomi Jenkins. No sabía que Graham Angilley tuviera algo

que ver con Robert Haworth hasta que tú le dijiste su verdadero nombre — dijo, mirando a Gibbs.

—¡Maldita sea! En cuanto se lo dije debió de pensar lo mismo que tú: que era muy probable que Angilley fuera el otro violador. Si ha estado follando con él...

—Por eso salió corriendo —dijo Simón—. Debe de sentirse de maravilla.

—Me siento como una mierda —dijo Gibbs—. Le he estado dando la paliza.

—No solo a ella —dijo Sellers, levantando las cejas hacia Simón.

—¡A tomar por culo! Vosotros os lo merecíais, pero ella no.

Simón tenía una conciencia muy activa; según algunos, hiperactiva. Sabía cuándo había hecho algo malo. No creía que ese fuera el caso de Chris Gibbs; sin embargo, Charlie Zailer no estaba libre de culpa.

—Voy a casarme en junio. Y los dos estáis invitados. Él es mi padrino —dijo, señalando a Sellers con la cabeza—. Y ha ido contando por ahí el polvo secreto que echará una semana antes. Pero no he oído nada sobre mi despedida de soltero. Probablemente, la noche antes de renunciar a mi libertad me sentaré frente a la televisión a ver solo a Ant y al maldito Dec^[3], mientras él saca de la maleta las cajas de condones vacías...

—Dame una oportunidad. —Sellers parecía avergonzado—. No me he olvidado de tu despedida de soltero. He estado ocupado, eso es todo.

Simón se dio cuenta de que sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas.

—Sí..., ocupado pensando en tu polla, como siempre —contraatacó Gibbs.

—Esto puede esperar —dijo Simón—. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos que contratar strippers y atarte desnudo a una farola. Estamos metidos en un buen lío.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Sellers—. ¿Adónde ha ido la inspectora?

—Olivia dice que Charlie le dejó un mensaje en su buzón de voz pidiéndole que fuera a verla más tarde, de modo que es evidente que esta noche piensa estar en casa, aunque ahora no esté allí. Iré más tarde y hablaré con ella. Mientras tanto... —Simón se rodeó con los brazos. Puede que ambos le mandaran a la mierda. No les culparía si lo hacían—. Sé que no debería pedíroslo, pero... ¿podríais mantener alejado a Muñeco de Nieve de todo esto?

Sellers abrió unos ojos como platos.

—¡Oh, mierda! A Proust le va a dar algo cuando... ¡Oh, *mierda*! La inspectora

y la principal sospechosa...

—Tendrá que retirarse del caso —dijo Simón—. Voy a intentar convencerla de que sea ella misma quien se lo cuente a Proust. No tiene que ser tan difícil. No es ninguna estúpida. —Lo dijo básicamente para tranquilizarse a sí mismo—. Es posible que haya sufrido un shock y necesite estar a solas para poder reflexionar.

Simón no quería pensar qué pasaría si Proust se enteraba antes de que Charlie se lo contara.

—¿Cómo podremos mantenerlo en secreto? —preguntó Gibbs—. Proust pregunta por ella cada cinco minutos. ¿Qué vamos a decirle?

—No tenéis que decir nada, porque ya habréis salido para Escocia. —Para asombro de Simón, ni Sellers ni Gibbs cuestionaron su autoridad—. Os traéis a Graham Angilley y a Stephanie, su mujer. Yo me ocuparé de Proust. Le diré que Charlie ha ido a Yorkshire para hablar con Sandy Freeguard, ya que es posible que hayamos identificado al hombre que la violó. Proust no lo pondrá en duda. Ya sabéis cómo es... Suele ser a primera hora de la mañana cuando se emplea a fondo en buscar responsables. —Al ver las caras que ponían, añadió—: ¿Se os ocurre alguna idea mejor? Si le contamos que Charlie se ha largado vamos a complicarle más la vida, y eso es lo último que necesita.

—¿Y tú que vas a hacer mientras nosotros nos vamos a la campaña escocesa para detener a un perverso? —preguntó Gibbs, desconfiado.

—Hablaré con Yvon Cotchin y luego con Naomi Jenkins si puedo dar con ella.

Sellers negó con la cabeza.

—Si Muñeco de Nieve se entera de todo esto, antes de que termine la semana los tres estaremos en un colegio dando charlas sobre cómo actuar en caso de incendio.

—No nos caguemos encima antes de tiempo —dijo Simón—. Charlie sabe que nos ha puesto en una situación muy comprometida. Apuesto a que estará de vuelta antes de una hora. Pasaos por The Brown Cow antes de salir, solo por si acaso. Si está allí, llamadme.

—Vale, jefe —dijo Gibbs sarcásticamente.

—Esto no es ningún juego.

Simón bajó la vista hacia el suelo. La idea de que Charlie estuviera sentimentalmente unida a Graham Angilley —un hombre que seguramente era un monstruo, un sádico violador— le preocupaba más de lo que era capaz de comprender o explicar. Se sentía casi como si eso le hubiera ocurrido a él, como si Angilley le hubiese atacado. Y si así era como él se sentía, no quería pensar en lo que debía suponer para Charlie.

Un policía vestido de uniforme se acercó por el pasillo, dirigiéndose hacia ellos. La conversación se cortó bruscamente. Simón, Sellers y Gibbs percibieron la conspiración de silencio flotando en el aire mientras el agente Meakin se acercaba.

—Lamento interrumpir —dijo Meakin, aunque lo único que había interrumpido era una ambiente de muda incomodidad—. Hay una tal Yvon Cotchin que quiere ver a la inspectora Zailer. La he hecho pasar a la sala de interrogatorios número dos.

—Otra coincidencia —dijo Gibbs—. Te ha ahorrado el viaje.

—¿Ha dicho qué quiere? —le preguntó Simón a Meakin. Detrás de él, oyó que Sellers decía: «Iba a organizarte una maldita despedida de soltero, ¿vale? Voy a hacerlo».

—Dice que su amiga ha desaparecido. Está preocupada por ella porque la última vez que la vio estaba muy alterada. Es todo cuanto sé.

—Estupendo, Meakin —dijo Simón—. Voy dentro de un minuto.

Una vez que se hubo ido el joven policía, Simón se volvió hacia Sellers y Gibbs.

—Alterada, desaparecida..., ¿a qué os suena?

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. —Al oír lo que había dicho Meakin, la primera idea que tuvo Simón fue demasiado paranoica y absurda; no merecía la pena comentarla. Sellers y Gibbs pensarían que estaba perdiendo el control. Decidió apostar sobre seguro—. No tengo ni idea —dijo—. Pero, si fuera un corredor de apuestas, apostaría a que esto tampoco es otra coincidencia.

—¿Por qué no iba a decirme adónde iba? —preguntó Yvon Cotchin—. Hicimos las paces; ya no estaba enfadada conmigo, si no lo estaba...

—No es probable que se trate de algo que haya hecho usted —le dijo Simón.

Llevaban menos de tres minutos hablando, pero Simón ya empezaba a ponerse nervioso: Cotchin no dejaba de retorcerse las manos y de morderse el labio. Parecía más preocupada por cómo se reflejaría en ella la inexplicable ausencia de su amiga que por el peligro que pudiera correr Naomi.

Simón había escuchado, aunque no personalmente, la teoría de Naomi Jenkins de que Robert Haworth había preparado la comida para el público que presenciaba las violaciones. Pensó que era posible, además de ser una buena razón para ocultarle a Jenkins que antes había sido chef.

Lo que Simón no alcanzaba a comprender, por mucho que lo intentara, era por qué Haworth querría iniciar una relación con Sandy Freeguard y Naomi

Jenkins sabiendo que su hermano las había violado. Volvió a pensar en las dos conversaciones que habían mantenido Naomi y Juliet Haworth. Charlie y él habían vuelto a escuchar las cintas hacía tan solo unas horas. «No ve a nadie de su familia. Oficialmente, Robert es la oveja negra». Pero su familia comprendía a un violador en serie, una fulana que practicaba sexo telefónico con desconocidos y un padre bruto y racista que apoyaba al Frente Nacional...

Simón se sintió agitado por dentro. Si Robert Haworth era la oveja negra de una familia corrupta, ¿no lo convertía eso, desde un punto de vista éticamente objetivo, en todo lo contrario? ¿En lo único bueno de una familia horrible?

Simón se moría por hablar con Charlie. Su escepticismo era la prueba del nueve para todas sus teorías. Sin ella, era como si le faltara la mitad del cerebro. Así pues, probablemente estuviera equivocado, pero aun así... ¿y si Robert Haworth supiera lo que su hermano Graham les hacía a esas mujeres y decidiera buscar a algunas de ellas para tratar de ayudarlas?

Pero ¿por qué no acudió simplemente a la policía?, habría dicho Charlie.

Porque hay gente que nunca haría eso, y ya está. ¿Entregar a un miembro de tu propia familia a la justicia? No; sería una traición demasiado grande, demasiado teatral.

Cuanto más trataba Simón de desbaratar su teoría, más dispuesta parecía esta a agenciarse unas alas y echar a volar. Si Robert estaba al tanto de las violaciones pero era incapaz de denunciarlas a la policía, debía sentirse doblemente culpable. ¿Cabía la posibilidad de que se hubiera impuesto la misión de tratar de compensar de otra manera a las víctimas de Graham?

«No, eso es una gilipollez». Robert Haworth violó a Prue Kelvey. Eso estaba fuera de toda duda.

—Ahora mismo, Naomi no piensa con claridad —dijo Yvon Cotchin, con lágrimas en los ojos—. Podría hacer cualquier locura.

Su voz sacó a Simón de sus pensamientos.

—Le ha dejado una nota diciendo que volvería más tarde —dijo. Era más de lo que había hecho Charlie—. Eso es una buena señal. Volveremos a pensar en ello si no aparece pronto.

—Puede que esto suene absurdo, pero... creo que puede haber ido a ese pueblo, al lugar donde se crio Robert.

—¿A Oxenhope?

Yvon asintió con la cabeza.

—Quería conocerlo. No con un objetivo concreto, solo porque tenía que ver con Robert. Hasta ahí llega su obsesión.

—¿Sabía Naomi que Robert Haworth no era su verdadero nombre? —preguntó Simón.

—¿Cómo? No, seguro que no. ¿Cómo...? ¿Cómo se llamaba antes?

Había llegado el momento de cambiar de tema.

—Yvon, tengo algunas preguntas sobre su trabajo que me gustaría que contestara. ¿Le parece bien?

Aunque no estuviera de acuerdo, Simón pensaba hacérselas de todos modos.

—¿Mi trabajo? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con Naomi o con Robert?

—Ahora no puedo comentar eso con usted; es confidencial. Pero, créame, sus respuestas nos serán muy útiles.

—De acuerdo —repuso ella después de una breve pausa.

—Usted diseñó la página web para la empresa de relojes de sol de Naomi Jenkins.

—Sí.

—¿Cuándo?

—A ver... No estoy segura —dijo, moviéndose nerviosamente en su silla—. ¡Ah, sí! Fue en septiembre de 2001. Estaba trabajando en ella cuando me enteré de que habían chocado dos aviones contra el World Trade Center. Un día horrible —dijo, estremeciéndose.

—¿Cuándo empezó a funcionar la página web? —preguntó Simón.

—En octubre de 2001. No me llevó demasiado tiempo.

—Usted también diseñó la página web para los chalets Silver Brae, en Escocia.

Yvon parecía sorprendida. Hizo una mueca. Simón supuso que estaba reprimiendo las ganas de volver a preguntarle a qué se debía todo aquello.

—Sí —dijo.

—¿Conoce a Graham Angilley, el propietario? ¿Fue así como consiguió ese trabajo?

—No he llegado a conocerlo personalmente. Es amigo de mi padre. ¿Le... ha ocurrido algo a Graham?

—Estoy seguro de que se encuentra bien —repuso Simón, sin importarle que

Yvon captara su malicioso tono de voz—. ¿Cuándo diseñó su página web? ¿Lo recuerda? —¿Habría algún otro atroz acto terrorista que activara su memoria?—. ¿Antes o después de la de Naomi?

—Antes —contestó, sin asomo de duda—. Mucho antes... En 1999 o 2000. Más o menos.

La decepción hizo que Simón se desanimara. La teoría de que Graham Angilley había visto la página web de Naomi Jenkins para hacerse una idea de cómo trabajaba Yvon Cotchin se había hecho trizas. Si se había equivocado con eso, ¿en qué más podía equivocarse?

—¿Está segura? ¿No pudo ser al revés, que diseñara primero la de Naomi y luego la de los chalets?

—No. Diseñé la de Naomi mucho después que la de Graham. Guardo todas mis viejas agendas de trabajo en casa..., en casa de Naomi. Si quiere puedo enseñarle las fechas exactas en las que trabajé en esas páginas.

—Eso sería de gran ayuda —repuso Simón—. También voy a necesitar una lista de todas las páginas web que ha diseñado desde que empezó a trabajar. ¿Es posible?

Yvon parecía preocupada.

—Todo esto no tiene nada que ver conmigo —protestó.

—No creemos que haya hecho nada malo —dijo Simón—. Pero necesitamos esa lista.

—De acuerdo. No tengo nada que ocultar, solo que...

—Lo sé. ¿Le suena el nombre de Prue Kelvey?

—No. ¿Quién es?

—¿Sandy Freeguard?

—No.

A Simón le pareció que estaba diciendo la verdad.

—De acuerdo —dijo Simón—. Tengo especial interés por saber para qué mujeres empresarias, como Naomi Jenkins, ha diseñado páginas web. ¿Algún nombre que pueda recordar ahora mismo?

—Sí, a ver... —dijo Yvon—. Mary Stackiewski, Donna Bailey...

—¿La artista?

—Sí. Creo que esas dos son las únicas que pueden resultarle familiares. Luego

había una mujer que dirigía una agencia matrimonial y otra que hacía miniaturas..., era la hija de mi...

—¿Juliet Haworth?

Simón la interrumpió, notando cómo se le erizaba el vello de los brazos. ¿Miniaturas? Tenía que ser ella.

—Esa es la mujer de Robert. —Yvon le miró como si se hubiera vuelto loco—. No sea ridículo. Nunca podría trabajar para ella. Naomi me ataría a la primera farola que encontrara y me dispararía como a un traidor...

—¿Y qué me dice de Heslehurst, Juliet Heslehurst? —la interrumpió Simón—. ¿Casas en miniatura?

Yvon abrió unos ojos como platos, asombrada.

—Sí —dijo, con voz débil—. Esa era la mujer que hacía miniaturas. La suya fue la primera página que diseñé. ¿Hay...? También se llamaba Juliet. ¿Se trata de...?

—Soy yo quien hace las preguntas. ¿Cómo conoció a Juliet Heslehurst?

—En realidad no la conocí. Joan, su madre, solía cuidar de mí cuando era pequeña, antes de tener hijos. Las familias siguieron en contacto y Joan le comentó a mi madre que su hija buscaba a alguien para que diseñara su página web...

—O sea, ¿que la página web de Juliet Heslehurst fue la primera que diseñó?

—Sí.

—¿Por casualidad no le sugeriría al señor Angilley que le echara un vistazo a la página web de Juliet Heslehurst para que se hiciera una idea de su trabajo?

Yvon se ruborizó. Unas gotas de sudor aparecieron en su labio superior.

—Sí —murmuró.

«Naomi me ataría a la primera farola que encontrara». Era la segunda vez en poco tiempo que Simón escuchaba la palabra «farola». La primera vez la había pronunciado él mismo, hablando de la despedida de soltero de Gibbs, la que Sellers se había olvidado de organizar. Simón se preguntó por qué a Gibbs le importaba tanto eso... Un hombre en su sano juicio querría evitar que lo desnudaran y lo ataran, que era lo que al parecer solía suceder en las despedidas de solteros...

El corazón de Simón se puso a latir más lentamente y al cabo de un momento empezó a golpear su pecho con fuerza. «Maldita sea —pensó—. Maldita, maldita sea».

Se disculpó y abandonó la sala, con el móvil en la mano. Había algunas cosas que empezaban a quedar terriblemente claras; la menos importante de ellas era que, a partir de ahora, todo el equipo tendría que recordar las largas semanas de malhumor de Chris Gibbs como algo a lo que había que estar agradecido, por muy desagradables que hubieran podido ser.

Sábado, 8 de abril

—Voy a parar en la próxima área de servicio —dice Charlie Zailer. Y entonces, como si acabara de ocurrírsele, pregunta—: ¿De acuerdo?

Su voz suena conmocionada. No me mira; no lo ha hecho desde que hemos salido. Habla mirando al frente, como si estuviera usando un manos libres para comunicarse con alguien que no estuviera aquí.

—Me quedaré en el coche —le digo.

Quiero encerrarme en mí misma, meterme en una caja metálica que me haga invisible. Esto ha sido un error. No debería estar aquí. ¿Cómo puedo saber que me está diciendo la verdad acerca de ese hombre y sobre dónde se encuentra?

Voy a volver a verle y no debería hacerlo en su terreno. Debería hacerlo en una comisaría de policía, en una rueda de reconocimiento. Siento estallar el pánico dentro de mi cabeza. No me encuentro bien. Tengo que decirle a la inspectora Zailer que pare el coche aquí, en el arcén. Cuando salimos hacía un día espléndido, pero llevamos más de una hora de trayecto y el cielo, aquí, está ligeramente gris y cubierto de nubes muy oscuras. Sopla el viento y la lluvia se estrella en diagonal contra el parabrisas. Me imagino congelada y empapada en la cuneta y no digo nada.

Levanto la vista al oír el débil y rítmico sonido del intermitente. Dejamos atrás las señales de fondo azul con líneas blancas: tres, dos, una. Lenguaje de autopista. En una ocasión me dijiste que las autopistas te parecían relajantes, incluso cuando estaban colapsadas.

—Tienen un ritmo especial —dijiste—. *Van* hacia algún sitio. —El intenso brillo de tus ojos: ¿acaso yo era capaz de entender que eso era muy importante para ti?—. Son mágicas, como un camino de baldosas amarillas para adultos. Y son hermosas. —Comenté que mucha gente no estaría de acuerdo contigo—. Pues son idiotas —dijiste—. Pueden guardarse sus preciosos edificios; no hay nada más impresionante que un largo carril de autopista gris que avanza hacia lo lejos. No hay otro sitio en el que me encuentre más a gusto, salvo cuando estoy contigo.

Ahuyento ese recuerdo de mi mente.

La inspectora Zailer se dirige a más velocidad de la debida hacia el aparcamiento del área de servicio. Observo mi regazo. Si me atrevo a mirar por la ventanilla puede que vea un camión rojo parecido al tuyo. Si entro, puede que vea una zona de restaurantes parecida a la del área de servicio de

Rawndesley East. Me quedo sin aliento al pensar que puede que aquí también haya un Traveltel.

—Debería entrar, tomar un café y estirar las piernas —dice la inspectora con brusquedad—. O ir al baño.

Las últimas palabras suenan muy bajito y se las lleva el viento.

—¿Quién es usted? ¿Mi madre?

Se encoge de hombros y cierra la puerta de golpe. Cierro los ojos y aguardo. No puedo pensar. Trato de iluminar mi cerebro con un foco y descubro que está vacío. Al cabo de unos minutos, oigo que se abre la puerta del coche. Huelo café y cigarrillos; la mezcla me da náuseas. Y luego oigo la voz de Charlie Zailer.

—El hombre que la violó se llama Graham Angilley —dice—. Es el hermano de Robert.

Siento cómo se me sube la bilis a la garganta. Graham Angilley. ¿Dónde he oído antes ese nombre? Y entonces caigo en la cuenta.

—Chalets Silver Brae —consigo decir.

—El teatro donde estuvo, donde estaba ese público..., no era un teatro. Era uno de los chalets.

Eso me obliga a abrir los ojos.

—Sí era un teatro. Había un escenario, con telón.

—Cada chalet tiene una habitación de matrimonio en el altillo. Es como una sala sin paredes, un cuarto de forma rectangular que pudo confundir fácilmente con un escenario. Y tiene unas cortinas para dar al ambiente un poco de intimidad.

Puedo verlo mientras habla. Tiene razón. Ese era el detalle que no era capaz de recordar sobre el telón... Sabía que había algo. No caía desde arriba, sino que estaba sujeto a una especie de riel. Si no me hubieran atado a la cama, si me hubiese podido levantar, habría podido mirar por encima.

Los chalets Silver Brae. En Escocia. Un sitio al que la gente va a pasar sus vacaciones y a divertirse. El lugar al que quería llevarte, Robert. No me extraña que sufrieras un shock cuando te dije que había hecho una reserva.

—Yvon, mi mejor amiga, diseñó la página web de ese sitio —digo—. No había ninguna barandilla de madera entre el público y yo, solo un riel metálico horizontal que recorría los tres lados del escenario.

—Puede que cada chalet sea ligeramente distinto —dice la inspectora Zailer—. O tal vez ese en el que se alojó usted aún no estuviera terminado.

—Así es. La ventana por la que miré..., no tenía cortinas. Y los rodapiés de madera aún no estaban pintados. ¿Por qué no lo había pensado antes?

—¿Qué más puede contarme? —pregunta la inspectora Zailer—. Sé que me ha estado ocultando algo.

Me quedo mirando las manos, apoyadas en mi regazo. Aún no estoy preparada. ¿Cómo sabe que se llama Graham Angilley? ¿Acaso ha estado en los chalets Silver Brae? Hay algo que no encaja.

—Muy bien —dice—. Hablemos del tiempo, entonces. Una mierda, ¿no? Me sorprende que diseñe relojes de sol en un país como este. Si alguien inventara un reloj de lluvia se haría millonario.

—Eso no existe.

—Sí, lo sé. Estaba diciendo tonterías. —Enciende un cigarrillo y abre un poquito la ventanilla. La lluvia se cuela a través de la rendija y me moja la cara—. ¿Qué opina de los relojes de sol que no marcan la hora, los que solo son decorativos?

—Estoy en contra —le digo—. No se tarda mucho en hacer un reloj como Dios manda. Un reloj de sol que no marca la hora no es un reloj de sol, solo es un trasto.

—Pero son más baratos que los de verdad.

—Porque son una porquería.

—Mi jefe quiere uno para nuestro edificio. Quiere uno de verdad, pero los poderes fácticos no dejan que se gaste el dinero en eso.

—Yo le haré uno —me oigo decir—. Puede pagarme lo que quiera.

Charlie Zailer parece sorprendida.

—¿Lo haría? No me diga que es un favor que me hace... No le creería.

—No lo sé. —Quizás sea porque si prometo diseñar un reloj para su jefe no me quedará otro remedio que sobrevivir a este viaje. Y si hablo como si pensara que voy a sobrevivir, puede que lo haga—. ¿Qué clase de reloj de sol quiere?

—Uno que pueda ir en la pared.

—Se lo haré gratis si vuelve a llevarme al hospital otra vez para ver a Robert. Tengo que verlo y ellos no me dejarán entrar sin usted.

—Le dije que lo dejara en paz. Y además es un violador. ¿Por qué quiere verle?

Nunca se lo imaginaría. Nadie sería capaz de imaginarse la verdad, salvo yo.

Porque yo te conozco muy bien, Robert. Sea lo que sea lo que sientes por mí, yo te conozco muy bien.

—Juliet Haworth no estaba implicada en las violaciones —digo—. Tanto si se organizaban por alguna clase de pervertido placer como si sacaban dinero con ellas... Fuera cual fuera al motivo, Juliet no tenía nada que ver en ello.

—¿Cómo lo sabe?

La inspectora Zailer aparta la vista de la carretera, interrogándose con su penetrante mirada.

—No tengo ninguna prueba que pueda demostrárselo —le digo— pero estoy segura de que es verdad.

—De acuerdo —dice, con voz cortante—. Entonces, esa miniatura en cerámica del chalet, el mismo que usted vio mientras la atacaban... Juliet solo se imaginó cómo era, ¿no es así? Inspiración divina. No tiene nada que ver con que ella organizara los espectáculos de las violaciones con la ayuda de Graham Angilley y de su marido y que supiera exactamente dónde tenían lugar.

—He dicho que ella no era la responsable de las violaciones, pero nunca he dicho que no hubiera visto ese chalet.

—Entonces..., ¿me está diciendo que Graham Angilley le pidió que hiciera una miniatura del chalet? ¿Porque para él tenía un significado especial aunque para ella no lo tuviera? —Fuma como una posesa mientras echa por tierra lo que ella cree que es mi teoría—. Sin embargo, Juliet nos contó lo que le había ocurrido a usted, ¡por el amor de Dios! Adivinó que usted había acusado a Robert de haberla violado... Conocía todos los detalles. Si no estuviera implicada, ¿cómo demonios iba a saberlo?

No puedo creer que aún no lo haya deducido. Se supone que es policía. Pero ella no te conoce, Robert..., por eso se ha quedado rezagada. Por eso yo me quedé rezagada la primera vez que hablé con Juliet en la sala de interrogatorios. En ese momento, tu mujer te conocía mejor que yo. Pero ahora ya no.

—Juliet sabía lo que me había ocurrido porque también le había ocurrido a ella. —¿Estoy diciendo esto en voz alta? Sí, parece que sí—. Ese hombre, Graham Angilley..., también la violó a ella.

—¿Qué?

La inspectora Zailer detiene el coche en el arcén. El chirrido de los neumáticos me hace estremecer.

—Piénselo. Todas las mujeres a las que Graham Angilley violó eran mujeres que habían triunfado profesionalmente. Juliet también, hasta que sufrió una crisis nerviosa. Esa fue la razón de que la sufriera: la habían violado. La

ataron a la misma cama que yo, en el mismo escenario... o en un altillo, da igual. Debía de haber público, hombres comiendo y bebiendo. Y mientras la ataban a la cama, vio exactamente lo mismo que yo a través de la ventana. Y luego hizo esa miniatura y la puso en el aparador del salón.

Dejo de hablar para llenar de aire los pulmones.

—Continúe —dice la inspectora Zailer.

—Ella ignoraba que Robert supiera lo que le había ocurrido, por lo que no pensó que la miniatura de la casa con la puerta de color azul en forma de arco le resultaría familiar... Al igual que yo, no le había contado a nadie lo que le habían hecho; se sentía demasiado avergonzada. No es fácil dejar de ser una mujer de éxito y convertirse en alguien de quien hay que compadecerse.

—Pero Robert sí lo sabía, ¿verdad? Y cuando esa noche conoció a Juliet en el videoclub no fue una casualidad.

—No. Ni cuando coincidió conmigo en el área de servicio. Debió de seguirnos a ambas durante semanas, puede que meses. Y también a Sandy Freeguard. ¿No dijo usted que ella chocó con su coche? Chocaron porque también la estaba siguiendo. Esa es la pauta: su hermano nos violó y Robert nos siguió hasta que fue capaz de concertar una cita.

—¿Por qué? —La inspectora Zailer se vuelve hacia mí, como si estando más cerca fuera a sonsacarme la respuesta—. ¿Por qué querría conocer y empezar una relación con las víctimas de su hermano?

No le contesto.

—Naomi, tiene que decírmelo o podría acusarla de obstrucción a la justicia.

—Acúseme de alta traición si lo desea. ¿Cree que me importa?

Charlie Zailer lanza un suspiro.

—¿Y qué me dice de Prue Kelvey? Ella no encaja en la pauta. Robert la violó y ella lo vio antes de ponerse el antifaz. No pudo *seguirla* e ingeniárselas para concertar una cita; no podía convertirse en su novio.

—Juliet intentó matar a Robert porque descubrió que, desde el primer momento, él estaba al corriente de su violación. Puede que la única razón que tuviera para casarse con él, o incluso para mirarlo a la cara, fuera que estaba convencida de que él no lo sabía y de que nunca lo sabría. A los ojos de él, su dignidad estaba intacta. No se sentía violada y avergonzada; era como solía ser antes. Pero Robert sí lo sabía, y Juliet lo descubrió y se dio cuenta de que él le había estado mintiendo durante años; le dejó que pensara que su secreto y su intimidad estaban a salvo, aunque en realidad, durante todo ese tiempo... —Trago aire, tratando de sofocar el ahogo que siento en mis pulmones—. Pensó que se había estado riendo de ella a sus espaldas, que toda su relación había sido una farsa y que él se había estado burlando de ella. El hecho de

que él conociera su secreto era una forma de tener poder sobre ella, un poder que podía emplear en cualquier momento o guardarse mientras lo deseara. Él no tenía por qué contárselo hasta que estuviera preparado; no tenía que contarle nada en absoluto si no quería hacerlo.

Charlie Zailer frunce el ceño.

—¿Me está diciendo que fue así o que es así como Juliet lo veía?

—Como ella lo veía. Le estoy explicando por qué Juliet intentó matarle.

Ella asiente con la cabeza.

—No volveré a hablar con Juliet. Esas conversaciones... No volveré a hacerlo.

Tu mujer ha perdido el control, Robert. Bueno, eso no necesito decírtelo, ¿verdad? Sería hablar de lo que es evidente. Hasta ahora ella ha disfrutado torturándome con su exasperante ambigüedad. Si vuelvo a hablar con ella, se volverá más explícita y pondrá en marcha una campaña de odio. Empezará a contarme cosas, y no puedo permitir que eso ocurra. La próxima vez que vaya al hospital quiero decirte lo que siento dentro de mi corazón y no lo que me han dicho. Existe una gran diferencia; la diferencia que hay entre el poder y la impotencia. Aunque la inspectora Zailer no lo haría, sé que tú sí lo entenderías.

—¿Cómo descubrió Juliet que Robert lo sabía? —me pregunta—. ¿También lo sabe? —El coche se inunda con un incómodo silencio, un silencio que estoy decidida a no romper—. Naomi, ¡este no es momento para callarse! ¿Por qué querría salir Robert con las mujeres a las que había atacado su hermano?

¿Por qué? —pregunta, tamborileando en el salpicadero con los dedos—.

¿Sabe? Todo lo que me ha contado sobre Juliet también podría ser cierto en su caso. Usted también ignoraba que Robert sabía lo que le había ocurrido, ¿verdad? Pero así era. Quizás sea usted la que piensa que él se estaba riendo a sus espaldas, ejerciendo alguna clase de poder sobre usted, manipulándola. Quizás quiera vengarse y por eso quiere ir al hospital..., para acabar lo que empezó Juliet.

—Quiero ver a Robert porque necesito hablar con él —digo—. Necesito explicarle algo. Algo que nos incumbe a ambos.

Solos tú y yo, Robert, y nadie más. Eso es lo que siempre he deseado.

8/4/06

Llegaron cuando empezaba a oscurecer. Charlie no se detuvo donde debería haberlo hecho, en la zona cubierta de grava donde los huéspedes de los chalets aparcaban sus coches, sino que siguió pisando el acelerador, aplastando el césped. Solo tenía una cosa en la cabeza y sentía la necesidad de seguir adelante sin parar, sin pensar demasiado. ¿Cuántas veces se habría preguntado, tanto sobre las víctimas como sobre los autores de un crimen, cómo lo habrían hecho, cómo habrían conseguido seguir adelante? Y ahora lo entendía: el truco consistía en no pararse a pensar, en evitar verse a uno mismo.

Charlie solo pisó el freno cuando la puerta azul en forma de arco quedó justo frente al parabrisas. El chalet en el que habían estado ella y Olivia. No hacía mucho tiempo se había apoyado en aquella puerta, mientras se fumaba un cigarrillo y hablaba con Simón por el móvil y Graham la esperaba en la cama. Habría sido muy fácil pensar: «Y ahora...», pero Charlie no iba a caer en esa trampa. Pensar en el pasado en relación con el presente y el futuro bastaría para confundirla, y no podía correr ese riesgo. Estaba allí para conseguir la información que necesitaba sobre Graham y Steph y solo debía concentrarse en eso.

Escuchó la entrecortada respiración de Naomi al mismo tiempo que la suya y recordó que no estaba sola en el coche.

—Es ese —dijo Naomi—. Ese es el chalet que vi a través de la ventana. — Señaló con el dedo el chalet de al lado, más grande que el que habían ocupado Charlie y Olivia; la pared de entrada, con dos ventanas, era de color pistacho—. Y en ese fue donde me violaron. Esa es la ventana.

Charlie no se molestó en preguntarle si estaba segura. Naomi miraba a su alrededor con ojos brillantes y penetrantes, como si intentara recordar cada detalle de aquel lugar para un futuro examen. Se preguntó cómo se sentiría si, en vez de lo que ocurrió, Graham también la hubiese violado. Si en vez de haber sido ella quien hubiera flirteado con él y lo hubiese seducido...

Dio un salto al escuchar un fuerte ruido en la ventanilla. Una mano con las uñas pintadas de rosa y con varias pulseras la golpeaba con los nudillos. Steph.

—¿Quién es?

Naomi parecía nerviosa.

Venir aquí había sido un error. Otro más. Charlie no estaba en condiciones de

interrogar a Steph ni de tranquilizar a Naomi. «Tengo que llamar a Simón», se dijo, y luego pensó que no era capaz de hacerlo. Ya debía saberlo. Era imposible que aún no lo supiera. Charlie pulsó el botón para bajar la ventanilla. El aire frío inundó el coche. Naomi se acurrucó en su asiento, rodeándose con los brazos.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —preguntó Steph—. No puedes aparcar aquí. No puedes conducir así por el césped.

—Demasiado tarde —repuso Charlie.

Steph se mordió el labio superior.

—¿Dónde está Graham?

—Eso es lo que iba a preguntarte.

—¡No seas estúpida! Pensé que estaba contigo. Pensé que los dos estabais pasando un bonito y romántico fin de semana juntos. Al menos eso es lo que él me dijo. No me digas que se ha encontrado a otra por el camino. ¡Típico de él!

Steph cruzó los brazos. A Charlie no le pareció que estuviera fingiendo.

—Entonces, ¿no está aquí?

—Que yo sepa, está en tu casa. Por cierto, ¿qué quieres?

Charlie sintió que la horrorizada mirada de Naomi se le clavaba en la piel. No podía mirarla y por eso fijó los ojos en Steph. Debería haberle contado a Naomi lo suyo con Graham; debería haber sabido que Steph lo dejaría caer. Pero eso habría implicado ser precavida, y ni siquiera Charlie era lo bastante autodestructiva como para hacer eso en aquel momento.

Charlie abrió la puerta del coche y bajó. Hacía mucho frío. Había dejado de llover, pero el césped y los coches que había en el aparcamiento estaban mojados. Las paredes de los chalets tenían manchas oscuras. Incluso el aire parecía estar lleno de humedad.

—Hablemos en tu despacho —dijo Charlie—. Por el bien de los huéspedes.

—¿De qué? No tengo nada que decirte.

Naomi se bajó del coche; tenía el semblante pálido y serio. Charlie se fijó en cómo cambió la expresión del rostro de Steph: pasó del enfado a la conmoción.

—¿Reconoces a Naomi? —le preguntó.

—No.

La respuesta de Steph fue demasiado rápida, automática.

—Sí, claro que la reconoces. Graham la violó, en ese chalet —dijo Charlie, señalándolo—. Había un público formado por varios hombres, cenando. Apuesto a que fuiste tú quien preparó esa cena, ¿verdad? Una de tus famosas comidas caseras.

—No sé qué pretendes.

Steph se puso roja como un pimiento. No mentía muy bien. Menos mal. Charlie pensó que no le llevaría demasiado tiempo conseguir que se viniera abajo.

—Ella no me vio —dijo Naomi—. Y yo tampoco la vi a ella. ¿Cómo podría reconocerme?

—Por las fotografías que Graham le sacó con su teléfono móvil y luego envió al suyo —dijo Charlie. Vio que Naomi se estremecía y pensó que tal vez había intentado olvidar ese detalle—. No es así, ¿Steph? Apuesto a que encontraría un montón de fotos si echara un vistazo. Seguro que eres lo bastante estúpida y Graham lo bastante arrogante para conservar algún recuerdo. ¿Dónde están las fotos de Naomi y de todas las demás mujeres? ¿En el despacho? ¿Entramos y echamos una ojeada?

—¡No puedes echar una ojeada a ningún sitio! No tienes ninguna orden de registro, o sea, que eso va contra la ley. Piérdete, ¿de acuerdo? ¡No pienso malgastar el tiempo con una de las muchas fulanas de mi marido!

El brazo de Charlie salió disparado y la lanzó al suelo. Steph se arrastró de rodillas y trató de decir algo, pero Charlie la agarró por el cuello.

—Podría haberla matado —dijo Naomi en voz baja.

Probablemente lo había dicho como una advertencia y no como la excelente idea que en realidad era.

—Tú sabes lo que hace tu marido, ¿verdad? —le espetó Charlie a Steph—. Tú estás al corriente de las violaciones. Eras tú quien preparaba las cenas. Seguramente vendías las entradas y te ocupabas de todo, como haces con los chalets, la parte legal del negocio.

—No —dijo Steph, jadeando.

—¿A qué se debió lo del cambio de sitio? ¿Por qué cambiasteis uno de los chalets por el camión de Robert? ¿Temíais que alguien reconociera el lugar? ¿O es que alguno de los huéspedes oyó gritos en plena noche y empezó a hacer preguntas?

Charlie disfrutaba clavando las uñas en la piel de Steph.

—¡Suéltame, por favor! ¡Me estás haciendo daño! No sé de qué me estás hablando.

—¿Sabías que Robert se cambió el apellido de Angilley por el de Haworth? —Charlie se movió, de tal modo que su boca quedó junto al oído de Steph—. *¿Lo sabías?* —dijo, gritando tanto como pudo. Le sentó bien, lo necesitaba para liberar su tensión.

—Sí. ¡No puedo respirar...!

—¿Por qué se cambió de apellido?

—¡Charlie, por el amor de Dios! La está estrangulando. Si no tiene cuidado la matará.

Charlie ignoró a Naomi. No quería saber cómo debía comportarse. Era demasiado tarde para eso.

—¿Por qué Robert se cambió de apellido? —volvió a preguntar Charlie, sintiendo cómo el cuello de Steph se estremecía bajo la palma de su mano.

—Él y Graham tuvieron una pelea. No se hablan desde entonces. Robert... ¡No puedo respirar! —Charlie apretó con menos fuerza, aunque solo ligeramente—. Robert no quería tener nada que ver con Graham ni con el resto de su familia. Ni siquiera con su apellido.

—¿Qué provocó la pelea?

—No lo sé. —Steph tosió para poder hablar—. Eso es asunto de Graham. Yo no tengo nada que ver.

Charlie le dio un puñetazo en el estómago.

—¡Y una mierda! ¿Qué te parecería si te propinaran una paliza mortal frente a un montón de gente? ¿A *cuánto* cobrarías la entrada por ver eso, eh? ¿Qué me dices de Sandy Freeguard? Te suena ese nombre, ¿verdad? ¿Juliet Heslehurst? ¿Prue Kelvey? Aunque a ella no la violó Graham, sino Robert. ¿Por qué? ¿A qué se debió el cambio, después de que Graham violó a todas las demás?

—No voy a decir nada hasta que hable con Graham —dijo Steph, sollozando. Se hizo un ovillo sobre el césped, agarrándose el estómago.

—No vas a hablar con él, zorra. Ni hoy ni durante muchísimo tiempo. ¿O qué crees, que os van a encerrar a los dos en una bonita celda amueblada para que juguéis a las casitas?

—Yo no he hecho nada. No sé de qué me estás hablando. No he hecho nada malo, ¡nada en absoluto!

Charlie sacó su bolso del coche y encendió un cigarrillo.

—Esa debe de ser una sensación muy agradable —dijo—. No haber hecho nada malo.

Steph no hizo intención de levantarse.

—¿Qué me va a pasar? —preguntó—. ¿Qué piensas hacer? Nada de lo ocurrido es culpa mía. Ya has visto cómo me trata Graham.

—¿Que nada de lo ocurrido es culpa tuya? —preguntó Charlie, sintiéndose mejor gracias a la nicotina.

Steph se cubrió el rostro con las manos. Charlie tenía ganas de volver a golpearla, y lo hizo.

—Si quieres pasarte el resto de tu vida en la cárcel es cosa tuya. Tú sigue negándolo todo. Pero si quieres evitar acabar en prisión, tienes varias opciones.

Sí. Steph era idiota si creía que había alguna forma de salir indemne de todo aquello. Si estaba implicada en la organización de las violaciones y sacaba provecho de ellas, estaría a la sombra durante mucho tiempo. Charlie no tenía ninguna duda de que en el despacho y en casa de Steph y Graham habría un montón de pruebas gráficas de sus delitos. Ni en sus peores pesadillas se habrían imaginado que iban a cogerlos. Charlie lo dedujo por la mirada de Steph y por su actitud. Graham debía haberle prometido que no había ningún peligro, que lo tenía todo bajo control.

¿Qué clase de estúpida zorra creería a un hombre como Graham Angilley?

Steph levantó los ojos.

—¿Qué opciones? —preguntó, mientras las lágrimas y los mocos resbalaban por sus mejillas.

—Dame una fotografía de Graham. Todo lo que necesito son las llaves de ese chalet —dijo, señalando la puerta de color pistacho—. Naomi debe identificar a ese hombre y ese lugar. Una vez que lo haya hecho, iremos al despacho y me contarás todo lo que quiero saber. Si me mientes en el más mínimo detalle, lo descubriré y me aseguraré de que te pudras en la cárcel más cochambrosa que pueda encontrar. —Charlie mintió con seguridad. En realidad, la policía no tenía ningún control sobre el lugar en el que los reos cumplían sus condenas. Puede que Steph acabara en el nuevo y acogedor complejo turístico de categoría D de Combingham. Toda la gente del DIC lo conocía como «el complejo turístico», porque tenía habitaciones en lugar de celdas y se decía que la comida que les daban a las presas era bastante decente.

Steph se tambaleó por el sendero que conducía hasta el despacho. La parte de atrás de su falda estaba mojada. Aunque había estado tumbada en el césped, Charlie estaba casi segura de que se había meado encima: el olor no engañaba. «Tendría que compadecerme de ella», pensó Charlie. Sin embargo, no lo hizo. En su interior no sentía ni un atisbo de la más mínima compasión por Steph.

—¿Y si Graham la obligó a hacerlo? —dijo Naomi—. ¿Y si realmente no sabe nada de todo el asunto?

—Sí lo sabe. Nadie la obligó a hacer nada. ¿Acaso no ve cuando alguien está mintiendo?

Naomi se frotó las manos y sopló.

—Usted y Graham... —empezó, indecisa.

—Vamos a dejar eso —la cortó Charlie.

Ni aunque lo hubiera intentado, Naomi no habría podido elegir peor las palabras.

La puerta del despacho se abrió y apareció Steph. Empezó a andar por el sendero, con paso más firme que antes. Se había puesto un chándal negro y unas zapatillas deportivas. Desde lejos, Charlie vio la fotografía que Steph llevaba en la mano y se dio cuenta de que Naomi daba un paso atrás.

—Solo es una foto —le dijo—. No puede hacerle daño.

—Ahórreme las chorradas de la terapia —le espetó Naomi—. ¿Cree que su cara puede hacerme algún daño después de todos estos años? ¿Y si vuelve? No estoy segura de poder hacer esto. ¿No podríamos irnos?

Charlie negó con la cabeza.

—Ya estamos aquí —repuso, como si aquella situación fuera algo irreversible. Así es como se sentía. Clavada allí, en los chalets Silver Brae, con el húmedo césped haciéndole cosquillas desde los tobillos hasta los muslos.

Steph parecía tan aterrada como antes. A medida que se aproximaba, empezó a hablar frenéticamente; estaba demasiado desesperada como para aguardar hasta acercarse del todo.

—Yo no sabía que violaban a esas mujeres —dijo—. Graham me dijo que eran actrices, que lo de hacerse la víctima era una comedia. Igual que cuando lo hacía yo.

—¿Cuando lo hacías tú? —repitió Charlie.

Le arrebató la fotografía a Steph y se la tendió a Naomi, que la miró durante un segundo y se la devolvió en seguida. Charlie quiso observarla, aunque sin éxito; Naomi se quedó mirando fijamente en dirección contraria, hacia unos árboles. Charlie metió la foto en el bolso y lo dejó en el asiento del conductor de su coche. No quería tener cerca una foto de Graham. ¿Por qué Naomi no decía nada? ¿Era o no era Graham el hombre que la había violado?

—La mayoría de las veces yo era la víctima —continuó Steph, sin aliento—. Yo era la mujer que Graham ataba a la cama, la que tenía que gritar, suplicar y

forcejear. Era agotador, porque además tenía que ocuparme de limpiar los chalets, de las reservas, de las confirmaciones...

—Cierra el pico —dijo Charlie, extendiendo la mano—. Dame la llave. Vete y espérame en el despacho. Y no hagas nada más, ¿me oyes? No intentes llamar a Graham al móvil. Si llamas a alguien, lo sabré. Puedo conseguir fácilmente la información a través de BT, tu compañía de teléfonos. Un paso en falso y te pasarás los próximos veinte años en una celda sucia y apestosa; no verás la luz del día hasta que seas una anciana, y cuando salgas es probable que alguien te apuñale por la calle. —Ojalá, pensó Charlie. Aun así, estaba disfrutando con la idea—. Las mujeres que son cómplices de un violador en serie no suelen ser muy populares —concluyó.

Gimoteando, Steph le tendió la llave y se alejó tambaleándose hacia el despacho.

—¿Y bien? ¿Es este el hombre que la atacó? —le preguntó Charlie a Naomi.

—Sí.

—¿Cómo sé que no está mintiendo?

«Por favor, que esté mintiendo».

Naomi volvió su rostro hacia ella y Charlie vio que se había puesto muy pálida; su piel era casi translúcida, como si se hubiera blanqueado tras el shock sufrido al ver esa cara, la cara de Graham.

—No quiero que sea él —dijo Naomi—. No quiero decir que sí. En cierto modo, es más fácil no saberlo, pero... es él. Este es el hombre que me violó.

—Echemos un vistazo al chalet y acabemos con esto de una vez —dijo Charlie, mientras se dirigía hacia la puerta, sosteniendo la llave entre el pulgar e índice, dispuesta a clavársela a cualquiera que se interpusiera en su camino. Al ver que Naomi no la seguía, se detuvo—. Vamos —dijo.

Naomi se quedó mirando fijamente la ventana.

—¿Por qué tengo que entrar? —preguntó—. Sé que este es el lugar.

—Puede que usted lo sepa, pero yo no —dijo Charlie—. Lo siento, pero en su declaración dijo que no vio por fuera el edificio en el que estuvo; necesito que identifique su interior.

Charlie abrió la puerta y entró a oscuras. Palpó las paredes que había a ambos lados de la puerta y encontró un panel de interruptores. La mayoría eran reguladores de voltaje. Probó varios hasta que se encendieron las luces. El chalet era igual que el que habían alquilado ella y Olivia, solo que más grande. En ese momento no parecía estar ocupado: no había ropa ni maletas. El sitio estaba vacío, salvo por los muebles, inmaculadamente limpios. Las cortinas de color rojo oscuro que había en el altillo estaban descorridas, y

Charlie vio una cama de madera. En la punta de los cuatro postes había una bellota esculpida.

Detrás de ella escuchó una fatigosa respiración. Cuando se dio la vuelta, vio que Naomi estaba temblando. Subió las escaleras del altillo, preguntándose si Graham habría escogido esa cama porque las protuberancias permitían atar fácilmente a alguien, un segundo pensó que iba a vomitar.

—¿Podemos salir de aquí? —preguntó Naomi desde abajo.

Charlie iba a contestarle cuando las luces se apagaron.

—¿Quién anda ahí? —gritó, al mismo tiempo que Naomi exclamaba:

—¡Charlie!

Se oyó un ruido sordo, el de la puerta del chalet cerrándose de golpe.

Sábado, 8 de abril

Nos rodea la peor de las oscuridades, esa que se apodera de ti y te hace pensar que nunca volverás a ver la luz del día. Pero la sensación solo dura un segundo. Oigo un zumbido y el interior del chalet se hace visible de nuevo. Pero solo un poco, porque todo parece de color gris. Una voz masculina dice:

—¡Mierda!

Veo dos siluetas en la penumbra: una de ellas es gruesa y la otra más flaca y sutil. La más corpulenta podría ser la tuya, Robert. Por un momento estoy convencida de que lo es y me da un vuelco el corazón. No pienso en la coincidencia del ADN y las mentiras que me has dicho, o en el apellido que compartes con tu hermano, el violador. No de inmediato, al menos. Pienso en tus besos, en la sensación que me producían y en cómo me sentí cuando me dijiste que me fuera y que te dejara en paz. Pienso en tu pérdida.

Poco a poco, la habitación se ilumina. El zumbido procedía del interruptor. Ninguno de esos dos hombres eres tú ni Graham Angilley. Mis hombros se hunden a medida que mi cuerpo se relaja. Son los subinspectores Sellers y Gibbs.

—¿A qué coño estáis jugando? —les grita Charlie—. ¡Casi me da un ataque al corazón!

Me quedo mirando a Gibbs, esperando que reaccione violentamente ante la reprimenda, pero no parece tan fiero como el miércoles pasado, en mi taller.

—Lo siento —dice—. He debido de apoyarme en el interruptor.

Sellers, el más grueso, está enfadado.

—¿Y a qué estás jugando tú? —dice—. Te has largado sin decir ni una palabra a nadie. ¿Qué se suponía que debíamos contarle a Proust?

Charlie no contesta.

—Conecta el maldito teléfono y llama a Waterhouse —dice Sellers—. Está fatal. Está más preocupado por ti que por tener que mentirle a Muñeco de Nieve. He visto a hombres cuyas mujeres han desaparecido que están mejor que él. Si no tiene noticias tuyas enseguida, Dios sabe lo que es capaz de hacer.

Charlie suelta un grito ahogado, como si lo que iba a decir la hubiera conmovido o estuviera muy preocupada.

—¿Dónde está Angilley?

Charlie me mira y luego se vuelve de nuevo hacia sus colegas.

—Será mejor que hablemos a solas. Espere aquí, Naomi. Vamos a salir afuera —dice, pero se detiene a medio camino—. A menos que sea usted quien prefiera salir.

Siento tres pares de ojos fijos en mí. No quiero quedarme aquí, en el lugar donde fui torturada, sobre todo sola, pero fuera correría peligro si Graham Angilley regresara de repente. Sería la primera persona a la que vería. Pero Steph dijo que creía que estaba en casa de Charlie.

—¿Por qué iba a estar en su casa Graham Angilley? —le pregunto.

La sospecha empieza a crecer dentro de mí al ver que Gibbs y Sellers parecen tan avergonzados como Charlie. Ellos saben algo.

—¿Qué está ocurriendo? —Trato de disimular que estoy suplicando la información, rogándoles que la compartan conmigo—. ¿Usted y Graham...? ¿Han estado saliendo juntos? ¿Se ha acostado con él?

Por muy demencial que suene, no se me ocurre otra explicación.

—¿Cómo? —le grito—. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Le conocía antes de conocerme a mí? Cuando le di esa tarjeta...

—Eso tendrá que esperar —me interrumpe Sellers—. Tenemos que hablar, inspectora.

Charlie se mesa el pelo con los dedos.

—Denos cinco minutos, Naomi. Por favor. Y luego hablamos ¿de acuerdo?

Ninguno de ellos se mueve y me doy cuenta de que me están mandando afuera. A toda prisa, me dirijo hacia la puerta, que parece estar a un millón de millas de distancia. La cierro detrás de mí. Tratar de escuchar a escondidas es inútil: las paredes son demasiado gruesas, la casa tiene una construcción muy sólida. Es como un contenedor sellado: no se oye nada.

Ya es de noche, pero en una de las paredes del chalet hay un foco. Me siento como si estuviera en medio del círculo de luz, atrayendo todo su resplandor. Si Graham Angilley aparece con su coche me verá de inmediato. Me pongo en cuclillas y levanto las rodillas, como una presa a la que estuvieran persiguiendo.

Empiezo a respirar entrecortadamente, jadeando. Hay demasiadas cosas que están relacionadas, demasiadas conexiones absurdas que no deberían existir. Tú no deberías ser el hermano del hombre que me violó. Yvon no debería haber tenido su tarjeta ni haber diseñado su página web. Charlie no debería haberse acostado con él, pero lo ha hecho, seguro.

Sellers y Gibbs no sabían que Charlie estaba en Escocia ni que yo la había acompañado. ¿Por qué se fue sin decírselo a nadie? ¿Por qué me llevó con ella? ¿Como una especie de cebo? Antes, cuando Sellers la miró, vi un shock en la expresión de su rostro. Una expresión casi de horror. Como si nunca hubiera pensado que ella fuera capaz de hacer lo que sea que haya hecho.

Podría volver a ocurrir.

Aquí estoy, en el lugar donde me violaron, con una mujer que me ha mentido alegremente a mí y a sus colegas. ¿Qué demonios estoy haciendo? Me pongo de pie. Necesito moverme, dejar de pensar y actuar antes de que mis sospechas se conviertan auténtico terror.

El bolso de Charlie está en el asiento del conductor de su coche. La puerta está cerrada, pero no con llave. La abro y registro su bolso, buscando las llaves. Si tuviera valor, huiría andando, pero no soy una gran corredora y este sitio está en medio de la nada.

Las llaves no están en el monedero ni en el bolsillo; no están en el bolso. Maldita sea. Desesperada, me agacho para echar un vistazo al contacto, consciente de que no soy de esa clase de personas que suelen tener tanta suerte. Parpadeo varias veces para comprobar que no se trata de una alucinación provocada por el estrés; ahí están las llaves, en un manojo: las de casa, las del trabajo, las del coche. Puede que también estén las de la casa de un vecino. Me quedo mirando el oscilante puñado metálico, preguntándome por qué no le molesta a Charlie mientras conduce. Yo sacaría la llave del coche y la llevaría suelta.

Coloco el bolso en el asiento del acompañante, subo al coche y lo pongo en marcha. El motor es silencioso. Conduzco por el césped hasta el final del parterre y me incorporo al sendero de grava. Unos segundos después me alejo por el estrecho camino de los chalets Silver Brae. Me siento bien. Mejor que esperando de pie bajo el foco, en la propiedad de Graham Angilley, aguardando a que vuelva y me encuentre.

Pero eso no ha ocurrido, porque él está en casa de Charlie. Y tengo sus llaves. Podría ir hasta allí y encontrarle. Él no sabe que sé dónde está ni que sé quién es.

Me quedo boquiabierta al pensar que, finalmente, le he sacado ventaja. Y no quiero perderla. No voy a hacerlo; no puedo hacerlo. Ya he perdido demasiadas cosas. Ahora sería un buen momento para recordar con detalle todas las fantasías de venganza que solía llevar a cabo en mi imaginación todos los días hasta que te conocí. ¿Cuál de ellas preferiría? ¿Clavarle un cuchillo? ¿Dispararle? ¿Envenenarle? ¿Atarle y hacerle lo que él me hizo a mí?

Tengo que abandonar el coche de Charlie en el arcén lo antes posible; lo dejaré en cuanto encuentre una carretera en condiciones y haré autostop. En caso contrario, no pasará mucho tiempo hasta que me pare un coche de la policía. Créeme, Robert, esta vez nada me va a detener. Con o sin Charlie, voy a ir a ese hospital, y si me dices otra vez que me vaya y que te deje en paz, me

dará igual.

Porque ahora lo entiendo. Sé por qué dijiste eso. Pensaste que había estado hablando con Juliet, ¿verdad? Lo diste por sentado. O, mejor dicho, pensaste que ella había estado hablando conmigo, dándome su versión de los hechos, arruinándolo todo, contándome todo lo que no podías permitir que yo supiera. Y por eso te rendiste.

En el hospital te dije que te amaba. Seguro que fuiste capaz de comprender que hablaba en serio, muy en serio, por mis ojos y por mi voz, y aun así te rendiste. Y esperabas que yo hiciera lo mismo, que me fuera. Hasta que vuelva de nuevo a ese hospital tú creerás que nunca voy a regresar.

¿Cómo puedes creer eso, Robert? ¿Acaso no me conoces bien?

8/4/06

—¡Se ha llevado mi maldito coche! —exclamó Charlie en medio de la oscuridad.

—No dejarías las llaves puestas, ¿verdad? —preguntó Sellers, que corrió detrás de ella.

—Las llaves, el bolso, el teléfono, las tarjetas de crédito... ¡Dios! No lo digas, no quiero oírlo. Y tampoco quiero que me digas que no debería haberla traído conmigo, ni quiero que me recuerdes que no debería haber dejado el coche abierto con el bolso dentro, ¿de acuerdo? ¿Podríamos dejar de discutir sobre lo que debería y no debería haber hecho? Aún sigo siendo tu inspectora, ¿recuerdas?

Charlie quería preguntarles qué era lo que sabía Proust, pero no deseaba mostrar su flaqueza. Las situaciones límite exigían volver a emplear las crudas tácticas que se ponían en práctica en la escuela durante el recreo: nunca hay que demostrar que te importan.

—Sellers, saca el móvil. Quiero recuperar mi coche.

—Seguro que tienes suerte, inspectora. Ya sabes cómo es la policía escocesa.

—Ella no va a estar mucho tiempo en Escocia. Se dirige al Hospital General de Culver Valley para visitar a su querido psicópata, Robert Haworth. Llama y haz que algunos agentes se reúnan con nosotros en el aparcamiento. Gibbs, tú y yo vamos a hablar con la señora de Graham Angilley.

La llegada de Sellers y Gibbs había activado a Charlie; ahora volvía a ser un poco la de siempre. Al menos para poder dar una impresión aceptable.

Steph estaba en el despacho, sentada detrás de una de las mesas. Frente a ella tenía un rollo de papel higiénico rosa y un frasco de quitaesmalte; se frotaba una uña con un poco de papel. La piel de su cuello estaba roja. Hizo un esfuerzo por no levantar la mirada. Su rostro —como su trasero, si es que había que fiarse de su marido— era de color anaranjado, salvo la parte superior e inferior de los ojos, donde seguía habiendo líneas blancas. «Parece un búho», pensó Charlie.

—Despedidas de soltero —dijo Charlie en voz alta, apoyando las palmas de la mano en la mesa.

El cuerpo de Steph pareció convulsionarse.

—¿Cómo lo has descubierto? ¿Quién te lo ha contado? ¿Ha sido él? —dijo, moviendo la cabeza en dirección a Gibbs.

—¿Es cierto?

—No.

—Acabas de preguntar cómo lo descubrí. Nadie dice «descubrir» si se refiere a algo que no es cierto. Me preguntaste: «¿Qué te hace pensar eso?». ¿O estás demasiado espesa para comprender la diferencia?

—Mi marido solo quería follarte por el trabajo que haces —dijo Steph, con voz envenenada—. Nunca le gustaste. Pero le pone correr riesgos, eso es todo. Como el hecho de dejarte usar su ordenador la otra noche, a pesar de que sabía que eras poli. Si te hubieras molestado en buscar habrías encontrado un motón de cosas. Le dije que era un estúpido por dejar que lo hicieras, pero no puede evitarlo. Le ponías..., eso fue lo que dijo. —A Steph le dio la risa tonta—. ¿Sabes cómo te llama? «El Palo con Tetas». Estás muy delgada y tus tetas son demasiado grandes.

«No pienses en ello. No pienses en Graham. Ni en Simón».

—¿Qué hay en el ordenador que tu marido no querría que yo encontrara? —preguntó Charlie—. Pensaba que habías dicho que todas esas mujeres eran actrices, que todo estaba en regla y se hacía con su consentimiento. Si eso fuera verdad, Graham no tendría nada que temer de la policía, ¿verdad? Será mejor que lo asumas, Steph. No eres lo bastante inteligente para mentirme de una forma convincente. Ya te has contradicho dos veces en menos de un minuto. Y yo no soy la única persona más aguda que tú y que quiere jugarla. Piensa en Graham. ¿No te das cuenta de que intenta colgarte el mochuelo? ¿No crees que él podría inventarse una historia que fuera... mil veces mejor que cualquier cosa que a ti se te pudiera ocurrir? Fue el primero de su curso en Oxford y tú solo eres su burra de carga.

Steph parecía acorralada. Sus ojos, incómodos, recorrían toda la habitación, y se posaban en los objetos sin motivo aparente.

Sus ojos. La piel, alrededor de ellos, no era de color naranja, porque Steph se ponía un antifaz cuando usaba la cama solar; un antifaz como los que obligaban a ponerse a las víctimas de las violaciones. A diferencia del subinspector Sam Kombothekra, que afirmaba no haber ido nunca a Boots, Steph sí sabía dónde comprar antifaces al por mayor. ¿La mandaría Graham a comprarlos de vez en cuando para tener una buena provisión de ellos? Charlie lanzó el rollo de papel higiénico y el quitaesmalte al suelo.

—Te lo voy a preguntar otra vez —dijo, fríamente—. ¿Vuestro pequeño negocio consiste en organizar despedidas de soltero?

—Sí —dijo Steph tras un momento de silencio—. Y Graham no podría colgarme el mochuelo. No soy un hombre. No puedo violar a nadie, ¿verdad?

—Podría decir que tú eras el cerebro que estaba detrás de toda la operación. Incluso podría decir que le obligaste a hacerlo. Él *dirá* esas dos cosas. Y será su palabra contra la tuya. Apuesto a que tú te ocupabas de toda la administración, de archivarlo todo, como haces con los chalets.

—Pero..., no sería justo que él dijera eso —protestó Steph.

A lo largo de todos los años que llevaba en la policía, Charlie había observado que todo el mundo pensaba que tenía derecho a un trato justo, incluso los más despiadados y depravados sociópatas. Al igual que muchos criminales con los que se había topado, a Steph le horrorizaba la idea de ser tratada injustamente. Era mucho más fácil romper las normas —éticas y legales— si el resto de la gente seguía respetándolas.

—Entonces, ¿de qué iba... el negocio? Despedidas de soltero con violaciones en vivo. Muy original, por cierto. Una idea excelente. Me imagino que vuestros pequeños espectáculos eran muy populares.

—Todo fue idea de Graham.

—¿No fue idea de Robert Haworth? —preguntó Gibbs. Steph negó con la cabeza.

—A mí nunca me gustó —dijo—. Sabía que no era una buena idea.

—Entonces, sabías que esas mujeres no eran actrices —dijo Charlie—. Sabías que las violaban de verdad.

—No, pensaba que eran actrices.

—Entonces, ¿por qué no era una buena idea?

—Era una mala idea, aunque las mujeres lo hicieran con su consentimiento.

—¿En serio? ¿Por qué?

Steph iba a decir algo. Charlie casi podía ver los engranajes moviéndose dentro de su cabeza, rotando lenta y ruidosamente.

—Los hombres que venían aquí..., los que asistían a los espectáculos que nosotros..., a los espectáculos que montaba Graham..., podían hacerse una idea equivocada. Es posible que creyeran que era justo tratar así a esas mujeres.

—¡Cuéntame la maldita verdad! —gritó Charlie, agarrando a Steph por el pelo—. Tú lo sabías, ¿no es así, zorra? ¡Sabías que esas mujeres eran violadas!

—¡Ay! Suéltame, estás... ¡De acuerdo, lo sabía!

Charlie sintió que su presa se le escapaba de las manos: le había arrancado un mechón de pelo a Steph, lo que le había dejado unas gotas de sangre en el

cuero cabelludo. Gibbs lo observaba todo, impasible; por su comportamiento y su expresión, podría haberse pensado que estaba viendo un aburrido partido de rugby por televisión.

Steph empezó a lloriquear.

—Yo no tengo nada que ver con todo esto; también soy una víctima —dijo, frotándose la cabeza—. No quería hacerlo, pero Graham me obligó. Decía que era demasiado arriesgado traer siempre a mujeres de la calle; la mayoría de las veces era yo quien interpretaba a la víctima. Lo que les hizo a aquellas mujeres una o dos veces me lo hizo a mí en cientos y miles de ocasiones. Algunos días me dolía tanto que apenas podía sentarme. No te imaginas cómo se siente una, ¿verdad? No tienes ni idea de lo que significa estar en mi lugar, de modo que no...

—Hace poco has dicho que actuabas —dijo Charlie—. Graham es tu marido. Si de todas formas te acostabas con él, ¿por qué no hacerlo delante de un público y ganar un poco de dinero? Un montón de dinero, seguramente.

—Graham me violaba, como a las demás —insistió Steph.

—Antes, al referirte a tu papel en todo esto, dijiste que era «agotador» —dijo Charlie—. No dijiste que fuera traumático, horrible, aterrador o humillante. Dijiste que era «agotador». Curiosa forma de referirse al hecho de ser violada continuamente ante un público, ¿no? Sonaría mucho más convincente para describir a quien participa en espectáculos de sexo en vivo voluntariamente, noche tras noche. Eso sí me imagino que debe de ser agotador.

—No lo hacía voluntariamente. ¡Lo odiaba! Le dije a Graham que preferiría limpiar una letrina todos los días que hacer eso.

—Entonces, ¿por qué no llamaste a la policía? Podrías haber puesto fin a todo esto con una sola llamada.

Steph parpadeó varias veces ante una idea tan descabellada.

—No quería que Graham se metiera en un lío.

—¿En serio? La mayoría de las mujeres se alegrarían de que un hombre que las hubiera violado una sola vez se metiera en un lío, de modo que si fueron cientos...

—¡No, no se alegrarían si se tratara de su marido! —dijo Steph, secándose las lágrimas del rostro con las palmas de las manos.

Charlie tuvo que admitir que tenía algo de razón. ¿Era posible que Steph hubiera sido cómplice de todo a su pesar? ¿Y qué hubiera ocurrido lo mismo con Robert Haworth? ¿Era posible que Graham hubiera obligado a su hermano a secuestrar y violar a Prue Kelvey?

—Graham no es una mala persona —dijo Steph—. Lo único que pasa es que...

ve el mundo de otra manera. A su manera. Hay muchas mujeres que fantasean con una violación, ¿no? Eso es lo que dice él. No sería lo mismo si las agrediera físicamente.

—¿De verdad crees que una violación no es una agresión física, estúpida zorra? —exclamó Gibbs.

—No, no creo que lo sea —respondió Steph, indignada—. No necesariamente. Se trata solo de sexo, ¿no? Graham nunca golpearía a nadie ni le mandaría a un hospital. —Steph levantó los ojos y miró a Charlie con resentimiento—. Graham tuvo una infancia terrible. Su madre era una puta borracha y su padre pasaba de todo. Eran la familia más pobre del pueblo. Pero Graham siempre dice que esa fue su escuela de vida: según él, la gente a la que nunca le ha ocurrido nada malo son los desafortunados; porque no saben de qué están hechos ni qué serían capaces de hacer.

—¿Lo estás citando? —preguntó Charlie.

—Solo estoy diciendo que no lo comprendes, pero yo sí. Después de que su padre los abandonó, su madre tuvo que espabilarse y empezó a trabajar...

—Sí, en una línea de teléfono erótico —repuso Charlie—. Vaya espíritu empresarial.

—Según Graham, pasó de ser una puta aficionada a ser una profesional. Se avergonzaba de ella, pero en cierto modo no le disgustaba aquel negocio, porque por fin empezó a entrar dinero en casa y así podría irse. Pudo estudiar y convertirse en alguien.

—Sí, en un secuestrador y un violador, en eso se convirtió —dijo Gibbs.

—Es un empresario de éxito —dijo Steph con orgullo—. El año pasado me compró una matrícula personalizada para el coche; le costó cinco mil libras —añadió, lanzando un suspiro—. Hay un montón de negocios que ocultan cosas; si la gente lo supiera...

—¿Cómo se hacía la publicidad? —Gibbs interrumpió sus patéticas excusas—. ¿Cómo atraían a los clientes?

—Básicamente en los chats de Internet. Y mucho boca en boca. —Steph hablaba arrastrando las palabras, aburrida—. Graham se ocupa de ello. Lo llama el «reclutamiento».

—Los espectadores..., ¿hacían reservas por grupos?

Charlie le dedicó un gesto a Gibbs por su pregunta. Era una cuestión importante. Lo dejaría llevar la iniciativa durante un rato. Para ella, todo aquello era algo personal, mientras que Gibbs solo pensaba en la mecánica de la operación.

—Solo ocasionalmente. Una vez vino un grupo en el que también había

algunas mujeres, pero fue algo muy inusual. Normalmente las reservas eran individuales, y Graham no permitía que asistieran mujeres... A los hombres del público no les habría gustado.

—¿Y cómo funciona exactamente? —preguntó Gibbs—. Un hombre que está a punto de casarse se pone en contacto con Graham para que le organice una de sus particulares despedidas de soltero, ¿y luego qué?

—Graham contacta con otros hombres para organizar un grupo de entre diez y quince personas.

—¿Y dónde los encuentra?

—Ya se lo dije. Sobre todo chateando en Internet. Está metido en todos esos foros virtuales porno. Tiene un montón de contactos.

—Amigos en las altas instancias —murmuró Charlie.

—Entonces, ¿esos hombres celebran su despedida de soltero con gente que nunca habían visto antes? —preguntó Gibbs.

—Así es —respondió Steph, como si eso fuera algo obvio—. La mayoría de esos hombres no podría invitar a sus amigos habituales, ¿no? Los amigos habituales de nuestros clientes no querrían participar en algo así, de modo que ellos no quieren que asistan. ¿Me comprende?

Charlie asintió con la cabeza. Sintió que el asco, como un lento e inexorable veneno, recorría todo su cuerpo.

—Los hombres normales quieren celebrar sus despedidas de soltero con sus amigos —dijo Gibbs con voz tranquila—. Esa es la cuestión. No querrían presenciar una violación en compañía de desconocidos. Eso no es una despedida de soltero.

—Entonces, Graham reúne entre diez y quince perversos para cada violación, ¿y después qué? —preguntó Charlie—. ¿Qué hacen esos hombres? ¿Se reúnen antes, para conocerse?

—No, por supuesto que no. No quieren conocerse. Solo quieren pasar una noche con gente que piensa igual que ellos y a la que nunca volverán a ver. Ni siquiera usan sus verdaderos nombres. En cuanto hacen la reserva, Graham les asigna un nombre que es el que utilizarán durante toda la noche. Oigan, espero disfrutar de un trato de favor por todo lo que les estoy ayudando. Ahora no pueden decir que no esté cooperando.

Un desagradable recuerdo cruzó la mente de Charlie.

—Pero ¿caso Graham no era el que siempre estaba en las nubes, el que siempre se equivocaba con las reservas de los chalets?

Steph frunció el ceño.

—Sí, pero soy yo quien se ocupa de los chalets. A Graham no le entusiasman, no comparados con sus despedidas de soltero. Cuando algo le importa de verdad, cumple al cien por cien.

—Es admirable —dijo Charlie.

Steph no pareció captar su sarcasmo.

—Así es —dijo—. Siempre tiene mucho cuidado para no comprometer a los clientes. Se preocupa de protegerlos, esa es su regla número uno. Complacerlos siempre y no morder la mano que te da de comer.

—Me muero por decirle que todos sus clientes van a ser acusados de cómplices de violación —dijo Charlie.

Steph negó con la cabeza.

—No puedes hacer eso —dijo Steph, tratando de ocultar un tono de triunfo en su voz, aunque Charlie lo captó—. Lo que he dicho sobre que todas las mujeres eran actrices contratadas... es la versión oficial. Graham les recomienda a todos los clientes que si alguna vez ocurriera algo, todos deben decir que creían que esas mujeres lo hacían voluntariamente, que solo era un espectáculo y que la violación era una farsa. Esa es la razón por la que es Graham quien practica el sexo con ellas y el resto de los hombres solo miran, aunque la mayoría de las veces lo más probable es que quisieran participar. Por eso no puede acusárseles de nada. No pueden probar que nuestros clientes supieran que esas mujeres eran obligadas a mantener relaciones sexuales.

—Pero nos lo acaba de decir. —Gibbs no se dejó impresionar por la lógica de Steph—. Ambos hemos escuchado su explicación, y con mucha claridad. Es cuanto necesitamos.

—Pero... no he firmado ninguna declaración ni nada por el estilo —dijo Steph, empalideciendo.

—¿De verdad crees que no podemos trincar a esos hombres? ¿Crees que no van a hablar, que no se van a traicionar? —Charlie se inclinó sobre la mesa—. Son demasiados hombres, Steph. Algunos de ellos acabarán por rendirse y soltarán lo que sea porque estarán muertos de miedo. Se tragarán la misma mentira que tú: que hablar los ayudará a no acabar en la cárcel.

A Steph le temblaba el labio inferior.

—Graham me matará —dijo—. ¡Me culpará, y no es justo! Solo estábamos ofreciendo un servicio, eso es todo. Diversión. Esos hombres no hacían nada malo, ni siquiera tocaban a esas mujeres.

—¿Era usted quien preparaba la comida? —preguntó Gibbs—. ¿Esas cenas tan elegantes? ¿O era Robert Haworth quien lo hacía? Sabemos que estaba implicado en las violaciones y que había sido chef.

Charlie disimuló su sorpresa. ¿Robert Haworth, chef?

—Sí, era yo quien cocinaba —dijo Steph.

—¿Se trata de otra mentira?

—Intenta proteger a Robert porque es el hermano de Graham —dijo Charlie—. Si Graham es un sentimental con sus clientes, imagínate lo que debe sentir por su hermano.

—En realidad, en eso te equivocas —dijo Steph, regodeándose— Robert y Graham no se hablan desde hace años.

—¿Por qué? —preguntó Gibbs.

—Tuvieron una bronca monumental. Robert empezó a salir, con una de esas mujeres. Le dijo a Graham que iba a casarse con ella. Y ese estúpido bastardo lo hizo.

—¿Juliet? —preguntó Charlie—. ¿Juliet Heslehurst?

Steph asintió con la cabeza.

—Graham se puso furioso ante la idea de que Robert solo pensara en acercarse a ella después de..., bueno, ya saben. Suponía un gran riesgo para el negocio. Graham habría podido acabar entre rejas, pero a Robert le dio igual; siguió adelante y se casó con ella. —Steph torció los labios, enfurecida—. Graham fue demasiado blando con Robert. Yo no paro de decírselo: si Robert fuera mi hermano, nunca volvería a dirigirle la palabra.

—Pensé que habías dicho que Graham no se hablaba con él —le recordó Charlie.

—Sí, pero sigue intentando arreglar las cosas. Y yo soy su intermediaria; estoy harta de ir de un lado para otro con sus mensajes. Mi marido es demasiado blando. Es Robert quien no quiere reconciliarse. —Steph frunció el ceño, sumida en sus pensamientos—. A pesar de todo, Graham dice que no piensa rendirse. Robert es su hermano pequeño y siempre ha cuidado de él. Más que los inútiles de sus padres, sin duda.

—Entonces, ¿Graham estaba dispuesto a perdonar a Robert a pesar de haber puesto en peligro el negocio? —preguntó Gibbs.

—Sí. Para Graham, la familia es la familia, pase lo que pase. Y le ocurre lo mismo con sus padres. Fue Robert quien cortó con ellos. Cuando se fue de casa no volvió a dirigirles la palabra. Decía que lo habían decepcionado. Y así fue, pero... Y luego dijo lo mismo sobre Graham, después de pelearse con él cuando empezó a salir con esa mujer, Juliet. ¡Como si pudiera compararse!

—Si Graham se preocupa por Robert, eso te da un motivo para mentir con respecto a su implicación en las violaciones —dijo Charlie.

Steph frunció el ceño.

—No estoy diciendo nada sobre Robert.

—Él violó a Prue Kelvey.

—No sé de qué me estás hablando. Nunca he oído ese nombre. Mira, no recuerdo el nombre de la mayoría de esas mujeres. Normalmente tenía trabajo en la cocina.

—Prue Kelvey fue violada en el camión de Robert —dijo Charlie.

—Ah, vale. En ese caso, no puedo saberlo. Cuando no había que preparar la cena, yo me mantenía al margen. Salvo cuando era... la víctima.

—¿Por qué cambiaron el chalet por el camión? —preguntó Gibbs.

Steph se examinó las uñas.

—¿Y bien?

Steph suspiró, como si las preguntas le molestaran.

—El negocio del chalet iba cada vez mejor. Llegó un momento en que había gente casi todos los días. Graham pensó que era demasiado arriesgado; alguien podría haber visto u oído algo. Y el camión podía... moverse. Era más práctico. Sobre todo para mí. Estaba harta de cocinar sin parar. Ya tenía bastante trabajo. El único inconveniente era que no podíamos cobrar lo mismo por una reserva que no incluía la cena. Pero aun así seguíamos sirviendo copas. —La voz de Steph era estridente, sonaba a la defensiva—. Champán... Champán de buena calidad. Así no podían decirnos que no les ofrecíamos nada.

Charlie decidió que sería muy feliz si Steph Angilley muriera de repente, a causa de un inesperado pero extremadamente doloroso ataque al corazón. Por su expresión, le pareció que Gibbs pensaba lo mismo que ella.

—Odio a Robert —confesó Steph con lágrimas en los ojos, como si no pudiera contenerse—. Cambiarse así de nombre... ¡Cabrón! Solo lo hizo para herir a Graham, y funcionó. Graham se quedó destrozado. Y ahora está muy mal, desde que le contaste que Robert estaba en el hospital.

Le escupió las palabras a Charlie, que trató de no estremecerse al recordar que había hablado por teléfono con Simón delante de Graham. «Entonces, ¿qué le ha pasado a ese tal Haworth?», le preguntó luego, como quien no quiere la cosa. Y Charlie le había contado lo de Robert, y que era difícil que sobreviviera. Graham pareció alterarse; Charlie recordó haber pensado que era todo un detalle que se preocupara.

—A Graham le importa mucho la familia, pero la suya es una mierda —

prosiguió Steph—. Incluso su hermano pequeño ha resultado ser un traidor. ¿Quién se cree que es Robert? No era Graham quien estaba equivocado, sino él. ¡Es muy injusto! Todo el mundo sabe que no hay que mezclar el trabajo con el placer, y mucho menos arruinar el negocio de tu propio hermano. Y aun así volvió a hacerlo.

—¿Qué?

—Esa tal Naomi con la que estabas antes. Robert debía de follársela, porque ella quiso reservar un chalet para los dos. Fingió llamarse Haworth, pero supe que era ella en cuanto me dijo su nombre, Naomi. Graham se subía por las paredes. «Robert ha vuelto a hacerlo», dijo.

Charlie intentó aclarar sus ideas. No había nada como hablar con alguien realmente estúpido para acabar en una especie de claustrofobia mental.

—Graham y Robert no se hablan, pero aun así utilizáis su camión para sus despedidas de soltero.

—Así es —repuso Steph—. Graham consiguió una copia de la llave.

—¿Está diciendo que Robert no sabe que están utilizando su camión para eso? —dijo Gibbs, con incredulidad—. Supongo que debe de haber notado que algunas noches el camión desaparece. ¿O es que Graham finge usarlo para otros propósitos?

A Charlie no le gustaban los derroteros que estaban tomando las preguntas de Gibbs. ¿Por qué intentaba encontrar una manera de que Robert Haworth no fuera culpable de nada? Sabían que Haworth había violado a Prue Kelvey... Aquello era algo sólido que había sido demostrado de forma incontrovertible.

Steph se mordió el labio, desconfiada. Gibbs volvió a intentarlo.

—Si Robert no quiere saber nada de Graham, ¿por qué le dejaría utilizar su camión? ¿Por dinero? ¿Acaso Graham se lo alquila?

—No estoy diciendo nada sobre Robert, ¿de acuerdo? —Steph cruzó los brazos—. Con todo lo que he dicho, Graham ya la tomará conmigo; si además hablo sobre Robert, me matará de verdad. Es muy protector con su hermano menor.

Domingo, 9 de abril

Cuando llego a casa es más de medianoche. Me ha traído un camionero joven y parlanchín, Terry, y aquí estoy, sana y salva. No estaba nerviosa por viajar en el vehículo de un desconocido. Lo peor que podría haberme ocurrido ya ha sucedido. Me siento inmune al peligro.

El coche de Yvon no está. Debe de haber regresado a Cambridge, a casa de Ben. Cuando ayer me fui sin decirle adónde iba, sabía que lo haría. Yvon es de esa clase de personas que no pueden quedarse solas. Necesita una presencia fuerte en su vida, alguien en quien confiar, y a lo largo de estos últimos días mi comportamiento ha sido demasiado imprevisible. Cree que, junto a Ben, su vida será más segura.

Ese tópico de que «el amor es ciego» debería sustituirse por otro más concreto: «El amor es inconsciente». Como tú, Robert, si me permites la broma de mal gusto. Yvon ve todo cuanto hace Ben, pero es incapaz de sacar las debidas conclusiones. Lo que no funciona bien no son sus ojos, sino su cabeza.

Me dirijo directamente a mi taller, abro la puerta y cojo el mazo más grande que tengo, y lo sopeso con la mano. Acaricio con los dedos la cabeza de metal dorado. Siempre me ha gustado empuñar uno de esos mazos; me gusta la ausencia de líneas rectas. Tienen la misma forma que las manos de mortero que se usan para triturar las especias hasta reducirlas a una pasta, salvo que están hechos de madera y bronce. Con el mazo que sostengo con la mano podría hacerle mucho daño a alguien, y eso es lo que pretendo.

Cojo un trozo de cuerda que hay en el suelo, bajo mi mesa de trabajo, y luego otro más. No tengo ni idea de cuánta voy a necesitar. Suelo utilizarla para atar los relojes de sol, no hombres. Al final, decido llevarme toda la cuerda que tengo y un par de tijeras grandes. Tras cerrar con llave la puerta del taller, me meto en el coche y conduzco hasta la casa de Charlie.

Nadie puede culparme por lo que voy a hacer. Estoy a punto de realizar un servicio útil. No tengo otra alternativa. Graham Angilley nos atacó a todas hace tiempo: a Juliet, a mí, a Sandy Freeguard... El miércoles, Simón Waterhouse me dijo que la condena por violaciones cometidas hace años no es muy dura, y Charlie dijo que en el caso de Sandy Freeguard no había coincidencia en las pruebas de ADN. Solo en el de Prue Kelvey, y Angilley no la tocó. Sería su palabra contra la mía.

La casa de Charlie está a oscuras, exactamente igual que cuando Terry, tu colega camionero, me dejó aquí hace cuarenta y cinco minutos para recoger mi coche. Entonces no estaba preparada para entrar; iba desarmada.

La vivienda parece vacía; irradia una gélida inmovilidad. Si tu hermano Graham está dentro, debe de estar dormido. Saco las llaves de Charlie y, tratando de hacer el menor ruido posible, las voy probando una por una en la cerradura. La tercera funciona. La giro lentamente y luego, centímetro a centímetro, abro la puerta.

Con el mazo en la mano, espero a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Luego empiezo a subir las escaleras. Uno de los peldaños cruje ligeramente, pero no lo suficiente como para despertar a alguien que esté durmiendo, ajeno a todo. Una vez en el rellano veo que hay tres puertas. Supongo que serán las de los dos dormitorios y el baño. Entro de puntillas en las habitaciones. No hay nadie. Y luego compruebo el baño: también está vacío.

No estoy tan asustada como probablemente debería estar. He vuelto a actuar de esa forma en que me creo capaz de todo. La última vez que me sentí así fui a la comisaría y le dije a un inspector que me habías violado. Gracias a Dios lo hice. Y, gracias a mí Juliet fracasó en su intento de asesinarte.

Vuelvo a la planta baja. Sostengo el mazo a la altura de mi cabeza, por si tengo que utilizarlo de repente. Me he enrollado la cuerda alrededor del brazo y llevo el bolso colgado del cuello. Abro la única puerta que hay en el vestíbulo y descubro un salón largo y estrecho con unas puertas de cristal abiertas en el medio que dan a una diminuta y desordenada cocina; hay un montón de platos sin lavar amontonados junto al fregadero.

Después de comprobar que en la casa no hay nadie, corro las cortinas del salón y palpo la pared hasta dar con el interruptor. Si Graham Angilley vuelve y ve que las luces están encendidas, creerá que Charlie está en casa. Entonces llamará al timbre y yo le abriré, aunque no lo bastante para que me vea. Me esconderé detrás de la puerta; cuando él la abra para entrar, le golpearé en la cabeza con el mazo.

Parpadeo varias veces, deslumbrada por el resplandor que inunda el salón. Veo una lámpara; la enciendo y luego apago de nuevo la luz principal. Sobre la mesilla, junto a la lámpara, hay una nota: «¿Dónde demonios estás? No me has dejado la llave. He ido a comer algo y a tomarme una copa. Volveré más tarde. Llámame al móvil cuando leas este mensaje... Me preocupas. Espero que, sea lo que sea lo que estés haciendo, no estés en peligro».

En cuanto acabo de leer, dejo caer el papel. No quiero tener en las manos algo que haya escrito tu hermano; no quiero que esté en contacto con mi piel. El mensaje me deja perpleja. ¿Por que necesitaba Graham Angilley una llave? Seguro que ya estaba en la casa, puesto que dejó la nota en la mesa. Entonces se me ocurre que si quería salir, tendría que poder volver a entrar. Probablemente esté por la zona y llamará de vez en cuando para saber si Charlie ya ha regresado. Sin embargo, no ha llamado nadie desde que llegué aquí. ¿Por qué no intenta llamarla al fijo?

Además, cuando he llegado, la puerta principal estaba cerrada con llave. Si Angilley no tenía las llaves, ¿quién la cerró?

Saco del bolso el móvil de Charlie. Está apagado. Lo conecto, pero no sé cuál es su código pin, así que no puedo acceder a los mensajes que pueda haberle mandado Angilley.

«Me preocupas. Espero que, sea lo que sea lo que estés haciendo, no estés en peligro».

Se preocupa por ella. Siento que me invaden el dolor y la amargura, como una marea. No hay nada peor que enfrentarse al hecho de que alguien que casi te destruyó sea capaz de ser considerado con otra persona.

Me estremezco, y me digo que no es posible. Charlie Zailer no puede ser la amante de Graham Angilley. El lunes podría haber hablado con cualquier otro inspector acerca de tu desaparición y solo le di a ella por error la tarjeta de los chalets de lujo Silver Brae. ¿Y ahora resulta que ella se acuesta con tu hermano?

No creo en las coincidencias.

Fuera, oigo el ruido del motor de un coche al apagarse y el de una puerta al abrirse y volverse a cerrar. Debe de ser él. Salgo corriendo hacia el vestíbulo y tomo posiciones junto a la puerta de entrada. Dejo caer la cuerda al suelo, junto a mis pies, y agarro el pomo, dispuesta a girarlo en cuanto suene el timbre. Debería bastar con un solo y ligero movimiento.

Luego oigo el ruido que imagino que hará la puerta al abrirse. Solo que no me lo estoy imaginando; lo estoy oyendo de verdad, dentro de la casa. Lo oigo acercándose, a mis espaldas, donde solo debería haber silencio. Presa del pánico, el mazo se me escapa de las manos y cae al suelo. Reprimo un grito y me agacho para recogerlo, pero no lo veo. Las manos se me enredan en la cuerda enrollada.

El vestíbulo está más oscuro que hace unos segundos. ¿Cómo es posible? ¿Acaso el ruido que he oído era el de una bombilla al fundirse? No, la puerta del salón está cerrada casi por completo. «Cálmate», me digo, pero siento que el corazón no me obedece y empieza a latir atropelladamente. Tengo que recuperar el control.

Oigo pasos que se acercan por el camino que conduce hasta la puerta. Me agacho, y empiezo a palpar el suelo en busca del mazo.

—¿Dónde está? —susurro, desesperada.

Suena el timbre. Una voz de mujer dice:

—¿Char? ¿Charlie?

Contengo el aliento. No es tu hermano. No tengo ni idea de qué debo hacer. ¿Quién más puede ser? ¿Quién se presenta a la una de la madrugada?

Oigo de nuevo la voz que murmura: «¿Qué mierda de bienvenida es esta?»,

pero no me atrevo a abrir la puerta. Aprieto el mazo fuertemente con los dedos. ¿Debería decir algo?

—¡Charlie, abre la puerta, por el amor de Dios!

La voz de la mujer suena frenética. Debe de haber sido ella y no Graham Angilley quien escribió la nota que he encontrado. Pero la nota estaba en el salón, sobre la mesa, y no en la alfombra de la entrada, bajo el buzón, que es donde debería haber estado...

La mujer golpea el cristal de la puerta con los puños. Dejo el mazo en el suelo, me arrastro hasta el salón y abro la puerta con la cabeza. Y es entonces cuando lo veo. Está de pie, con las piernas separadas, en medio del salón. Sonriéndome.

—Naomi Jenkins, vivita y coleando —dice.

El pánico se apodera de mí. Trato de levantarme, pero él tira de mí y me tapa la boca con la mano. Huele a jabón.

—¡Chit! —dice—. Escucha. ¿Oyes? Pasos. Cada vez más lejos... ¡Ya está! La hermanita de Charlie se dirige de nuevo hacia su coche.

Oigo de nuevo el ruido del motor. Su contacto corroe mi piel. Intento huir de mí misma.

—Ahí va. Adiós, zorra gordita. —Sin dejar de presionarme la boca con la mano, acerca sus labios a mi oreja—. Hola, guapa —susurra.

9/4/06

Por primera vez en su carrera en la policía, Simón se alegró de ver a Proust. Había sido él quien había llamado al inspector jefe y le había pedido que viniera. Casi se lo había suplicado. Cualquier cosa era mejor que estar a solas con sus pensamientos. «Algo debe ir mal en mi vida si, *in extremis*, recurro a Muñeco de Nieve», pensó Simón. Sin embargo, ¿a quién más podía recurrir? En ausencia de Charlie, era incapaz de pensar en alguien cuya compañía pudiera hacerle sentirse mejor. De llamar a sus padres ni hablar. En cuanto se oían cualquier clase de problema empezaban a chillar, alarmados, y Simón tenía que dejar de lado sus problemas para tranquilizarles.

Seguía pensando en la repentina desaparición de Charlie, a pesar de que Sellers le había llamado para ponerle al día. Sabía dónde estaba, que Gibbs estaba con ella y que estaba a salvo. También sabía que se había acostado con Graham Angilley. Un violador en serie. Ignorando quién era y qué hacía. A Simón aquella idea le dio pánico. ¿Cómo volvería Charlie a ser la de siempre después de una experiencia así? ¿Qué se suponía que debería decirle la próxima vez que la viera?

Suponiendo que volviera a verla. Se había ido corriendo sin decirle ni una palabra. Ni siquiera ahora, aun siendo consciente de que él sabía dónde estaba, le había llamado. Tenía el móvil en el bolso que se había llevado Naomi Jenkins, pero podría haber usado el de Gibbs.

«Ha hablado con Sellers y Gibbs. Solo es contigo con quien no quiere hablar».

¿Y por qué demonios iba a hacerlo? ¿Acaso le había servido de algo a Charlie alguna vez? Unos meses atrás, mientras se dirigían a una reunión en la comisaría de Silsford, ella le había obligado a prestar atención a una canción que estaba sonando en la radio del coche. Simón aún se acordaba de la letra: hablaba de una persona que solo le causaba dolor a otra. Ella le dijo: «No sabía que eras fan de los Kaiser Chiefs. ¿O es que has puesto esta canción por otro motivo?». Al principio ella se mostró desdeñosa, pero en seguida se sintió decepcionada cuando Simón le dijo que lo que estaba sonando era la radio y no un CD. No había sido él quien había elegido la canción; de hecho, ni siquiera la conocía.

Estaba pensando en qué canción escogería ahora, cuando llegó Proust. El inspector jefe tenía los ojos rojos y no se había afeitado.

—Son las dos de la madrugada, Waterhouse —dijo—. Ha interrumpido un sueño que tenía. Nunca sabré cómo terminaba.

—¿Era un sueño o una pesadilla?

Simón estaba ganando tiempo para retrasar todo lo posible la reprimenda.

—No lo sé. Lizzie y yo acabábamos de comprarnos una casa nueva y nos mudábamos a ella; era mucho más grande que la que tenemos. Llegamos muy cansados y nos fuimos directamente a dormir. Pero no sé más, gracias a ti.

—Era una pesadilla —dijo Simón—. Sé cómo acaba. Usted se daba cuenta de que había cometido un gran error al comprar esa casa. Sin embargo, la vieja ya ha sido vendida a una gente a quien le encanta y que está decidida a quedarse en ella; no hay forma de recuperarla. Una pesadilla sobre el arrepentimiento eterno.

—Fascinante. —Proust parecía contrariado—. Muchas gracias. Y, ya que tienes ganas de hablar, quizás podrías explicarme porque me has despertado para darme una información que me habrías podido comunicar perfectamente esta tarde.

—Entonces no sabía que Charlie se había llevado a Naomi Jenkins con ella a Escocia.

Proust frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Yo... no debí escucharla cuando me lo dijo.

—Hum..., ¿oyes eso, Waterhouse? ¿El sonido de un escepticismo apenas disimulado? La inspectora Zailer y tú sois como dos hermanos siameses. Siempre sabes dónde está ella, con quién y qué ha tomado para desayunar. ¿Por qué no ha sido así en esta ocasión?

Simón no dijo nada. Paradójicamente, mientras Muñeco de Nieve le estaba echando la bronca se sentía mejor; era como si se hubiese quitado un peso de encima, algo de lo que quería deshacerse.

—Entonces, a ver si nos entendemos: te has enterado de que la inspectora Zailer se había llevado a Jenkins a Escocia solo después de que Sellers te ha llamado, ¿es eso lo que me estás diciendo?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo recibiste esa llamada?

—Por la noche.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces? Me habrías ahorrado la molestia de ponerme el pijama.

Simón se quedó mirando al suelo. En aquel momento pensó que aún podía capear el temporal. Sin embargo, a medida que iba avanzando la noche y Charlie seguía sin ponerse en contacto con él, empezó a ponerse más

nervioso. Había esperado que ella le llamara después de que lo hubiera hecho Sellers para decirle lo que debía hacer. Pero no lo hizo, y de pronto pensó que quizás nunca lo haría. Y, en ese caso, Simón tendría que contarle a Proust parte de la verdad para cubrirse las espaldas.

El inspector jefe entornó los ojos, dispuesto a analizar cada nueva mentira.

—Si la inspectora fue a ese chalet para arrestar al propietario y a su mujer, ¿por qué no fue allí contigo y con unos cuantos agentes? ¿Por qué llevarse a Naomi Jenkins, que en el mejor de los casos es una testigo y en el peor una sospechosa?

—Tal vez necesitaba a Jenkins para que identificara a Angilley como el hombre que la violó.

—Muy bien, ¡pero esa no es la manera de hacerlo! —exclamó Proust, enfadado—. Esa es la manera de conseguir que te roben el coche y el bolso, como al parecer ha sucedido. ¿Cómo puede haber sido tan estúpida la inspectora Zailer? Se ha puesto en peligro y también ha puesto en peligro a Jenkins y todo el trabajo que hemos hecho...

—Acabo de recibir una llamada de la policía de Escocia —le interrumpió Simón.

—Me resulta más difícil de creer eso que todo lo demás. Esa gente no mueve un dedo.

—Han encontrado el coche de Charlie.

—¿Dónde?

—No muy lejos de los chalets Silver Brae; en la carretera, a cuatro millas. Pero el bolso no estaba.

Proust lanzó un pesado suspiro y se frotó la barbilla.

—En este asunto hay tantos aspectos contradictorios que no sé ni por dónde empezar, Waterhouse. ¿Por qué Naomi Jenkins, después de haber viajado a Escocia para identificar a su violador, tiene la repentina idea de robar un coche y salir huyendo, comportándose como una criminal a todos los efectos?

—No lo sé, señor —mintió Simón.

No podía contarle a Proust lo que Sellers le había dicho: que Naomi ya no confiaba en Charlie y que por algo que había dicho Steph había descubierto su relación con Graham Angilley.

—Habla con la inspectora Zailer —dijo Proust, impaciente—. Algo debe de haber ocurrido en esos chalets, ¿no te parece? La inspectora Zailer debe saber de qué se trata y a estas alturas tú también deberías saberlo. ¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—No he hablado con ella desde que se fue —reconoció Simón.

—¿Qué me estás ocultando, Waterhouse?

—Nada, señor.

—Si la inspectora fue a los chalets Silver Brae para detener a los Angilley, ¿por qué Sellers y Gibbs también fueron allí por su cuenta? ¿Hacía falta que fueran los tres? Habría bastado con un inspector y un agente de uniforme.

—No lo sé, señor.

Proust empezó a andar en círculos alrededor de Simón.

—Waterhouse, a estas alturas ya me conoces muy bien. Por eso deberías saber que si hay algo que detesto más que las mentiras son las mentiras en medio de la noche.

Lo mejor que Simón podía hacer era guardar silencio. Se preguntaba si, en cierto sentido, no estaría deseando que Proust acabara con él y le obligara a contar toda la historia. Charlie y Graham Angilley. ¿Acaso Muñeco de Nieve podría decirle algo que le hiciera sentirse mejor con respecto a eso?

—Quizás debería preguntárselo a Naomi Jenkins. Es difícil que sea de menos ayuda que tú. ¿Qué están haciendo para encontrarla?

Por fin una pregunta que Simón podía contestar con toda sinceridad.

—Hay varios agentes en el hospital. Sellers dijo que Charlie estaba segura de que Jenkins iría allí para ver a Robert Haworth.

—De modo que te comunicas con la inspectora a través de Sellers. Interesante. —El inspector jefe siguió andando en círculos alrededor de Simón—. ¿Por qué Jenkins quiere ver a Robert Haworth? Ella sabe que fue él quien violó a Prudence Kelvey, ¿verdad? La inspectora Zailer se lo dijo, ¿no?

—Sí. No sé por qué quiere verle, pero al parecer así es. A toda costa.

—Waterhouse, ¡son las dos de la madrugada, maldita sea! —gritó Proust, golpeando su reloj—. Si era allí adónde se dirigía, a estas horas ya debería haber llegado. Es evidente que la inspectora Zailer estaba equivocada. ¿Hay alguien vigilando la casa de Jenkins?

«Mierda».

—No, señor.

—Por supuesto que no; he sido un tonto al preguntarlo. —Su voz era más sutil; las palabras, como perdigones, iban dirigidas a Simón—. Manda a alguien allí lo antes posible. Si no está allí, intentadlo en casa del exmarido de Yvon Cotchin. Y luego en la de los padres de Jenkins. Me asombra tener que

oírme decir todas estas cosas, Waterhouse. —Como si pensara que había sido demasiado sutil en su desaprobación, gritó—: ¿Qué te ocurre? ¡No debería ser un viejo muerto de sueño quien tenga que explicarte los procedimientos más elementales!

—He estado ocupado, señor. —«Todos los demás están en la maldita Escocia, señor»—. Charlie dijo que Jenkins iría directamente al hospital. Teniendo en cuenta que fue la última persona que habló con ella, supongo que sabe lo que se dice.

—¡Localiza a Jenkins y hazlo cuanto antes! Quiero saber por qué ha huido. Nunca me convenció su coartada sobre el momento en que Robert Haworth fue atacado. Todo lo que tenemos es la palabra de su mejor amiga, ¡la misma que diseñó la página web de Graham Angilley!

—Nunca dijo que tuviera un problema con la coartada, señor —murmuró Simón.

—Lo estoy diciendo ahora, ¿no? ¡Tengo un problema con todo este maldito asunto, Waterhouse! Dar vueltas en círculo, eso es lo que estamos haciendo. ¡Nos estamos pisando nuestros propios talones! ¡Echa un vistazo a esa enorme mancha negra! —dijo, señalando el panel que había en la pared de la sala del departamento de investigación criminal; con un rotulador negro, Charlie había apuntado en él los nombres de todos los implicados en el caso, con flechas que los unían siempre que hubiera alguna conexión. Proust tenía razón: había más conexiones de las que cabría esperar. Ahora, el esquema de Charlie parecía una araña obesa y monstruosa... Era un enorme amasijo de líneas, flechas, círculos y curvas. La silueta del caos—. ¿Habías visto alguna vez algo tan poco alentador? —preguntó Proust—. ¡Porque yo no!

«Hablando de cosas poco alentadoras...», pensó Simón, y luego dijo:

—Juliet Haworth ha dejado de hablar, señor.

—¿Acaso había empezado a hacerlo?

—No, me refiero a que ha dejado de hablar del todo. Lo he intentado un par de veces, y en ambas ha permanecido en silencio. Sabía que iba a ocurrir. Cuanto más nos acercamos a la verdad, menos dispuesta está a hablar. Ya tenemos pruebas suficientes para condenarla, pero...

—Pero no son concluyentes —dijo Proust, terminando la frase de Simón—. Por mucho que quiera conseguir una condena para complacer a las altas instancias, antes quiero saber qué ha ocurrido. Quiero tener una idea clara de las cosas, Waterhouse.

—Yo también, señor. Todo se está aclarando. Sabemos que Angilley elegía a sus víctimas a través de páginas web, de las cuales dos fueron diseñadas por Yvon Cotchin.

—¿Y qué me dices de Tanya, la camarera de Cardiff que se suicidó, la que

escribía tan mal? ¿También tenía página web?

—Ella es la excepción —admitió Simón—. También podemos explicar la presencia de público en las violaciones... Angilley vendía entradas para despedidas de soltero *hardcore*. He encontrado pruebas de eso en los chats de Internet. Eso es lo que he estado haciendo...

—En vez de hablar con tu inspectora o intentar localizar a Naomi Jenkins —dijo Proust, sarcástico—. O decirme la verdad acerca de lo que cruzaba por tu peculiar cabeza o tu aún más peculiar estilo de vida, Waterhouse, si me permites decirlo de una forma brusca.

Simón se quedó helado. Aquel era el comentario más hiriente que Proust le había hecho en todos esos años. «Según Muñeco de Nieve, peculiar es cualquier hombre que no tenga en casa a una esposa que prepare el pan y zurza calcetines», habría dicho Charlie. Simón podía oír claramente su voz dentro de su cabeza, pero no era lo mismo que tenerla allí.

Su vida *era* peculiar. No tenía novia y tampoco verdaderos amigos, salvo Charlie.

—Sellers ha conseguido un montón de pruebas en los chalets Silver Brae —prosiguió Simón—. Angilley había archivado cuidadosamente todo el material, como si se trata de algo legal: números de teléfono de decenas de hombres y una lista con los nombres de veintitrés mujeres..., antiguas y futuras víctimas, por lo que parece. Algunos de esos nombres estaban subrayados y tenían una fecha, mientras que otros no. Sellers ha buscado en Google a esas mujeres... Todas tienen página web propia o un perfil en la de su empresa. Todas son mujeres trabajadoras...

El teléfono que Simón tenía ante él empezó a sonar y lo descolgó.

—Subinspector Waterhouse, DIC —dijo mecánicamente. No debía ser Charlie; ella lo habría llamado al móvil.

—¿Simón? ¡Gracias a Dios!

El corazón de Simón empezó a latir apresuradamente.

—¿Olivia?

—He perdido tu número de móvil; llevo una ahora peleándome con un imbécil electrónico y luego con uno humano. Bueno, da igual. Oye, estoy preocupada por Charlie. ¿Puedes mandar un coche de la policía a su casa?

Muy nervioso, Simón le dijo a Proust:

—Mande a algunos agentes a casa de Charlie.

Hasta entonces, nunca le había dado una orden a Proust. El inspector jefe descolgó otro teléfono.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Simón a Olivia.

—Charlie me dejó un mensaje hoy..., bueno, ayer; es que aún no he dormido. Me dijo que me pasara por su casa. Dijo que la llave estaría en el sitio de siempre y que entrara si aún no había llegado.

—¿Y?

Simón sabía que Charlie dejaba la llave debajo del cubo de basura. La había dejado allí para él en alguna ocasión. Él le había echado la bronca: ¿de qué servía ser policía si dejaba la llave en el primer lugar donde miraría un ladrón? «Me falta energía para pensar en un sitio mejor donde esconderla», le había dicho ella, con voz cansada.

—Llegué sobre las ocho —dijo Olivia—, pero Charlie no estaba, y la llave tampoco. Le pasé una nota por el buzón, le decía que me llamara. Me fui a un pub, comí algo, me tomé un par de copas, me puse a leer, pero nada. Al final me preocupé de verdad y volví a su casa, pero aún no había vuelto. Me senté en el coche a esperarla, pero nada. En circunstancias normales la habría mandado al diablo y me habría ido a casa, pero el mensaje que me dejó... Parecía muy alterada. Era como si quisiera decir que había ocurrido algo malo.

—¿Y?

Simón intentó que su voz sonara serena. «Ve al puto grano».

—Me quedé dormida en el coche. Cuando me desperté, había luz en el salón de Charlie y las cortinas estaban corridas, mientras que antes no lo estaban. Pensé que había vuelto; llamé al timbre, dispuesta a echarle una bronca por no haberme llamado inmediatamente después de haber leído mi nota. Pero nadie abrió la puerta. Sé que dentro había alguien, porque vi que algo se movía en el vestíbulo. De hecho, estoy segura de que había dos personas. Una de ellas debía de ser Charlie, pero, entonces, ¿por qué no me dejó entrar? Puede que pienses que estoy de los nervios, pero sé que algo va mal.

—Charlie está en Escocia —le dijo Simón. «Pero Graham Angilley no»—. No puede estar en su casa.

—¿Estás seguro?

—Del todo. Se fue de repente.

—¿No habrá vuelto a los chalets Silver Brae? —preguntó Olivia, esta vez en tono periodístico—. Tú me llamaste para hacerme todas esas preguntas sobre Graham Angilley... ¿Por qué coño no me dijo Charlie que pensaba volver a verlo en vez de decirme que me pasara por su casa como una idiota? —Olivia hizo una pausa—. Tú sabes por qué estaba tan alterada, ¿verdad?

—Tengo que dejarte, Olivia.

Simón quería colgar el teléfono y presentarse personalmente en casa de Charlie. Proust ya se había puesto el abrigo.

—¿Simón? ¡No te atrevas a colgarme! Si no se trata de Charlie ¿quién está en su casa?

—Olivia...

—¡Podría volver, romper el cristal de una ventana y descubrirlo yo misma! Solo estoy a cinco minutos de allí.

—No lo hagas, Olivia. ¿Me has oído? Ahora no puedo explicártelo, pero creo que en casa de Charlie hay un hombre peligroso y violento. Mantente alejada de allí. ¡Prométemelo! —Ya que no había sido capaz de proteger a Charlie, Simón había decidido que no le pasaría lo mismo con su hermana—. Prométemelo, Olivia.

Ella lanzó un suspiro.

—Vale, de acuerdo. Pero llámame en cuanto puedas. Quiero saber qué está pasando.

Proust también quería saberlo. En cuanto Simón colgó el teléfono, él levantó una ceja.

—¿Un hombre peligroso y violento?

Simón asintió con la cabeza y notó un calor que recorría todo su cuerpo.

—Graham Angilley.

Había empezado a caminar hacia la puerta, palpando la chaqueta en busca de las llaves del coche. Proust lo siguió. A Simón le sorprendió que el inspector jefe —que solía ser un hombre lento y pausado— fuera capaz de correr más que él.

Ambos pensaban lo mismo: Naomi Jenkins tenía el bolso de Charlie y las llaves de su casa. Si Olivia estaba en lo cierto y efectivamente había visto a dos personas, puede que Naomi estuviera en la casa con Angilley. Debían llegar allí cuanto antes. Muñeco de Nieve esperó a que estuvieran en el coche, doblando la velocidad permitida, para preguntar:

—Solo una cosilla, un detalle sin importancia, pero ¿por qué está Graham Angilley en casa de la inspectora Zailer? ¿Cómo sabe dónde vive?

Simón mantenía los ojos fijos en la calle y no le respondió. Cuando Proust habló de nuevo, lo hizo con voz tranquila y amistosa:

—Me pregunto cuántas cabezas van a rodar una vez que todo esto haya terminado —dijo, reflexionando en voz alta.

Simón se agarró con fuerza al volante como si fuera lo único que le quedase en el mundo.

Domingo, 9 de abril

Graham Angilley está de pie frente mí, sosteniendo las tijeras que me he traído de casa y cortando el aire, delante de mi cara. Las hojas producen un sonido metálico. En la otra mano tiene el mazo.

—Has venido muy bien equipada. Muy considerado de tu parte —dice.

Un solo pensamiento cruza por mi cabeza: no puede ganar. Así no es como debe acabar esta historia, conmigo siendo tan estúpida como para venir aquí, consciente de que tenía muchas posibilidades de encontrármelo y cargada con todo lo que él necesita para vencerme. Intento no pensar en mi temeridad. Debía de estar loca al creer que podría con él. Pero no puedo obsesionarme con eso. Hace tres años me dejé llevar y me sentí impotente en su presencia, y así es como estaba: totalmente indefensa. Pero esta vez tiene que ser completamente distinto.

Lo primero que debo hacer es no demostrar que estoy asustada. No me encogeré de miedo ni suplicaré. Hasta ahora no lo he hecho; no lo he hecho cuando me ha puesto el filo de las tijeras en la garganta y tampoco cuando me ha atado a una de las sillas de madera que hay en la cocina de Charlie. He permanecido en silencio, tratando de mantener el rostro impassible, carente de cualquier expresión.

—Es como en los viejos tiempos, ¿eh? —dice—. Solo que ahora llevas puesta la ropa. De momento.

Tengo las manos atadas detrás de la silla y los pies sujetos en las patas traseras. La tensión de los muslos empieza a molestarme. Angilley cierra las tijeras y las deja sobre la mesa de la cocina. Luego, con las dos manos, hace rotar el mazo.

—Bueno, bueno —dice—. ¿Qué tenemos aquí? Un objeto largo y cilíndrico con una punta roma y redondeada. Me rindo. ¿Se trata de algún juguete erótico? ¿Un enorme vibrador de bronce?

—¿Por qué no te sientas encima y lo averiguas? —digo, esperando que piense que no tengo miedo.

Él sonríe.

—Esta vez estás guerrera, ¿eh? Haces bien, como solemos decir a veces los de Yorkshire. Me gusta que haya un poco de variedad.

—¿Es por eso por lo que siempre haces lo mismo, una y otra vez? ¿Atar

mujeres y luego violarlas? Incluso dices lo mismo: «¿Quieres entrar en calor antes de que empiece el espectáculo?». ¡Qué frase más ridícula! —Me obligo a soltar una carcajada. Diga lo que diga, tanto si me muestro tímida como desafiante, no cambiará nada de lo que vaya a hacerme. Él sabe cómo quiere que acabe todo esto. Nada de lo que yo pueda decir le afectará, porque le da igual. Al darme cuenta de ello, me siento libre para hablar—. Puede que te creas muy intrépido, pero sin tu absurda rutina estás perdido. Siempre es la misma, sea quien sea la mujer; da igual que sea Juliet, Sandy Freeguard o yo...

Unas pequeñas arrugas aparecen en torno a sus ojos cuando a su rostro asoma una torva sonrisa.

—¿Cómo te has enterado de lo de Sandy Freeguard? Apuesto a que te lo ha contado Charlie.

—O Robert —sugiero.

—Buen intento, pero fue Charlie quien te lo contó. —Angilley olisquea el aire —. Sí, me ha parecido detectar un inconfundible olor a solidaridad femenina y a alianza entre mujeres. ¿No me digas que os reunís para tejer edredones de patchwork en vuestro tiempo libre? Debes de ser una íntima amiga suya si tienes las llaves de su casa. Me parece muy poco profesional por su parte Este ha sido el paso en falso más serio que ha dado la inspectora hasta la fecha.

Trato de cambiar de posición para estar más cómoda, pero no funciona. Empiezo a notar un hormigueo en los pies; dentro de poco dejaré de sentirlos.

—Estás muy sexy cuando te mueves y te retuerces así. Hazlo otra vez.

—Que te den.

Apoya el mazo en la mesa.

—Luego tendremos mucho tiempo para usar esto —dice.

Se me revuelve el estómago. Tengo que conseguir que siga hablando.

—Háblame de Prue Kelvey.

Coge las tijeras y se acerca lentamente a mí. Siento que voy a gritar y hago todo lo posible por evitarlo. Si demuestro que estoy asustada, luego no seré capaz de fingir. Debo seguir actuando, impertérrita. Levanta el cuello de mi blusa y me dice que incline la cabeza hacia delante. Entonces empieza a cortar la tela en torno al cuello. Noto el frío metal de las tijeras contra mi piel. Cuando ya lo ha cortado, lanza el cuello de la blusa sobre mi regazo.

—¿Qué tal si respondes primero a mis preguntas? ¿Por qué mi hermano está en el hospital, medio muerto? La buena de la inspectora no me contó demasiado. ¿Fuiste tú quien lo mandaste allí o fue Juliet?

Ahora parece hablar más en serio. Como si le importara.

Lo miro a los ojos, preguntándome si se trata de algún truco. Hacerme saber que eso le importa equivale a darme un arma. Pero tal vez piense que no puedo hacerle nada. Me ha atado a una silla para asegurarse de ello.

—Es una larga historia —digo—. Me duelen las piernas y no me siento los pies. ¿Por qué no me desatas?

—Siempre acabo haciéndolo, ¿no? —dice Angille, flirteando—. ¿Por qué tanta prisa? Debo decirte que si mi hermanito muere y descubro que fuiste tú quien intentó asesinarlo, te mataré —añade, cortándose el primer botón de la blusa.

—¿Por qué no pasamos al sexo y terminamos con esto? —propongo, con el corazón en la garganta—. Podemos ahorrarnos los preliminares.

Por un momento, parece irritado. Luego vuelve a asomar a su rostro una leve sonrisa.

—Robert no va a morir —le digo.

Deja las tijeras sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve en el hospital.

Después de hacer una pausa, dice:

—¿Y? No es necesario que seas misteriosa y enigmática conmigo, Naomi. No olvides que te conozco por dentro y por fuera. —Me guiña el ojo—. Estuviste en el hospital y...

—Tú no quieres que Robert muera, y yo tampoco. Estamos en el mismo lado, independientemente de lo que sucediera entre ambos en el pasado. ¿Por qué no me desatas?

—Ni hablar, muñeca. Entonces, ¿quién quiere ver muerto a Robert? —me pregunta—. Al parecer, alguien lo desea.

—Juliet —le digo.

—¿Por qué? ¿Porque follaba contigo a sus espaldas?

Niego con la cabeza.

—Lo sabe desde hace meses.

Vuelve a coger las tijeras.

—Cuando empezamos esta conversación, mi paciencia era más bien escasa. Y ahora ya se está agotando. De modo que, ¿por qué no eres una buena chica y me cuentas lo que quiero saber? —dice, cortando otro botón.

—Deja en paz mi ropa —le suelto, mientras empiezo a sentirme presa del pánico—. Desátame, y te llevaré a ver a Robert al hospital.

—¿Que tú me llevarás? Vaya, muchas gracias, hada madrina.

—Solo podrás verlo si vienes conmigo —digo, improvisando sobre la marcha—. No dejan que nadie lo visite, pero yo puedo conseguir que entres a verlo. Los empleados me conocen. Fui a visitarlo con Charlie.

—Deja de fanfarronear antes de que te sientas ridícula. Resulta que hoy he visto a Robert. Hace tan solo un par de horas. —Al ver mi sorpresa, que evidentemente no he sido capaz de disimular, se echa a reír—. Sí, así es. He entrado en la Unidad de Cuidados Intensivos sin problemas, como todo un hombre. Ha sido muy fácil. En la puerta del pabellón hay un teclado con letras y números. Lo único que he tenido que hacer ha sido vigilar a un par de médicos que han entrado y memorizar el código que han tenido la amabilidad de teclear delante de mí. En realidad ha sido de risa. —Suelta las tijeras, saca la otra silla de la mesa y se sienta frente a mí—. Las medidas de vigilancia y seguridad..., códigos, números, alarmas y todo eso, solo consiguen que la gente esté *código*, todo el mundo puede andar por allí con la cabeza en otro sitio, como si fueran ovejas atiborradas de Válium, convencidos de que un absurdo mecanismo se ocupará por ellos de la vigilancia. Lo único que hice fue teclear rápidamente y ya estaba dentro, andando entre un nube de invisibles microbios.

—¿Cómo está Robert?

Tu hermano se echa a reír.

—¿Lo amas? ¿Se trata de amor? Es así, ¿verdad?

—¿Cómo está? Dímelo.

—Bueno..., podría ser diplomático y decir que se le da bien escuchar.

—Pero ¿sigue vivo?

—Oh, sí. En realidad está un poco mejor. Me lo dijo la enfermera con la que estuve flirteando. Ya no está..., ¿cómo lo dijo?..., intubado. Puedo explicártelo, por si estudiaste en una mala escuela: ya respira por sí mismo, nada de tubos. Y su corazón traquetea como un tren: lo he visto en el monitor. La línea verde subía y bajaba, subía y bajaba... ¿Sabes una cosa? Los hospitales de verdad no son como los de las series de televisión. Sufrí una gran decepción. Estuve en la habitación de Robert unos diez minutos y no apareció una enfermera o un médico que quisiera meterse en nuestros asuntos. Y tampoco había ninguna monja que me dijera cómo enfrentarme a los temas pendientes. Me sentí un poco abandonado.

Hasta ahora parece haberse olvidado de las tijeras. Decido coger el toro por los cuernos.

—Graham, quiero ir a ver a Robert. Necesito verlo. Es tu hermano y sé que te preocupas por él, por mucho que te extrañe. Por favor, ¿puedes desatarme para que pueda ir al hospital?

—Estoy más preocupado por mí que por Robert o por ti —dice, sonriendo, como si quisiera disculparse—. ¿Qué va a ser de mí? Seguramente me detendrán y tú le dirás a la policía que te hice un montón de cosas horribles. ¿No es así?

—No —miento—. Escucha, sé con seguridad que la policía no tiene ninguna prueba forense contra ti. Nada de ADN. Me lo dijo Charlie.

—Estupendo.

Angille se frota las manos. Hay algo que me hace pensar que espera que yo comparta su satisfacción.

—Si me dejas ir, te juro por mi vida que le diré a la policía que tú no eres el hombre que me atacó. No tendrán forma de condenarte.

—Hum... —Se frota la barbilla, pensativo—. ¿Y qué me dices de la inspectora Charlie? ¿Qué es lo que le has dicho? Conozco a las mujeres y lo bocazas que sois. En la intimidad, ¿recuerdas?

Me zumba la cabeza al tratar de pensar más deprisa de lo que soy capaz. No puede haber hablado con Steph o sabría que Charlie sabe mucho más sobre su implicación en las violaciones de lo que yo podría haberle contado a ella.

—Charlie confía en ti —digo—. Ella te considera su novio.

—Qué tierno. Pero, como todas las grandes historias de amor la nuestra tampoco puede durar. Solo es cuestión de tiempo que Charlie descubra el verdadero apellido de Robert y se dé cuenta de que soy su hermano. Y entonces se preguntará por qué no se lo he dicho. En realidad pensé que el juego había terminado en cuanto entraste aquí. Pensé que eras Charlie y me escondí detrás de la puerta del salón. Solo cuando empezaste a arrastrarte por el suelo y me asomé un poco me di cuenta de que eras tú. Si la pechugona llega a encontrarme en su casa cuando se suponía que yo no debía estar aquí, creo que habríamos tenido una buena bronca.

—¿Qué estabas haciendo aquí? ¿Por qué estabas aquí si Charlie no había llegado?

—Quería ver si se había llevado trabajo a casa, algo relacionado con el intento de asesinato de mi hermanito. Quiero saber a quién debo culpar.

Ya no me siento los pies y no puedo seguir ignorando el dolor en las piernas y la espalda.

—Mira, si digo que tú no fuiste el hombre que me violó, la policía no podrá tocarte.

Angilley frunce el ceño.

—¿Que te violó? ¿No estás exagerando un poco?

—¿Me desatas, por favor?

—¿Y qué me dices de Sandy Freeguard?

—Ella no sabe quién eres y yo no voy a decírselo. Desátame.

—Podría hacerlo si me dices por qué Juliet intentó matar a Robert.

Dudo un momento y, al final, digo:

—Él le dijo que iba a dejarla por mí. —No tengo que entrar en detalles sobre qué le dijiste a Juliet ni pronunciar las palabras exactas. Debiste tomarte mucho tiempo para explicárselo todo. A tu hermano le conviene más la versión resumida—. Y ahora háblame de Prue Kelvey.

—¿Qué pasa con ella? Era una de mis chicas, como tú. —Vuelve a coger las tijeras y corta los dos últimos botones de mi blusa, que se abre del todo—. No puedes ir así al hospital, con las tetas colgando. Sería demasiado indecente. —Su voz se endurece—. ¿Cómo te has enterado de lo de Prue Kelvey?

Lentamente, cierra las tijeras en torno a uno de los tirantes de mi sujetador y lo corta.

—Tú no tuviste relaciones sexuales con ella, pero Robert sí. ¿Por qué? ¿Le obligaste a hacerlo?

—«Obligar» es una palabra demasiado fuerte. Digamos que lo animé. O, mejor dicho, le pedí a mi mujer que le transmitiera mi mensaje de ánimo. No me hablaba con Robert y yo quería arreglar las cosas. Prue Kelvey fue mi oferta de paz. Robert aceptó y yo me puse muy contento. Pensé que se divertiría. Lamentablemente, no fue así y al final me arrepentí de mi generosidad. Y, en vez de mejorar, las cosas empeoraron. —Angilley lanza un suspiro—. Robert es mi hermano pequeño. Quería que participara en todo eso, implicarlo a fondo. Estaba allí cuando empezó todo, en mi despedida de soltero, cuando se me ocurrió la idea para el negocio. Fuimos a Gales, a Cardiff, a pasar un fin de semana, solos. Acabamos borrachos en un restaurante hindú muy cutre, lo cual no resultó demasiado excitante. Hasta que tuve la brillante idea de regalarle a la tímida camarera una noche que no iba a olvidar. Solo estábamos nosotros dos y ella; yo estaba ebrio..., y hacer eso parecía lo más obvio. Me aseguré de que Robert también disfrutara con ella. Aquello fue como una bellota de la que surgió la idea para un negocio muy lucrativo. Sin ayuda de nadie, he revolucionado las despedidas de soltero de este país.

—Despedidas de soltero... —repito distraídamente, sintiendo frío y los

miembros entumecidos.

La palabra «bellota» despierta un recuerdo en mí. Cierro los ojos y veo los postes de una cama en cuya punta hay una bellota tallada. Me siento mareada, como si fuera a desmayarme.

—Sabía que lo entenderías —dice—. Tienes cabeza para los negocios, igual que yo, igual que la tenía mi querida madre. Hizo una fortuna siendo simplemente ella... Era una mujer muy brillante. Admiro a las mujeres de éxito. —Empieza a cortarme los pantalones, haciéndome hacer un agujero en la rodilla—. ¡Tachan! —dice, sonriéndome—. ¡Hola, rodilla!

—Tienes que desatarme —le digo—. Siento como si se me fuera a partir la espalda.

—Fue mi madre quien me contó vuestro gran secreto.

—¿Qué secreto?

—Vuestro, en plural. El de las mujeres. Todas tenéis fantasías sexuales en las que sois forzadas. Y lo que yo hago es convertir esas fantasías en realidad. Os ofrezco lo que no nunca admitiríais que deseáis. A ver, no es que sea un altruista; no pretendo serlo. Pero soy afortunado. No hay mucha gente que disfrute con su trabajo. Aunque he tenido que sudar tinta, sobre todo gracias a Robert. Después de la camarera galesa me costó convencerlo de que llevara a cabo su parte, de modo que siempre tuve que interpretar el papel del protagonista masculino. Es todo un logro conseguir que mi hermano haga algo si no está convencido de ello. Siempre se mantiene en sus trece en cualquier cosa. Lo único en lo que estuvo de acuerdo fue en acompañar a nuestras protagonistas a su casa una vez terminado el espectáculo. Fue él quien te llevó a casa. —Me mira fijamente y sonríe—. Eso no lo sabías, ¿verdad? Sí, fue Robert quien te llevó sana y salva hasta tu coche. Evidentemente, no lo viste porque llevabas el antifaz.

—Querías que tuviera un papel más activo y por eso le obligaste a violar a Prue Kelvey. Le hiciste chantaje, ¿verdad?

Angille y sonrío, negando con la cabeza.

—Al parecer, me consideras una especie de tirano —dice—. Pero yo soy un alma caritativa. Robert no disfrutó de su velada con la señorita Kelvey y yo me arrepentí de habérsela ofrecido. Desde aquella noche, él y yo no nos hemos dirigido la palabra. —Niega con la cabeza—. Robert insistió en que Prue no se quitara el antifaz durante el espectáculo, cosa que no gustó a los clientes. Algunos se quejaron, incluido el novio, y tuve que devolverles parte del dinero. A todos les gusta ver los ojos..., las ventanas del alma y todo ese rollo.

—¿Por qué la obligó a dejarse puesto el antifaz? —le pregunto, poniéndole a prueba.

—¿Y quién coño lo sabe? —Me practica un enorme agujero en la otra pernera

de los pantalones, también en la rodilla—. Esa suele ser la respuesta habitual cuando se trata de Robert. Puede que tuviera miedo de que lo reconociera. Robert es un pesimista. Puede que le entrara el pánico al pensar que un día podía tropezarse con ella.

Asiento con la cabeza, satisfecha al comprobar que tu hermano no sabe nada.

—¿Por qué elegías mujeres que tenían página web? ¿Por qué no elegir las al azar entre las que pasaban por la calle?

—Porque, mi querida y entrometida Naomi, las mujeres están mucho más asustadas si creen que han sido elegidas. ¿Acaso no te preguntaste: «¿Por qué yo?» y cómo sabía todas esas cosas de ti? Es muy siniestro, mucho peor que ser elegida al azar, anónimamente. No, es esa dimensión personal la que provoca el terror en la mirada, y el terror en la mirada, como me dicen constantemente mis clientes, es crucial.

Le dedico una fría sonrisa.

—La dimensión personal. Suena bien. Y tienes razón: hace que todo sea mucho peor. Apuesto a que te habría gustado descubrirlo personalmente, ¿verdad?

Angilley se pone en tensión.

—Basta de cháchara.

Se agacha junto a mi silla y empieza a cortar la pernera de los pantalones, empezando por abajo.

—Un poco triste, ¿no? Plagiar las ideas de los demás y fingir que son propias.

—Si tú lo dices... Pero no nos olvidemos de ese largo objeto de forma cilíndrica que tan amablemente has traído y de sus posibles usos... ¡Aquí está!

Una de las perneras de mis pantalones está en el suelo, hecha trizas. Un miedo agudo me obliga a permanecer en silencio. No consigo respirar.

—Sea lo que sea lo que te haya dicho Robert, debes saber que no te quiere ni le importas. —Angilley parece complacido consigo mismo—. Soy yo el que se preocupa. ¿Por qué crees que se pone en peligro y decide conocer a mis protagonistas después del espectáculo, y hace que se enamoren de él?

—¿Por qué crees tú que lo hace? —me arriesgo a preguntar.

—Muy sencillo: porque cree que está por encima de los demás. Yo tengo éxito, mientras que Robert es un fracasado. Siempre ha sido así, como puede verse en esas sensibleras adaptaciones de la BBC. Mamá le hizo la vida imposible después de que papá se largó. Papá nunca se preocupó por Robert y, una vez que se hubo largado, mamá se comportó con él como un ogro. En cambio, yo era perfecto, el niño mimado. Aunque nunca lo haya dicho, Robert siempre

había querido derrotarme, para demostrar que es mejor que yo. Y por eso lo hace: busca a las mujeres que se mostraron..., digamos..., reticentes a hacerlo conmigo, y las hechiza o las manipula hasta que se mueren por hacerlo con él.

Lo miro fijamente, asombrada y horrorizada por su arrogancia.

—No puedes decirlo en serio —digo.

Sonríe y empieza a cortarme los pantalones por la cintura.

—Si no me estás mintiendo, si realmente Juliet intentó matar a Robert, creo que no tienes ninguna posibilidad. Si antes no la prefería a ella, creo que ahora lo hará. Mi hermanito es masoquista. Siempre ha sentido debilidad por las mujeres que lo tratan como a una mierda. Me temo que es un legado de mamá. Cuanto más lo maltrataba, más devoción sentía por ella. Al final cortó con ella..., básicamente por orgullo. Pero desde entonces ha estado buscando una sustituta, aunque no creo que sea consciente de ello. Eso lo sé por las revistas para descerebrados que lee mi mujer.

Noto las tijeras dentro de mis bragas, tersas y frías contra mi piel. Pongo la mente en blanco y dejo que mi instinto se ocupe de todo. Con todas mis fuerzas, me inclino hacia la izquierda, haciendo balancear la silla. Es cuestión de cuatro o cinco segundos, no más. ¿Cómo pueden pasar tantas cosas en tan poco tiempo? Tu hermano levanta los ojos mientras la silla y yo nos precipitamos sobre él. Entonces, echando una mano hacia atrás, levanta el brazo que le queda libre y lo lanza contra mí, casi como un reflejo. Mientras la silla cae sobre él, veo que mira fijamente las tijeras abiertas que sostiene con la mano. Oigo un ruido sordo cuando la silla alcanza su brazo y dispara la mano hacia su rostro.

Suelta un grito. La sangre mana a borbotones, salpicando mi cara, pero no logro ver de dónde sale. La silla está encima de Graham Angilley. En lugar de estar de pie, ahora estoy inclinada sobre su cuerpo, víctima de una convulsión. Oigo sus aullidos y sus gemidos, pero no puedo ver su rostro, a pesar de volver el mío todo lo que me es posible. Trato de gritar pidiendo ayuda, pero mi respiración es demasiado pesada para hacerme oír.

Antes no veía la sangre, pero ahora sí. Se extiende por los cuadrados de linóleo azul. Respiro profundamente y suelto un grito de socorro, un grito que intento que sea lo más largo posible. Al principio era una palabra, pero luego se convierte en un aullido, un agudo lamento de dolor.

Oigo un estrépito y luego ruido de pasos en el vestíbulo. Sigo gritando. Veo a Simón Waterhouse y, detrás de él, a un hombre calvo, y sigo gritando. Porque nadie me ayudará nunca como Dios manda. Ni siquiera esos hombres que acaban de irrumpir, ni Yvon, ni Charlie, nadie. Nunca lograré escapar. Esa es la razón por la que no puedo parar de gritar.

Lunes, 10 de abril

No pienso irme. Nunca te dejaré en paz. Estoy frente a la puerta de la Unidad de Cuidados Intensivos y percibo tu presencia, como algo que pesa en el aire. Si no supiera cuál es la situación, casi podría creer que el ambiente solemne y silencioso del hospital se debe a nosotros. El personal, las visitas y los pacientes externos pasan cabizbajos por delante de mí.

Ayer estuve aquí, pero no pude entrar a verte. Simón Waterhouse insistió en quedarse conmigo todo el tiempo. Mientras los médicos me examinaban, él esperó fuera. Creo que aprobarías su paciencia y su rigor: son dos cualidades que tú también posees. Tras asegurarse personalmente de que los médicos me habían dado el alta, me llevó a casa en coche. Le insistí en que no tenía nada, salvo el dolor que sentía en los brazos y las piernas tras haber estado atada.

Ayer estuve junto a la Unidad de Cuidados Intensivos. Fue una suerte. Hoy, eso me facilita las cosas.

Tecleo el código en el panel, el mismo que he visto marcar a un médico: CY1789. El truco que le funcionó a tu hermano también me ha funcionado a mí. La puerta lanza un zumbido y, al empujar, se abre sin problemas. Estoy en tu pabellón. De pronto me doy cuenta de que el hecho de entrar físicamente en esta unidad es tan solo una parte del desafío. Ahora debo fingir que estoy en mi ambiente, como si mi presencia en este pasillo fuera algo normal. Graham debió de hacer lo mismo; debió de darse cuenta de que moverse con sigilo habría sido muy peligroso.

Con la cabeza alta, camino deprisa y, segura de mí misma, paso por delante del mostrador de las enfermeras, dirigiéndome hacia tu habitación, contenta por haber tenido la brillante idea, esta mañana, de ponerme el único vestido elegante que tengo. He dejado el bolso en casa; en su lugar llevo un maletín marrón de piel con cierre de cremallera que me da un aspecto oficial. Sonrío a todo el mundo al pasar; es la sonrisa cálida de alguien que está ocupado y que dice: «Estoy segura de que todos me conocéis. Este es mi ambiente; ya he estado antes aquí y voy a volver». Y volveré, Robert, lo quieras tú o no. No seré capaz de alejarme de ti.

La puerta de madera de tu habitación tiene una ventanita de cristal. Cuando vine con Charlie, la cortina estaba abierta; sin embargo, ahora está echada. Agarro el pomo y entro en la habitación, mirando a mi alrededor por si alguien me está observando. Sin dudar.

En tu habitación hay dos enfermeras jóvenes. Una te está lavando la cara y el cuello con una esponja. Mierda. La sorpresa me borra la sonrisa de la cara.

—Lo siento —dice la otra enfermera, que rellena con un líquido una bolsa sujeta a una de las máquinas. Ha confundido mi miedo con irritación. Soy mayor que ella y llevo ropa cara, por lo que supone que soy un miembro cualificado del personal del centro.

Su compañera, la que tiene la esponja en la mano, es menos considerada.

—¿Quién es usted? —pregunta.

Ahora que estás delante de mí me resulta más fácil. Eres un hombre postrado en una cama, inmóvil. Tienes los ojos cerrados y la piel blanca. Me quedo mirando fijamente tu rostro y me doy cuenta de la gran distancia que nos separa. Podríamos ser perfectamente dos personas que no tienen nada que ver la una con la otra. Todo lo que tiene que ver contigo —tus pensamientos, tus sentimientos, la red de órganos internos que mantiene vivo tu cuerpo—, todo está metido bajo tu piel.

Por un momento me sobrecoge la idea de que otra persona, metida como estás tú ahora en esa carcasa de piel, hubiera podido penetrar en la mía de ese modo. Si un cirujano me operara, encontraría lo mismo. Casi has llegado a reemplazar mi propio ser, Robert. ¿Cómo he podido permitir que tal cosa ocurriera?

—Este es Robert Haworth, ¿verdad? —pregunto, tratando de parecer alguien que tiene derecho a perder la paciencia todas las noches aunque aún no lo ha hecho.

—Sí. ¿Es usted del DIC?

—No exactamente —digo. Levanto el maletín, dando a entender que contiene documentos importantes—. Soy asistente social; colaboro con la policía. La inspectora Zailer me dijo que era un buen momento para visitar a Robert. — Doy gracias a Dios por que ayer, al volver del hospital, Simón Waterhouse mencionara la posibilidad de contactar con una asistente social para que se ocupara de mí. Tuve ganas de decirle que era un poco tarde para eso.

Las enfermeras asienten con la cabeza.

—De todas formas, ya hemos terminado —dice una de ellas.

—Estupendo.

Le dedico una sonrisa enérgica, de funcionaría eficiente. Ninguna de ellas cuestiona por qué una asistente social desearía pasar un rato junto a un hombre que está inconsciente. El cargo que me he adjudicado les ha parecido perfecto. Suena bien; hace pensar en trámites, directrices y objetivos. Las enfermeras no tienen por qué preocuparse.

Una vez que se han ido, me acerco a ti y te acaricio la frente, que aún está húmeda por el contacto de la esponja. Tocarte ahora me resulta extraño. Tu piel es tan solo piel, como la mía, como la de cualquiera. ¿Qué es lo que te

hace tan especial? Sé que tu corazón sigue latiendo, pero me interesa más lo que está haciendo tu cerebro. Es esa parte de ti la que te hace diferente a los demás.

Robert Angilley.

El grito, el que lancé ayer, sigue ahí, aunque en este momento me aseguro de que solo yo pueda escucharlo.

—Tu hermano ha perdido un ojo. Graham. He vuelto a verlo. No fue tan horrible como la primera vez. —Hay muchas cosas que decir y no sé por dónde empezar—. También está en el hospital; pero no en este, en otro. Salió herido por culpa mía. No fue algo intencionado, simplemente ocurrió.

Me parece detectar un movimiento en tus párpados. Puede que sea porque te estoy mirando con mucha atención. Vemos aquello que queremos ver.

—Lo sé todo, Robert. Nadie me lo ha contado. Bueno, de algunas cosas me he enterado por la policía y de otras hablando con Juliet, aunque las más importantes las he descubierto por mí misma. Y desde entonces, lo único en que he podido pensar es en venir aquí para contártelo. Puede que vivas o puede que no, pero, pase lo que pase, quiero que sepas que te he vencido. Lo he hecho, Robert, a pesar de que durante mucho tiempo te has aprovechado de mí. Tú eras quien poseía toda la información y quien podía decidir si la revelaba o no.

Me inclino para besarte en los labios. Esperaba que estuvieran fríos, pero no es así: están calientes. Me aparto.

—Puedo hacerte y decirte cuanto quiera, ¿verdad? No puedes impedirlo; todo depende de mí. Ahora soy yo quien tiene toda la información y el poder. Soy yo quien hablará y a ti no te quedará más remedio que seguir ahí tumbado y escucharme. Es justo lo contrario de lo que ocurrió con Juliet.

Tus párpados, aunque de forma apenas perceptible, vuelven a moverse.

—Sé que Graham también la violó. Y que tú la encontraste, la cuidaste, te casaste con ella, hiciste que confiara en ti y que te necesitara. Igual que hiciste conmigo. Debe de ser fácil conseguir que una mujer se enamore de ti cuando sabes tantas cosas sobre ella. Debe de ser fácil decir lo que ella espera oír. Con Juliet funcionó de maravilla, ¿verdad? Y luego quisiste comprobar si volvería a funcionar con Sandy Freeguard.

Me tiemblan las piernas. Me siento en una silla, junto a tu cama.

—Sin embargo, Sandy no se ajustaba tanto como Juliet a tus propósitos. Debiste de sufrir una decepción, después de un comienzo tan bueno..., ella rindiéndose ante tu caballerosidad. ¿Por qué no iba a hacerlo? Tú sabes cómo hacernos sentir seguras. Pero Sandy no era como Juliet o como yo. Ella no se encerró en sí misma ni convirtió el hecho de ocultar su secreto en su mayor objetivo. Ella se lo contó a la policía, se unió a grupos de apoyo y se enfrentó

a su violación mucho mejor de lo que la gente podía esperar. No se le pasó por la cabeza la posibilidad de sentirse avergonzada o de ocultar lo ocurrido. Es tu hermano quien debería sentirse avergonzado, y Sandy Freeguard lo comprendió mucho antes que yo y Juliet.

La rabia que siento es distinta de la que he sentido hasta ahora. Es fría y meticulosa. Me pregunto si esta gélida ira, esa que eres capaz de controlar y canalizar, es lo mismo que el mal. Si lo es, entonces es que el mal está dentro de mí por primera vez en mi vida.

—¿Cuántas veces te habló Sandy Freeguard de lo que tu hermano le habían hecho? Seguramente muchas. Debía de ser lo único en lo que pensaba. Era una mujer muy habladora y tú eras su novio, un hombre amable y cariñoso.

Me acerco un poco más.

—Para ti debió de ser muy exasperante. ¡Qué derroche de energía! Tu enfermizo juego solo funcionaba con mujeres que habían enterrado su experiencia y la ocultaban. Mujeres como Juliet y como yo, a quienes nos aterraba que alguien se enterara y lo que la gente pensaría de nosotras. Eso te encantó, ¿verdad? Casarte con Juliet sabiendo que ella no tenía ni idea de nada. Observarla mientras se ponía en ridículo, día tras día, amando y confiando en el hermano del hombre que la había violado y que había ganado dinero con ello. Por muy mal que se sintiera por dentro, al menos había conseguido ocultar su derrota ante el mundo y ahora te tenía a ti; las cosas empezaban a ir mejor. Tú debías intuir todo lo que pasaba por su mente. Disfrutabas con tu secreto, ¿verdad? Te regodeabas en su ignorancia, al ver lo equivocada que estaba.

Os imagino en casa, en el salón, viendo la televisión, durante la cena. Follando. Y todo el tiempo, cada segundo que pasabais juntos, tú sabías que podrías destruir todo su mundo en cualquier momento, si así lo decidías, contándole que estabas al corriente de su violación y que esa era la única razón de que te interesaras por ella. Y no era solo Graham quien ganaba dinero con eso; tú también lo hacías. Estabais juntos en el negocio y podías contárselo a Juliet en cualquier momento. El control total y absoluto.

Me levanto y me acerco a la ventana. Un hombre con un mono verde y gafas de seguridad está podando con una sierra mecánica los pequeños arbustos del jardín que se ve desde tu habitación. El ruido se interrumpe de vez en cuando para luego volver a empezar.

—Es una de las maneras más eficaces de arruinarle la vida a alguien..., demostrarle, de repente, que su visión del mundo y que todo lo cree que es verdad, que todo lo que le importa está basado en una mentira, en un cruel y sádico engaño. Tú también debes haber pensado lo mismo. Sé cómo eres, Robert; solo se salvan los más fuertes.

No dices nada. Estoy intentando provocar a alguien que está inconsciente.

—Espero haberte impresionado. Puede que consiguieras engañarme, pero se dieron unos efectos colaterales que no habías previsto. No se puede entregar

a alguien un año de tu vida, dejando que te amen como yo lo he hecho, sin darle nada a cambio a la otra persona. Y tú me diste lo suficiente para convencerme de que no me engañaba. Pero ahora soy yo quien sabe cosas de ti, cosas que nunca habrías sospechado que fuera capaz de descubrir.

Tus párpados se contraen ligeramente; esta vez sé que no me lo he imaginado. Me viene a la mente la expresión «movimientos oculares rápidos». ¿No es eso lo que ocurre cuando estás profundamente dormido? Puede que tengas una pesadilla. ¿Qué significa eso para ti, para alguien cuyo estilo de vida es más horrible que la peor de las pesadillas?

—Tú violaste a Prue Kelvey, aunque en realidad no querías. Graham quería que lo hicieras, y por eso lo hiciste, pero no disfrutaste con ello, ¿verdad? No como Graham; él sí disfrutaba violando mujeres. Me dijo que tampoco te interesaba la camarera, la de su despedida de soltero, aunque también la violaste, incitado por tu hermano. Era una especie de experimento, ¿no? Hacer lo mismo que Graham, pero solo de vez en cuando, para demostrarte a ti mismo que te movías en otro nivel, que jugabas en una liga superior.

Me aterra la posibilidad de que abras los ojos. Tengo que contártelo todo, y no estoy segura de poder hacerlo si me miras. Si me contestas.

—Sé que obligaste a Prue Kelvey a llevar un antifaz mientras la forzabas. Graham cree que lo hiciste porque tenías miedo de que te viera la cara, miedo de que un día se tropezara contigo y te reconociera. Sé que se equivocaba cuando me dijo eso, aunque yo también estaba en un error. Hasta hoy, antes de entrar en esta habitación, pensaba que habías obligado a Prue Kelvey a llevar un antifaz para que no viera tu rostro, para poder hacer con ella lo mismo que hiciste con Juliet, con Sandy y conmigo: propiciar un encuentro y convertirte en el novio que nos iba a salvar, para luego destrozar nuestras vidas y hacerlas pedazos.

Niego con la cabeza, preguntándome cómo pude creer algo así.

—Pero evidentemente no se trataba de eso. La sucesión de los acontecimientos era otra. Conozco la precisión con que funciona tu mente, Robert. Primero tenías que convertirte en el salvador, el salvador de verdad, para luego convertirte en el destructor. Por eso las víctimas de Graham eran perfectas. Con una mujer que tú hubieras violado nunca habría funcionado, ¿verdad? —Hago una pausa y luego prosigo—: Obligaste a Prue Kelvey a llevar un antifaz mientras la violabas porque no podías soportar la ausencia de reconocimiento en sus ojos. Su miedo no tenía nada que ver contigo como persona..., solo eras un agresor anónimo. No podías soportar esa idea, ¿verdad? Te sentías insignificante, como si fueras un hombre cualquiera. Ella ni siquiera sabía cómo te llamabas, aunque Graham y tú sí sabíais quién era ella; la habíais escogido entre un montón de mujeres. Y eso la hacía más especial que tú, lo cual te volvía loco. Para ti debía de ser algo más personal. Querías ser alguien importante para las mujeres; querías que para ellas fuera importante el hecho de que fueras tú y no un violador anónimo a quien podía sustituir tu propio hermano.

Me levanto y me alejo de ti todo lo que me permite esta minúscula habitación.

Cuando sigo hablando, tengo la voz ronca, como si me hubieran raspado la garganta con papel de lija.

—En realidad, Graham y tú no sois intercambiables. Tú querías hacer más daño a las mujeres que él. A él le bastaba con violarlas, pero a ti no. No me sorprende que necesitaras demostrar que eras alguien único. En el mundo no existe nadie como tú, Robert. En una ocasión me dijiste que la gente cercana puede hacerte mucho daño, ¿recuerdas? El dolor que podías causarle a Prue Kelvey y a esa camarera de la despedida de soltero de Graham tenía un límite, porque esas mujeres no te conocían. Todos sabemos que en el mundo hay gente brutal y violenta, gente a la que podemos comparar con un huracán o un terremoto. Si no conocemos a esos monstruos personalmente, podemos verlos casi como un desastre natural: cuando destruyen nuestras vidas, no lo consideramos algo personal, sino una casualidad. No tienen nada que ver con nosotros, no nos aman ni nos resultan cercanos. Nos decimos que ignoran que somos buenas personas, seres sensibles y vulnerables. Si lo supieran, no serían capaces de hacernos tanto daño. Puede que el dolor que nos infligen sea horrible, pero no se trata de algo personal. Podría haberle pasado a cualquiera. Fuiste tú quien me dijo todo esto, y tenías razón.

Mi aliento empaña el cristal de la ventana. Dibujo un corazón con el dedo índice, pero lo borro de inmediato.

—Lo sé por experiencia, Robert. Todo es mucho más fácil si consigues distanciarte de tu agresor. Tu hermano sabía cómo me llamaba cuando me obligó a subirme a su coche a punta de cuchillo, pero no me conocía. Yo sabía que no se trataba de algo personal. Y eso me sirvió de consuelo.

Siento como si mi boca fuera de cuero. El aire de esta habitación está caliente y seco. No puedo abrir la ventana. Está cerrada con pestillo y no consigo moverlo.

—Graham pretendía que lo de escoger a sus víctimas entre mujeres que tuvieran página web era idea suya, a fin de poder aterrorizarlas con todo lo que sabía sobre ellas. La dimensión personal... Había más miedo y dolor en su mirada mientras se preguntaban por qué las había elegido a ellas. Graham me lo contó; estaba muy satisfecho de ello y se atribuía todo el mérito. Pero en realidad fue idea tuya, ¿verdad, Robert? Después de la despedida de soltero de Graham te sentías frustrado; puede que incluso estuvieras furioso. Te sentías como si esa camarera hubiera salido impune, ¿no es así? Te parecía haber perdido una oportunidad, por mucho que Graham hubiera disfrutado, porque esa camarera podría consolarse pensando que simplemente había sido víctima de la mala suerte, que estaba en un sitio inoportuno en un momento inadecuado.

Me seco las lágrimas.

—Y por eso le propusiste a Graham que cambiara su plan: en vez de desconocidas, le sugeriste que escogiera a una mujer en particular, dándoles a entender que sabíais quiénes eran y a qué se dedicaban. Que supieran que habían sido elegidas. A Graham le gustó la idea, aunque él es más fácil de contentar que tú. Tú no estabas satisfecho del todo. Lo que tú querías era que

supieran quién eras; los demás no importaban. Pero lo que no podías hacer era proponerle a Graham que ambos os presentarais a las mujeres que pensabais violar, empezar a salir con ellas y luego violarlas, ¿verdad? Graham no quería que lo pillaran.

Pero lo han pillado, y en parte ha sido gracias a mí. Trato de recordar que no soy tan solo tu víctima y la de tu hermano, sino que también soy, o también podría ser yo quien saliera ganando. Todo dependerá de lo que haga ahora.

Sigo hablándoles a tus ojos cerrados.

—A ti no te importaba que pudieran pillarte, ¿verdad? Estabas tan seguro de ser capaz de destruir a tus víctimas que no suponían ninguna amenaza. Pensabas que tu táctica era infalible. ¿Quieres que te hable de tu táctica? — Me echo a reír; es una risa dura y oxidada que emerge del fondo de mi garganta—. Primero te acercabas a nosotras, lo bastante como para poder hacernos daño. Nos obligabas a amarte y a no poder estar sin ti, hasta el punto de que todo nuestro mundo se reducía a Robert, Robert y Robert. ¡Dios, qué bueno eras en eso! Romántico y encantador. El marido o el amante perfecto... Daba igual el papel que interpretarás, porque ponías en él todas tus energías y todo tu entusiasmo. Si no hubiéramos creído que eras la encarnación de nuestra alma gemela, descubrir la verdad no nos hubiera hecho tanto daño, ¿verdad?

Cojo tu almohada por un extremo, la saco de debajo de tu cabeza, y la sostengo con las dos manos.

—Esa es la parte a la que más deseabas llegar: el dolor y el shock que causabas cuando revelabas tu verdadera forma de ser. Tú mismo me lo dijiste.

Guardo silencio mientras recuerdo tus palabras exactas: «Hace mucho tiempo que estoy pensando dejarla. Planeándolo, deseando hacerlo. Se ha convertido en algo... casi irreal en mi imaginación. La apoteosis».

—Yvon se equivocaba al pensar que nunca ibas a dejar a Juliet por mí. Al final lo habrías hecho. Eso siempre formó parte de tu plan. Sin embargo, querías prolongar la emoción, alargarla todo lo posible antes de pasar a tu siguiente víctima. Primero fuimos víctimas de Graham, y luego tuyas. Apuesto a que considerabas a Graham como una especie de punto de apoyo... Sabías que eras tú quien iba a destruirnos de verdad: a Juliet, a Sandy Freeguard. Sin embargo, te diste cuenta de que Sandy Freeguard sería muy difícil de destruir, y por eso pasaste al siguiente nombre de la lista: el mío.

Aprieto la almohada con las manos, clavando las uñas en ella. Sin embargo, la tela recupera su forma; por mucho que aprieto, no soy capaz de dejar ninguna marca. No puedo transmitir mi angustia a este objeto inanimado.

—Presumías de tener unos nervios de acero, pero en el fondo eres un cobarde y un hipócrita. Por mucho que desprecies a tu hermano, no has sido capaz de cortar todos los vínculos con él, ¿verdad? Aún sigues prestándole tu camión para sus violaciones. Incluso violaste a Prue Kelvey para contentarle, para que no se enfadara. Porque Graham tenía algo que tú necesitabas

desesperadamente: la lista con los nombres de sus víctimas. Así podías convertirlas también en las tuyas.

«Durante todo el tiempo que estuviste casado con Juliet sabías que un día ibas a soltarle la verdad. Y fue hace dos miércoles..., ese fue el día que elegiste para hacerlo. Se suponía que al día siguiente íbamos a encontrarnos en el Traveltel. Era el 30 de marzo, el aniversario del día en que tu hermano me violó. El día perfecto, bajo tu punto de vista. Sabías que si me decías que habías dejado a Juliet para empezar una nueva vida conmigo yo pensaría en esa fecha como un día feliz, limpio de malos recuerdos. Aún me habría convencido más de que estábamos destinados a estar juntos, de que tú eras mi salvador. Porque no hay nada mejor que las coincidencias, ¿verdad?».

«No acudiste a la cita, pero si lo hubieras hecho, si tu plan hubiese funcionado, te habrías presentado con una maleta. Me habrías dicho que habías dejado a Juliet y me habrías preguntado si podías venirte conmigo. ¿Te imaginas lo que te hubiese contestado?».

Me río con amargura. Las lágrimas caen sobre mi mano y sobre la almohada. Estoy llorando de verdad, pero no estoy preocupada. Estoy enfadada, tan enfadada que la presión que siento en mi cabeza me humedece los ojos.

—¿Qué le dijiste a Juliet? ¿Cómo se lo contaste? Si no me equivoco, y estoy segura de no equivocarme, seguramente esperaste hasta que los dos estabais en la cama. ¿Te pusiste encima de ella, ignorando sus protestas de que estaba cansada? Debió de sentirse confundida. Siempre eras muy amable con ella... ¿Qué estaba ocurriendo? De repente ya no eras amable. Ella ya no te veía como el Robert al que conocía y amaba, el hombre con el que se había casado. La violaste, como siempre habías sabido que lo harías, como siempre habías planeado hacer. Salvo que en esa ocasión fue mucho mejor que con Prue Kelvev, porque el grado de intimidad te permitía hacerle daño. Viste que eras tú quien causaba todo el dolor que había en los ojos de Juliet.

«Y, sin embargo, la violación en sí misma no te bastaba..., no cuando podías hacerle mucho más daño. Querías que relacionara esa horrible experiencia con otra, la de aquella noche en el chalet de Graham. —Muevo la almohada ante tu rostro inerte—. ¿Te das cuenta de todo lo que sé? ¿No estás impresionado? Para ti era muy importante que Juliet fuera consciente del horror de todo lo que le habías hecho, de hasta qué punto la habías engañado y traicionado. ¿Y cómo lo conseguiste? Apuesto a que dijiste lo mismo que Graham, ¿verdad? “¿Quieres entrar en calor antes de que empiece el espectáculo?”. O algo así. Esa debió de ser la apoteosis para ti, ver la conmoción en su mirada, el desconcierto en su rostro. ¿Y luego qué, aparte de la violación? ¿Le dijiste que ibas a dejarla por mí, por otra víctima de tu hermano? ¿Se lo contaste todo, incluso que pensabas dedicar los próximos años de tu vida a destrozar la mía exactamente como habías hecho con la suya? ¿Primero casándote conmigo y haciéndome completamente feliz, para luego destrozarlo todo una vez que hubiera otra víctima de Graham en lista de espera?».

Me tiembla todo el cuerpo; estoy empapada en sudor. Acerco mi rostro al tuyo.

—No lo creo —digo, respondiendo a mi pregunta—. Seguro que creías que pensaría que ella era la única a la que le habías hecho eso. Y tú no querías que se consolara pensando que no era la única víctima. No, solo le dijiste que ibas a dejarla por otra mujer. Eso era todo lo que le dijiste sobre mí, aunque sí le contaste todo lo demás: que el hombre que la había violado era tu hermano y los detalles del negocio familiar. El mínimo detalle haría que tú te sintieras mucho mejor y ella mucho peor.

«Sin embargo, cometiste un error, ¿verdad? Un gran error, a juzgar por lo ocurrido. Si no, mírate ahora. Pensaste que Juliet se desmoronaría al descubrir la verdad. Pensaste que podrías salir de aquella horrible casa, dejando atrás una esposa hundida, demasiado frágil para acudir a la policía o para hacer algo con todo lo que le habías contado. Ella no denunció la primera violación, ¿verdad? No lo hizo porque se sentía demasiado avergonzada. Y pensaste que le ocurriría lo mismo con la segunda. De todas formas, ¿quién le habría creído? De repente resultaba que había sido violada no una sino dos veces, la segunda por su propio marido. Si se lo contaba a alguien, tú habrías fingido quedarte perplejo y te habrías mostrado preocupado por su salud mental».

Paseo por la habitación, sin dejar de apretar la almohada.

—Sé lo que significa hacer planes y luego comprobar que no funcionan, Robert. De verdad que lo entiendo. Yo también hago planes. Y tú habías sido muy escrupuloso, lo habías calculado todo, hasta el mínimo detalle. Debí de ser duro ver que lo que le dijiste a Juliet la cambió de una forma en que no podías prever. No se volvió frágil, sino que se hizo más fuerte. No se hundió en la miseria, sino que cogió la piedra que utilizabais como tope para la puerta y te machacó la cabeza con ella. Después ni siquiera llamó a una ambulancia, sino que te dejó allí tumbado, sangrando. Muriéndote. No la culpo por ello.

Me quema la garganta. No podré seguir hablando mucho más, aunque no puedo parar. Esto es lo que quería hacer: contarte todo, librarme de ello.

—Tú estás demasiado ensimismado con tus pensamientos, demasiado metido en tu pequeño mundo. Bueno, ahora supongo que no te queda otra elección. Pero yo me refería al pasado. Cometiste un error porque eres un narcisista. Juliet ya se había desmoronado en una ocasión; había sufrido una crisis nerviosa. Y durante todo el tiempo que estuvo casada contigo fue una mujer tímida e insegura. Su única salida era hacerse fuerte, Robert... ¿Cómo no fuiste capaz de verlo? ¿Cómo no se te ocurrió pensar que los seres humanos son muy fuertes, sobre todo los que, como Juliet y yo, proceden de familias que los han querido y les han dado seguridad? Cuando le descubriste a Juliet la clase de criatura perversa que eras, no le costó nada reflexionar sobre todo lo ocurrido. Y todo volvió a su sitio. El hecho de descubrir que su héroe era en realidad su enemigo la obligó a contraatacar como seguramente nadie habría sido capaz de hacerlo.

Tus párpados se mueven.

—¿Es esa la forma de preguntarme cómo sé todo esto? Pues lo sé porque a mí me ocurrió lo mismo. Cuando descubrí la verdad, cuando conseguí resolver el rompecabezas, me di cuenta de lo estúpida que había sido al creer que alguien podía salvarme. Por primera vez desde que tu hermano me violó sentí la necesidad de contraatacar. El resto de la gente te engaña y te miente, sobre todo los que se supone que deberían quererte... Y eso es lo que piensa ahora Juliet. Esa es su visión del mundo. Tú la has convertido en un monstruo, en alguien a quien ya no le importa nada, ni siquiera ella misma.

Me echo a reír.

—¿Sabes? Ella podría haberme contado todo lo que sabía sobre ti, pero no lo hizo. En lugar de eso, empleó todo lo que sabía para burlarse de mí. Aunque sabe lo grotesco y lo pervertido que eres, aún sigue odiándome por haberle robado a su marido..., ese que era cariñoso y sensible. Puede que a ti te parezca extraño, pero a mí no. En mi cabeza existen dos Roberts, igual que en la suya. Puede que eso sea lo peor que nos has hecho: lamentar la pérdida de un hombre que nunca ha existido. Y, aun sabiéndolo, seguimos amándolo.

Miro la almohada que tengo en las manos. Cuando la he cogido, tenía la intención de asfixiarte. De conseguir lo que Juliet no consiguió. Me alegro de que no te matara, porque ahora puedo hacerlo yo. Te lo mereces. Cualquiera estaría de acuerdo en que mereces morir, salvo los ingenuos y los mal informados, esos que creen que matar a alguien siempre es un error.

Pero si ahora acabo con tu vida, dejarías de sufrir. Solo serían unos segundos. Mientras que si no lo hago, si salgo de esta habitación y dejo que sigas con vida, tendrás que quedarte aquí tumbado, pensando en todo lo que he dicho, en que yo he ganado y tú has perdido, a pesar de todos tus esfuerzos. Y eso será una tortura para ti. En el caso de que hayas oído todo lo que he dicho.

El problema, antes y ahora, es que no hay forma de que yo sepa qué estás pensando, Robert. Tú sabes todo el daño que me has hecho. Puede que abandone el juego en este punto; así, si dejo que sigas respirando en esta habitación, tal vez pienses en todo lo ocurrido. O puede que seas el ganador, inmune al castigo, dado tu estado, y yo haya sido destruida completamente, puede que incluso más de lo que creo, puesto que no he sido capaz de afrontar la realidad.

Quiero decirte una última cosa antes de decidir si acabo con tu vida o te dejo vivir, unas pocas palabras que he ensayado mentalmente mientras venía hacia aquí. Las he escogido con sumo cuidado, como si se tratara de una leyenda para mis relojes de sol. Te las voy a susurrar al oído, como si fueran un augurio o un conjuro: «Eres la peor persona que he conocido en mi vida, Robert. Y la peor que conoceré jamás». Al decir esto en voz alta estoy aún más convencida de algo: lo peor ya ha pasado.

Y ahora debo decidir.

13/4/06

—No creo que quiera echarte una bronca —dice Olivia—. Creo que está realmente preocupado por ti. Deberías llamarle. Tendrás que hablar con él en algún momento.

La luz del sol se filtraba a través de las cortinas. Charlie deseó haber comprado unas que fueran más gruesas; se preguntaba cuánto costaría colocar otras de color negro. Negó con la cabeza. Su plan —mucho mejor que el de Olivia— era mantenerse alejada del teléfono. Simón le había dejado un montón de mensajes que no había querido escuchar. Además, Olivia se equivocaba: no tenía por qué hablar necesariamente con Proust ni con Simón. Podía presentar su dimisión y así nunca tendría que enfrentarse a ellos.

Olivia se sentó en el sofá, a su lado.

—No puedo quedarme aquí eternamente, Char. Tengo que hacer cosas y vivir mi vida. Y tú también. No es bueno andar por aquí en pijama, fumando todo el día. ¿Por qué no te tomas un baño caliente y te vistes? Cepíllate los dientes.

Sonó el timbre. Charlie se acurrucó en el sofá, ajustándose la bata.

—Será Simón —dijo—. No lo dejes entrar. Dile que estoy durmiendo.

Olivia se quedó mirándola, muy seria, y fue a abrir. No lograba entender por qué Charlie no se alegraba de que Simón fuera detrás de ella, por qué de pronto él se había convertido en la última persona a la que su hermana quería ver. Charlie no estaba dispuesta a dar explicaciones. Sabía que en cuanto él abriera la boca para hablar perdería los estribos. Sabía que a ella le parecería mal cualquier cosa que Simón dijera. Y si los intentos de él por consolarla hubiesen sido sutiles e indirectos, Charlie se habría sentido incómoda y aún más avergonzada. Y si en lugar de eso era explícito, ella se vería obligada a hablar con él —el hombre que la había rechazado desde que se conocieron— sobre Graham Angille, el violador en serie, el hombre del que se había encaprichado por despecho... No, la humillación tenía un límite.

Charlie oyó la puerta de la entrada al cerrarse. Olivia regresó al salón.

—No es Simón. ¡Ah! —exclamó, apuntando acusadoramente a Charlie con el dedo—. Estás decepcionada, no lo niegues. Es Naomi Jenkins.

—No. Dile que se vaya.

—Te ha traído algo.

—No lo quiero.

—Le he dicho que necesitabas cinco minutos para vestirte. Así que, ¿por qué no te pones algo de ropa y te adecentas un poco? Si no lo haces la dejaré pasar para que vea tu bata manchada de té y tu absurdo pijama.

—Si lo haces...

—¿Qué? ¿Qué me vas a hacer? —Olivia ensanchó las fosas nasales—. A Simón le habría dicho que se fuera, pero a ella no —dijo, moviendo la cabeza en dirección al vestíbulo—. Deja de compadecerte de ti misma y piensa en lo que ha pasado esa mujer. Piensa en todo lo que ocurrió hace tan solo unos días, en esta misma casa, por no hablar de todo lo demás. La ataron, otra vez. Y casi vuelven a violarla.

—No hace falta que me lo recuerdes —repuso Charlie de inmediato.

No quería pensar en lo que Simón y Proust se encontraron en su cocina: el ojo izquierdo de Graham, casi partido en dos, mirándolos desde un charco de sangre.

—Creo que sí —dijo Olivia, llevándole la contraria—. Porque al parecer piensas que eres la única a quien le ha ocurrido algo malo.

—¡Yo no pienso eso! —dijo Charlie, furiosa.

—¿Crees que me resulta fácil saber que nunca podré tener hijos?

Charlie apartó la mirada, chasqueando la lengua.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—A cualquier hombre que conozco, a cualquiera con el que empiezo una relación medianamente seria, tengo que darle esa mala noticia... ¡Imagínate lo que significa dejar caer esa bomba en una primera cita! No tienes ni idea de la cantidad de hombres que no he vuelto a ver después de habérselo contado. Y eso duele, pero me guardo el dolor para mí porque soy una estoica, porque creo en la flema británica...

—¿Tú una estoica? —Charlie se echó a reír.

—Sí, exacto —insistió Olivia—. Cuando se trata de cosas serias, lo soy. El hecho de que me queje cuando la tienda de la esquina se queda sin carne de venado o pasta de chili no significa nada. —Olivia lanzó un suspiro—. Tienes suerte, Char. Simón sabe lo tuyo con Graham...

—¡Cállate!

—... y sabe que no fue culpa tuya. Nadie te culpa.

—De acuerdo, hablaré con Naomi.

Cualquier cosa con tal de evitar que Olivia hablara de Simón y Graham. Charlie se levantó, apagó el cigarrillo en el cenicero que había en la mesa, lleno de colillas. Se acomodaban allí sin ayuda de nadie —un montón de pequeños gusanos de color naranja— cuando otro se sumaba al montoncito. «Qué desagradable», pensó Charlie, aunque ver tantas colillas la complacía de una forma perversa.

Una vez arriba, se lavó, se cepilló el pelo y los dientes y se puso lo primero que encontró al abrir el armario: unos vaqueros deshilachados y una camiseta de rugby de color lila y turquesa con el cuello blanco. Cuando bajó, la puerta principal estaba abierta; Naomi Jenkins y Olivia estaban fuera. Naomi parecía más relajada que nunca, aunque también más vieja. En su rostro se veían unas arrugas que no tenía unas semanas atrás.

Charlie se esforzó por sonreír y Naomi hizo todo lo posible por devolverle la sonrisa. Eso era lo que Charlie había querido evitar: un saludo incómodo y forzado, con el que se reconocía una experiencia y un dolor comunes que nunca podrían olvidar.

—Mira —dijo Olivia. Parecía señalar la fachada de la casa, debajo de la ventana del salón.

Charlie se calzó un par de zapatillas de deporte que había dejado hacía unos días al pie de la escalera y salió. Apoyado contra la fachada había un reloj de sol, un rectángulo plano de piedra gris, de unos ochenta centímetros por setenta. El gnomon era un sólido triángulo de hierro en el que, justo en medio de la base y la punta, había un nodo en forma de cojinete. La leyenda estaba escrita en latín, grabada en letras doradas: *Docet umbra*. En la parte superior del reloj, en el centro, se veía la mitad de un sol. Sus rayos, inclinados, eran las líneas que representaban las horas y las medias horas. Otra línea —una curva horizontal, que parecía una sonrisa torcida— cortaba esas líneas, atravesando todo el reloj de un extremo a otro.

—Le dije que haría un reloj para su jefe —dijo Naomi—. Y aquí está. Puede quedárselo, es un regalo.

Charlie negó con la cabeza.

—No voy a volver al trabajo durante un tiempo. —«Si es que vuelvo alguna vez» pensó—. Llévelo a la comisaría y pregunte por el inspector jefe Proust...

—No. Lo he traído aquí porque quería dárselo a usted. Para mí es importante —dijo Naomi, tratando de encontrar la mirada de Charlie.

—Gracias —intervino Olivia, con intención—. Es muy amable de su parte.

Charlie estaba convencida de que Olivia estaba siendo educada solo para que, en comparación, ella pareciera más desagradable.

—Gracias —murmuró Charlie.

Tras un pesado silencio, Naomi dijo:

—Simón Waterhouse me contó que usted no sabía nada sobre Graham mientras estuvo saliendo con él.

—No quiero hablar de eso.

—No debería castigarse por algo que no es culpa suya. Yo lo he hecho durante años y no me ha llevado a ninguna parte.

—Adiós, Naomi. —Charlie se volvió para volver a entrar. Si lo deseaba, Olivia podía meter en casa el maldito reloj. A ella le daba igual. A estas alturas, lo más probable era que Proust se hubiera olvidado de él.

—Espere. ¿Cómo está Robert?

—Sigue igual —contestó Olivia, al ver que Charlie no decía nada—. Intentan hacerle salir del coma, pero hasta ahora no lo han conseguido. Aún tiene ataques epilépticos, aunque son menos frecuentes.

—Si recupera la conciencia tendrá que enfrentarse a un montón de cargos —dijo Charlie—. Por lo que encontramos en los chalets Silver Brae está claro que estaba metido hasta el cuello en el negocio de las despedidas de soltero. Él solía ser el que casi siempre acompañaba a las víctimas y se llevaba la mitad de los beneficios. —Olivia le habría contado todo aquello a Naomi si Charlie no le hubiera dado antes su versión. Había sido ella quien había hablado con Simón; Charlie se había enterado de oídas, pero no quería que Naomi supiera hasta qué punto le había afectado todo el asunto—. A Robert le gustan los sitios anónimos y vulgares, ¿verdad? Las áreas de servicio, el Traveltel, un hospital. Una prisión consigue que un área de servicio te parezca el Ritz.

—Tendrá lo que se merece —dijo Naomi, volviéndose hacia Olivia cuando Charlie se negó a mirarla—. Y Graham y su mujer también.

—A ambos les han denegado la libertad bajo fianza... —dijo Olivia.

—¡Vale, déjalo ya, por el amor de Dios! —la interrumpió Charlie.

—Simón Waterhouse también me contó que Juliet no habla desde hace varios días —dijo Naomi.

Esta vez Charlie levantó la mirada y asintió con la cabeza. No le gustaba la idea de que Juliet Haworth estuviera sentada en una celda, en silencio. Charlie se habría sentido mejor si hubiera seguido con sus exigencias, provocando a cualquiera que hablara con ella. Juliet también iría a la cárcel por mucho tiempo, quizás tanto como Graham Angille. Y no le parecía justo.

—¿Qué es lo que aún no me ha contado? —le preguntó Charlie a Naomi—. Juliet intentó matar a Robert porque descubrió que era cómplice del hombre que la había violado; eso lo sé. Pero lo que sigo sin saber es por qué Robert

iniciaba voluntariamente una relación con las mujeres a las que Graham había agredido.

Charlie tenía la sensación de que aún estaba metida en aquella historia, y no le gustaba. Naomi Jenkins había estado jugando con ella desde el principio y no estaba dispuesta a seguir permitiéndoselo.

Naomi frunció el ceño.

—Se lo diré cuando todo haya terminado —dijo—. Porque aún no ha terminado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Olivia.

Charlie hubiera deseado que su hermana mantuviera la boca cerrada o que, mejor aún, volviera a su casa. Quizás así se acordara de que era una periodista especializada en arte y no una agente de policía.

—En el reloj de sol hay una línea que indica una fecha —dijo Naomi, señalándola con el dedo.

Charlie volvió a mirar la piedra rectangular apoyada contra la fachada.

—El 9 de agosto, el día del cumpleaños de Robert, la sombra del nodo recorrerá esa línea, siguiendo la curva de principio a fin. Eso es el nodo —dijo Naomi, frotando con el pulgar la pequeña esfera metálica.

Charlie empezó a sospechar algo.

—¿Por qué querría señalar la fecha del cumpleaños de Robert en un reloj de sol y que yo se lo llevara a mi jefe?

—Porque fue entonces cuando empezó todo —repuso Naomi—. El día que nació Robert, el 9 de agosto. Acuérdesse de echar un vistazo si es un día soleado.

Naomi se dio la vuelta para irse. Charlie y Olivia la observaron mientras se metía en el coche y se alejaba.

Jueves, 4 de mayo

Todo va a ir mejor. Yo voy a estar mejor. Un día estaré aquí y seré capaz de respirar con normalidad. Un día tendré valor suficiente para venir aquí sin Yvon. Pronunciaré las palabras «habitación once» en otro contexto —quizás en otro hotel, un hotel de lujo en una maravillosa isla— y no pensaré en esta habitación cuadrada con sus ventanas de doble cristal llenas de rayas y el zócalo roto. Ni en las dos camas individuales adosadas, con sus horribles colchonetas de color naranja, o en este edificio que parece una residencia universitaria cutre o un centro de congresos de tres al cuarto.

Yvon está sentada en el sofá, tirando de las borlas de los cojines, mientras yo miro fijamente el aparcamiento que comparten el Traveltel y el área de servicio de Rawndesley East.

—No la tomes conmigo —digo.

—No lo hago.

—Sé que piensas que estar aquí no me hace ningún bien, pero te equivocas. Necesito que este sitio deje de significar algo para mí. Si no volviera, seguiría atormentándome.

—Con el paso del tiempo dejará de hacerlo —dice Yvon, insistiendo en su opinión habitual—. Este peregrinaje que hacemos todos los jueves por la noche solo sirve para mantener vivos los recuerdos.

—Tengo que hacerlo, Yvon. Hasta que me harte, hasta que venir aquí sea una lata. Es como lo que suele decir la gente sobre alguien que tiene miedo después de caerse de un caballo: hay que volver a montar enseguida.

Yvon se agarra la cabeza con las manos.

—Es todo lo contrario; no sé cómo decírtelo para que lo entiendas.

—¿Te apetece un té? —Cojo la tetera con la etiqueta medio arrancada y me meto en el baño para llenarla de agua. A una distancia prudencial de Yvon, digo—: Quizás debería quedarme a pasar la noche; no es necesario que te quedes.

—Ni hablar —dice, plantándose en la puerta del baño—. No pienso dejar que hagas eso. Y no creo que me estés diciendo la verdad.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes quién es Robert y lo que hizo, pero aun así sigues enamorada de él, ¿verdad? Esa es la razón por la que quieres estar aquí. ¿Dónde estabas esta tarde, cuando te llamé? Habías salido, pero no contestaste al móvil.

Desvió los ojos y miro a través de la ventana. Veo un camión azul que acaba de aparcar; en uno de los lados hay unas letras de color negro.

—Ya te lo he dicho: estaba trabajando en el taller. No oí el teléfono.

—No te creo. Creo que estabas en el hospital, sentada junto a la cama de Robert. Y seguro que no era la primera vez. Últimamente ha habido varias ocasiones en que no he podido localizarte...

—La Unidad de Cuidados Intensivos está vigilada —le digo—. No puedes entrar por las buenas. Yvon, yo odio a Robert. Lo odio como solo se puede odiar a alguien que amaste.

—En una ocasión odié a Ben de esa manera, y míranos ahora —dice, con una voz en la que se adivina su desprecio por ambas.

—Fuiste tú quien decidió darle otra oportunidad.

—Y serás tú quien decidirá estar con Robert si sale del coma. A pesar de todo lo ocurrido. Lo perdonarás, os casaréis y lo visitarás en la cárcel todas las semanas...

—Yvon, no puedo creer que hables en serio.

—No lo hagas, Naomi.

Un timbre suena en el interior de mi chaqueta, que he tirado sobre la cama cuando hemos llegado. Saco mi móvil del bolsillo, pensando en el amor y en esa gente que, por estar tan cerca de ti, es capaz de hacerte daño. Gracias a la conversación que mantuve con tu hermano en la cocina de Charlie Zailer te comprendo mejor que nunca. Ya había deducido por mí misma que lo que querías era hacer daño a las mujeres y que necesitabas que te adoraran para que luego el dolor que les infligías fuera más insoportable. Pero no se trataba tan solo de esto, ¿verdad? Tu psicosis es como un... ¿cómo se dice? Ah, sí: como un palíndromo. Una frase que puede leerse tanto del derecho como del revés. En tu mente, el amor y el dolor están unidos de manera inextricable. Fue Graham quien me hizo ver eso. Creías que las mujeres solo podrían amarte si antes habías abusado de ellas y las habías humillado. «El legado de nuestra querida madre», dijo Graham. Puede que antes de que se volviera contra ti quisieras mucho a tu madre, pero no tanto como después de que eso ocurriera, ¿verdad? Cuando tu padre se fue y ella empezó a maltratarte, fue tu dolor lo que te obligó a reconocer toda la fuerza del amor que sentías por ella.

—¿Naomi?

Por un momento he creído que la voz de ese hombre era la tuya. Eso ha sido

porque estoy aquí.

—Soy Simón Waterhouse. Pensé que querría saberlo: Robert Haworth murió esta tarde.

—Bien —digo, sin atisbo de duda, y no solo por Yvon. Lo digo en serio—. ¿Qué ha pasado?

—Aún no están seguros. Le van a practicar la autopsia, pero..., en fin, para decirlo en pocas palabras, simplemente dejó de respirar. La inflamación del cerebro impide mandar las debidas órdenes al sistema respiratorio. Lo siento.

—Yo no. Lo único que siento es que en el hospital crean que ha muerto en paz, por causas naturales. No se lo merecía.

Sería fácil decirme a mí misma que eras una persona herida y enferma, una víctima más, como las tuyas. Pero me niego a hacerlo. En vez de eso, pensaré en ti como la encarnación del mal. Debo marcar unos límites, Robert.

Estás muerto. Estoy hablando —dirigiendo mis pensamientos— con alguien que no existe, con nadie. Tus recuerdos y tus excusas se han esfumado. No me siento eufórica; la sensación es más bien de levedad, la que se tiene al tachar algo de una lista. Ahora solo me queda una cosa por tachar, y una vez que lo haya hecho, todo esto habrá terminado. Quizás entonces sea capaz de no volver aquí. Puede que la habitación once solo se haya convertido en mi centro de operaciones hasta que todo acabe.

Eso suponiendo que a Charlie Zailer también le importe que todo acabe y se ocupe del reloj de sol que le entregué.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Simón Waterhouse pregunta:

—¿Por casualidad...? Discúlpeme por preguntarle esto, pero ¿por casualidad no habrá hablado recientemente con la inspectora Zailer? No hay ninguna razón para que lo haya hecho, pero... —Su voz se va apagando poco a poco.

Estoy tentada de preguntarle si ha visto el reloj de sol. Quizás la hermana de Charlie se lo llevó a ese inspector que quería uno. Un día me gustaría pasar por delante de la comisaría de policía de Spilling y verlo colgado en la fachada. Me pregunto si debería comentar algo sobre el reloj a Simón Waterhouse. Pero decido no hacerlo.

—Lo he intentado —le digo—, pero no creo que Charlie quiera hablar con nadie en este momento. Salvo con Olivia.

—No pasa nada —dice.

Su quebradizo tono de voz me dice que no es eso lo que piensa.

19/5/06

Charlie estaba sentada a una mesa en Mario's, un pequeño y animado café italiano de Spilling. Se situó junto a una ventana, para poder vigilar la calle. Así vería a Proust cuando llegara, lo cual le daría tiempo para mejorar su aspecto. Pero ¿para fingir qué? En realidad no lo sabía.

No era la primera vez que salía de casa desde que regresó de Escocia. Un par de veces a la semana, Olivia la obligaba a dar la vuelta a la manzana y a ir hasta la tienda de la esquina, asegurándole que le hacía bien. Sin embargo, sí era la primera vez que salía sola para encontrarse con alguien en un lugar público. Aunque solo se tratara de Muñeco de Nieve.

El reloj de sol de Naomi Jenkins estaba apoyado contra la pared del café, atrayendo miradas de desconcierto y otras de admiración de camareras y clientes. Charlie se arrepentía de no haberlo embalado, pero ahora ya era demasiado tarde. Bueno, al menos todo el mundo miraba el reloj y no a ella. Temía el día en que alguien la señalara con el dedo por la calle y gritara: «¡Eh, mira, esa es la policía que se lo montaba con el violador!». Charlie había decidido dejarse crecer el pelo para que no la reconocieran; cuando lo tuviera más largo, podría teñirse de rubio.

Proust estaba delante de ella; se había olvidado de controlar su llegada. En general, pensaba Charlie, era como si el mundo real no existiera. Apenas oía el CD de famosas arias de ópera que machacaba los oídos de todos los clientes de Mario's ni la atronadora voz de su dueño, que desafinaba desde la barra en su intento por acompañar la melodía. El universo de Charlie se había reducido a unas pocas y angustiosas ideas a las que daba vueltas sin cesar: «¿Por qué tuve que conocer a Graham Angilley? ¿Por qué fui tan estúpida como para colgarme de él? ¿Por qué mi nombre ha salido en todos los periódicos y los telediaros mientras que él está protegido por el anonimato? ¿Por qué la vida es tan jodidamente injusta?».

—Buenos días, Charlie —dijo el inspector jefe, con cierta torpeza. Llevaba en las manos el enorme libro sobre relojes de sol que Simón le había comprado. Hasta entonces, nunca había llamado a Charlie por su nombre—. ¿Qué es eso?

—Un reloj de sol, señor.

—No es necesario que me llames «señor» —dijo Proust—. Estamos en un café —añadió, como si se tratara de una explicación.

—Es un regalo para usted. Ni siquiera el superintendente Barrow puede poner objeciones.

Proust parecía contrariado.

—¿Un regalo? ¿Lo ha hecho Naomi Jenkins?

—Sí.

—No me gusta la leyenda. *Docet umbra* : la sombra enseña. Demasiado prosaico.

—¿Es eso lo que significa?

Por supuesto. Charlie debía haberse imaginado que las palabras significarían algo.

—¿Cuándo vas a volver? —preguntó Proust.

—No sé si voy a volver.

—Debes olvidar todo este asunto. Cuanto antes lo dejes atrás, antes lo olvidará la gente.

—¿En serio? Si uno de mis colegas se hubiera acostado con un famoso violador en serie no creo que yo me olvidara de ello.

—De acuerdo, puede que la gente no lo olvide —dijo Proust, impaciente, como si solo se tratara de un detalle sin importancia—. Pero tú eres una excelente policía y no has hecho nada malo.

¿Giles Proust dispuesto a ver el lado bueno de las cosas? Eso sí era una novedad.

—Entonces, ¿a qué se debe la investigación oficial? —preguntó Charlie.

—Eso no fue decisión mía. Mira, habrá terminado antes de que te des cuenta. Entre tú y yo, solo es una formalidad, y..., tienes todo mi apoyo.

—Gracias, señor.

—Y..., también el de todos los demás..., quería que lo supieras...

Evidentemente, Muñeco de Nieve no sabía cómo abordar el asunto de Simón. No paraba de jugar con los puños de su camisa; luego, cogió la carta y la examinó detenidamente.

—¿Qué le ha pedido Simón Waterhouse que me dijera? —preguntó Charlie.

—¿Por qué no quieres verlo? Está fuera de sí.

—No puedo.

—Podrías hablar con él por teléfono.

—No.

Cada vez que se mencionaba a Simón, Charlie tenía la sensación de que iba a perder los estribos.

—¿Y un e-mail? —Proust lanzó un suspiro—. Vuelve al trabajo, inspectora. Puede que los primeros días sean duros, pero luego...

—Duros no. Una pesadilla. Y luego seguirá siendo una pesadilla. Todos los días serán una pesadilla, hasta que me retire. Y aun entonces... —Charlie se interrumpió, consciente de que había empezado a temblarle la voz.

—Sabes que sin ti no voy a conseguirlo.

—Pues tendrá que hacerlo.

—¡Pues no puedo!

Charlie le había puesto furioso.

Una joven camarera rubia con un tatuaje de una mariposa en el hombro se acercó a su mesa.

—¿Les traigo algo? —preguntó—. ¿Té, café, un sándwich?

—¿Tienen té verde? —preguntó Proust.

Cuando la camarera le dijo que no, el inspector sacó una bolsita del bolsillo de su chaqueta.

Charlie no pudo evitar sonreír cuando la camarera se alejó, sujetando a una distancia prudencial de su cuerpo la bolsita, como si fuera una pequeña bomba a punto de estallar.

—¿Se ha traído su propia bolsita de té?

—Insististe en que nos viéramos aquí y me temí lo peor. Sin duda alguna, me la servirá con leche y azúcar. —Proust volvió a dedicar toda su atención a Charlie—. ¿Por qué me has pedido que trajera esto? —dijo, dando un golpecito al libro que había encima de la mesa.

—Quería que comprobara una fecha: el 9 de agosto. Cuando hablamos del regalo de boda de Gibbs, me comentó algo sobre las líneas de los relojes de sol que indicaban una fecha; me dijo que no representaban uno, sino dos días del año. Es así, ¿verdad?

Proust fijó de inmediato sus ojos en el enorme bloque de piedra y metal que estaba apoyado contra la pared. Se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos y luego se volvió hacia Charlie.

—Sí, todas las fechas del año tienen su equivalente en otra estación. En esos dos días, la inclinación del sol es exactamente la misma.

—Y si una de las fechas es el 9 de agosto, ¿cuál es la otra? ¿Cuál es su equivalente?

Proust cogió el libro, consultó el índice y buscó una página. Tras estudiarla durante un buen rato, dijo:

—El 4 de mayo.

Charlie sintió que el corazón se le desbocaba. Había dado en el clavo. La idea que había tenido no era tan absurda como parecía.

—Ese es el día que murió Robert Haworth —dijo Proust, como si nada—. ¿Qué tiene de especial el 9 de agosto?

—Es el día que nació Robert Haworth —le informó Charlie.

¿Qué era lo que había dicho Naomi? «Porque fue entonces cuando empezó todo».

«Aún no ha terminado». También había dicho eso. Robert Haworth estaba muerto. El día de su nacimiento tenía su equivalente en el día de su muerte; ambos días estaban unidos para siempre, en la línea de la fecha del reloj de sol que Charlie tenía enfrente.

Docet umbra : la sombra enseña.

—Naomi hizo este reloj antes de que Robert muriera —dijo Charlie.

—Por causas naturales, de un fallo respiratorio —le recordó Proust—. Ese fue el veredicto de la investigación.

La camarera le sirvió su té verde. Sin leche ni azúcar.

—Creo que quedará muy bonito en la fachada de la comisaría —dijo Muñeco de Nieve, oliendo con mucho cuidado el té antes de tomar un sorbo—. Y, teniendo en cuenta todo el trabajo que me espera, seguro que el próximo 4 de mayo estaré demasiado ocupado para comprobar la sombra del nodo en la línea que señala esa fecha. Y, aun cuando no estuviera muy ocupado, puede que ese día estuviera nublado. Y, si no hay sol, tampoco hay sombras.

«¿Significa eso —pensó Charlie—, que si hay muchas sombras debe haber una fuente de luz en alguna parte?».

—En este mundo hay muy poca gente que se tome la justicia por su mano —sentenció Proust—. Prefiero pensar en la muerte de Robert Haworth como en un acto de justicia debido a la naturaleza. Su cuerpo se cansó de luchar, inspectora. La madre naturaleza corrigió uno de sus errores, eso es todo.

Charlie se mordió el labio.

—Con un poco de ayuda —murmuró.

—Cierto. Y sin duda alguna Juliet Haworth contribuyó al resultado final.

—Y por esa razón la meteremos en la cárcel. Le parece justo, ¿señor?

—Atacó a Robert Haworth en un arrebató. Será tratada con compasión. — Proust lanzó un suspiro—. Vuelve con tu equipo, Charlie. No harás que cambie de opinión con respecto al trabajo en un ruidoso café atestado de gente. No puedo pensar con lucidez mientras de fondo suena *La Traviata* a todo volumen.

—Lo pensaré.

El inspector jefe asintió con la cabeza.

—Por ahora me conformo con eso —dijo, inclinándose y acariciando con los dedos la lisa superficie del reloj—. ¿Sabes? Había escogido una leyenda para el reloj de sol que quería. Antes de que el superintendente desestimara la idea. *Depresso resurgo* .

—Suena un poco deprimente —dijo Charlie.

—Pero no lo es. No sabes qué significa.

¿Cómo no iba a preguntárselo, si estaba allí sentado como un colegial que había hecho sus deberes, ansioso por decírselo?

—¿Y bien?

Proust apuro el té que le quedaba.

—Tras hundirme, vuelvo a la vida, inspectora —dijo, mirando fijamente a Charlie, mientras levantaba con la cucharilla la bolsa de té empapada, manteniéndola en el aire con una expresión triunfal—. Tras hundirme, vuelvo a la vida.

Notas

[1] El más gruñón. (N. del T.) <<

[2] En inglés, «commie» (comunista) y «commis» (ayudante) pueden sonar prácticamente igual. (N. del T.) <<

[3] Anthony McPartlin y Declan Donnelly, conocidos como Ant & Dec, son una pareja de populares cómicos británicos. (N. del T.) <<



SOPHIE HANNAH (Manchester, 1971). Reconocida autora de novelas de suspense psicológico. Su obra incluye también el cuento, los libros infantiles y la poesía.

Hija del académico y escritor Norman Geras, y de la escritora Adele Geras, estudió en la Universidad de Manchester y publicó su primer libro de poemas *The Hero and the Girl Next Door* con tan solo 24 años.

Su estilo es frecuentemente comparado con los fluidos versos de Wendy Cope y el surrealismo de Lewis Carroll. En el 2004 fue nombrada como una de las poetas de referencia del Poetry Book Society's Next Generation, y su poemario *Pessimism For Beginners*, fue seleccionado para el Premio T. S. Elliot en el 2007. Su obra poética es estudiada hoy en día en los colegios británicos.

Es además una celebrada autora de ficción, nominada al internacional IMPAC Dublin Literary Award. Sus novelas de suspense se sitúan en las listas de los libros más vendidos en varios países y han sido traducidas a más de 17 idiomas.

Durante años fue profesora en el Trinity College de Cambridge y en el Wolfson College de Oxford. Actualmente vive en West Yorkshire con su marido y sus dos hijos.

